

# **GANARÁS EL PAN, TORIBIO...**



**VIOLETA CERBINO**

Concordia - Entre Ríos – 2019

- La edición de esta novela se realizó gracias a la participación de:

Juan Meneguín

Esteban Michel

Cecilia Rossi

Gimena Barboza Dri

Fernando Belottini

- La ilustración de tapa fue tomada de: <https://www.ecured.cu>

*Todos los seres que intervienen en esta novela pertenecen a la vida real. Cualquier semejanza que pudieran tener con personajes de la ficción, será pura coincidencia.*

*La Autora.*

## CAPITULO I

### Entre el Cielo y la Tierra

A orillas de un rumoroso río y circundada por colinas azules y bosquecillos de troncos oscuros y follajes claros y susurrantes se hallaba la aldea. Sinuosos caminos salpicados de pastos bajos y florecillas silvestres descendían en suave pendiente por las laderas de las colinas y atravesaban el valle hasta perderse en el río. Aquí y allá, casas de piedras blancas con techos rojos agrupadas alrededor de una capilla de piedra con tres campanas de bronce en el campanario y una bandada de palomas blancas dispersándose en círculo hacia todos los confines de la tierra.

Por el mañana muy temprano, cuando el sol derramaba sus primeros rayos sobre las serranías, los aldeanos descendían por esos angostos y sinuosos senderos abiertos entre las rocas y se dirigían hacia el valle a realizar sus tareas agrícolas.

Y por las tardes, cuando el sol se ocultaba en el ocaso, los labradores emprendían el regreso por esos mismos caminos, mientras allá arriba, en la pintoresca aldea de casitas blancas y calles arboladas empezaban a iluminar todas las ventanas con puntos de luz que brillaban en el crepúsculo violáceo como luciérnagas en la oscuridad.

Cuando amanecía lloviendo, los campesinos permanecían en sus hogares viendo caer mansamente la lluvia sobre las calles empedradas, los tupidos follajes de los árboles y los rosales y crisantemos de los jardines. La aldea toda parecía entonces recogerse en sí misma susurrando una monótona oración, mientras, allá abajo, en el corazón del valle, los extensos sembrados que se extendían a uno y otro lado del río, ligeramente velados por una cortina de agua, diluían sus verdes brillantes en los tenues azules de las colinas hasta fundirse en una línea borrosa que desaparecía en la distancia.

En esa aldea de gente sencilla y laboriosa vivía Toribio Pérez.

Pero, ¿quién era en realidad Toribio Pérez?

Sólo nosotros, los niños de la aldea, lo sabíamos. O creíamos saberlo.

En cuanto a los adultos, no lo supieron nunca.

Pero, ¿por qué no lo supieron? ¿Acaso sólo a los niños les son reveladas las verdades?

Tal vez la verdad esté siempre jugando a las escondidas, y se oculte de aquél que la busca con denodado afán mientras se revela espontáneamente al que se entretiene juntando flores

silvestres al borde de un camino. O remontando barriletes de largas colas de colores que llegan hasta el cielo.

Y nosotros, los niños de la aldea, pasábamos alegremente nuestra infancia por todos los caminos; por los claros caminos del cielo y los oscuros de la tierra; por esos caminos verdes, rojos y amarillos, esos mágicos caminos con olor a pastos tiernos y a flores recién abiertas.

En aquella época el sol estaba tan cerca de la Tierra...

Y la Tierra estaba llena de perros, de gallinas, de árboles frutales y de sol.

Y de niños.

¡Oh, cuántos niños había en el mundo en esa época!

Claro que el mundo para mí empezaba en un extremo de la aldea y terminaba en el otro.

Un mundo encantado, suspendido entre el cielo y la tierra.

Yo siempre andaba por allí, recogiendo flores de verbenas en algún camino, o en la orilla del río, sobre la arena, jugando de cara al sol.

Cuando salía con otros niños de paseo por el campo, mi madre me cubría la cabeza con un sombrero de paja. Pero yo no usaba mi sombrero; con una gran reverencia se lo encajaba en la cabeza a "El Emperador" encima de su raído sombrero para que así él pudiera presumir a gusto luciendo muy orondo dos sombreros encimados sobre su cabeza hueca.

Y cuando llegaba la hora de regresar a nuestros hogares, yo, con otra gran reverencia, le quitaba mi sombrero al Emperador y lo ponía nuevamente sobre mi cabeza hueca.

Mis amiguitos me decían que por qué todos los días yo tenía que cumplir la misma ceremonia, que por qué tenía que celebrar el mismo rito de dejarle al Emperador mi sombrero. Que por qué no se lo regalaba.

En realidad, ellos tenían razón. Pero yo les contestaba que yo hubiese querido regalárselo, pero no podía hacerlo porque mi madre me decía que yo debía usar el sombrero sobre mi cabeza y no sobre la cabeza de Toribio.

Porque el Emperador no era otro que Toribio Pérez, pero nosotros los niños le decíamos "El Emperador" porque era parecido a Napoleón.

En realidad, no era tan parecido, casi podría decirse que en lo único en que se parecía era en el sombrero; y a decir verdad tampoco se parecía en el sombrero, ya que el que usaba Toribio era un sombrero de alas anchas y dicen que lo tenía desde la época en que había sido mariachi (cosa que nunca tal vez había llegado a ser Napoleón).

Lo cierto es que, aunque la cosa estaba bastante confusa en este punto, él era y sería por siempre "El Emperador".

Pero, por supuesto, a mi madre no le importaba que fuera el Emperador, el Rey o el Generalísimo, lo único que le importaba era no tener una hija asoleada.

(O por lo menos, no tener que echarle la culpa al sol).

El caso es que el Emperador inspiraba una inmensa ternura en quienes lo conocían, pero al mismo tiempo provocaba interminables polémicas. Nosotros los niños lo adorábamos y vivíamos para él. Él era, puede decirse, el centro de nuestras vidas. ¡Oh! No puedo evitar que broten lágrimas de mis ojos al evocar la imagen de Toribio.

Aquella imagen tan lejana y tan cercana, tan próxima y tan distante.

Toribio gozaba entre la gente de la aldea de una gran popularidad.

Siempre estaba en la cresta de la ola.

Algunos -tal vez resentidos sociales- decían que Toribio se creía muy importante porque tenía la habilidad de cambiar de color cuando iba a producirse alguna modificación en el estado del tiempo y hacía otras gracias por el estilo, y que no perdía oportunidad de auto promocionarse.

Pero a nosotros no nos importaba lo que decía esa gente, y, en el supuesto caso de que hubieran dicho la verdad cuando afirmaban que Toribio se creía muy importante, nunca vimos un delito en ello ni tratamos de quitarle a él esa ilusión. Pobrecito, él también tenía derecho a ocupar su lugar en el espacio, como cualquiera. Y a creerse importante, como cualquiera.

-Está bien que ocupe su lugar en el espacio, y que hasta le permitamos su sombra en el suelo como establece la ley para cualquier ciudadano -decían esas gentes malintencionadas- pero este ya quiere ser un Caudillo.

Lo cierto es que el Emperador era todo un personaje, más que nada por la expectativa que creaba a su alrededor.

Las gentes del pueblo y de los pueblos vecinos observaban con mucha atención a Toribio. Se acercaban a él sigilosamente con sus lupas, prismáticos, microscopios, telescopios, tratados de toda índole y otros elementos de estudio y permanecían largo tiempo observándole el rostro, tratando de pescarle algún gesto o algún movimiento involuntario; o tratando de descubrir por cuáles mecanismos cambiaba de color.

Esta procesión de curiosos, frenéticos y estudiosos que desfilaba constantemente, pululaba y zumbaba como un enjambre de abejas alrededor de Toribio formando una multitud impresionante, se repetía y se renovaba incesantemente a lo largo del día y de todos los días; pero invariablemente todos los componentes de la muchedumbre se retiraban de la presencia de

Toribio visiblemente decepcionados, tristes, amargados, con la cara larga, casi llegándole hasta el suelo.

Porque después de interminables horas, de interminables días, de interminables meses de paciente y dramática observación, la única conclusión a que llegaban estos estudiosos era que cuando Toribio se ponía verde indicaba lluvia y cuando se ponía rojo indicaba buen tiempo.

Pero la conclusión a la que habían llegado estos estudiosos no satisfacía a todos; algunos observadores independientes, por ejemplo, más sagaces en la investigación y más temerarios en cuanto a emitir sus opiniones libremente, seres intrépidos que llegaban muchas veces en su osadía hasta a desafiar la opinión de la Escuela Oficial, afirmaban que la cosa era al revés, que cuando Toribio se ponía rojo llovía y cuando se ponía verde hacía buen tiempo.

La verdad es que nosotros los niños nunca lo vimos ni verde ni rojo y nada nos hizo sospechar jamás que Toribio pudiera tener vocación de semáforo.

Aparte del color había otras cosas de Toribio que preocupaban a las gentes de la aldea. Por ejemplo, sus sentimientos religiosos. Algunos decían que Toribio era ateo, porque nadie lo había visto nunca asistir a ningún oficio religioso. Otros aseguraban que era creyente, pero los que hacían tales afirmaciones no podían aclarar de qué religión o de qué dios.

Algunos aseguraban que Toribio tenía un dios aparte.

Esta hipótesis del dios aparte la sustentaban aquellos que afirmaban que Toribio era original en todo y que por lo tanto no podía tener el mismo dios que los demás.

Pero, eso no era nada comparado con lo que aseguraban, por ejemplo, algunos -unos pocos, ciertamente- de que Toribio era un santo, o que por lo menos andaba camino de la santidad. Pero aunque había quienes afirmaban haberle visto la aureola brillándole encima de la cabeza en algunas oportunidades, nadie creía en su supuesta santidad y todos estaban de acuerdo en que esos comentarios referentes a la existencia de la aureola de Toribio tendían solamente a contrarrestar la propagación de otros rumores en que se le asignaban precisamente tendencias contrarias. Y que no lo dejaban muy bien parado que digamos.

Para decirlo claramente, Toribio tenía fama de calaverón. Y esta reputación se la debía a aquellos que afirmaban que durante el día Toribio sudaba y sudaba clavado en su almacigo, pero que algunas noches desaparecía misteriosamente y nadie podía decir adónde había ido.

La verdad es que el Emperador era misterioso por todos los costados y la gente no le perdonaba sus misterios. Por eso hubo también quienes se ocuparon de averiguar la historia de sus antepasados y formularon al respecto varias hipótesis sobre su linaje.

Y con estas hipótesis se escribieron varios libros, cada autor con la suya. Así, algunos autores afirmaban que Toribio era de sangre azul, que era descendiente de marqueses; que era el último miembro de una dinastía desmembrada y que todos sus parientes estaban en el exilio. Otros decían que cómo un marqués iba a venirse tan abajo. Estos, pertenecientes a la Escuela de los Escépticos, que parecían tener más sentido común que los otros, replicaban que si Toribio hubiera sido de legítima sangre azul, cómo no iba a encontrar algún pariente acomodado que lo socorriera, que entre sangre-azules nunca se abandonan y siempre hay disponible una bolsita con dinero para socorrer al descarriado y evitar el escándalo, porque son muy orgullosos y no quieren ventilar sus miserias ante los sangre-roja.

Otros, también de la Escuela de los Escépticos, pero de otra rama, sostenían que la única sangre azul que podía tener Toribio era cuando se ponía cianótico durante las grandes heladas.

Otros sostenían que todas esas habladurías alrededor del origen y el linaje de Toribio, no dejaban de ser historias fantásticas entretejidas al calor de la estufa en noches de invierno por ociosos vecinos imaginativos que no tenían otra cosa que hacer. Que la única verdad era que todos en la familia de Toribio habían sido espantapájaros, pero espantapájaros de verdad - aclaraban estas buenas gentes- no como Toribio que no espanta ni a las hormigas voladoras.

Entretanto los autores seguían escribiendo y, entusiasmados cada uno con su teoría, se subían a los tablados de las plazas para arengar a la multitud. Y ya embalados en el tema, aseguraban enardecidos que Toribio era la vergüenza de la familia, que Toribio era la oveja negra de la familia, que era suficiente que algo volara a su alrededor para que Toribio se hiciera el muerto, etcétera, al fin, terminaban su discurso asegurando que Toribio era un inútil, que nunca serviría para su trabajo. Y fundaban esta grave acusación en el hecho -según ellos- de que muchas veces habían visto pajaritos cantando encima de los hombros de Toribio, graciosos y alegres pajaritos paseándose por los hombros de Toribio Pérez como Perico por su casa.

Pero esta grave infracción cometida por Toribio según estos señores, no pudo probarse nunca.

Sea como fuere, lo cierto es que estas habladurías perjudicaban a Toribio y constituían un pésimo antecedente para su foja de servicios.

Toribio lo sabía, pero no le alteraba para nada, dijeran lo que dijeran.

Toribio no se defendía nunca de ninguna acusación. Y esto era lo que más ofendía y escandalizaba a la gente. Pero, ¿qué se creía? Después de todo, ¿quién es éste? -se preguntaban los unos a los otros- ¿un cínico, un héroe, un mesías, un buda?.

Entretanto la gente hablaba y hablaba y las acusaciones iban y venían: ¿Por qué Toribio no espantaba a los pajaritos? -se preguntaban intrigados- ¿O sí los espantaba? ¿Por qué Toribio no se definía de una buena vez? Porque es evidente que su actitud es ambigua, muy ambigua - agregaban ofendidos.

El caso es que, a raíz de estos presuntos acomodados, la gente empezó a decir que Toribio andaba bien con Dios y con el Diablo.

En esto último creo que la gente tenía razón, pero nosotros los niños comprendíamos que, si Toribio actuaba ambiguamente, lo hacía porque era sumamente diplomático y enemigo de la violencia. Su intención no era ser dual, seguramente, pero corrían tiempos muy difíciles y Toribio (después de mucho rumiar) tal vez había encontrado, efectivamente, la fórmula para andar bien con Dios y con el Diablo; lo cual, después de todo, nos parecía más admirable que censurable.

Y si había hecho realmente tan significativo hallazgo, ¿por qué no iba a utilizarlo? Porque, vamos a ver, ¿quién que hubiese encontrado semejante fórmula no la hubiese utilizado? A nuestro modo de ver, en su caso sería perfectamente justificable ya que en una profesión tan vidriosa como la suya, había que aguzar el ingenio para subsistir; así, por un lado -y cumpliendo las instrucciones de su amo- tenía que espantar a los pajaritos, pero por otro lado era necesario atraerlos puesto que al fin y al cabo ellos constituían su clientela; por consiguiente, debía ingeniarse para espantarlos, pero sin enemistarse demasiado con ellos. Toribio tenía que ser, en rigor, un equilibrista. Y evidentemente lo era.

Toribio sabía que para conservar su empleo necesitaba tanto del amo como de los pajaritos porque, al fin de cuentas, eran ellos los que creaban la demanda, y si él los trataba muy, muy mal y ellos se iban para siempre, pobre Toribio, sin empleo, sin techo, sin pan, como linyera, pum-pum, pam-pam, golpeando en todas las puertas.

Toribio Pérez Toribio, toc-toc, tac-tac, golpeando sin cesar puertas cerradas.

Algunos autores afirmaban pues que esta imagen trágica en que aparecía Toribio golpeando en todas las puertas llegó a convertirse en una pesadilla que le quitaba el sueño a Toribio noches enteras -noches enteras con los ojos abiertos en la oscuridad y la cabeza hueca poblada de sombras siniestras- y que Toribio le tenía tanto miedo a la miseria que cuidar celosamente su empleo era su mayor preocupación en este mundo.

Pero otros autores aseguraban que todos esos eran tendenciosos comentarios que hacían circular los enemigos de Toribio para deformar su personalidad a los ojos de sus conciudadanos, que la única verdad era que a Toribio nunca le preocupó el confort ni el nivel social y

económico, ni el Mercedes Benz en la puerta con chofer uniformado, ni la reglamentación del tiempo al estilo burgués ni la mucama con cofia almidonada que sirve el té a las cinco de la tarde.

En síntesis, aseguraban estos autores que a Toribio nunca le habrían preocupado ninguna de esas obligaciones imaginarias que esclavizan al hombre. Y agregaban que si Toribio actuaba amistosamente y era afectuoso con los pajaritos era porque los amaba y no porque quisiera acomodarse con ellos; que Toribio amaba todas las cosas bellas y por sobre todas las cosas amaba la libertad; que lo único que le faltaba para ser un hippie era la barba, pero que algún día sin duda le crecerían algunos pelos y entonces no le faltaría nada.

Y como corolario terminaban afirmando que Toribio por su manera de pensar y por su exquisita sensibilidad era en realidad un artista, y un artista no puede preocuparse más que por la belleza y la libertad.

(Punto y aparte como decía mi maestra de primer grado).

También a la gente en general y a los astrólogos en particular, les preocupaba otro detalle del Emperador Toribio Pérez: querían saber bajo qué signo había nacido. Y a tal efecto se iniciaron las investigaciones correspondientes.

Según algunos estudiosos -que se habían agrupado en un Centro integrado más granado de la astrología del pueblo- Toribio tenía una característica de determinado signo: por ejemplo, amaba la armonía y la belleza en todas sus manifestaciones, era hábil, diplomático, y, de haberse dedicado a la docencia, hubiera sido un magnífico profesor de Relaciones Públicas; por otro lado, era ambicioso y autoritario y no transigía jamás con lo que no le agradara; era simpático y odioso al mismo tiempo y le gustaban los halagos; su contradictoria personalidad le granjeaba gran cantidad de amigos y enemigos. Por esas que hemos señalado y otras características por el estilo, Toribio -según estos astrólogos- habría nacido bajo el signo de Libra.

Pero otros astrólogos independientes decían que qué libra ni qué libra esterlina ni qué media libra de chocolate, Toribio nació justo en el momento en que no había ningún signo en el zodiaco. Justo en el instante en que el zodígrafo hacía "clic" al pasar de un signo al otro; de modo que Toribio Pérez se había quedado sin signo.

Otros astrólogos aficionados, en cambio, quizá en su afán de matarle el punto a los independientes y haciendo gala de una astrología de avanzada, aseguraban que el signo de Toribio era el signo menos.

Con estas palabras no querían significar que Toribio tenía algunas cualidades negativas o que era negativo; no, ellos aseguraban directamente que Toribio no había nacido nunca bajo

ningún signo, que en realidad no existía, que no tenía ni había tenido jamás existencia real y que Toribio en definitiva era menos Toribio.

Dentro de este grupo de astrólogos de vanguardia había algunos de ultravanguardia que argumentaban que si Toribio era menos-Toribio, muy bien podría ser también menos-menos-Toribio (o sea que en definitiva poseería doble signo) y que traducido al lenguaje matemático daría una especie de menos-Toribio al cuadrado; esta circunstancia de la duplicidad de su signo -según ellos- explicaría esa dualidad que se le atribuía y que era la que le permitiría andar bien con Dios y con el Diablo.

Pero otros astrólogos que no estaban de acuerdo con la política negativista de sus colegas de vanguardia, replicaban que, partiendo precisamente de la hipótesis del doble signo del presunto "ente abstracto": (menos Toribio al cuadrado), y teniendo en cuenta aquella clásica de los matemáticos antiguos que aseguraban que "menos por menos da más", habrían llegado a la conclusión de que Toribio sería absolutamente positivo y de existencia real.

Pero los astrólogos clásicos que no se embanderaban más que con la clásica y auténtica astrología, opinaban que cómo podía haber seres tan infradotados como para perder el tiempo en semejantes discusiones esotéricas acerca de un asunto que no admitía discusión, como era la existencia de Toribio; que era más razonable que dudaran de su propia existencia -pienso, luego existo- y no que dudaran de la existencia de Toribio. Que Toribio era tan Toribio que sin ningún esfuerzo de su parte podría llegar a multi-Toribio, y que si no lo hacía era para no echar más leña al fuego que alimentaban constantemente los envidiosos con sus rumores malintencionados, y, en suma, para no exacerbar más los ya exaltados ánimos con apabullantes demostraciones de su existencia. Que el día que Toribio dijera: "Sésamo ábrete", se abrirían todos los agujeros secretos de la Tierra y no quedaría títere con cabeza (ni sin cabeza). Y entonces sabrían con certeza si Toribio era o no era, porque sería el único que quedaría en pie.

Con lo cual no terminaba la polémica entre los astrólogos sino que empezaba de nuevo.

Pero todas estas hipótesis barajadas alrededor de su signo y las discusiones para esclarecer si su existencia era real o imaginaria no afectaban a Toribio en lo más mínimo. El permanecía siempre impasible como una catedral.

Él sabía que existía y estaba muy tranquilo a ese respecto. Y si algunos escépticos tenían sus dudas, mala suerte. Aunque, algunas veces, cuando se ponía a reflexionar seriamente sobre la cuestión, comprendía que esas absurdas disquisiciones en algún momento tal vez podrían llegar a tener su importancia; porque si sus conciudadanos creían realmente que él era imaginario, cuando en alguna eventualidad pasarán por su almacigo, al verlo creerían que era

una alucinación y seguirían de largo, llevándolo por delante. Entonces Toribio quedaría pataleando en el suelo hasta que esos imbéciles se convencieran de una vez por todas de que él no era menos-Toribio sino Toribio Pérez.

(Punto y aparte).

En otro orden de cosas, también había quienes afirmaban que Toribio era muy culto, que había terminado la carrera de Derecho en la Facultad y luego había seguido Diplomacia en el extranjero.

Pero nosotros, los niños, nunca creímos en semejantes afirmaciones. Primero porque sabíamos que Toribio no necesitaba tanta universidad para ser un hábil diplomático, y segundo porque nunca se había movido de su almácigo.

En fin, corrían tantas versiones sobre su personalidad.

Hay quienes lo veían como un mártir en perpetua inmolación, otros lo consideraban un ser frustrado, otros lo veían como un ser superdotado, una especie de Super-Toribio, algo así como un Genio convertido en mártir por la sociedad.

Otros decían que Toribio se hacía el mártir, pero que sabía bailar muy bien el pata-pata, el ra-ta-tá y el ziqui-ziqui. Algunos afirmaban que Toribio también bailaba flamenco y hay quienes aseguraban haberlo visto torear.

Con respecto a sus amistades, Toribio tenía un amigo acérrimo, mejor dicho, un enemigo acérrimo, Cristóbal ("Cristobalón"), el colega que cuidaba -alambrado de por medio- el huerto y los sembrados del vecino.

Como siempre, corrían varias versiones sobre esa presunta enemistad.

Algunos afirmaban que Toribio no quería tener amistad con Cristóbal porque Cristóbal no era de sangre azul y además no tenía donde caerse muerto.

Por supuesto que Toribio no era el Príncipe del Petróleo ni el Magnate de las Perlas Marinas, pero parece que por lo menos tenía un metro cuadrado de tierra para cuando le llegara la hora, según aseguraban algunos comedidos.

Y, a propósito, éste era un asunto muy discutido en el ambiente: el punto a, inciso primero, correspondiente a la fortuna de Toribio Pérez.

Nadie sabía a cuánto ascendía la fortuna de Toribio, pero muchos estaban de acuerdo en afirmar que Toribio tenía guita. Algunos juraban haberle visto contar montones de monedas de plata en las noches de luna.

Pero todas esas historias acerca de la cantidad no dejaban de ser simples conjeturas.

Que si tenía mucho, que si tenía poco, que si no tenía nada... tan hipotético como el caso de las margaritas: me quiere mucho, poquito, nada...

Algunos -fundándose más que nada en la lógica- afirmaban que, a Toribio, simplemente, como a todos, le gustaba el dinero; por pura intuición habría llegado a olfatear algo; según ellos, Toribio, en horas de exaltación había vislumbrado como los místicos en éxtasis- las maravillosas virtudes del Poderoso Caballero (del Poderoso Caballero don Dinero).

Pero no aseguraban nada más; dejaban las cosas ahí; no aclaraban, por ejemplo, si a causa de esa afición Toribio habría llegado o no ser virtuoso (un virtuoso Caballero).

Pero volvamos a las relaciones: Toribio-Poderoso Caballero.

Por aquellos días se dieron a publicidad los últimos descubrimientos de los científicos con respecto al dinero; según estos ilustres sabios, se habría descubierto que el dinero tiene la propiedad de transformar en azul la sangre roja.

Pero parece que a Toribio no le interesaban estos descubrimientos, que él -según algunos autores- no tenía problema pues siempre había sido un "sangre azul".

O tal vez -opinaban otros- no es que a Toribio no le interesaran, sino que nunca se había enterado de esos descubrimientos y por eso seguía tan tranquilo.

Pero otros -los que afirmaban que "Toribio tenía guita"- decían que Toribio sí se había enterado y que su entusiasmo por los morlacos provenía precisamente de esa época, que la euforia le agarró después de haber escuchado por ahí que los científicos que habían hecho estos descubrimientos, aseguraban además que el fenómeno en cuestión era reversible.

En una palabra, los sabios habían descubierto también que, si de pronto faltaba la guita en el bolsillo, la sangre azul se transformaba te en roja.

Percance que, de ocurrirle a Toribio, podría causarle un shock y dejarlo duro por el resto de su existencia. Y no porque a Toribio le importara el color de su sangre o tratara de lucirla para darse corte -afirmaban estos observadores- sino porque Toribio funcionaba solamente con sangre azul (como las biomes azules).

A esta circunstancia, es decir por temor al shock, se debería el hecho de que Toribio hubiese acumulado esa gran fortuna que se le atribuía.

Pero, como sucedió con tantos otros ociosos comentarios, los rumores acerca de la supuesta existencia de la fortuna de Toribio nunca pudieron confirmarse, porque él no hizo nunca manifestación de bienes y por lo tanto sus conciudadanos se quedaron sin saber si tenía o no fortuna, de lo cual los niños nos alegramos mucho, porque considerábamos que a ellos no les importaba un rabanito si Toribio era un multimillonario o un multipiojoso.

Pero dejando de lado estas disquisiciones alrededor de una fortuna tan discutida como hipotética y probablemente inexistente y volviendo a Toribio y Cristóbal, afirmaban algunos que otra de las causas de la enemistad entre ellos era que Toribio miraba con desconfianza a Cristóbal porque Cristóbal no tenía apellido.

Por supuesto que Toribio no pretendía que Cristóbal tuviera doble, triple o cuádruple apellido -aseguraban estos observadores- Toribio no exigía que Cristóbal se llamara, por ejemplo: Cristóbal Semilla de Melón Araoz de la Corneta; o Cristóbal Corazón de León Cornezuelo de Centeno; o Cristóbal Centurión Rojas Moreira de la Costanera del Río, Príncipe de las Remolachas y Marqués de las Papas Fritas.

En efecto -agregaban- tal vez Toribio no pretendía triple, ni siquiera doble apellido, tal vez se hubiera conformado solamente con uno, pero lo grave del caso era que Cristóbal no tenía ninguno.

Los detractores de Toribio -que siempre estaban a la pesca de cualquier secreto que pudieran descubrirle- decían que Toribio también tenía su historia que, si bien era cierto que él tenía apellido, el apellido que llevaba era el materno porque era hijo extramatrimonial, y de qué se las daba.

Que, en otras épocas, en que todo el mundo llevaba el apellido materno, Toribio hubiera estado con el suyo al último grito de la moda e incluso podía haber llegado a ser todo un personaje, pero que, en la actualidad, en que todo el mundo usaba el paterno, usar el apellido materno constituía una transgresión a la moda y en consecuencia era mal visto por la sociedad.

Y estas buenas gentes agregaban -siempre en el afán de echarle tierra a Toribio- que después de todo llamarse Pérez y no tener apellido era lo mismo porque Pérez se llama todo el mundo, hasta el Ratón Pérez.

Y que Pérez se convierte en apellido sólo cuando se le agrega un apellido francés a continuación, por ejemplo, Pérez Pompidú, o Pérez Richeliú, o Pérez Luis-Catorciú; pero que este no era el caso de Toribio porque Toribio se llamaba Pérez a secas, Pérez sin pena ni gloria.

Pero todas estas disquisiciones alrededor de los dobles o triples apellidos y de su papel en las relaciones Toribio-Cristóbal, se basaban en simples conjeturas tan hipotéticas como los marcianos, y no hacían más que embarullar las cosas. La única verdad es que Toribio y Cristóbal nunca se dirigían la palabra, ni siquiera para hablar del tiempo. Podían estar años enteros mirándose fijamente, sin pestañear, sudorosos y expectantes, cada uno clavado en su almáci-go.

-¿Qué le parece, don Toribio? ¿Cree usted que va a llover?

–Sí, don Cristóbal, parece que va a llover porque me duelen los meniscos.

Silencio. Más silencio... mientras, desde las reconditeces más sacrosantas de su alma Cristóbal se ruboriza hasta el sombrero.

Luego, con voz vacilante:

– ¿Le duelen los qué?

–Los meniscos.

Nuevo rubor de Cristóbal y nuevo silencio. Hasta que, tímidamente:

–Ah, caramba...

Nuevo silencio. Transpiración de Cristóbal. Más silencio. Más transpiración de Cristóbal. Hasta que, entre tartamudeos y pestañeos, se atreve por fin a preguntar:

–Y ¿Qué son los meniscos? – mientras se pone rojo como una remolacha.

Qué barbaridad, piensa Toribio mientras se retuerce los imaginarios bigotes, hasta dónde puede llegar la ignorancia de un ciudadano.

–Y los meniscos son dos resortes que tienen en las rodillas los jugadores de fútbol.

Cristóbal recupera lentamente su color natural y deja de transpirar. Nuevo silencio y luego:

–Pero usted no es un jugador de fútbol.

Y Toribio, súbitamente enardecido:

–Pero igualmente me duelen los meniscos. ¿O usted ahora va a prohibirme que me duelan?

Y, con voz de trueno:

–¡Faltaba más!

Largo silencio. Luego, tímidamente, Cristóbal:

–No lo comprendo, don Toribio.

Un gruñido de don Toribio y:

–Mala suerte.

Silencio final.

No; nada de eso. Nunca se dirigían la palabra, ni siquiera para hablar de los meniscos.

Otros decían que la verdadera causa de la enemistad entre Toribio y Cristóbal era muy otra; aseguraban que esta animosidad tenía su origen en los mezquinos sentimientos de Toribio, agregando con ademanes ampulosos que ellos tenían pruebas de que Toribio le tenía envidia a Cristóbal porque Cristóbal era más elegante que él y tenía mejor carácter.

Qué pruebas podrán tener estos imbéciles, pensábamos nosotros, los niños; pero reconocíamos que en cuanto a la elegancia de Cristóbal los imbéciles no exageraban; en realidad,

Cristóbal era un dandy; vestía con la más exquisita elegancia: riguroso traje negro de etiqueta, guantes, galera y bastón permanentemente como para asistir a un concierto o a una comida de gala. Toribio, en cambio, estaba siempre desaliñado y tenía más colores encima que un arco iris: pañuelo rojo al cuello, un saco azul demasiado largo, un pantalón verde demasiado corto (que dejaba ver las medias a rayas rojas y azules), unos zapatones negros sin lustrar (que llevaba siempre con los cordones desatados) y un sombrero amarillo de alas anchas completaban su atuendo.

En cuanto al carácter, los que afirmaban que Cristóbal tenía mejor carácter se basaban para aventurar sus opiniones más que nada en la actitud que asumía Cristóbal al desempeñar sus tareas específicas; Cristóbal tenía siempre la cabeza alta, el pecho erguido, el rostro sereno, la expresión amable; en cambio Toribio por su timidez o sus complejos o sus conflictos siempre estaba cabizbajo.

Otros, los eternos enemigos de Toribio decían que qué complejo o qué conflicto podía tener semejante caradura.

Y agregaban que por otra parte Toribio no siempre estaba cabizbajo; que muchas veces lo habían visto con la cabeza erguida; y que cuando Toribio levantaba la cabeza tenía una estampa más altiva que un duque y ostentaba en su rostro una expresión feroz, justo como corresponde a un Emperador Caudillo o lo que fuere de lo que se las daba o se las quería dar Toribio, según ellos.

Los detractores de Cristóbal, entretanto, haciendo referencia a su actitud altiva, aseguraban que Cristóbal era un engrupido y que tenía un complejo de superioridad.

Los defensores de Cristóbal, por otro lado, aseguraban que esa actitud no se debía a ningún complejo de superioridad sino a sus inclinaciones místicas, a su condición de devoto o directamente de santo.

Porque así era de frondosa la imaginación de las gentes de aquella aldea; eran capaces de convertir a cualquiera en santo o en demonio de la noche a la mañana y sin previo aviso, de modo que el último en enterarse era el propio protagonista.

Cualquier día, a cualquier hora y de cualquier esquina empezaba a salir un torrente de comentarios, un aluvión de rumores que nadie podía parar.

Siempre había dos grupos disputando en círculo, de manera que cada vecino que llegaba, se ubicaba en el respectivo lugar del círculo que, de acuerdo a sus ideas, le correspondía.

Y siempre, por supuesto, el blanco de los comentarios eran Toribio y Cristóbal.

Cuando se iniciaba en cualquier esquina una discusión entre toribianos y cristobalones, a medida que los defensores de Toribio se iban agregando al grupo los comentarios iban subiendo de tono en progresión geométrica, de modo que de santo o futuro santo que era Cristóbal cuando empezaba la discusión, al final terminaba siendo poco menos que un matón; y estas voces airadas agregaban que a pesar de la pinta de dandy lo único que le faltaba era la cartuchera en la cintura con siete pistolas cargadas con estroncio.

(Y quién sabe; quién sabe si le falta, agregaban sentenciosamente los toribianos, porque muy bien puede tenerla escondida debajo del smoking).

Los cristobalones, por su parte, se las habían ingeniado para crearle a Cristóbal esa fama de santulón de que disfrutaba, aunque -como en el caso de Toribio- nadie lo había visto nunca hacer ningún milagro ni asistir a ningún oficio religioso.

Pero la gente suponía -como consecuencia precisamente de la publicidad con que los cristobalones habían rodeado al asunto- que Cristóbal con su eterna cabeza levantada tenía forzosamente que estar rezando.

—¡Santo! ¡Santo! —exclamaban las viejas con fervor mientras le acomodaban una flor en la oreja y se arrodillaban a sus pies para prenderle una vela.

Por otro lado, los defensores de Toribio se servían de esta fama como la mejor arma para usarla en contra de Cristóbal; decían que Cristóbal vivía implorando al cielo perdón porque tenía miedo; y que sí tenía miedo era porque era un cobarde y un cobarde nunca podría llegar a ser un Gran Caudillo como Toribio.

Los cristobalones replicaban que Toribio podía ser muy gran caudillo y ejercitar su poderío sobre la Tierra y todo lo que sigue para abajo hacia el centro del planeta, pero que nunca se le había visto brillar una aureola sobre la cabeza; en cambio Cristóbal ejercía su dominio sobre una zona mucho más extensa e importante, una zona inconmensurable, como era el espacio sideral y sus infinitos sistemas solares, liderazgo que conquistaba merced a la gran evolución espiritual que había alcanzado y que le permitía lucir su aureola resplandeciente -como un rey su corona- en las noches oscuras, privilegio que Toribio no conocería ni después de siete mil veces muerto.

(Por supuesto que a esta resplandeciente aureola de Cristóbal sólo la veían los defensores de Cristóbal).

Y así estaban siempre las cosas: los defensores de Toribio, los detractores de Toribio, los defensores de Cristóbal, los detractores de Cristóbal.

Pero allí en realidad el único que contaba era Toribio. Cristóbal vegetaba ignorado a la sombra de la fama de Toribio.

En el pueblo las cosas estaban así:

Los defensores de Toribio se habían agrupado formando un poderoso partido, el Partido Rojo.

Por otro lado, los detractores de Toribio también se habían agrupado formando otro partido no menos poderoso: el Partido Amarillo.

El Partido Rojo había llegado a constituir el grupo político más importante del pueblo con Toribio a la cabeza; pero andando el tiempo se había deteriorado (el partido, no Toribio) y sus Rojos integrantes se habían dividido formando dos grupos: los defensores a muerte y los que apenitas. (O sea los Rojos puros y los Rojos con tendencias amarílicas).

Y es así como en el seno del Partido Rojo empezaron a producirse graves disturbios protagonizados por estos dos grupos.

Los Rojos habían sido siempre y eran aún, a pesar de sus eventuales diferencias, muy unidos; y todo iba bien hasta que surgía el tema de dar la vida por Toribio. Entonces empezaban a producirse súbitas metamorfosis en el ambiente, sucesivos cambios de expresión en el rostro de algunos Rojos que no podían ocultar las tendencias amarílicas que ensombrecían sus corazonas.

El ciclo de cada debate se cumplía siempre más o menos en la misma forma: las cosas empezaban con simples cambios de opiniones y terminaban con el cambio de algún hueso o de varios:

—¡Ay, mi clavícula!

—¡Ay, mi esternón!

—¡Ay, mi vesícula!

—¡Ay, mí riñón!

De modo que, en cada debate, el punto "morir por Toribio" empezaba a cualquier hora y terminaba veinticuatro horas más tarde, después de haber cumplido el siguiente ciclo:

Los defensores a muerte preguntaban quienes darían su vida por Toribio, mientras observaban amenazadoramente a sus correligionarios.

Entonces los que apenitas constituían el grupo disidente del Partido Rojo, que si eran muy toribianos pero que no llegarían al fanatismo de dar la vida por Toribio, y se autosubtitulaban en secreto "Rojos-Amarillos", guardaban un hosco silencio o contestaban con evasivas; se valían -para no comprometerse con palabras irremediables- de una palabreja que pronunciaban entre

dientes y que era como una nota intermedia entre un sí y un no, entre un sí confesado y un no inconfesado e inconfesable: ni, so, nis, sno, (vaya a saber cómo les saldría en el apuro).

Entonces los Rojos a muerte, enfurecidos con esa criminal ambigüedad de sus correligionarios, colocaban a los Rojo-Amaris contra la pared y les obligaban a contestar con una sola sílaba: sí o no.

Sí. O no. Los Rojoamaris contra la pared, descubiertos, derrotados, sin posibilidades ya de zafarse del trance pronunciando la palabrita mágica que en tantas otras oportunidades les había salvado la vida; los Rojoamaris acorralados, vencidos, candidatos al paredón, se sacaban al fin la máscara y reconocían públicamente que no darían su vida por Toribio.

Entonces los Rojos a muerte acusaban a los tibios de traidores y les endilgaban toda clase de adjetivos calificativos de esos que no se encuentran en ningún diccionario, y cuando se les acababan los adjetivos les tiraban directamente con sustantivos desde salames hasta gallinas cluecas. Hasta que al final terminaban acusando a los Rojoamaris directamente de Amarillos.

¡AMARILLOS!

Y esta era la palabra mágica a partir de la cual salían todos disparados como proyectiles por la ventana y se armaba una terrible gresca callejera que vista desde lejos parecía una colosal pelea de perros. Y a partir de aquel instante el Gran Monstruo Rojo quedaba dividido en dos.

Y empezaba a correrse la voz por todo el pueblo. Los primeros en acudir a la cita obligada eran, naturalmente, los detractores a muerte de Toribio, los brillantes Amarillos (generalmente la plana mayor del Partido), que en esas oportunidades colocaban sus sillitas en la vereda para disfrutar cómodamente de la función, sin perder ningún detalle.

Los Amarillos se relamían los bigotes de satisfacción cada vez que empezaba una pelea entre los Rojos, esperando con creciente impaciencia que esa fuera la última, la que exterminara definitivamente al Gran Monstruo Rojo. Y como el que espera desespera, los desesperados Amarillos querían de una vez por todas el grandioso espectáculo del suicidio del Monstruo, el espectáculo magnífico, admirable y apocalíptico de su autodestrucción.

Los Rojos entretanto seguían arreglando sus diferencias a patadas:

–Defendete -gritaban los Rojos tirándose como bolsas de papas sobre los Rojoamaris.

–Esperá un momentito, bestia, animal -gemían los Rojoamaris desde el suelo cada uno con una bota de un Rojo en la garganta. Y empezaban a suplicar.

Y los Rojos, en fila, cada uno con un Rojoamari de alfombra, al oír las súplicas de sus correligionarios, se miraban entre ellos, hasta que al fin: está bien -resolvían después de varias

consultas-, vamos a darles otra oportunidad. Y entonces, suavemente, con toda delicadeza, quitaban sus pesadas botas de las gargantas de los rebeldes.

A partir de ese momento los insurrectos, liberados ya de su condición de alfombras, empezaban a inflarse lentamente hasta recobrar la forma humana; a continuación movían un brazo, el otro brazo, una pierna, después levantaban la cabeza y se acomodaban los dientes que les quedaban o las dentaduras postizas, los pelos que les quedaban o las cabelleras postizas, y una vez cumplidos todos estos requisitos se levantaban de un salto e inmediatamente trataban de defenderse de las acusaciones de los Rojos diciendo que ellos eran muy toribianos, que eran tan Rojos como el que más era y no eran ni serían jamás Amarillos, pero que tampoco estaban dispuestos a soportar el destierro, el ostracismo y otras calamidades por el estilo, incluso la muerte, por defender la vida de Toribio.

Que ellos eran habitantes de ese pueblo y a mucha honra y por lo tanto no estaban dispuestos a fomentar el profugismo emigrando a otros países o pidiendo socorro a las embajadas extranjeras, por más líder y Caudillo que fuera el que hubiera que defender.

En definitiva, que ellos eran muy toribianos con Toribio vivo pero no con Toribio muerto. Ni con Toribio pena de muerte, Toribio cicuta, Toribio guillotina, Toribio al de meta-etabutano, Carbono Asesino, Hidrógeno Asesino, muerte hidrocarburada, digna de hormigas y cucarachas.

La muerte de la Cucaracha, en suma.

–Pero nosotros todavía no somos cucarachas -protestaron indignados- ni lo seremos nunca, probablemente.

Probablemente. Aunque algunos Rojoamaris tenían sus dudas por culpa de las teorías evolucionistas según las cuales cada ser humano al parecer ha recorrido una escala zoológica ascendente que incluye el estado de cucaracha en determinado período de la evolución. Y como ellos no sabían en qué punto de la escala estaban y si iban avanzando o retrocediendo, el futuro se les presentaba bastante dudoso, tan dudoso como el pasado y más incierto todavía. De modo que por ese motivo, a los Rojoamaris evolucionistas los carcomían las dudas, las terribles dudas metafísicas. Y no estaban nunca seguros de nada,

Pero optaban por la resignación:

–Y bueno, si ocurre, mala suerte –murmuraban con el rostro contraído y la mirada perdida en el vacío– si un día me salen unas alas en la espalda, unos bigotitos duros en la trompa y una docena de patas alrededor del cuerpo, y se me da por alimentarme con engrudo y recorrer

los caños de desagüe y los resumideros, mala suerte; pero entretanto...Entretanto Somos todavía seres humanos (¿lo somos?). Por lo tanto:

–No; la muerte de la Cucaracha, no.

Y saltando tomados de la mano, gritaban a coro:

–¡Con Toribio vivo, pero no con Toribio muerto!

Entonces los Rojos acusaban a sus correligionarios de gallinas cluecas y les gritaban:

–¡TURULEKAS!- mientras iban cercándolos y cacareando amenazadores: clo, clo, clo...  
glup, glup, glup... clo, clo, clo...

Glup, glup, glup, qué rico estaba el gusanito, tan bien aderezado y tan tiernito... glup, glup, glup.

Y a continuación se les tiraban encima.

Entonces los Rojosemaris se hacían a un lado para que los Rojos aterrizaran en la vereda de enfrente, y desde su vereda los acusaban de fanáticos, paranoicos y perros rabiosos hasta que al final los rodeaban gritándoles:

–¿Guau, guau, guau!-

–¡Andá a vacunarte!-

–¡Curate esa espuma que te sale por la boca!

–Andá a despulgarte!

– ¡Guau, guau, guau!

Y se abalanzaban como fieras sobre los Rojos.

El aspecto en general de la pelea era siempre el mismo. Y el final, también era casi siempre el mismo: terminaban los dos grupos en la comisaria del pueblo.

Y esto, en el mejor de los casos, porque algunas veces menos afortunados terminaban todos en el hospital.

De cualquier manera y al margen de otras consideraciones, los Rojos y los Rojoamaris ofrecían continuamente brillantes y gratuitos espectáculos de pugilato, lucha y karate a sus conciudadanos, motivo por el cual eran muy apreciados en su medio; pero lo más importante de estos acontecimientos era el papel fundamental que desempeñaban y la evolución económica de la región, por cuanto creaban continuamente fuentes de trabajo, sobre todo entre los traumatólogos, ortopedistas, craneólogos y demás huesólogos del pueblo.

Durante el combate, a pesar del fragor de la lucha y del vertiginoso girar de brazos y piernas alrededor de las cabezas, reinaba allí cierto orden que les permitía a los contendientes or-

ganizar la acción y prepararse para el desenlace, a tal punto que los pedidos de reposición de elementos se hacían siempre con la debida anticipación:

–Marche una pierna... –gritaba un Rojoamari desde la ambulancia, antes de saber en realidad qué era lo que se le habría roto.

–Don Pepino, vaya preparando un antebrazo... –gritaba un Rojo en medio de la pelea al ver entre la multitud de curiosos al dueño de la Casa Ortopédica mejor surtida del pueblo.

–Pero usted todavía está sano, quiero decir entero... –protestaba don Pepino retorciéndose los bigotes, mientras paseaba su mirada con codiciosa voracidad por todos los huesos sanos de la pelea, esperando que se rompieran cuanto antes en mil pedazos.

–Vaya, amigo, por las dudas... –replicaba el bravo luchador y seguía atacando y defendiéndose, mientras don Pepino salía disparado como una flecha en busca del hueso solicitado.

–Y usted vaya preparando un cuchillo para mis costillas... –dijo otro Rojo agarrándose el costado al ver entre la multitud al cirujano del pueblo.

Pero el cirujano, que no era el cirujano del pueblo sino el dueño del restaurante "Gato por Liebre", obviamente no entendió lo que le quisieron decir -o lo interpretó a su manera- y se apareció a los diez minutos con una ensalada mixta y dos cubiertos.

Los comerciantes y los médicos -sobre todo los cirujanos y los traumatólogos- eran los que más valoraban esta intensa actividad de los Rojos y, desde el fondo sacrosanto de sus bolsillos les agradecían los movidos y brillantes espectáculos que ofrecían a la comunidad, funciones que por su calidad y frecuencia tenían la virtud de impedir que la gente se muriera de aburrimiento en una aldea tan pequeña y pacífica como aquella.

(Los únicos que no estaban de acuerdo -obviamente- eran los funebreros, sepultureros y afines, que, aunque normalmente deberían haber sido los más beneficiados con esas grescas callejeras, por culpa de los cirujanos y traumatólogos que hacían unos malabarismos impresionantes con los huesos rotos y las tripas agujereadas, nunca en ninguna pelea ni siquiera un destripado llegaba a difunto. Pero, por supuesto, los Rojos eran los primeros en reconocer que no se puede complacer siempre a todo el mundo).

Y aquí termina la historia de los ROJOS y empieza la de los AMARILLOS.

## **CAPÍTULO II**

### **Amarilleando**

El otro bando en juego, o sea los detractores de Toribio, habían formado también un poderoso partido: el Partido Amarillo.

Este Partido con el tiempo fue deteriorándose debido a los incidentes que se producían continuamente entre sus miembros por la divergencia de opiniones con respecto a Toribio; de modo que quedó prácticamente dividido en dos grupos: los detractores a muerte y los que apenas o tibios.

Los detractores a muerte eran los auténticos Amarillos, mientras que los tibios formaban algo así como una secta secreta dentro del Partido, secta que estaba integrada por Amarillos que funcionaban como tales, pero que sentían una silenciosa simpatía por Toribio y se autosubtitulaban secretamente “Amari-Rojos”.

Los Amari-Rojos, por lo tanto, constituían la fracción sospechosa del Partido, pero debido al hermetismo que observaban en sus palabras y actos sus integrantes ni ellos mismos sabían hasta dónde se extendía ese sector disidente.

Estos dos grupos, los Amarillos y los Amari-Rojos, por la misma índole de su formación – mejor dicho por la índole secreta de la formación del grupo disidente– no estaban tan perfectamente delimitados como en el caso de los Rojos, de modo que dentro del Partido era casi imposible descubrir o llegar a saber con certeza quién era un Amari-Rojo, puesto que ellos cuidaban muy bien su pellejo y no se atrevían a sacarse la máscara ni siquiera entre ellos mismos.

Porque un Amarillo era un fanático de su partido y tenía un gran orgullo de serlo, cuanto más Amarillo, mejor.

Por eso trataba siempre de aislarse de toda influencia que pudiera debilitarlo, sobre todo de impresiones que pudieran herir de alguna manera su sensibilidad. Pero no siempre podía conservar esa invulnerabilidad; a veces, todo iba bien hasta que de pronto ocurría algo inexplicable y empezaba a cambiar; se transformaba; y el primer sorprendido era él mismo. Porque la transformación de un Amarillo en Amari-Rojo se operaba en regiones de su propio yo desconocidas para él mismo y afectaba las más recónditas profundidades de su corazón.

Un Amarillo era amarillo y brillaba con todo su esplendor mientras su corazón permaneciera invulnerable; brillaba solamente hasta el instante en que su corazón fuera tocado por el fuego del sentimiento, por las rojas y quemantes llamas del amor.

Y él conocía sus limitaciones. Por eso evitaba el peligro, huía de él. Y el peligro era Toribio Pérez.

Un Amarillo era invulnerable y brillaba con todo su esplendor hasta que se enfrentaba con Toribio; entonces ya no brillaba más y empezaba a arder; imperceptible, secretamente, ajeno casi a su propio drama, el amarillo se encendía lentamente y empezaba a arder; dispersado sin control en medio de un fuego arrollador, ardía envuelto en sus propias llamas, ardía violentamente hasta convertirse en una llamarada; y a partir de ese instante estaba perdido, porque empezaba a mirar a los seres a través de su propia pasión recién nacida, a reconocer a sus hermanos, a amarlos.

Toribio adquiría entonces a los ojos de ese Amarillo su verdadera dimensión y esta nueva imagen de Toribio se infiltraba en su alma y penetraba en su corazón en forma tan profunda que lo transformaba entero y ya nunca podía volver a ser el que había sido.

Y todos los Amarillos que se acercaban a Toribio sufrían la misma transformación. Toribio era como un imán, y ellos lo sabían; había una sola manera de escapar a su influencia: y era interponer la mayor distancia posible; así, todo aquel que se mantuviera suficientemente alejado de su radio de acción, permanecería invulnerable; pero los que transgredieran ese límite, caerían fatalmente bajo su influencia.

Pero no todos los Amarillos estaban dispuestos a admitir el poderoso magnetismo del Caudillo; no todos los Amarillos sabían —o tal vez algunos se resistieran a creer— que Toribio tenía, como los imanes, todas las moléculas orientadas en la misma dirección, lo que le confería un magnetismo casi mágico que lo hacía irresistible.

En efecto, algunos Amarillos, sobreestimando sus propias fuerzas o acaso decididos a rebelarse contra ese estigma, se acercaban al campo magnético de Toribio temerariamente, con el corazón desnudo, sin ninguna coraza que los protegiera. Y esos, precisamente esos, los Amarillos que se creyeron invulnerables o que se rebelaron un día contra la lógica y quisieron transgredir las leyes físicas sin perder el control de sí mismos, ahí estaban ahora, no brillando como Amarillos sino ardiendo como Rojos; ardiendo como Rojos en medio de los Amarillos.

Los Amarillos, conociendo el peligro que los acechaba continuamente, tomaban grandes precauciones. Cuando, por cualquier circunstancia, debían pasar cerca de Toribio, hacían grandes rodeos para evitar ser atrapados por las sutiles garras de su campo magnético. Pero, a

pesar de todas las precauciones que tomaran, Toribio, lentamente, sin prisa y sin pausa como las estrellas, -y sin que ellos mismos lo advirtieran- iba ganándole la batalla a los Amarillos.

Porque la influencia de Toribio parecía extenderse más allá del alcance de su campo magnético. Silenciosa, imperceptiblemente, Toribio iba adueñándose del corazón de los Amarillos; tan imperceptiblemente, que cuando ese extraño sentimiento que había brotado en sus almas como una planta exótica, se les revelaba de pronto en una circunstancia cualquiera, ellos eran los primeros en sentirse sorprendidos y turbados.

Entonces, a pesar del caos que reinaba en su interior, trataban de defenderse de ese sentimiento que tenía el poder de arrancar de raíz el odio de sus corazones y de impulsarlos a amar.

No; ellos no podían amar.

Por lo menos, no podían amar a Toribio; no les estaba permitido; no, mil veces no, se repetían a sí mismos con desesperación; amarlo, nunca; pero, después de aquel -o aquellos- extraños encuentros con Toribio en que podían o no haber participado directamente los protagonistas pero que indudablemente habían ocurrido en alguna dimensión del espacio, tampoco podían odiarlo, como era su deber. Entonces optaban por ocultar sus sentimientos culpables con una máscara de indiferencia. Y así permanecían mucho tiempo ocultando sus tendencias artísticas en el seno del Partido Amarillo.

Pero llegaba el día en que forzosamente tenían que quitarse la máscara. El día en que se realizaban las grandes Convenciones del partido, el Gran Día en que había que decidir sobre la Vida o la muerte de Toribio.

Entonces ya no era posible mantener por más tiempo la ambigüedad. Había que manifestarse aunque les costara la vida.

Las Convenciones del Partido Amarillo tenían un solo objetivo: decidir sobre la vida o la muerte de Toribio Pérez.

Cuando llegaba el Gran Día de la Convención antes del amanecer ya empezaba el debate.

Los Amarillos puros presentaban entonces sus cargos contra Toribio; en primer lugar acusaban a Toribio de impostor, decían que no estaba cuidando ningún sembrado; que Toribio con esa cara de mosca muerta en realidad estaba tapando un agujero por el cual se entraba a una ciudad subterránea, a una inmensa cueva de ladrones.

Pero no ladrones comunes, rateros de gallinas a medianoche, agregaban, sino ladrones internacionales, finos señoritos que viajan en avión con pasaportes falsos y hablan veinte idiomas con azafatas verdaderas.

Según algunas versiones en esta cueva secreta se guardaban todos los tesoros nacionales e internacionales de las principales capitales del mundo.

A este respecto, las acusaciones eran rotundas, lapidarias:

–¿Qué era la cueva de oro de Tutan-Kamón al lado de la ciudad subterránea con sus galerías secretas y columnas de oro, diamantes y esmeraldas de Toribio Pérez? –rugía el Jefe Amarillo con gesto amenazante.

–¿Y quién era Tutan-Kamón al lado de Toribio Pérez? –repetía paseando su mirada feroz por la Asamblea.

A continuación, silencio sepulcral. Hasta que, después de una prolongada pausa, se reanudaba la batahola en distintos sectores del salón.

–¿Qué eran los cuarenta ladrones de Alí Babá al lado de los compinches de Toribio Pérez? –gritaban unos Amarillos echando chispas por las órbitas.

–Unos aprendices...

–Unos inocentones...

–Unos inexpertos...

–Unos pajarones...

Cantaban las voces del coro en "la" menor.

–¿Qué era Al Capone al lado de Toribio Pérez? –aullaba enfurecido un Amarillo enano subiéndose a una mesa para que pudieran verlo.

–Un aprendiz...

–Un inocentón...

–Un inexperto...

–Un pajarón... –repetía el coro en "la mayor" (en la mayor de las conmociones por la que atravesaba el Partido).

–Nosotros hemos visto salirle humo –dijo uno desde el fondo del salón con los ojos desorbitados de espanto.

–¿Y de dónde puede salirle humo a Toribio –replicaban otros revelando en sus gestos y ademanes desordenados y en sus voces alteradas un estado emocional de extrema exaltación– sino de una cueva subterránea llena de explosivos?

–Toribio nos hará volar a todos –decían otros aterrorizados– si seguimos así pronto seremos polvo; nosotros estamos en realidad sentados sobre el cráter de un volcán, un volcán que en cualquier momento puede entrar en erupción.

(Y se daban palmaditas en el lugar donde generalmente explotan los volcanes).

–Yo he oído ruidos extraños–comentaba otro Amarillo y agregaba en voz baja y misteriosa:

–Tap, tap, tap...

–¿Y de dónde pueden salirle ruidos a Toribio–gemía otro temblando de horror– sino de los cómplices de Toribio que están construyendo bajo tierra un túnel secreto internacional?

–¿Internacional? Intercontinental; ¡INTERPLANETARIO!, decí más bien, INTER-SISTEMA-SOLAR, para ser más exactos–aullaba otro Amarillo echando espuma por la boca.

–Top-top-top... tap-tap-tap...–repetía el Amarillo que había oído los ruidos extraños y que a causa de ello había quedado obsesionado:

–Top-top-top... tap-tap-tap... –y agregaba mirando a sus correligionarios con ojos que se movían ya fuera de sus órbitas– ruidos rítmicos, amortiguados, como de pico y pala, día y noche, noche y día, top-top-top, tap-tap-tap...

Y seguía repitiendo como un disco rayado:

–Top-top-top... tap-tap-tap...

Y así, siempre en el mismo estilo, proseguía el debate. Los Amarillos, cada vez más furiosos y espantados, seguían haciendo conjeturas hasta el infinito.

(Ya a esta altura de las acusaciones la situación de Toribio parecía insostenible y las pruebas irrefutables, según ellos).

–Para colmo –agregaban los más perspicaces– Toribio posee el don de la impasibilidad; pueden estar acusándolo veinte millones de jueces que a él no se le moverá un pelo.

–Bueno, yo no creo que lo que él posee sea precisamente un don –replicó otro– sino un recalcitrante caradurismo.

–Y esta clase de sujetos son los más peligrosos porque no les entran ni las balas –opinó otro Amarillo que se las daba de experto.

–Sí; eso es verdad: Toribio está hecho a prueba de balas –comentó otro que también se las daba de conocedor.

(Y ya a esta altura del juicio había que votar).

El grupo de los Amarillos puros pedía para Toribio la pena de muerte. Y a partir de ese instante empezaban nuevamente las discusiones porque había que elegir qué muerte. Entonces unos pedían la horca; otros, el pelotón de fusilamiento; porque la horca no es segura –argumentaban–Toribio conoce muchos trucos; así, una vez que nosotros lo hayamos colgado de un árbol, por ejemplo, no le costaría nada cambiar de color quedar azul y poner cara de di-

funto, y después aflojarse la cuerda del pescuezo como si fuera el nudo de la corbata y salir caminando muy orondo con las plumas paradas como un gallo en su gallinero.

Pero otros no estaban de acuerdo con el pelotón de fusilamiento; “porque nos comprometeríamos ante la posteridad”, argüían. Entonces algunos opinaron que para deslindar responsabilidades ningún procedimiento más acertado que obligarlo a Toribio a hacerse el hara-kiri.

El asunto del hara-kiri produjo un gran revuelo entre los Amarillos. Algunos se inclinaban a favor y otros en contra.

–Porque al hara-kiri tendría que hacérselo el mismo y así nosotros nos lavaríamos las manos –opinaban los que estaban a favor.

–Pero Toribio no tiene experiencia en estas cosas –decían los que estaban en contra– a lo mejor se hace el tajo en la garganta y amanece degollado como una gallina en cualquier callejón.

–¿Y qué importa en dónde se haga el tajo –replicaban enardecidos los partidarios del hara-kiri– con tal de que se lo haga?

–Pero es que desde el punto de vista político no nos convendría; porque un tajo en otra parte que no sea el tradicional tajo en la barriga sería revolucionario y además quedaría antiestético –argumentó un Amarillo tradicionalista que quería las cosas en regla.

–Si seguimos así nos perderemos en detalles– protestó otro perdiendo la paciencia– Un tajo en cualquier parte que esté es siempre un tajo y no pretendemos de él sutilezas tales como que sea tradicional o revolucionario, sino que cumpla su objetivo; dé modo que votemos el hara-kiri y concluyamos este asunto.

Sí; tal como estaban las cosas, el hara-kiri sería, en verdad, una gran solución; pero, por alguna razón misteriosa, no todos estaban de acuerdo con las grandes soluciones.

–Pero es que por las más elementales razones éticas no podemos permitirlo; Toribio, a pesar de todo, sigue siendo un occidental y no podemos obligar a nadie en este hemisferio a morir al estilo oriental –objetaron algunos Amarillos anti hara-kiri a quienes evidentemente les preocupaba el estilo.

Y agregaban a continuación estas palabras, que eran en el fondo la velada confesión de la única causa por la cual no estaban de acuerdo con el hara-kiri:

–Además, al enterarse el pueblo –porque fatalmente se enterará– se levantaría enfurecido contra nosotros y en menos de veinte minutos nos harían picadillo.

Sí; esa era la verdadera, la única razón: el picadillo; todas las otras razones –éticas, estéticas y estilísticas– no eran más que distintos argumentos con que pretendían envolver la verdad, es decir eran sólo la lata del picadillo.

Pero, no obstante los graves inconvenientes que presentaba el proyecto, después de muchas deliberaciones consideraron que había que correr el riesgo; de modo que siguieron las tratativas en torno de la situación de un occidental a quien querían orientalizar de prepo pero que estaba de por medio el picadillo; en torno de un asesinato occidental que quería hacerlo aparecer como un suicidio oriental; pero el picadillo...

Pero por más picadillo de Amarillos que pudiera haber lo mismo les atraía la cosa y no querían desecharla así nomás.

Por lo tanto, seguían las tratativas en torno del hara-kiri.

–En el último de los casos –propuso un Amarillo en un arranque de inspiración– podríamos contratar un Maestro que le enseñe la técnica a Toribio y de este modo el Gran Caudillo una vez que hubiese aprendido el método ya no encontraría ningún pretexto para seguir viviendo; circunstancia que aprovecharíamos nosotros para obligarlo a que, en una ceremonia pública y por propia voluntad, se arranque los chinchulines; así quedaría listo el pollo y nosotros libres de culpa y cargo.

–Sí, esa me parece una excelente idea –dijo otro Amarillo y agrego con santa indignación– porque Toribio siempre ha encontrado algún pretexto para seguir viviendo, y es así como todavía está vivo nada más que gracias a su ingenio.

(“No sólo Toribio vive únicamente gracias a su ingenio” –pensaron algunos, pero se callaron la boca porque les convenía el mutis).

–Pero es que Toribio es muy hábil –murmuró con expresión pensativa en el rostro un Amarillo más perspicaz que sus correligionarios– si le permitimos que se elimine él mismo, sabemos que nos hará trampa; cumplirá, claro está, la ceremonia hasta el último detalle, eso ni dudar.

El Amarillo perspicaz paseó su mirada por la concurrencia y añadió:

–...y lo hará con todas las de la ley; así, es posible que empiece por ir a la peluquería para que el peluquero le haga una trencita en la nuca con un moñito rojo en la punta al estilo japonés; o tal vez se decida por una peluca platinada con rulos horizontales estilo Luis Quince recogidos en la nuca con un gran moño de terciopelo azul; también es posible que llegara en su escrupulosidad al extremo de tomar un baño (el primero de su vida, seguramente) con agua

tibia y sales aromáticas, y una vez concluida la ceremonia del baño, envuelva su cuerpo perfumado con una túnica traslúcida de seda natural bordada con rayos de luna.

El insólito Amarillo, entusiasmado, casi prendado de la imagen de Toribio saliendo del baño, agrega con los ojos entrecerrados y una sonrisa soñadora en los labios:

–A continuación, ya acicalado y compuesto, con exquisita elegancia en los movimientos y la más impenetrable expresión en el rostro, el Emperador Toribio Pérez se sentará como un Buda sobre un almohadón de terciopelo negro orlado de diamantes y con la insignia del escudo de armas del Imperio bordado en cada una de sus cuatro puntas.

El Amarillo, cada vez más embelesado con la imagen de Toribio, hace una pausa para emitir un débil suspiro, mientras los otros Amarillos lo escuchan estupefactos y no atinan a interrumpirlo, más que nada porque desean saber hasta dónde quiere llegar su correligionario con tan insólito entusiasmo por un condenado a muerte, máxime teniendo en cuenta que la condena depende de ellos mismos y que el condenado a muerte en cuestión es nada menos que Toribio Pérez.

Pero, ajeno al revuelo que está provocando entre sus correligionarios con sus sospechosas palabras y actitudes, el Amarillo perspicaz agrega, con mirada soñadora y una tierna sonrisa en los labios:

–Luego, con varonil ímpetu, heroica, trágica, desgarradoramente, el Emperador Toribio Pérez se hundiría un sable de doble filo en las entrañas, abriéndose un soberano tajo en la panza hasta que se le salgan las tripas...

Y repite embelesado, como recreándose con la beatífica imagen: –...hasta que se le salgan las tripas...

y sigue repitiendo, cada vez más extasiado:

–Las tripas... las tripas....

Hasta que se le seca la lengua y desaparece el color de sus mejillas por la intensa emoción que lo embarga.

Entretanto todos los Amarillos –conteniendo la respiración– se miran los unos a los otros cada vez más estupefactos, sin saber ya que pensar del increíble correligionario.

De pronto el orador se detiene en seco y permanece unos instantes en actitud expectante mientras va desapareciendo gradualmente la expresión soñadora de su semblante. A continuación, y después de un prolongado silencio, mirando a todos significativamente con cara de: "aquí está el detalle, la trampa", termina el rápido bosquejo Toribio hara-kiri con estas proféticas palabras:

–Y luego, poniendo cara de mártir, Toribio se hará el muerto.

Y agrega subrayando las palabras con un movimiento de cabeza:

–Se hará el muerto, claro, porque el muy caradura seguirá más vivo que todos nosotros juntos.

Entonces todos los Amarillos, al advertir el nuevo giro que ha tomado la cosa, se tranquilizan y empiezan a respirar nuevamente.

Entretanto el orador, ajeno por completo al ambiente de intranquilidad que ha creado con sus sospechosas actitudes toríbicas y mientras sus colegas se inflan y se desinflan cada vez que él abre la boca para hablar, agrega pensativo:

–Es posible también que antes de exhalar el supuesto último suspiro –celoso de cumplir la ceremonia hasta el final– el muy granuja saque la lengua para que se la cortemos.

–Oh, sí, es posible, cómo no –agregó otro Amarillo entusiasmado con la idea de cortar la lengua a Toribio– es casi seguro; Toribio sacará la lengua, sí señor, porque Toribio lengua afuera es mucho más promocionable que Toribio muerto como todo el mundo y precisamente con este último gesto de mártir Toribio se hará promoción para toda la eternidad, por lo menos, ya no necesitará otro martirio por muchísimo tiempo. Con lo cual creo que al fin y al cabo en el asunto del hara-kiri terminaremos beneficiándolo, porque por lo que sabemos de él, lo único que busca en todos sus actos es publicidad, publicidad a costa de cualquier cosa, aún a costa de su lengua.

–Sí, es verdad –afirmó otro Amarillo– como Toribio no desperdicia nunca la oportunidad de provocar el escándalo, pues sacará la lengua.

Y después de meditar un instante, agrega con el rostro contraído por la preocupación:

–Y esto de la lengua será escandaloso –dentro de la sobriedad de la ceremonia– sobre todo porque es la única parte del acto en que, obligadamente, tendremos que intervenir nosotros. Y esa será la venganza de Toribio. Porque, cuando ya agonizante, nuestro bravo moribundo saque la lengua y se quede inmóvil, tieso, lengua afuera, esperando... ¿Qué podemos hacer nosotros sino cortársela?

Cuando el último Amarillo terminó de hablar, algunos movían la cabeza en señal de asentimiento, mientras les resonaba en los oídos el sonido del enlace político-electrónico hara-kiri picadillo como una marcha fúnebre.

Entretanto el Amarillo perspicaz, el Amarillo soñador que se había extasiado con la imagen de Toribio en bata saliendo del baño, siguió razonando así para tranquilidad de sus correligionarios:

–En efecto, como dije al principio, con el hara-kiri no adelantaremos nada; porque, aún en el supuesto caso de que logremos que se lo haga, sabemos que Toribio nos hará trampa; porque para nadie es un secreto que conoce más trucos que un mago; es capaz de levantarse de la tumba y salir caminando muy campante con su esqueleto a cuestas; y en este caso particular en que tendrá que aguzar el ingenio más que de costumbre, es muy posible que proceda así: se hará un tajo en la panza de esos estilo yoga que cierran espontáneamente a los diez minutos; nos hará ver que corre sangre cuando en realidad será tinta roja derramada y para arreglar lo demás, comprará unos chinchulines en alguna carnicería y se los meterá en la faja para que, en el momento oportuno, le salgan por el agujero; y cuando saque la lengua postiza (porque la verdadera quedará bien escondida en algún rincón de su cavidad bucal) le servirá al muy caradura para decir: ja, ja, ja, en alegres carcajadas, riéndose de nosotros como un descosido; y, cada vez más divertido, seguirá desternillándose de risa hasta quedar enano.

Cuando el orador terminó de exponer, se produjo un profundo silencio en el salón, hasta que:

–Ja, ja, ja –repitió un Amarillo, contagiado.

–Ja, ja, ja –repitió otro y muy pronto todos los Amarillos se sacudían en sus asientos abriendo y cerrando las mandíbulas al rítmico compás del ja, ja, ja... hasta que les brotaron lágrimas de los ojos y les salió espuma por la boca.

–Ja, Ja, ja –repetía el Jefe Amarillo contagiado sacudiéndose muerto de risa mientras trataba de sostenerse sentado sobre su silla; y siguió retorciéndose sobre sí mismo, agarrándose la barriga y riendo a más no poder hasta que de pronto cambió bruscamente de expresión, y cortando en seco las carcajadas de todos sus correligionarios añadió con voz de trueno– pues teniendo en cuenta el ja, ja, ja y otros aspectos igualmente comprometedores del proyecto que podrían poner en peligro la integridad física y moral de sus auspiciadores, autores y ejecutores, opinó que por ahora el proyecto hara-kiri debe anotarse en el casillero de lo imposible, y por lo tanto quedar descartado, y a medida que se les iba pasando el ataque de risa: – Descartado...-

–Descartado... –repetían uno a uno los Amarillos mientras se secaban las últimas lágrimas y se acomodaban los pantalones en sus respectivos lugares estratégicos, y cuando todo había vuelto a la normalidad y los honorables miembros de la Asamblea se disponían a reanudar las deliberaciones, apareció un mozo con una bandeja repleta de pocillos de café, y empezó a distribuirlos entre los presentes.

El Jefe Amarillo, mientras introducía en el café una pastilla de sacarina, miró interrogativamente al mozo queriendo conocer su opinión al respecto y el mozo, que no sabía si estaban hablando de perros muertos o de tumbas amanecidas, pero sí sabía que ése era el Jefe:

–Descartado –dijo solemnemente.

Y, con tan autorizada opinión en la balanza de los pro y los contra, quedó el asunto del hara-kiri definitivamente descartado.

A continuación, el Jefe tomó la palabra para recordar a los Asambleístas que se estaba juzgando a Toribio Pérez y que un verdadero Amarillo sólo podía votar por la pena de muerte, agregando que restaba solamente considerar la forma en que esa pena debía aplicarse.

Después del silencio que siguió a estas palabras del Jefe, un Amarillo se subió a una mesa y dijo levantando los brazos:

–Si alguno quiere formular otra moción...–

Entonces se armó un revuelo de padre y señor nuestro, porque todos querían formular alguna moción.

–Silencio –ordenó el Jefe tratando de poner un poco de orden y agregó en perfecto castellano, señalando a uno de ellos– habla tú.

Y el elegido, temblando de excitación por la oportunidad que le brindaba el Jefe de exponer sus brillantes y evolucionadas ideas, dijo entusiasmado:

–Yo opino que lo mejor sería que a Toribio lo hirviéramos en aceite.

Profunda impresión en los miembros de la Convención. Profundo silencio. Hasta que:

–Pero Toribio frito va a tener feo olor –protestó uno.

Y en ese momento se adhirieron otros al partidario del hervor:

–Pero qué importa el feo olor si total no es para comérselo –replicaron enardecidos.

–Y, quién sabe –acotó uno tímidamente– a lo mejor con salsa blanca, salsa golf o huevo batido...

Entonces uno gritó: "caníbal" y otro gritó: "antropófago" y a continuación se abalanzaron todos sobre el caníbal con el propósito evidente de triturarlo, hasta que de pronto le empezaron a aparecer algunos partidarios al caníbal y la pelea se equilibró; cuando se restableció la calma, los partidarios del caníbal afirmaron que a ellos les parecía que mejor que hervido quedaría asado al horno pero con mucho limón; otro dijo que al fin de cuentas mucho más tierno y sabroso quedaría en escabeche; otro dijo que a él no le interesaba la ternura de Toribio, que le daría lo mismo si Toribio fuese un adoquín; otro dijo que qué falta de paladar; otro opinó que mejor que en escabeche y más fácil de preparar era a la vinagreta; otro protestó que

a él no le gustaba frío, que lo prefería saltado con perejil; sí, es mejor, dijo otro, porque a mí tampoco me gusta frito; podríamos prepararlo a la milanesa y servirlo con palmitos o margaritas; pero a mí no me gustan los palmitos, protestó otro indignado, yo lo preferiría con frutillas. Y yo con guindas y crema chantilly, y yo con chocolate y nueces...

Y siguió desfilando la colección de posibles menús a cuál más exquisito, hasta que de pronto se oyó un grito estentóreo desde el fondo del salón:

–¡Manga de antropófagos! ¡Acábenla! ¡Decídanse de una vez por la guillotina y se acabó!

–La guillotina ya no se usa, anticuado –replicó otro– ahora se utiliza la silla eléctrica y la hibernación artificial; no podemos ser tan atrasados ni tan pasados de moda.

–Sí, pero ¿de dónde sacamos una silla eléctrica? –preguntó con voz aflautada el de la guillotina.

–Es verdad; porque sillas, hay muchas –murmuró otro, preocupado– pero sillas eléctricas, yo no he visto ninguna.

–Eléctrica, burro, cuadrado, cúbico –gritó el de la eléctrica y agregó con toda la autoridad que le confería su categoría de Amarillo puro:

–Aquí lo único que hace falta es una silla –no importa qué estilo sea si francés, renacentista o abstracto– y un poco de habilidad; así, una vez que lo hayamos enlazado y lo tengamos bien atado a la silla a Toribio, le sacamos dos cables de la columna vertebral y lo enchufamos a un tomacorriente. Pueden tener entonces la más absoluta seguridad de que antes de tres minutos estará el "Gran Caudillo" pataleando y pidiéndole socorro a todos los santos del calendario.

En ese instante entró otro mozo trayendo una bandeja con vasos de cristal tallado, un recipiente con cubitos de hielo y una botella de whisky. Y mientras servía la bebida a los ilustres asambleístas y preguntaba a cada uno cuántos cubitos, olfateó algo sobre el tema que se estaba tratando en ese momento, pues había pescado al entrar palabras tan significativas como silla, tomacorriente y Gran Caudillo pataleando. Entonces empezó a atar cabos y, cuando comprendió cabalmente lo que significaba aquello, resolvió hablar directamente con el Jefe Amarillo. “¿Es posible-se dijo aterrado- es posible que en esta época existan aún estas Asambleas?”

Este mozo, menos perspicaz que el anterior, menos acostumbrado a servir a los grandes personajes, conservaba todavía en su rostro algunos rasgos de nobleza y en su cerebro algunos pensamientos propios.

De modo que, plantándose en medio de la Asamblea miró al Gran jefe Amarillo directamente a los ojos:

–Señor –dijo cortésmente señalando a su alrededor –¿Son necesarias estas asambleas?

Entonces todos los miembros de la Asamblea lo miraron estupefactos.

–¿A qué viene esa pregunta? –rugió el Jefe Amarillo mirándolo severamente.

El mozo parpadeó, se estremeció de pies a cabeza y guardó silencio durante un instante; pero luego, agarrando coraje dijo sin más trámites:

–Quisiera saber solamente si en esta Asamblea se decide sobre la Vida y la Muerte.

–Sí –masculló el Jefe fastidiado– pero no te preocupes porque no se trata de la tuya.

(Imbécil, pensó despectivamente el mozo, ya sé que no se trata de la mía).

Pero, decidido a no perder la compostura:

–¿Y de quién se trata? –volvió a preguntar cortésmente el mozo, pensando que era mejor correrlo al Jefe para donde disparaba.

Y el gran Jefe Amarillo, sin poder ocultar su satisfacción, dijo, relamiéndose los bigotes:

–Se trata de la Vida o la Muerte de Toribio Pérez.

El mozo meditó un instante y luego:

–¿Pero es que una Asamblea, por más representativa que sea, puede tener autoridad para decidir sobre la vida o la muerte de alguien? –preguntó con profunda consternación.

–¿De alguien, has dicho? –rugió el Jefe Amarillo horrorizado– No se trata simplemente de alguien; se trata de Toribio Pérez; y no hay nada más que agregar. ¿O no sabés quién es Toribio? ¿No sos, por ventura, de este pueblo?

El mozo parpadeó, carraspeó, miró detenidamente uno por uno a todos los asambleístas tratando de encontrar entre ellos algún ser humano, mejor dicho, algún ser con vestigios de ser humano, y luego arranco:

–Señor –dijo cortésmente– no hace falta ser de ningún pueblo en particular para saber que nadie tiene derecho sobre la vida de nadie. En efecto, no soy de este lugar ni conozco al tal Toribio ni sé tampoco por qué quieren matarlo. Pero quisiera preguntarle a usted: ¿es que no hay un sólo lugar para él en este pueblo? ¿O es que no hay bastante oxígeno en el aire para todos y por eso deben necesariamente morir algunos?

"Oxígeno", pensó el Jefe Amarillo, este debe de estar loco. Pero antes de que se dispusiera a contestar, le siguió cayendo encima la frenética lluvia de preguntas del enardecido mozo:

–¿No sería preferible extraer oxígeno del mar, de los árboles o de otra fuente cualquiera para que puedan respirar todos, si ese es el motivo, antes que tratar de eliminar a los indefensos y desheredados?

“¿Toribio indefenso y desheredado?” Este tipo no sabe lo que dice, pensó el Jefe Amarillo, pero antes de que pudiera abrir la boca para contestarle, el mozo siguió preguntando cada vez más enardecido:

–¿O es que siempre es necesario que mueran algunos para que los otros puedan seguir viviendo? ¿No hay bastante lugar en el mundo para todos?

El mozo, profundamente exaltado, se pasó la mano por la frente y prosiguió haciendo preguntas. Pero no parecía dirigirse ya directamente al Jefe Amarillo, sino al ser humano que suponía debía de haber sido alguna vez ese extraño ser que lo miraba con ojos sin expresión, como una máscara.

–¿Quién es el dueño de la Vida y de la Muerte? – preguntó suavemente y antes de que nadie pudiera responderle, agregó con más suavidad aún– sólo Él puede decidir.

Luego, apuntando acusadoramente con el dedo al Jefe Amarillo, añadió con énfasis:

–Yo no puedo quitarle a usted la vida porque no soy el dueño; no soy el dueño de su vida ni tampoco el dueño de mi propia vida. Nadie en la Tierra es dueño de nada; el que se cree dueño de algo, es víctima de una peligrosa ilusión; porque la Tierra es de todos y no es de nadie. El que cree que la posee se equivoca, porque ella se deja poseer como una amante complaciente mientras ríe macabramente esperando el momento de poseerlo a él. Ya es hora de que comprendamos que nadie es dueño de nada; estamos todos sobre la Tierra cumpliendo una misión hasta que el dueño de la Vida y de la Muerte decida sobre cada uno de nosotros. No podemos hacer sino tratar de averiguar cuál es esa misión y cumplirla. Y nada más.

El mozo, una vez que ha dado fin a su exaltado discurso, se inclina cortésmente ante el estupefacto Jefe de los Amarillos y, sirviéndole otra medida de whisky en el vaso, agrega con suavidad:

–Yo, por ejemplo, en este momento estoy cumpliendo mi misión.

Y el Jefe de los Amarillos nunca supo si el mozo se había referido al whisky que estaba sirviendo o a la perorata que se había mandado, porque antes de que pudiera reaccionar y contestarle como se merecía, el mozo desapareció con la bandeja tan intempestivamente como había entrado.

–Estos terminan siempre en el manicomio–comentó sacudiendo la cabeza. Y con la desaparición del mozo todo volvió inmediatamente a la normalidad.

–¿En qué estábamos? –Preguntó alegremente el Jefe Amarillo– mejor dicho, por dónde íbamos.

–Íbamos por la silla eléctrica, señor –dijo su secretario privado fijándose en la lista.

Pero algunos Amarillos que hasta ese momento no habían abierto la boca porque estaban profundamente concentrados en sus pensamientos tratando de encontrarle solución al problema, dijeron que ellos opinaban que por más vueltas que se le diera al asunto, siempre se llegaba al punto: Toribio muerto de mala muerte –cualquiera fuese la mala muerte, siempre que la provocaran ellos– iba a desatar una revolución.

No aludieron más al picadillo por pudor ni volvieron a mencionar al *hara-kiri*, pero como las dos ideas seguían fuertemente enlazadas en los cerebros de todos los assembleístas formando un poderoso campo magnético, al escucharse en el salón la palabra "revolución" hubo un estremecimiento general, y el campo magnético quedó inmediatamente reforzado por otro enlace político-electrónico no menos peligroso: el enlace revolución=puré.

En efecto, estos Amarillos anti-revolucionarios, profundamente impresionados por las imágenes apocalípticas que los enlaces político-electrónicos *hara-kiri*: *picadillo* y *revolución: puré* creaban en su imaginación, insistieron en que Toribio muerto de mala muerte, la venganza del pueblo sería terrible; Toribio muerto de mala muerte, provocaría una revolución; y la primera consecuencia sería un puré de Amarillos; y la segunda, la gente lo erigiría a Toribio inmediatamente a la categoría de mártir y que Toribio Mártir todas las mujeres llorando arrojadas a los pies de Toribio, adorándolo por todos los siglos de los siglos como si fuera la vaca Sagrada o el Buey Apis. Y todo lo que sucediera en el pueblo dirían las gentes son los milagros de Toribio.

Y agregaban que ellos no tolerarían jamás semejante idolatría, puesto que Toribio sólo podría ser Sagrado para infradotados como los Rojos, pero que en ningún momento permitirían que seres inteligentes como los habitantes de ese pueblo se dejaran arrastrar por el fanatismo y convirtieran en Sagrada una cosa tan profana como Toribio Pérez.

Este grupo de Amarillos que no estaba de acuerdo con el martirio de Toribio por las insospechadas consecuencias que acarrearía; preveía también como muy posible el hecho de que muerto Toribio, el pueblo instituyera inmediatamente el día de San Toribio y exigiera su beatificación.

... San Toribio Mártir, San Toribio Sumo Sacerdote, San Toribio como día Nacional; y Toribio muerto iba a tener aún mucho más poder que Toribio vivo.

Entonces, ante la posibilidad de tan catastróficas consecuencias, deciden cambiar de disco. Era necesario encontrar otra solución, una solución menos peligrosa. Pero, ¿cuál?

Y empezaban nuevamente las deliberaciones en busca de la solución.

–¿Pero es posible que estas cuestiones sean tan difíciles? –se preguntaban entre sí los Amarillos con profundo desaliento, considerando con detenimiento todas las alternativas posibles. Y después de deliberar varias horas creyeron haber resuelto el problema de una manera satisfactoria; en efecto, se decidieron por lo que consideraron la única solución: el exilio.

Toribio exiliado en alguna isla perdida en cualquier océano. Ah, qué dulce imagen, con qué placer los Amarillos evocaban tan maravillosa visión: entonces pudiera ser que alguna peste, que alguna bacteria, que algún virus...

–Porque, aunque Toribio esté hecho a prueba de balas –opinaban unos– no es posible que esté hecho también a prueba de virus...

Y reforzaban la genial observación con estas palabras que revelaban la preocupación de los Amarillos por el resultado final de la medida a adoptarse:

–Porque de no mediar algún virus siempre existiría el peligro de ver aparecer a Toribio de vuelta cualquier día por el río navegando en alguna botella.

–Qué botella tendrá que ser... yo diría un botellón –corrigió al que sin duda había visto alguna vez a Toribio en persona.

–Sí, es verdad –repetían preocupados– el exilio sólo no bastará; tiene que ser el exilio más el virus.

Entonces se ponían a estudiar el mapa para saber en qué océanos había más islas, y en qué islas había más virus; decían que este océano, que el otro, que el de más allá... que tal isla, que la otra que la de más allá... al final nunca alcanzaban los océanos ni las islas del mundo para el desterrado, nunca encontraban un lugar lo bastante lejano.

Tanto estudiaron hasta que llegaron a la conclusión de que no era imprescindible el virus, que podrían elegir un agente destructor de mayor tamaño, por ejemplo, un dinosaurio.

–Pero no tenemos por qué irnos al otro extremo –objetaron los de tendencias moderadas– muy bien podríamos ir recorriendo toda la escala zoológica por orden de tamaño y escoger luego el ejemplar de mayor peligrosidad.

Pero a pesar de las protestas de los moderados, triunfó por amplia mayoría el dinosaurio. Entonces empezaron a estudiar nuevamente el mapa para ver en qué islas, en qué montañas, en qué llanuras podía haber más dinosaurios. Estuvieron varias horas estudiando todos los accidentes geográficos y terminaron estudiando hasta los accidentes de tránsito. Y después de más de veinticinco días de consultar los mapas aéreos, terrestres y marítimos y cuando ya lo habían estudiado todo, hasta los túneles subterráneos que corren secretamente bajo las montañas de América...

...Rompió el silencio del salón la voz de un Amarillo que parecía tener muchas más luces aún que los demás y que no estaba –como el resto de los Convencionales– con la cabeza sepultada entre los mapas y los globos terráqueos. Este ilustre Amarillo, que había permanecido en estado cataléptico meditando durante los veinticinco días de deliberaciones, emergió de pronto de su abstracción espiritual como un ave de su cascarón y, sacudiendo violentamente las plumas de su catalepsia dio por sellado al producto bien cocinado de su profunda meditación.

–Pero los dinosaurios ya se terminaron –exclamó.

Y a partir de estas palabras se produjo un profundo silencio en el salón. Un silencio impresionante. Un silencio de muerte. Hasta que, transcurrido el tiempo que les insumió captar las vibraciones de la voz del que así había hablado, todos los miembros de la Convención simultáneamente desenterraron sus respectivas cabezas de entre los mapas y globos terráqueos y miraron estupefactos al Amarillo faquir.

–¿Qué has dicho? –le preguntaron todos al mismo tiempo.

Nueva expectativa. Nuevo silencio. Y después de una pausa que les pareció interminable:

–Dije que los dinosaurios ya se terminaron –repitió el Gran Pensador con el aplomo que le confería su calidad de iniciado en las disciplinas esotéricas.

Entonces uno de los Convencionales, un Amarillo gordinflón y bigotudo que había sido dotado por la Naturaleza de una extraordinaria rapidez mental, fue el primero en reaccionar:

–Ajá ¿conque ésas tenemos? –exclamó enardecido y agregó mirando acusadoramente a sus compañeros– ¿y *quién* de ustedes se los comió?

(Este brillante Amarillo creía seguramente que los dinosaurios eran escones, pasteles de crema o medias lunas). Y como todos permanecían mudos y nadie se dignaba contestar a su pregunta, gritó nuevamente amenazando con los puños cerrados a sus petrificados correligionarios:

–¡Respondan! ¿*Quién* de ustedes se los comió? –mientras pensaba, seguramente, en el desayuno. (En su frustrado desayuno sin escones, pasteles ni medias lunas).

Nuevo y expectante silencio. Hasta que por fin se dignó responder el Gran Sabio–faquir de la Asamblea:

–Nadie se los comió, analfabeto –dijo perdiendo la paciencia, mientras se calaba los anteojos para mirarle mejor la cara a su indignado correligionario; y a continuación agregó las siguientes palabras, que tenían por finalidad explicarle a su interlocutor y a todo el resto de la asamblea el fenómeno de la desaparición de los dinosaurios sobre la Tierra:

–Los dinosaurios desaparecieron como tales porque a través de las distintas eras Geológicas fueron evolucionando, transformándose, transfigurándose de acuerdo a la época que les tocaba vivir, y así fueron pasando por distintas formas hasta llegar a la época actual en que están cumpliendo la última etapa de su evolución convertidos en hormigas voladoras.

–¡HORMIGAS VOLADOOORAAAS! –repitió, asombrado, el coro estable de la Convención.

A continuación, se produjo un dramático silencio que nadie osaba quebrar. Hasta que de pronto salió quién sabe de dónde un aullido espeluznante:

–¿Y por qué no hablaste antes? –rugió amenazadoramente el dueño del aullido, un Amarillo feroz con aspecto de Karadagian, acercándose con los puños cerrados al Pensador-faquir que lo miraba impasible a través de sus inmensos anteojos sicodélicos– ¡Veinticinco días en trance, veinticinco días cataléptico como el Pensador de Rodin, veinticinco días duro y tieso como una momia, para salirnos con esto! ¡RAMSES SEGUNDO! ¡TUTAN=KAMOOON!...

E inmediatamente se escuchó en el salón otro aullido del mismo calibre que el anterior:

–¡Y nosotros... veinticinco años, digo veinticinco días estudiando el mapa y el globo terráqueo! ¡Veinticinco días sin afeitarnos, insomnes, momificados! ¡Veinticinco días petrificados, hambrientos, deshidratados! ¡Y ahora salís con-que-los-dinosaurios-no-existen! ¡Ahora salís con las hormigas voladoras! –gemía con los dientes apretados el Amarillo del segundo aullido, hasta que otro Amarillo furibundo abrió la boca para emitir el tercer alarido; y a continuación empezó un torneo de dimes y diretes dirigidos contra el Ramsés Segundo que, sin comprender nada de nada, permanecía impasible mirando a sus enfurecidos correligionarios a través de sus anteojos sicodélicos, mientras se sucedían intermitentemente los aullidos y los alaridos:

–¡Pero de qué te las das, batracio evolucionado!

–¡Renacuajo espeluznante!

–¡Loro apestado!

–¡Microbio recalcitrante!

–¡Ganso patilludo!

–¡Gusano peludo!

Epítetos que casi ponen en peligro la autoridad y el prestigio del Pensador-faquir dentro de la asamblea. Y antes de que la pila de adjetivos calificativos siguiera creciendo y rimando hasta transformarse en un poema, volvió a intervenir el Amarillo que se creía que los dinosaurios eran escones, pasteles o medias lunas:

–Bueno, está bien –dijo conciliador, tratando de restablecer la armonía– ya que no existen, ya que se terminaron, dejemos pues a los dinosaurios tranquilos y tratemos de buscar a algún pariente lejano, por ejemplo, los yacarés.

–Pero el yacaré no es pariente lejano del dinosaurio –protestó uno– no es ni siquiera pariente.

–Es posible, –replicó en tono condescendiente el del yacaré, tratando de no encender nuevamente el fuego– es posible que no sea el hermano ni el tío ni el sobrino, pero, ¿quién puede asegurar que no sean, por ejemplo, primos segundos?

Y empezó nuevamente la polémica porque había que tratar de averiguar el parentesco. Cuando después de varias horas de discutir el asunto llegaron a la conclusión de que los yacarés, por alguna rama del árbol genealógico, quizá podían, en efecto, ser parientes de los dinosaurios (basándose más que nada en el entrevero que hubo en el Arca de Noé), los Amarillos adoptaron por fin al yacaré y empezaron a estudiar nuevamente el mapa y los globos terráqueos para averiguar en qué islas, en qué llanuras, en qué montañas podrían encontrar un yacaré.

Y después de largas horas de estudio y cuando ya se habían decidido definitivamente por el yacaré, tomó la palabra otro Amarillo pensador que no había opinado hasta ese momento porque desde hacía un mes estaba sumido en profundas meditaciones, tratando de encontrar el mejor camino para salir airosos de tan engorroso asunto.

–Pero aquí hay un grave inconveniente que nadie ha tenido en cuenta todavía –dijo el Pensador Segundo mirando pensativamente a sus correligionarios y revelando al hablar, en sus gestos y en su voz una gran preocupación– y ese grave inconveniente que nadie ha tenido en cuenta es el siguiente: ningún yacaré en sus cabales se morfaría a Toribio; claro que, en principio, en una isla cubierta de vegetación, una vez avistado el objeto a la distancia, es muy posible que el yacaré se entusiasme; pero al ir acercándose a él, y después, peor aún, al tenerlo frente a frente, el pobre animal se asustaría de la traza de Toribio y lo dejaría pasar de largo... o pasaría de largo él...

El Pensador II hace una pausa mientras pasea su mirada inquisitiva por los rostros anhelantes de sus correligionarios:

–...porque digan ustedes lo que quieran –agrega señalando con el dedo índice a cada uno– pero no me van a negar que Toribio es un tipo estafalario.

(Oh, tanto introito para salirnos con esa novedad, mascullaron fastidiados algunos Amarillos, pero decidieron no interrumpir al personaje hasta el final, fuera lo que fuere lo que tuvieren que aguantar).

Entretanto:

–Un tipo estrafalario... –repetió el coro hasta que los últimos ecos se perdieron en la distancia.

Y mientras el coro cantaba y los Amarillos amarilleaban, el Pensador II seguía filosofando sobre el tipo estrafalario.

–No; no hay caso –repetía con profundo desaliento– Toribio no engrupiría a ningún yacaré.

Y agregaba haciendo grandes ademanes como para espantar a un fantasma:

–Porque yo me pongo en el lugar del yacaré, y me doy cuenta de que tragarse a Toribio debe de causar la misma sensación que tragarse un árbol seco con raíces y todo... crsh... crsh... crsh...

(Y movía las mandíbulas de arriba abajo y de derecha a izquierda como un caballo prendido a un fardo de alfalfa: crsh, crsh, crsh).

Y a continuación añadía, haciendo grandes arcadas como para arrojar del estómago a una ballena:

–Y por más salsa bechamel, y por más salsa golf, y por más mayonesa y perejil picado que le pongan...

Y el Pensador II, después de haberse mandado todo un banquete de arcadas y haber desprestigiado a Toribio todo lo posible en cuanto a sus cualidades como comestible, admite que aún puede haber alguna esperanza de que el reo termine sus días en la panza de algún yacaré, contando, desde luego, en primer lugar, con la casualidad.

De modo que, con la premura del caso, se dispone a dar a publicidad el hallazgo de una idea que acaba de germinar en su cerebro y que, desde luego, considera genial:

–Pues yo afirmaré, señores, que aún no todo está perdido –anuncia con aire de triunfo revolviendo nuevamente el dedo índice alrededor de las narices de sus correligionarios y agrega con los ojos brillantes de entusiasmo– porque pudiera existir la posibilidad (remota, pero posibilidad al fin) de que Toribio encuentre en la isla un yacaré que no esté muy bien de la cabeza; un yacaré medio tocado, digamos; entonces, es muy posible que en esas condiciones, el pobre animal, acuciado por el hambre y con las imágenes del mundo circundante distorsionadas a causa de su psicosis...

Hace una pausa para crear la mayor expectativa posible a su alrededor y a continuación agrega golosamente:

–Entonces... glup... glup... glup...

Pero el auspiciador del yacaré medio tocado, que venía tan embaldado con Su genial idea, de pronto se interrumpió bruscamente; era evidente que la perla no era tal perla, o que, al menos, no era tan brillante; porque, después de la larga pausa que siguió al glup, glup, glup, el otrora entusiasmado orador empezó a desinflarse como un globo pinchado; y perdiendo aire por todos los agujeros, con la cabeza gacha y entre suspiros y pestañeos agregó mirando a sus correligionarios desde el abismo de su desolación:

–Pero, aunque el yacaré esté un poco trastornado, aunque esté un poco bastante, digamos, aunque ya esté casi paranoico o paranoico del todo y ya frente a frente con el reo chapaleando en la misma laguna siempre existe la posibilidad de que antes de abrir la boca para tragárselo, se le ocurra mirarle la cara... y desde el instante en que el pobre irracional, ya debilitado mentalmente por otras causas, vea la cara de Toribio...

Y el Pensador II, cada vez más deprimido, repitió con voz monótona, mientras se le empezaban a aflojar todos los huesos del esqueleto:

–Desde el instante en que el pobre animal *vea la cara* de Toribio...

Y antes de que nadie tuviera tiempo de sujetarlo, se desplomó estrepitosamente en el suelo como una bolsa de papas.

Y quedó tan desarmado que nadie tampoco se atrevió a tocarlo.

Entretanto los minutos empezaron a pasar y siguieron pasando sin mayores novedades hasta que al cabo de una hora y media el enfermo empezó a reaccionar. Lentamente, con un gran esfuerzo el destartado personaje fue levantando uno por uno todos sus huesos del suelo y los volvió a colocar en los mismos lugares de su esqueleto en que los había colocado el Creador el día –o la noche– que lo fabricó.

Es decir, intentaba colocarlos, porque:

–Estaban por aquí, estaban más o menos por aquí, este en esta articulación y este en aquella otra... –mascullaba nerviosamente mientras trataba de acomodar sus huesos como para asistir a un concierto, pero estaba tan nervioso que no acertaba con ninguna articulación y al final de la operación quedó tan deformado que nadie lo reconoció.

(Quasimodo, pensó aterrado mirándose la impresionante joroba en un espejo; he quedado igualito a Quasimodo, y todo por culpa de ese maldito Toribio).

Y mientras se acomodaba nuevamente todos sus huesos frente al espejo, se prometió a sí mismo que nunca más se deprimiría por ningún Toribio; y a continuación, encendiendo un grueso cigarro, prosiguió hilvanando su interrumpida disertación:

–Como decía, desde el instante en que el pobre animalito vea la cara de Toribio... intentará escapar de aquello, y lo hará de cualquiera de estas dos maneras: huir despavorido o enloquecerá del todo.

Hace una pausa para echar al aire varias bocanadas de humo y agrega pensativo:

–Claro que lo que no sabemos es si la chifladura del animalejo será en definitiva favorable o perjudicial a nuestros fines; porque el quid de la cuestión en este caso es la reacción del yacaré; y el peligro es el siguiente: pudiera ocurrir, por ejemplo, que el impacto de su encuentro con Toribio sea tan tremendo, que produzca en el enfermo mental el efecto contrario, es decir, que nuestro trastornado yacaré recupere de golpe la razón. Funesto suceso que, de ocurrir, nos obligaría a cambiar de yacaré, porque ése ya no nos serviría para nada.

Y a continuación el Pensador II empezó a mover la cabeza de derecha a izquierda y de arriba a abajo como buscando otra idea salvadora, hasta que de pronto agitó la mano con el cigarro en alto como si acabase de realizar otro hallazgo del mismo calibre que el anterior y tuviese prisa por transmitir la noticia a sus correligionarios. De modo que, antes de que alguno de ellos pidiera la palabra y le estropeará la primicia:

–Bien; no os desesperéis, sin embargo –agregó con acento paternal– porque puede haber otra solución, y es la siguiente: tal como están las cosas, la única salida posible, sería que Toribio se encuentre en la isla con un yacaré trastornado y además corto de vista; un yacaré miope.

Pero, después de meditar un instante sobre su última idea genial, el orador desestimó su propia idea; en efecto, ya no le pareció tan genial. Hizo un ademán con su mano derecha como pidiendo a todos que olvidaran el asunto, y meneando la cabeza varias veces, murmuró con voz apagada:

–Pero eso, francamente, me parece bastante difícil de encontrar. Bastante difícil.

Y siguió rumiando sus temores y sus penas, mientras iba hundiéndose otra vez en el negro abismo de su depresión; con la cabeza gacha y los ojos perdidos en el vacío, fumaba distraídamente su cigarro; y cuando todo indicaba que iba camino de transformarse nuevamente en Quasimodo, atinó a tocar el timbre para que viniera un mozo en su auxilio.

Sí, la cosa se ponía cada vez más difícil; había, pues, que encontrarle una rápida solución; y cuanto más rápida, mejor; de modo que:

–Tráigame un destornillador con mucho hielo –le ordenó al mozo mientras se enjugaba con un pañuelo las gruesas gotas de sudor que empapaban su frente.

–Y para mí también, y para mí –pidieron unos y otros hasta que al final el mozo tuvo que traer doscientos cincuenta destornilladores.

Entretanto, el alcohol había empezado a hacer sentir sus efectos en los assembleístas.

–Miope –repetía, ya notablemente reanimado, el Pensador II, mientras paladeaba su destornillador– completamente miope, y además, trastornado; trastornado y completamente miope.

Y seguía repitiendo entre trago y trago mientras los ojos se le iban achicando cada vez más hasta convertirse en dos líneas horizontales primero y después directamente en dos puntos:

–Miope... miope y maniático... digo trastornado. Trastornado y miope...

Y estaban todos tan absortos cada uno con su copa en la mano que llegó un momento en que en el salón sólo se oía el rítmico glup, glup, glup, de los destornilladores que bajaban por las gargantas de los amarillos y el monótono farfuleo del moderno Quasimodo que había encontrado dentro de una copa la fórmula mágica para olvidar su quasimodez recalcitrante y todo lo que seguía para atrás y para adelante.

Hasta que de pronto, en medio del glup, glup, glup, en medio de ese rítmico río de sonidos repetidos y uniformes, se oyó la voz grave y bien timbrada de un Amarillo abstemio que masticaba chicle mientras los demás destornillaban.

–Pero Toribio no es tan feo –dijo entre globito y globito y agregó tímidamente– hay quienes hasta lo encuentran buen mozo.

Entonces todos los otros Amarillos, que ya se encontraban por el tercer destornillador, sacudiendo bruscamente sus curdas como fulminado por un rayo, abrieron la boca y los ojos simultáneamente y miraron estupefactos al que así había hablado.

Pero el imprevisible defensor de Toribio -que por su expresión ausente parecía encontrarse flotando en otra dimensión- agregó pensativo, sin dar muestras de haberse enterado siquiera del revuelo general que había causado con sus insólitas palabras:

–Es cierto que tiene, por esas ironías del destino, los ojos amarillos y la nariz color chocolate; es cierto que sus manos son demasiado grandes y deformes y que posiblemente no tenga un solo pelo en la cabeza; pero esos detalles no hacen al conjunto y después de todo le confieren mayor personalidad.

Silencio. Profundo silencio. Expectativa general.

Hasta que un Amarillo que seguramente había destornillado menos que los demás gritó enfurecido, mientras los otros recuperaban el habla con mayor o menor lentitud de acuerdo a sus respectivas capacidades de reacción (y a la cantidad de alcohol ingerido):

–Pero miren a esta bestia defendiendo al "Gran Caudillo" –y se abalanzó salvajemente sobre el culpable tratando en primer lugar de arrancarle las entrañas.

Acto seguido los dos Amarillos se trenzaron en una lucha feroz que duró varias horas y se desarrolló a tan altas velocidades que nadie podía acercarse al centro de la acción porque era repelido por las aspas del ventilador humano y terminaba aplastado como un chicle contra la pared. Sólo cuando el promedio de la velocidad de la pelea disminuyó, pudieron acercarse algunos comedidos hasta el centro mismo de la acción a separar a los contendientes.

Pero esta vez la cosa estaba tan entreverada que los comedidos, no sabiendo por dónde empezar debido al estado en que habían quedado los cuerpos, los entregaron a los expertos, que eran unos amarillos especialmente entrenados en la tarea de despegar los cuerpos trenzados y volver a acondicionarlos para otra pelea.

En el acto de la separación de los cuerpos, los expertos tuvieron que proceder cuidadosamente porque los dos Amarillos estaban tan mezclados que formaban una masa amarillenta blanda y homogénea como para hacer tallarines; la tarea resultaba harto difícil por cuanto allí no se sabía quién era quién y no había tampoco cómo averiguarlo, de modo tal que a pesar de la pericia de los expertos y del tiempo empleado en la reconstrucción de los contendientes, uno de ellos quedó con dos cabezas y el otro con tres brazos y una sola pierna y además los dos perdían aceite por todas las costuras.

–Pero, ¿de dónde les saldrá tanto aceite? –dijo uno preocupado, y poniendo una lata debajo se puso a juntar el líquido para la ensalada.

–Es que esto *no es aceite* –replicó otro mirando con los ojos fijos, como hipnotizado, caer el líquido en la lata– ¿no te das cuenta? Lo que pasa es que *todos nosotros tenemos la sangre amarilla*.

Y, de repente, sacudiéndose bruscamente y mirando de soslayo a su correligionario, rugió amenazante:

–¿O es que vos tenés la sangre roja?

Pero el interpelado estaba tan impresionado con la revelación que acababa de hacerle su correligionario respecto al color de su sangre, que se hubiera caído redondito al suelo, de no haber visto en ese momento al mozo que se acercaba con otro destornillador.

Y antes de que se iniciara una nueva pelea entre el sangre-amarilla y el sospechoso, aparecieron los expertos anunciando que habían logrado despegar completamente y volver a armar a los dos Amarillos rivales hasta dejarlos de primera y listos para otra gresca.

Los dos Amarillos rivales, entretanto, ya completamente individualizados uno con respecto al otro y cada uno con lo suyo, se pusieron a hacer gimnasia para no perder el estado atlético y recuperar la agilidad perdida.

Y mientras la calma volvía a restablecerse en el salón de conferencia los asambleístas hacían toda clase de comentarios sobre el suceso. Se hablaba del perfecto trabajo que habían ejecutado los expertos, de las piezas anatómicas que habían tenido que despegar y después volver a pegar en el cuerpo humano correspondiente, y al respecto dijo uno:

–Menos mal que los dos son Amarillos, porque en este caso, eso es lo más importante...

Pero para qué. Para qué habrá abierto la boca. Eso fue suficiente; la chispa que encendió la hoguera. Porque el Amarillo histérico, mejor dicho el que había empezado la histórica pelea y que por lo visto no había tenido aún bastante jaleo, dejó de hacer gimnasia y acercándose peligrosamente a su antiguo contrincante, el Amarillo del chicle, que también estaba haciendo gimnasia en el otro extremo del salón, dijo en alta voz estas significativas palabras:

–Pero es que este perro ya está apestando a Rojo...

–Más perro será tu bisabuelo... –replicó el otro sin inmutarse y siguió con sus flexiones y su respiración profunda.

–Te ofende lo de perro, pero no te ofende lo de Rojo –gritó a continuación el Amarillo histérico y agregó mostrando los colmillos que eso era lo único que quería saber.

Y emitiendo un aullido atronador como la sirena de una ambulancia para que le dejaran vía libre, voló veinticinco metros en línea recta y aterrizó justo entre los brazos del perro Rojo que en ese instante los tenía extendidos.

Y, como sí ya no hubiesen tenido bastante, el Amarillo histórico y el del chicle se trenzaron nuevamente en feroz combate mientras todos los Convencionales alzaban los brazos al cielo pidiéndole paz al Altísimo.

La pelea, como de costumbre, cumplió regularmente su ciclo y los dos protagonistas quedaron otra vez más revueltos y entreverados que un guiso de espaguetis hasta que aparecieron los expertos y después de pacientes esfuerzos lograron reacondicionar a los dos rivales y dejarlos listos para otro encuentro.

Ahora bien: todos los episodios hasta aquí fueron protagonizados por los Amarillos puros.

Entretanto los Amarillos tibios, que como ya hemos dicho constituye la fracción disidente dentro del Partido y se autosubtitulaban en secreto "Amari-Rojos", estaban muy quietecitos, muy circunspectos y calladitos formando un compacto semicírculo en el fondo del salón, una especie de media luna que abarcaba desde una puerta hasta la otra puerta (ellos se colocaban estratégicamente siempre cerca de las puertas por si el ambiente se tornaba irrespirable y tenían que salir disparados como proyectiles en busca de mejores aires).

De modo que, ya a esta altura de los acontecimientos, los momificados Amari-Rojos, que habían permanecido más de veinticinco días inmóviles, hipnotizados, mudos, petrificados; que no habían abierto la boca ni para mascar un chicle por temor a traicionarse, decidieron por fin intervenir, decir algo, apartarse de una vez de su actitud de esfinges, porque al fin, se dijeron, es mejor morir desintegrados que seguir viviendo como estatuas, sordos, ciegos y mudos junto a una puerta; porque si ellos albergaban en sus corazones un sentimiento de simpatía por Toribio, eso formaba parte de su destino; y un destino es un destino y hay que vivirlo como tal hasta sus últimas consecuencias. De modo que decidieron hablar; y resolvieron hacerlo con todas las de la ley y antes de que se efectuara la votación definitiva, para que se supiera. Por lo tanto, esta vez por propia voluntad y sin presiones de ninguna especie, los Amari-Rojos declararon:

*Primero:* Que con respecto al principal cargo que se le hacía a Toribio, o sea el de estar tapando un agujero secreto mientras aparentaba estar cuidando el sembrado de su amo (porque al fin de cuentas todo el lío era por un agujero) ellos aclaraban:

- a) Que nunca se había visto entrar a nadie por ningún agujero.
- b) Que nunca se había visto salir a *nadie* por ningún agujero.

Concluyendo: Que nunca se había visto a nadie (real ni imaginario, físico ni metafísico, terrestre ni extraterrestre) *entrar ni salir ningún agujero* (real ni imaginario, físico ni metafísico, nacional ni internacional).

Que, por lo tanto: EL AGUJERO EN CUESTIÓN -causante de toda la tragedia de Toribio- ERA DE DUDOSA EXISTENCIA, y que a su juicio era más prudente y justo tener pruebas antes de condenar a alguien.

Y *Segundo:* Que ellos no estaban de acuerdo con la guillotina, ni con el hara-kiri, ni con la silla eléctrica, ni con el árbol, ni con la isla, ni con la bacteria, ni con el virus, ni con el dinosaurio, ni con el yacaré, ni con el hervor; opinaban, sí, que un bañito no le vendría mal a Toribio, pero no de aceite hirviente sino de agua tibia y jabón.

Agua. Jabón. Dos palabras que, aisladas, eran inofensivas, pero que, juntas y en semejante circunstancia, produjeron una reacción en cadena con mayor velocidad de expansión y poder desintegrador que una bomba atómica.

—¡AGUA Y JABOOON! —gritaron espantados los doscientos cincuenta Amarillos más velozes de la colección y se abalanzaron como fieras contra los Amari-Rojos.

Pero los Amari-Rojos abrieron de golpe las puertas y se hicieron a un lado para dejar paso a los Amarillos que, cual modernos émulos de Icaro, en raudo vuelo atravesaron el salón, pasaron como flechas por todas las aberturas y descendiendo en picada aterrizaron con gran estrépito en la vereda.

Y una vez que el último Ícaro hubo desaparecido de la escena, los Amari-Rojos cerraron con candados las puertas y ventanas del salón y se quedaron adentro destornillando, mientras la horda de Amarillos, desde afuera, apenas pudieron ponerse en pie, empezaron a arañar las paredes y a patear las puertas para que sus correligionarios los dejaran entrar.

Y así terminó aquella memorable Asamblea de Amarillos que se había reunido para juzgar a Toribio Pérez.

El reo por esta vez se había salvado. Pero eso no significaba que el juicio quedaba cerrado. Significaba solamente que empezaba un cuarto intermedio. Un cuarto intermedio que duraría un año. Hasta la próxima Asamblea. Entonces todo volvería a comenzar.

Era como una pesadilla, como un círculo infernal. Siempre los mismos sucesos repitiéndose cíclicamente desde el principio al fin. Lo único que cambiaba era la forma de muerte a elegirse, que era cada vez más sofisticada.

Por lo demás, todo era siempre igual.

El mecanismo era siempre el mismo. Los Amari-Rojos defendían a Toribio de los Amari-llos, se convertían en defensores dentro del Partido; pero lo atacaban duramente cuando se encontraban con un Rojo, y si el Rojo se descuidaba le rompían el alma.

O sea que eran Rojos entre los Amarillos y Amarillos entre los Rojos; y entre ellos había también distintas tonalidades, de modo que desde el apenas afectado hasta el delirante se desplegaba una verdadera gama de Amari-Rojos degradé que colocados uno al lado del otro formaban una bandera multicolor que flameaba oculta, pero incesantemente entre los Amarillos.

Cuando se producía una de esas transformaciones dentro del Partido y nacía un Amari-Rojo, los Amarillos lo olfateaban enseguida y trataban de desenmascararlo, con las previsibles consecuencias.

Los Amari-Rojos, por su parte, se defendían diciendo que nunca llegarían a ser Rojos, que esa acusación era una calumnia infame, pero que tampoco serían criminales, sanguinarios y antropófagos como ellos, los Amarillos.

Y en cualquier café o restaurante en que se iniciaran estas discusiones volaban por los aires botellas vacías, ceniceros, tenedores y cuchillos, cucharitas y pocillos, mientras los Amarillos acusaban a los Amari-Rojos de cobardes, perdonavidas y traidores, y los Amari-Rojos a los Amarillos de destripadores y fanáticos.

—Hablá —ordenaba un Amarillo aplastándole a un Amari-Rojo el cráneo contra el suelo— ¿vas a seguir con tus actividades subversivas? ¿Vas a seguir alimentando y propagando tus tendencias rojísticas?

Y antes de que el pobre diablo que estaba en el suelo expirara con un aullido desgarrador, otro Amari-Rojo se abalanzaba sobre el Amarillo y lo hacía puré.

Entonces asomaban detrás del mostrador las cuatro cabezas del dueño del café, mejor dicho, cuatro centímetros de cabeza del dueño del café, de la cual salía una voz cavernosa que decía solemnemente:

—Me deben doscientas cincuenta botellas vacías, ciento veinte pocillos, doscientos platillos y cuarenta ceniceros.

Y acto seguido descendía a las profundas oscuridades, escondiéndose aceleradamente debajo del mostrador, hasta que se produjera otra pausa en la lucha que le permitiera asomar nuevamente los cuatro centímetros de su cabeza sin peligro de que le aplastara el jopo algún puñetazo perdido.

—Tranquilo, buen hombre —replicaban los combatientes enardecidos mientras seguían atacando y defendiéndose— que hasta que no te debamos cuatrocientos ceniceros esto no para.

Y así, después de cada parrafito que se echaban para matizar, los bravos contendientes reanudaban la pelea con más energías que antes, mientras el tranquilo buen hombre oraba por la paz en las oscuridades.

Y así estaban siempre las cosas en aquella aldea: un Amarillo que de pronto era impactado por la personalidad de Toribio y se convertía en defensor dentro del Partido, de modo que de Amarillo se pasaba a Amari-Rojo o un Rojo que de pronto empezaba a encontrarle fallas a Toribio y se convertía en detractor dentro del Partido, de modo que de Rojo se pesaba a Rojoamari: Era una continua metamorfosis, un perpetuo transformarse de Amarillo en Amari-Rojo y de Rojo en Rojoamari. Tal era el poder de Toribio que tenía conmocionada a toda la

población. Pero estas transformaciones tenían un límite; nunca un Amari-Rojo podía llegar a ser un Rojo ni un Rojoamari a ser un Amarillo.

A todo esto, los dueños de bares y cafés temblaban espantados cuando alguno de estos grupos hacía irrupción en sus locales.

Por suerte los Rojos y los Amarillos nunca llegaban a encontrarse; cuando un Rojo iba por una vereda, el Amarillo iba por la vereda de enfrente; así siempre, veredeando, veredeando, en la misma dirección o en sentido contrario, cada uno por su vereda.

Los Rojos y los Amarillos acomodaban sus destinos de manera que fueran como rectas paralelas que nunca podrán encontrarse, a tal punto que estos seres nacían, vivían y morían y nunca llegaban a encontrarse.

Los que sí se encontraban por la misma vereda eran las fracciones moderadas de cada Partido, los Rojoamaris y los Amari-Rojos, y entonces se producían los únicos encuentros moderados de que tienen memoria los habitantes del pueblo; estos encuentros eran tan moderados debido a la gran confusión de sentimientos con respecto a Toribio que reinaba entre los contendientes que a veces llegaba a límites tan peligrosos como la tentación de reunirse todos en un restaurante a comer una parrillada con varias botellas de vino para celebrar el encuentro.

En cambio, cuando se encontraban por la misma vereda y por cualquier parte los integrantes de un mismo partido, por ejemplo, los Amarillos y los Amari-Rojos, los entreveros que protagonizaban eran tan espectaculares que no defraudaban jamás a ningún espectador por exigente que fuere. Así, ocurría que:

Unos (los Amarillos):

—¡Cobardes, perdonavidas, traidores!

Y los otros (los Amari-Rojos):

—¡Destripadores, antropófagos, fanáticos!

(Primer round, segundo, tercero, decimoquinto round y la ambulancia).

O se encontraban los Rojos y los Rojo-Amaris y entonces:

Unos (los Rojos):

—Turu... turu... turulekas...les traeremos huevos cuando estén kulekas...

Y los otros (los Rojo-Amaris):

—Gallitos de lata, bravucones de pacotilla...traigan nomás los huevos para hacer una tortilla...

Y los Rojos de nuevo:

–Pelandrúnes abacanados, maricones; cajetillas, no se las den de guapos que les rompemos las costillas...

Y los Rojo-Amaris:

–Vayan e vacunarse al antirrábico, y no se olviden el certificádico...guau, guau, guau...

Hasta que, agotada la poesía, empezaba la música de trompis directos a la mandíbula y se prolongaba la cosa hasta el amanecer.

Y aquí termina la historia de los Amarillos y empieza... Pero mejor demos vuelta la hoja...

## CAPÍTULO III

### Los Solemnes Ejecutivos

Otra cosa que quería saber la gente y que tenía intrigada a toda la población era de qué material era Toribio.

Como siempre, por supuesto, todos tenían distinta opinión.

En una Convención de Ejecutivos que se llevó a cabo en un elegante salón de la calle principal del pueblo para lanzar al mercado mundial un nuevo producto, la conversación derivó fatalmente hacia ese tema. Todos Ejecutivos de distintos idiomas, con sus audífonos, sus intérpretes y sus secretarios privados, subsecretarios, camarógrafos, periodistas y fotógrafos; todos rigurosamente colocados alrededor de una mesa redonda y por orden alfabético.

El salón estaba adornado con una gran alfombra de terciopelo rojo que cubría gran parte del parqué, y unos cuadros al óleo en las paredes; un velador de pie y un juego de sillones de cuero, además de la mesa redonda y las sillas, constituían todo el mobiliario.

Ante todo, es necesario aclarar que los Ejecutivos no eran toribianos ni antitoribianos; eran más bien librepensadores.

Y así empezó el debate sobre el nuevo y revolucionario detergente que los magnates del jabón tenían que lanzar al mercado mundial.

El Presidente de la Convención dijo solemnemente:

—Estamos en el aire, señores.

Entonces todos los convencionales -que en ese momento se encontraban distraídos- creyeron que iban flotando en una nube y miraron hacia abajo para admirar el paisaje; pero lo hicieron con tanta fijeza que todos los ojos simultáneamente se desprendieron de sus respectivas órbitas y aterrizaron contra la alfombra de terciopelo rojo, las patas de la mesa y una multitud de pares de zapatos con sus correspondientes medias a rayas, caladas y a lunares; y se produjo una gran confusión porque a causa de esa distracción colectiva, los Ejecutivos quedaron sin ojos -sentaditos muy tiesos en sus sillas- mientras los ojos quedaban sin Ejecutivos y aplastados como globitos desinflados sobre la alfombra; hasta que de pronto y como dirigidos por control remoto, los globitos desinflados desde el suelo divisaron las cámaras de televisión y los camarógrafos y, comprendiendo a qué aire se había referido el Presidente, regresaron mansamente a sus órbitas, cada cual con su respectivo dueño.

Y a partir de ese instante, cada Ejecutivo con su par de ojos y demás elementos en orden permaneció quieto en su molde y sin ningún deseo de volver a distraerse.

A continuación, un Ejecutivo sin más trámites dijo que Toribio pertenecía a la Química Inorgánica porque nunca se le había visto un Carbono.

–Esa no es suficiente prueba –dijo otro Ejecutivo rápidamente– porque yo a vos tampoco nunca te he visto un Carbono y no voy a decir por eso que perteneces a la Inorgánica.

Entonces el Ejecutivo de la Inorgánica hizo oír su potente voz de Ejecutivo:

–Pensá de mí lo que quieras –vociferó indignado– pero no me compares con ése.

Y a continuación de esta vehemente explosión verbal, se produjo la correspondiente traducción a la cual siguió un profundo silencio en el salón. Hasta que de pronto salió desde algún rincón de la Asamblea un alarido patriótico:

–¡Cómo ese, perro extranjero! –gritó en perfecto español el dueño del alarido, un Ejecutivo nativo profundamente indignado y sin necesidad de intérprete.

Por fortuna el intérprete del perro extranjero estaba distraído y no oyó nada, motivo por el cual no le tradujo la frasecita a su Jefe.

Y gracias a esta laguna mental del intérprete, no volvió a alterarse la calma en el solemne salón de conferencias.

Entonces apareció otro Ejecutivo partidario del Carbono que, blandiendo en alto el dedo índice, dijo con una gran autoridad en la voz:

–Para mí el caso Toribio Pérez no tiene ningún misterio; yo sostengo no sólo que no pertenece a la Inorgánica, sino que Toribio está sostenido únicamente por una cadena de Carbonos.

Y a continuación agregó el partidario del Carbono, a modo de explicación:

–Cuando dije que Toribio está sostenido únicamente por Carbono, no quise significar que no haya otros elementos que lo constituyan, sino que el Carbono es el esqueleto sobre el cual se apoyan los otros; por eso afirmo que está constituido no sólo principalmente por Carbono, sino que, queriendo ser aún más preciso y sin temor de equivocarme, sostengo que Toribio pertenece a una sustancia ternaria.

–¿Una sustancia terciaria? –dijo alarmado, en esperanto, un Ejecutivo desde el otro extremo de la mesa– ¿De la ERA Terciaria?

Y agregó a continuación, profundamente descorazonado:

–Pero qué anciano debe de ser Toribio.

–¡Qué Era Terciaria ni qué pollo frito! –vociferó el Ejecutivo de la ternaria exasperado cuando su intérprete le tradujo el esperanto y agregó, tratando de serenarse:

–Me refiero a una sustancia ternaria: carbono, oxígeno, hidrógeno; específicamente, celulosa.

Pero la reacción no se hizo esperar:

–¡Celulosa! ¡No, eso no te lo permitooo! -gritó otro Ejecutivo indignado- lo de la cadena de Carbonos, perfecto; pero Toribio no es ternario; Toribio es cuaternario!

Y levantando aún más la voz aulló desafiante:

–¡Toribio es proteico! ¡Proteicooo! -mientras los taquígrafos y los grabadores trabajaban vertiginosamente para captar hasta las últimas oes...

Y como nadie replicaba nada, como no encontraba apoyo ni resistencia entre los miembros de la Convención, agregó gritando con toda el alma, mientras los bigotes le flameaban como banderas al viento:

–¡Toribio cuaternario, Toribio cadena de aminoácidos, Toribio nitrogenado, nitrito, nitrato, Toribio Nitrógeno purooo! –mientras a los taquígrafos y a los grabadores se les saltaban las agujas.

A continuación, nuestro vehemente Ejecutivo hizo una pausa para tomar aliento.

Y como sus ilustres colegas seguían aún mudos, petrificados, aprendices de momias o vaya a saber qué; como nadie hasta el momento osaba rebatir su opinión, ni siquiera el partidario de la celulosa; como nadie hablaba ni para bien ni para mal, el Ejecutivo de la Proteína subiéndose a una mesa empezó a agitar los brazos, a mover tric-trac la cabeza para todos lados como si quisiera arrancársela a tirones, y a zapatear rabiosamente sobre la mesa mientras seguía aullando y echando llamaradas por los ojos. Hasta que al fin resumió su teoría gritando con los puños cerrados en alto como desafiando a todos los Convencionales juntos:

–¡Toribio es más proteico que una VACA! –mientras las cámaras de televisión transmitían las imágenes en colores del Ejecutivo delirante y del resto de la Convención a todo el país.

Cuando cesaron los últimos aullidos del disertante se produjo un profundo silencio en el salón. Un silencio impresionante.

Algunos bajaban la cabeza y otros se miraban circularmente alrededor de la mesa, sin decir nada, mientras el Tiempo, como un pálido fantasma, seguía pasando lenta, imperceptible, inexorablemente a través de todos los convencionales.

Hasta que ese silencio transparente y duro, ese silencio de hielo que reinaba en todo el ámbito del salón y que había ido creciendo como un río helado alrededor de los miembros de la Convención hasta estrangularles las gargantas, fue quebrado bruscamente por una voz estentórea y apocalíptica como las trompetas del Juicio Final:

–¿Quién dijo que Toribio es una Vaca?

El chorro de ondas esféricas salió en línea recta desde el fondo de alguna garganta y después de estrellarse contra toda la estructura material que encontró a su paso fue dispersándose lentamente por todo el salón, como pétalos de nieve empujados por el viento. Y siguió dispersándose cada vez más lentamente hasta que los últimos pétalos cayeron sobre la alfombra de terciopelo rojo y se desvanecieron.

Entonces empezó otro silencio. Los silencios y los aullidos se intercalaban artísticamente en el espacio formando una especie de melodía rítmica y pegadiza.

El último silencio fue roto estrepitosamente por los aullidos de otro Ejecutivo nativo enfurecido:

–Pero, ¡cómo es posible confundir a Toribio con una vaca! –gritó escandalizado y agregó, suavizando la voz– Es verdad que a veces muge y que cuando quiere hacerse el sonso pone cara de vaca, pero nunca nadie ha podido hasta ahora tomar café con leche al pie de Toribio.

Y de pronto se mezclaron los silencios con los aullidos porque en el momento en que cronológicamente correspondía a un silencio, empezaron a escucharse nuevamente los gritos del Ejecutivo de la Proteína:

–¡Toribio es Cuaternario, Toribio es Proteicooo! –aullaba gesticulando con la cara roja como un tomate.

Y antes de que se le reventaran las venas del cuello, alcanzó a gritar con los puños en alto:

–¡Toribio es más proteico que un burrooo!

Y cayó redondo al suelo, con gran ruido de huesos y metales.

–¡Burrooo! –repitió el coro que en ese momento estaba distraído y oyó solamente la última palabra.

Y antes de que apareciera alguno defendiendo al burro, se apresuró a intervenir el Ejecutivo de la terciaria, mejor dicho, de la ternaria:

–No te pongas así –dijo y agregó, conciliador– yo te concedo, les concedo a todos, si quieren, que Toribio, aunque no tenga ni un Carbono, pertenezca a la Química Orgánica, o que sea Carbono puro y pertenezca a la Inorgánica... porque todo puede ser...

Y abandonando de pronto su actitud conciliadora agregó desafiante:

–...pero Toribio no es cuaternario, Toribio es ternario, Toribio es Celulosaaa!

–¡Qué celulosa ni que papel madera! –gritó el Ejecutivo de la Proteica desde el suelo, mientras trataba de levantar pacientemente y de a poco cada grupo de huesos con sus respectivas articulaciones (y eso estoicamente, sin ay, ay, ay, sin anestesia y sin hipnosis).

Y mientras su heroico colega trataba de recuperar la forma humana -y lo que más le preocupaba; su elegancia- y luchaba empecinadamente tratando de reacondicionar sus bigotitos frente a un espejo, en el otro extremo de la mesa el impetuoso Ejecutivo de la Celulosa se atragantó con un chicle.

–¡Tkjibio es Cekrjosa! –farfulló haciendo un gran esfuerzo mientras los blancos globitos le asomaban como burbujas entre los dientes. Y a partir de ese momento empezó a palidecer y siguió perdiendo color y movimiento de tal forma que quedó amarillento e inmóvil como una estatua de marfil; y permaneció así durante mucho tiempo hasta que por causa de la interrupción de la función respiratoria empezó a quedar celeste; después pasó directamente al azul y cuando iba quedando casi azul marino, pidió por señas a su secretario un escarbadiantes, lo introdujo en el interior de sus fauces y se desatragantó; (circunstancia que le permitió seguir arremetiendo con la celulosa).

–Glup, glup, glup... (Hondo suspiro y después de interminables farfulleos) Os digo que celulosa pura; y para ser más preciso y sin temor de equivocarme... -agregó teatralmente haciendo grandes aspavientos, mientras se metía otro chicle en la boca; pero antes de que pudiera agregar una palabra más se atragantó nuevamente con el otro chicle.

Entonces aprovechó la oportunidad el Ejecutivo de la Proteína para hablar a sus anchas, sin molestas interrupciones, mientras el otro palidecía, después quedaba celeste, etcétera, vale decir, proseguía cumpliendo con todo esmero el ritual de sus atragantamientos.

–Toribio es proteico, ya lo he dicho antes –dijo el orador componiéndose la garganta como para cantar la ópera Rigoletto y agrego con gran solemnidad– pero lo que aún no he informado a ustedes es que Toribio está constituido por una sola célula.

–¡UNA SOLA CÉLULA! –repitió el coro asombrado.

Mientras se escuchaba en todo el ámbito del salón el farfulleo ininteligible y desesperado del atragantado Ejecutivo de la Celulosa.

–¡Toribio es Celulosa! –repetía sin cesar mientras avanzaba peligrosamente hacia los últimos azules de la paleta; pero como ocurre con las funciones repetidas, los espectadores estaban cansándose de esos espectáculos siempre iguales y no les causaban ya ninguna gracia (si eso era lo que se proponía el improvisado faquir con sus atragantamientos).

Y mientras el secretario privado y los subsecretarios esperaban una orden de este original Príncipe Azul (en este caso "ejecutivo azul") para acudir a socorrerlo:

–¡TKJIBIO ES CEKRJOSA! –volvió a gritar con tanta fuerza que se desatragantó de golpe lanzando el chicle como un proyectil contra la pared. Con lo cual pudo empezar a respirar de

nuevo y en consecuencia fue perdiendo progresivamente esa gama de azules que le daba ese aspecto de personaje distinguido.

Entretanto el asunto de la sola célula había intrigado a toda la concurrencia.

–¿Qué es eso de una sola célula? –preguntó un Ejecutivo que no se avergonzaba, como los demás, de no saber interpretar bien ciertas Cosas.

–Una sola célula es una sola célula y no es un obelisco –replicó envalentonado el orador con la misma expresión en la cara que suelen tener algunos para decir palabras tales como: "idiota", "buenas noches", "se cae de maduro" o "pajarón".

–¡Pajarooooon! –repitió el coro, con gran profusión de oes.

Y después de referirse con tanta irrespetuosidad al obelisco, nuestro elegante Ejecutivo de la Proteína decidió prepararse para un largo discurso; a tal efecto, empezó por arreglarse el cuello del smoking y el moñito de terciopelo negro que le adornaba la camisa; a continuación se palpó los ojos para verificar si seguían permaneciendo dentro de sus respectivas órbitas, porque algunas veces cuando hablaba en público y le atacaba el tic nervioso, sus hermosos ojos negros se le cruzaban en tal forma que al menor descuido el ojo izquierdo saltaba directamente a la órbita derecha y el derecho iba a parar a la izquierda, en medio de la consternación de sus oyentes.

(–Pero, por suerte, ahora parece que todo marcha bien –masculló satisfecho).

Y ya tranquilizado con respecto a su apariencia física, juzgó que había llegado el momento de arreglar su apariencia metafísica, diciendo al mundo la verdad. Una verdad que había callado hasta entonces, tal vez por cobardía; una verdad que había ocultado como se oculta un sentimiento que avergüenza o un amor prohibido. Una verdad que le quemaba las alas desde hacía mucho tiempo, y que trataba de revelar a sus colegas hacía apenas unos instantes, pero que tal vez nadie había comprendido. De modo que sin más retoques ni preámbulos y abarcando con una sombría y penetrante mirada a su auditorio, lanzó su tremenda revelación:

–Toribio Pérez es una Macromolécula –dijo solemnemente.

–¡UNA MACROMOLÉCULA! –repitió el coro asombrado sin saber adónde ponerle el acento.

El distinguido auditorio, en principio, guardó silencio. Ante una afirmación tan categórica, ¿qué otra cosa podía hacer? Era evidente que había quedado algo confundido con la teoría de la Macromolécula. Además, nadie se explicaba cómo el veleidoso Ejecutivo podía pasarse tan bruscamente y sin dar ninguna explicación, de la Proteína a la Macromolécula. Sobre todo, la palabreja esa les resultaba un tanto confusa; porque ¿qué significaba en concreto?

La palabra, en sí misma, les sonaba como a tuerca; algo metálico, duro, frío, tal vez masticable, pero masticable con ruido a hierro o a aluminio triturado; algo con movimiento propio como las tuercas.

Y en el aire de todo el ámbito del salón, antes tan límpido, empezaron a aparecer una gran cantidad de imágenes mentales con forma de tuercas, imágenes transparentes y movedizas que, desprendiéndose de la cabeza de cada Ejecutivo, se dirigieron directamente hacia arriba y quedaron flotando en el espacio como paracaidistas.

Y después de mucho meditar sobre los metales, los confundidos convencionales llegaron al fin a la conclusión de que su colega tal vez habría querido significar con esa palabra que Toribio era una tuerca. O un tuerca.

Pero no queriendo pasar por ignorantes, no preguntaron nada y siguió la expectativa y el revuelo de tuercas en el aire.

Entretanto el orador, alentado por la comprensión, el interés y el apoyo que le brindaban sus oyentes, siguió exponiendo su teoría:

–En efecto: Toribio es una Macromolécula –repitió asintiendo al mismo tiempo con la cabeza– algo así como una ameba gigante; un amebón, si lo prefieren.

Cuando el Ejecutivo Macromolécula pronunció la palabra amebón, desaparecieron las tuercas voladoras y aparecieron otras imágenes flotando en el espacio.

Las nuevas imágenes que invadieron el salón parecían bolsas de papas. Bolsas alargadas con jorobas en el lomo y dos orejas.

Y en pocos segundos el espacio se llenó de bolsas de papas orejadas que flotaban en el aire como paracaidistas.

Esas fueron las imágenes mentales que creó el término "amebón" en labios del Ejecutivo Macromolécula.

Pero el orador a esta altura de su disertación ya se sentía dueño del ambiente y permanecía indiferente al revuelo metafísico que creaba con sus términos. De modo que, con la calma que le confería el hecho de sentirse dueño de la verdad, siguió exponiendo su teoría sobre la génesis de Toribio:

–Como les decía, señores, Toribio es, en definitiva, un amebón; un amebón que un día cualquiera por hacerse el gracioso o por no seguir pasando inadvertido emitió cuatro seudópodos, uno para cada esquina distribuidos de modo que dos de ellos permanecieran fijos en lo alto y otros dos un poco más abajo; con estos cuatro seudópodos formó los brazos y las piernas de Toribio; y otro día en que estaba aún de mejor humor emitió un seudopodito largo, tie-

so y puntiagudo y fabricó la nariz. ¡Y el resultado de esa aventura fue Toribio Pérez! Toribio Pérez de cuerpo presente.

–Pero el acto de transfiguración a que se había sometido el amebón por propia voluntad –prosiguió diciendo el disertante– de pronto sufrió algunos inconvenientes y se interrumpió; se interrumpió justo en el instante en que el amebón tenía que formar el resto de la cara de Toribio. Por alguna circunstancia que se desconoce, el amebón dejó la cosa como estaba y por eso Toribio Pérez tiene la cara que tiene.

–¡Toribio Pérez tiene la cara que tiene! –repitió el coro con voz aflautada.

Entonces el orador, que no quería interrupciones, pidió silencio al coro con un ademán imperioso de su aristocrática mano.

–Pero el amebón –prosiguió diciendo– que siempre había sido un enemigo mortal del arte clásico, repudiándolo con toda su alma en cuanta ocasión se le presentara, y que se había volcado al barroco más que nada por rebeldía, al mirarse en el espejo se sintió íntimamente satisfecho con la cara contrahecha de Toribio y la dejó inconclusa para siempre.

El Ejecutivo Macromolécula hizo una pausa y tosió con una tosecita discreta como para llamar la atención de sus colegas por las dudas (por las dudas estuviesen durmiendo); y a continuación prosiguió su discurso, haciendo toda clase de ademanes raros como si estuviese torciéndole el pescuezo a una gallina y utilizando al hablar un estilo declamatorio más propio de un antiguo juglar (sólo le faltaba la guitarrita eléctrica) que de un Ejecutivo de la Era Espacial:

–El consumado artista –dijo refiriéndose al amebón– al contemplarse en el espejo, quedó sumamente complacido; diré más bien asombrado de su propia obra; (lo que es la ignorancia y la falta de sentido estético, dirán algunos criticones) ; pero sea como fuere, el caso es que el amebón quedó realmente admirado, extasiado, sin palabras para expresar su propio asombro frente a la perfección que había alcanzado en la realización de su obra, que calificó allí mismo de obra maestra.

E inmediatamente le puso un cartelito, para que se supiera. Y empezó desde ese mismo instante a soñar secretamente con el Premio Nobel; un viajecito al extranjero -murmuró exaltado- dólares hasta para tirar para arriba, el reconocimiento de los intelectuales y la admiración del mundo.

El amebón, entusiasmado, pensó que si la primera intentona le había salido una obra maestra, cómo serían las siguientes: Pero meditando más profundamente, tratando de llegar al fondo de la cuestión, el creador comprendió que se estaba autolimitando al considerar a Toribio

perfecto, al calificar a Toribio como su obra maestra, ya que ello presupondría que no podría en adelante hacer nada igual o mejor. Y el amebón sentía en lo más profundo de su ser que sus posibilidades eran infinitas. Sentía correr por sus venas la inspiración como un vino embriagador. Sabía instintivamente que estaba llamado a grandes destinos, que era un Elegido que había llegado al mundo con la misión de realizar grandiosas obras que inmortalizaran su nombre y colocaran a su autor sobre el pedestal de la gloria como si fuera un dios.

El Ejecutivo Macromolécula hizo una nueva pausa mientras extraía una pastilla de un bolsillo de su smoking, y después de despedazarla con sus dientes se la tragó en seco; entonces algunos pensaron que el distinguido colega tendría gastritis. Y una vez cumplida esta patética ceremonia, el patético orador continuó con su disertación, mientras la pastilla neutralizaba su acidez:

–El exaltado amebón –prosiguió diciendo, sin acordarse para nada de comer ni de dormir, y enloquecido con su excelso destino de Elegido, de Supremo Artista, deliraba; no cabía ya dentro de su membrana; corría sin ton ni son por toda la habitación hasta que de Pronto se detenía en seco, desorbitado y exhausto y permanecía largo tiempo inmóvil, como sumido en profundo éxtasis, pálido y reconcentrado como un faquir; pero apenas le atacaba el delirio empezaba a correr nuevamente a toda velocidad como un poseído, a contorsionarse para todos lados hasta quedar con la lengua afuera, y lengua afuera seguía bailando frenéticamente al compás de cualquier ritmo, meciéndose, sacudiéndose, retorciéndose y saltando hasta el techo como un resorte, cada vez más enardecido y eufórico. Y entre baile y baile y entre salto y salto, el amebón seguía reflexionando: por supuesto que Toribio Pérez -se decía a sí mismo mientras ascendía vertiginosamente- Toribio Pérez, a pesar de su Perfección, es sólo el primer ensayo, nada más que un ensayo -y seguía repitiéndose mientras chocaba contra el techo- Toribio Pérez es un triste ensayo tal vez, un tristísimo ensayo con toda Seguridad...

... y Toribio iba descendiendo cada vez más en el concepto de su creador; ya iba quedando a la altura de un poroto, cuando...

(El Ejecutivo Macromolécula hizo una nueva pausa para extraer un pañuelo de encajes del bolsillo de su smoking y luego agregó:)

...entonces fue cuando le salieron las Primeras lágrimas a Toribio Pérez. Las Primeras lágrimas por la primera pena: la pena de ser un ser insignificante, despreciado por su propio creador.

(El Orador, profundamente conmovido, se enjugó una lágrima de cada ojo y después de engullirse otra misteriosa pastilla que nadie sabía para qué, prosiguió hablando con la voz entrecortada por la emoción).

–El que lloraba en silencio era Toribio; el inocente, tierno y recién nacido Toribio; es decir lloraba Toribio, la obra; pero las lágrimas salían por los ojos del amebón, el autor. Y el amebón, que en ese momento estaba bailando a toda máquina enardecido como un demonio, al sentir ese torrente de agua que le corría por la cara, se paró en seco y quedó como petrificado. “¿Qué sucede? ¿De dónde sale esta agua?”, gritó palpándose las mejillas; y cuando comprendió que ese río desbordado que le bañaba el rostro eran las lágrimas de Toribio, quedó profundamente turbado y confundido. “¿Era posible? ¿Le había ocurrido a algún artista alguna vez algo semejante?” murmuró y empezó a hacer memoria. “Miguel Ángel, pensó: cuando Miguel Ángel terminó de esculpir su obra "Moisés", golpeó a la estatua con el martillo en la rodilla y le ordenó: "¡Parla!"; pero Moisés no habló”. El amebón siguió haciendo memoria, pero en toda la historia del arte no encontró un solo caso parecido al suyo; “yo debo de ser el artista más original de la historia se decía en un estado de exaltación incontrolable; porque Moisés no habla; pero a Toribio ¿se le están cayendo las lágrimas!”

Y el amebón tenía razón; Toribio lloraba; ¡lloraba! no había nada que hacerle.

El Ejecutivo Macromolécula, profundamente conmovido, se detuvo un instante para enjugarse algunas lágrimas que le nublaban los ojos y después de guardar el pañuelo de encajes en el bolsillo de su smoking, prosiguió diciendo con la voz enronquecida por la emoción:

–Comprenderéis entonces la confusión que se produjo a partir de esas lágrimas en la conciencia del flamante autor, porque no pudo distinguir ya quién era el que estaba eufórico y quién deprimido, quién lloraba con lagrimones de cocodrilo y quién provocaba el llanto; no sabía ya, en definitiva, quién era el creador y quién lo creado, no sabía separar al autor de su obra ya que tan fusionados estaban el uno con el otro. Y siguió vertiendo agua por los ojos y exaltándose hasta el techo mientras la confusión crecía en su mente y lo azotaba en todas direcciones como una tempestad. Pero a pesar de los ataques de alegría y de tristeza, de euforia y de llanto que le sobrevenían alternativamente (por causa de sus dos Personalidades) y de la anarquía que reinaba en su cerebro, el novel autor comprendió que esa situación en la que se encontraba tenía que terminar. No podía continuar despedazándose en medio del vendaval. Había que solucionar el problema; arrancar el mal de raíz. Sí, pero ¿cómo? ¿Huir, acaso?

Imposible. ¿Desaparecer? Y, ¿cómo? ¿Desdoblarse? Tal vez, pero ¿con qué métodos? ¿Hacerse invisible? podría ser, pero ¿con qué fórmula? Y siguió cavilando mucho tiempo sin

hallar solución hasta que en un arranque de independencia y de soberbia, dijo basta y quiso desprenderse de Toribio como si se tratara de un pulóver.

Pero Toribio no era un pulóver. No había nada que hacerle. El amebón movía la cabeza de derecha a izquierda, profundamente descorazonado; por más que forcejeara tratando de sacárselo de encima, Toribio no se despegaba. El amebón seguía sacudiendo la cabeza, cada vez más trastornado, hasta que comprendió que todo ya era inútil: Toribio estaba unido a él para siempre. No había más remedio que aceptar las cosas como eran. O como estaban; “por lo menos hasta que le encuentre la tuerca maestra a este delirante”, murmuró pensativo el amebón; “entonces, sí, si te he visto no me acuerdo”.

El orador, el atildado y pulido Ejecutivo Macromolécula, a esta altura del relato ya visiblemente fatigado, hizo una nueva pausa para acomodarse el monóculo y aflojarse el moñito del cuello; a continuación empezó a hacer unas flexiones con las piernas como para ponerse en estado, al cabo de las cuales levantó la nariz y los bigotes y aspiró profundamente el aire como para no perderse ni una molécula; pero parece que aún seguía incómodo porque después de hacer algunas señas que nadie entendió, siguió forcejeando con el moñito hasta que terminó por aflojarse el cuello y desprenderse algunos botones de la camisa, en medio de la expectativa general; y siguió forcejeando tenazmente hasta que al fin quedó todo tan flojo que empezaron a vislumbrársele al inesperado Tarzán algunos pelos del pecho y una cadena de oro entre los pelos, mientras algunos colegas se escandalizaban pensando que el Ejecutivo Macromolécula, el pudoroso y solemne Ejecutivo Macromolécula se pondría a hacer strip-tease. Y a medida que pasaban los instantes el panorama se hacía más inquietante porque seguían abriéndose más botones y asomándose más pelos, duros pelos que irrumpían unos tras otros con tanto vigor que formaban ya una selva negra entre la camisa de encajes, mientras crecía la expectativa entre los colegas por saber hasta dónde. Pero la ilusión les duró muy poco tiempo porque el selvático orador, después de hacer otras inspiraciones profundas que lo reabastecieron de combustible, guardo todos sus pelos debajo de la camisa, se ajustó nuevamente el moñito de terciopelo alrededor del cuello y prosiguió su cronométrica marcha hacia la constelación de Hércules:

–Pero el amebón –agregó abarcando con una mirada semicircular a sus colegas, que no habían tenido tiempo aún de reponerse de la impresión– pese a sus razonamientos y a la presión que ejercía sobre él su conciencia, no quería aceptar su transformación definitiva y se resistía a asumir su nueva personalidad; conservaba aún intacto ese sentimiento de independencia que

siempre lo había caracterizado y ese individualismo que era el rasgo más saliente de su personalidad y que acababa de perder por dar un mal paso; por torear a los dioses, en suma.

“¿Pero Toribio es al fin una obra maestra o un mal paso?”, seguía reflexionando cada vez más desconcertado el amebón. Entretanto Toribio, aprovechando la confusión en que estaba sumido su creador, su socio (o lo que fuere), pensó: "a río revuelto ganancia de pescadores" y, sin pérdida de tiempo, dejó de llorar y empezó a bailar y a zapatear él también. “Qué tanto, murmuró; después de todo qué me importa lo que piense él de mí; qué me importa que piense que soy un mamarracho, si total ya estoy hecho y no hay nada que hacerle”, y encantado con la vida que acababan de darle, radiante de felicidad por esa inesperada y maravillosa vida que le corría por todo el cuerpo como un torrente y lo llenaba de alegría y de asombro, el delirante Toribio siguió bailando y dando grandes saltos hasta el techo como un bailarín de danzas clásicas al compás del *Lago de los Cisnes*, todo mezclado con violentos sacudones de ritmos modernos y arrastrando consigo frenéticamente al abatido amebón.

“¡En qué lío me he metido!” reflexionaba entretanto cada vez más consternado el amebón mientras seguía sacudiéndose furiosamente en contra de su voluntad al compás de cualquier ritmo y se iba para todos lados como un muñeco de trapo; “¡por todos los infiernos!”, repetía moviendo y ajustando sin cesar tuercas y torniquetes para frenar a Toribio; pero más fácil sin duda le hubiera resultado detener al globo terráqueo y a todos los planetas que giran alrededor del sol. Inútil. Todo inútil. Era demasiado tarde.

El Ejecutivo Macromolécula hizo una hueva pausa para arreglarse la melena, mientras desde el fondo del salón llegaban los ecos amortiguados de un concierto de bostezos y ronquidos que envidiaría el mismísimo Morfeo; a continuación el orador extrajo de uno de los bolsillos de su smoking un reloj de oro con una gruesa y crujiente cadena como las que usan los fantasmas: crash, crash, crash... luego, con un rápido movimiento de sus manos, desarmó la cadena de oro y dejó los eslabones sueltos y suspendidos en el aire, aproximadamente a un metro de altura sobre las cabezas de sus adormecidos colegas; y después de estos pases mágicos realizados con tanta maestría, el improvisado mago -sonriendo beatíficamente con aire satisfecho- cruzó sus manos sobre el pecho y se puso a contemplar los brillantes eslabones que flotaban sobre las cabezas de los Ejecutivos como si de repente todos se hubiesen convertido en santos y estuviesen estrenando su aureola.. “¡Qué imagen celestial!”, pensó el aprendiz de brujo y siguió contemplando al grupo de flamantes santos que, con los ojos entornados y las manos cruzadas sobre la mesa, lucían su resplandeciente aureola con más garbo que el mismísimo San Pedro. Y reflexionando sobre este hecho llegó a la conclusión -bastante lógi-

ca, por cierto- de que, así como los Ejecutivos ahora usaban aureola, muy bien podrían los santos usar sombrero; porque las modas cambian de acuerdo con las distintas épocas. Y con este genial pensamiento en su cabeza, el Ejecutivo Macromolécula resolvió disolver la Sante-ría; si estos quieren una aureola que se la procuren ellos mismos haciendo algún milagro, dijo encogiéndose de hombros; y continuación empezó otra vez con los pases mágicos y unió nuevamente todos los eslabones de la cadena con tanta habilidad que hubiera asombrado a un público que se encontrara en estado de vigilia (no roncando a pata suelta como el noventa y nueve por ciento de éste, en que algunos apolillaban desparramados en el suelo y otros alrededor de la mesa sentados como convidados de piedra sobre sus sillas). Por último, con un ademán ampuloso de su aristocrática mano, el Ejecutivo Macromolécula se acomodó minuciosamente el monóculo, miró la hora y después guardó el reloj y la cadena en el respectivo bolsillo de su smoking.

(Tanto aparato y tanto introito para mirar la hora, se dijo fastidiado el único Ejecutivo que, por encontrarse con los ojos abiertos, había presenciado la sesión de magia).

Y a continuación el orador prosiguió diciendo:

—Entonces empezó a preocuparle al amebón una cosa: ocultar el asunto, ocultarlo de tal manera que nadie sospechara que él y Toribio eran el mismo (el mismo desde el punto de vista físico, desde luego). Y tanto reflexionó que su mente terminó por engendrar una idea: en efecto, el diabólico creador decidió que en adelante la relación amebón-Toribio funcionaría y aparecería ante el mundo como un caso de simbiosis en que él sería el cerebro y Toribio lo demás; de este modo tendría la posibilidad de dirigir a Toribio desde el interior sin ser visto; porque si bien era cierto que en un principio él había estado muy orgulloso de Toribio, después, como vimos, cambiaron sus sentimientos con respecto a su obra; por lo tanto aunque en el fondo de su conciencia el ilustre caradura sabía perfectamente que la unión amebón-Toribio no era un caso de simbiosis sino de transformación, no estaba dispuesto a admitirlo públicamente como se admite que los avestruces ponen huevos de avestruces o que las vacas nos dan café con leche.

El Ejecutivo Macromolécula hace una nueva pausa para aspirar otras moléculas, pero no de aire, como antes. Ahora se ha vuelto más exigente y elige solamente moléculas de oxígeno, que las rescata del aire con las puntas de sus dedos.

—En resumidas cuentas —prosiguió diciendo el orador— el amebón estaba especulando con Toribio ya que no podía deshacerse de él. Y su mente seguía trabajando aceleradamente en todas direcciones para captar alguna idea que anduviera volando por ahí sobre la mejor mane-

ra de sacarle ventajas a Toribio. Porque ya que está, está, qué le vamos a hacer –reflexionaba indignado consigo mismo.

Pero lo que más le indignaba era no poder deshacerse de él, no sólo porque no le encontraba la tuerca maestra, sino porque el mequetrefe de Toribio empezaba con sus lagrimones cada vez que él intentaba deshacerlo y le partía el alma. Y así estaban las cosas en el alma del amebón; por un lado, la ambición, por otro lado, los reclamos de su corazón, y el conflicto amenazaba con tornarse insoluble, mientras cada parte de sí mismo tiraba para su lado reclamando en el reparto la mejor porción. “Antes de que mis propias fuerzas centrifugas y centrípetas me despedacen”, pensó al fin, “es mejor que todo quede como está y se acabó”.

–Tal vez dentro de un tiempo -murmuraba tratando de consolarse el amebón, ya decidido a no luchar más- Toribio valga una ponchada de dólares y pueda entonces vendérselo a algún anticuario, Pero, para que Toribio pueda valer una ponchada de dólares tendrán que pasar más de doscientos millones de años luz todavía. Y tendrán que desaparecer de la Tierra todas las formas de vida actuales y futuras, y ser reemplazadas por otros millones de formas actuales y futuras, y todavía. Pero entretanto... tanto...

Tanto reflexionó el amebón que de pronto empezó a despedir humo por las orejas y vapor por la membrana exterior del cuerpo; y entonces comprendió que era hora de parar, antes de que se produjera un auto incendio. Y mientras seguía despidiendo humo por las orejas como una locomotora, el meditabundo amebón, acorralado por el calor y ya a punto de explotar, decidió que estaba bien así, que después de todo no podía quejarse porque había realizado el sueño de su vida, transformarse en Toribio Pérez.

Y al llegar a este punto de su relato el orador, visiblemente agotado, pidió a sus secretarios y subsecretarios que le trajeran oxígeno; era evidente que ya no le alcanzaba con las moléculas que circulaban por el aire. Y mientras los emisarios salían corriendo a cumplir su cometido, el disertante, suspirando nostálgicamente y poniendo los ojos en blanco, prosiguió diciendo entre suspiro y suspiro:

–¡Si todos los seres pudieran ver realizado el sueño de su vida con tanta facilidad como ese audaz amebón! –bien dicen que el mundo es de los audaces y a continuación, (ya repuesto de su leve ataque de romanticismo y quizá arrepentido de su momentánea debilidad, agrego encerrándose nuevamente en su caparazón con gran ruido a cáscaras y a triki-trakes– pero dejando de lado baratos sentimentalismos proseguiré con las reflexiones que seguían circulando subterráneamente por el cerebro del amebón, sin que pudiera evitarlo; en efecto, el ilustre caradura comprendió dos cosas: en primer lugar que tenía talento y que sus posibilidades serían

infinitas si sabía explotarlo con habilidad; y en segundo lugar que de ahora en adelante la vida ya no sería tan aburrida para él, por cuanto podría transformarse -pese a quien pese y caiga quien caiga- en cualquier cosa cuantas veces lo deseara; sabía, le constaba (y había una prueba bien evidente y palpable para demostrarlo) que su talento era indiscutible. Toribio Pérez era sólo un ensayo y le había salido perfecto, o casi perfecto, o más o menos, o menos, o menos menos... (y antes de que le brotaran nuevamente las lágrimas a Toribio, el amebón cambió rápidamente el giro de sus pensamientos, pero sin desviarse ni un grado de sus siniestras intenciones). En adelante, se dijo, intentaré metamorfosis de mayor vuelo: “me transformaré en Felipe el Hermoso, en Napoleón Bonaparte o en Mariquita Alvarez y no me importarán un rabanito las lágrimas de Toribio...”

–Mariquita Alvarez... –repitió el coro con voz de mariquita, pero el orador le cortó la inspiración con un ademán de su enojada mano.

Y después de una breve pausa el Ejecutivo Macromolécula pidió más oxígeno, “de ser posible ozono”, dijo con voz pastosa y a continuación prosiguió con su relato:

–Tan entusiasmado estaba el amebón con sus proyectos de transfiguraciones futuras y con Felipe y Napoleón y Mariquita que olvidó por completo su depresión y empezó a sacudirse:

ra-ta-té...

ri-ti-tí...

hasta que se cansó de zarandearse para el mismo lado y cambió de ritmo:

ziqui-zic-zic...

ziqui-zac-zac...

y otra vez cambió de ritmo, cada vez más entusiasmado:

salta, salta, salta, pequeña langosta,

que hay trescientos treinta moros en la costa...

... pero esos frenéticos pasos de baile fueron el último error del amebón porque en ese instante se transformó definitivamente en Toribio Pérez; Toribio Pérez irrevocablemente irreversible. Entonces comprendió que había ido demasiado lejos, que con ese acto de saltar a lo langosta acababa de perder el control de su personalidad y se había zambullido de cabeza para siempre en una ajena. Todo estaba perdido; ya no le sería posible ni soñar con realizar incursiones en otro personaje y regresar muy campante con su individualidad intacta, no. Nunca más. El juego había terminado. “Porque yo ya no soy yo”, murmuraba desesperado mientras

apretaba a Toribio por todos lados buscándole por millonésima vez la tuerca maestra. Pero por más tuercas y torniquetes que apretara, Toribio no paraba.

“Y todo por querer jugar al Creador; mejor hubiera sido ponerme a jugar al Gran Bonetón o al Martín Pescador; más aburrido, tal vez, pero sin duda más inofensivo”, reflexionaba el atribulado amebón mientras seguía retorciéndose, sacudiéndose ziqui-zac-zac, contorsionándose y saltando como un resorte hasta el techo en contra de su voluntad. Y por más esfuerzos que hiciera para detenerse seguía sacudiéndose frenéticamente con sacudones semicirculares y echando espuma por la boca como si lo hubiesen metido con jabón en polvo en un lavarropas a paleta: "a la lata, al latero, a la hija del chocolatero...". Cómo no me puse a Jugar al Lobo Feroz, al Gallo Ciego o al Arroz con Leche, se lamentaba amargamente mientras cambiaba de ritmo involuntariamente y empezaba a zapatear a lo bailaor andaluz simultáneamente con la raspa y una tarantela, todo entreverado con una mazurca, un charleston, un carnavalito y un zamba brasileño.

El Ejecutivo Macromolécula había bajado tanto la voz que llegó a ser casi inaudible, sin duda para no despertar a los bellos durmientes que roncaban como benditos, unos sentaditos sobre sus sillas y otros en el suelo, desparramados por todo el salón de conferencias. A continuación, extrajo otra pastilla de uno de los bolsillos de su smoking, y después de tragársela entera con papel celofán y todo, prosiguió con su discurso.

—Lo único que no bailó nunca el dúo amebón-Toribio es el minué; en cuanto a lo demás, arremetió con todos los ritmos blancos, negros y amarillos del planeta; entretanto, el encaprichado amebón aún quería resistirse, aún creía que podría hacerlo. Desde el reducto en que había quedado confinado y en un último intento de frenar a Toribio, siguió moviéndole resorte tras resorte, pero Toribio, contagiado de todos los ritmos, seguía retorciéndose y despatarrándose al compás de la canción de moda:

salta, salta, salta, pequeña langosta,  
que hay trescientos treinta moros en la costa...

levantaba una pierna, levantaba la otra, llevaba y traía la cabeza para todos lados como si lo estuvieran manejando a cachetadas, movía los brazos y las piernas rítmicamente, salta, salta, salta, como si estuviera boxeando con la pequeña langosta o como si lo hubiesen contratado para que espante las moscas. Y nadie podía pararlo.

El disertante, ya casi desfalleciente y con el rostro bañado en transpiración, pidió que le trajeran hidrógeno; entonces algunos miembros de la Convención -que en ese momento quien sabe por cuales mecanismos se habían despertado- se miraron intrigados, sin saber exacta-

mente qué pensar del Ejecutivo Macromolécula, mientras los secretarios y subsecretarios apresuradamente salieron y apresuradamente volvieron con el hidrógeno. A continuación, el orador, agradeciendo con una inclinación de cabeza a sus colaboradores la velocidad de su gestión, dejó el hidrógeno a un lado, junto con el oxígeno y el ozono, y prosiguió exponiendo su teoría sobre la génesis de Toribio:

–Entretanto –dijo con su monótona voz extrayendo un pañuelo de un bolsillo de su smoking; acto seguido tomó delicadamente el pañuelo por una punta, le hizo tres nuditos seguidos y después de murmurarle algunas palabras en un idioma tan hermético que nadie entendió, hizo con el dedo índice un signo circular a su alrededor y lo guardo nuevamente en su bolsillo; y una vez concluida esta misteriosa ceremonia, prosiguió diciendo:

–Entretanto el amebón, derrotado, se convenció de que Toribio con sus lágrimas y con su alegría había triunfado de la Nada a la que había estado condenado hasta entonces; comprendió, con un profundo desgarramiento interior, que no se le puede negar el derecho a la Vida a un ser que tanto necesitaba de ella y tan apto parecía para disfrutarla. El amebón comprendió, por último, que si alguno de los dos tenía que desaparecer, ése era él.

(El orador, en este punto, hizo una seña misteriosa como queriendo indicar que alguien, en ese momento, se alejaba a la distancia; e inmediatamente extrajo del bolsillo de su smoking el pañuelo con los tres nuditos y saludo repetidas veces al invisible viajero; a continuación, guardó nuevamente el pañuelo en el bolsillo y agregó, prosiguiendo con su relato)

–Toribio Pérez, entretanto -ajeno completamente a la tragedia que estaba viviendo el amebón- saltaba de alegría; se miraba los pies, se miraba las manos; esto es increíble, se decía maravillado; mis manos ¡oh, milagro! se mueven rítmicamente, hacen ademanes, se expresan como si tuvieran vida propia, están tan desbordantes de vida que si yo me las cortara un día saldrían caminando solas como las arañas o quizá volando como las mariposas; y el delirante Toribio, cada vez más entusiasmado, de pronto empezó a aplaudir; y siguió aplaudiendo frenéticamente mientras observaba embelesado el extraño fenómeno; y lo que más lo emocionó fue comprobar que sus manos permanecían fijas, siempre en el mismo lugar, no en cualquier parte como antes, cuando siendo un oscuro amebón atravesaba las estrechas paredes de quién sabe qué túneles secretos junto con otros amebones estirándose y acortándose como un chicle a cada paso que daba mientras sus brazos y sus piernas se le iban para todos lados sin que él pudiera enterarse nunca en qué parte de su cuerpo estaban.

El orador se interrumpió brevemente para mostrar a sus colegas cómo eran los movimientos del amebón y a tal efecto empezó a emitir seudópodos para todos lados y a manejarlos de

aquí para allá con tanta habilidad que por más atentos que estuvieran los espectadores no podían adivinar ni remotamente por dónde los iba a hacer aparecer y desaparecer. Y siguió emitiendo prolongaciones protoplasmáticas a diestra y siniestra hasta que, vencido por la fatiga, se replegó en sí mismo; y a continuación con toda circunspección prosiguió con su discurso.

—Toribio Pérez contemplaba el milagro de su metamorfosis y seguía aplaudiendo y girando vertiginosamente. Entretanto el amebón, en sus últimos instantes de lucidez, observaba las manifestaciones de alegría de Toribio tratando en vano de contener las lágrimas. Lloraba de emoción por la inocente alegría de Toribio, lloraba mansamente como un padre vencido por el amor filial; y siguió sollozando mucho tiempo hasta que de pronto se detuvo en seco, atravesado por un pensamiento abrumador: “¿Cómo era posible que él -se dijo profundamente turbado-, que siempre había sido tan duro, tan impenetrable y tan recio; cómo era posible que él, que nunca en su rudimentaria vida había sentido una emoción, pudiera sentirse ahora dominado por un sentimiento desconocido y violento que lo turbaba hasta las lágrimas? ¿Cómo es posible que yo esté llorando?”. Y confuso y perplejo -como no lo estuviera nunca antes ningún autor ante su obra- seguía contemplando a Toribio a través de sus lágrimas. “Es inútil -murmuró al fin, con un hondo suspiro- no se puede jugar; tanto el que juega a Creador como el que juega al amor corre el riesgo de quemarse”. Y el amebón estaba quemado.

Se había inmolado en la hoguera de su propia creación. Y ya en sus últimos instantes, toda resistencia había cesado; comprendió y decidió en consecuencia, en un desgarrador desprendimiento de su yo, que había llegado el momento de desaparecer definitivamente para dejarle su lugar a Toribio; comprendió, como debía comprender tarde o temprano, que Toribio no era duro, antipático, rudimentario y calculador como él; reconoció al fin, ya sin mezquinos egoísmos, que Toribio merecía la vida más que él, por cuanto era más triste y era más alegre, era más expresivo y era más humano. “Al fin de cuentas -siguió reflexionando el amebón- siempre la obra le gana al autor; siempre sale triunfante de la lucha sostenida entre los dos; siempre emerge de la Nada con vida propia y sale bailando sola como Toribio Pérez. En definitiva, siempre la obra se traga al autor; con salsa bechamel o sin salsa, pero se lo traga”. Y esta fue la última reflexión que hizo el amebón antes de exhalar el último suspiro.

## CAPITULO IV

### Más Solemnes Ejecutivos

En este punto del relato el orador hizo una nueva pausa para arreglarse la melena; a continuación, con grandes ademanes épicos y una voz inflamada de patriotismo como si se dispusiera a recitar la guerra de Troya, pidió que le trajeran otro poco de hidrógeno; “pero hidrógeno pesado, deuterio”, agregó e inmediatamente los secretarios y subsecretarios salieron corriendo a buscar el deuterio. Y cuando los emisarios regresaron con el elemento solicitado, el orador, al borde ya de un surmenaje y bañado en sudor, puso el deuterio al lado de los otros elementos y prosiguió desarrollando su teoría sobre el origen proteico de Toribio Pérez:

—Entretanto Toribio —continuó diciendo con voz fatigada— ajeno al drama del amebón y sin haber participado nunca en su vida ni en su muerte, seguía bailando... bailando vertiginosamente, liviano como un trompo, casi sin tocar el suelo con los pies; enloquecido de alegría atacaba todos los ritmos, todos los países, todas las épocas simultáneamente, como si quisiera condensar en un instante la alegría de todos los hombres de todos los tiempos; de pronto se acordó del folklore y empezó a bailar un cielito, después bailó un carnalito, un chamamé, una baguala, una chamarrita, una cueca, adentromialma, un gato, unos perros y otros animales domésticos; hasta que se le acabó también el folklore.

El Ejecutivo Macromolécula, ya a punto de exhalar el último suspiro, hizo otra pausa y pidió, en medio de la expectativa general que creaba con sus pausas, que le trajeran un vaso de cristal tallado; e inmediatamente los secretarios salieron otra vez volando por la ventana y regresaron con el vaso de cristal tallado. Y cuando tuvo el recipiente entre sus manos, con un gran esfuerzo y en medio del expectante silencio que reinaba en todo el ámbito del salón, el desfalleciente orador mezcló el oxígeno, el hidrógeno, el ozono y el deuterio, batió todo vigorosamente y volcó la mezcla en el vaso de cristal tallado.

Entonces todos los miembros de la Convención simultáneamente se desinflaron como globos pinchados, al comprender que con tanto aparato y tanto misterio lo único que había hecho el colega Macromolécula era agua para beber porque se estaba muriendo de sed.

Entretanto el disertante, ya casi en agonía, acercando el vaso de cristal a sus labios, bebió ávidamente el líquido que contenía y recuperó inmediatamente la salud.

Pero su escandalosa actitud provocó un aluvión de protestas en todas direcciones:

–¿Pero no podías haber pedido directamente un vaso de agua? –gritó enfurecido y horrorizado un Ejecutivo que, como los otros, no alcanzaba a comprender la alienante actitud de su colega.

–Cierto... –respondió el aludido extrayendo un chupetín del bolsillo de su smoking y llevándose lo golosamente a la boca; y después de chupetinear unos instantes, agregó con voz melosa– en realidad no me había dado cuenta; pero ocurre también que yo bebo solamente este líquido potente; el agua común no me satisface.

–¿Pero es necesario que arriesgues tu vida hasta el punto de exponerte al peligro de morir deshidratado por no tomar agua común? –replicó escandalizado el colega y agregó con énfasis– yo admiro a la gente original, claro está, y máxime tratándose de mis colegas, pero no estoy ni estaré nunca de acuerdo con los suicidas.

Entonces el Ejecutivo Macromolécula respondió que si él quería suicidarse no le importaba quién estuviera de acuerdo y quién no. Que él era muy dueño de morir de cualquier muerte, de la muerte que se le antojara, y que morir deshidratado era después de todo más poético que morir ahogado; y que como él era un Poeta, debía morir en su Ley. De modo que nunca ahogado; ni indigestado. Ni de ninguna otra enfermedad prosaica. Que a un Poeta sólo le estaba permitido morir de hambre o de sed. Y qué más explicaciones necesitaba porque él debía seguir con el relato de la génesis de Toribio.

Y acto seguido prosiguió con su discurso:

–Toribio bailó hasta que se le acabó el folklore y entonces empezó a atacar el sóngoro-cosongo. Viéndolo moverse al compás del ritmo negro, podía deducirse cuánto tiempo había estado reprimido, cuánto baile tenía acumulado. Cualquier espectador se hubiese conmovido al verlo bailar a Toribio, al ver con cuánta gracia, con cuánta dedicación y con cuánta alegría se sacudía. Cualquier espectador se hubiese conmovido hasta las lágrimas al verlo bailar con tanto entusiasmo, porque ese mismo frenesí, ese delirio de Toribio le hubiese hecho comprender cuánta ansiedad había en ese corazón abandonado, en ese corazón ardoroso y desesperado, en ese corazón dispuesto a recuperar de golpe toda una eternidad perdida en su condición anterior de amebón oscuro e ignorado. Porque para bailar es necesario, claro está, en primer lugar, tener piernas, y siendo solamente una bolsa de papas orejuda, cómo hubiera hecho para dar estos saltos, pensaba el delirante Toribio mientras seguía sacudiéndose, contorsionándose y dando impresionantes saltos hasta el techo como un bailarín de danzas clásicas. Toribio ya soñaba con formar un cuerpo de baile y ser el primer bailarín...

El orador, profundamente conmovido, extrajo de uno de los bolsillos de su smoking un pañuelo de encajes para secarse una lágrima del ojo derecho, y luego prosiguió hablando con voz enternecida:

–Toribio parecía un trompo sin principio ni fin, un trompo eterno; sólo que los trompos giran siempre para el mismo lado; en cambio Toribio...

... a la lata, al latero,

a la hija del chocolatero...

y a continuación para el otro lado, cambiando de ritmo:

...salta, salta, salta, pequeño canguro,

me gusta la guita pero no el laburo...

Y el impecable y solemne Ejecutivo Macromolécula de pronto empezó a saltar frenéticamente al estilo canguro en una loca carrera circular alrededor del salón de conferencias, mientras las colitas de su smoking flameaban por los aires como banderines al viento y la melena se le enroscaba como una bufanda alrededor del pescuezo. Y cuando se cansó de saltar en círculo por toda la habitación, el improvisado canguro -todo desmelenado, desarticulado y despatarrado- cayó al suelo redondito como un flan y quedó aplastado contra la alfombra una hora y media, mientras sus colegas trataban por todos los medios de hacerlo reaccionar; y cuando ya todos creían que era un caso perdido, el agonizante orador sacudió la melena y emitió un suspiro prometedor; y siguió reaccionando favorablemente centímetro por centímetro hasta que, ya totalmente restablecido, irguiéndose en toda su estatura quedó de pie sobre sus zapatos.

A continuación, procedió a desenroscarse la melena del pescuezo, luego se acomodó el monóculo en el ojo derecho y a continuación siguió enumerando las distintas formas de baile que había arremetido Toribio durante su iniciación:

–Seguidamente Toribio atacó con furia una marcha patriótica porque ya no le quedaban más canciones del repertorio mundial y al final terminó bailando una marcha fúnebre.

El orador se interrumpió brevemente para enjugarse una lágrima del ojo izquierdo y después prosiguió diciendo mientras marcaba el compás con las suelas de sus zapatos:

–Triki-trik-tric... triki-trak-trak... –zapateaba Toribio con tanta fogosidad que empezaron a salirle chispas de los talones y las puntas de los pies; triki-trak-trak... y siguió arremetiendo con la marcha fúnebre en un incontrolable y caótico zapateo mientras seguían brotándole de los zapatos tal profusión de chispas que parecía un incendio.

El disertante se interrumpió bruscamente y, llevándose una mano al corazón como si le hubiese dado un ataque, prosiguió diciendo con voz estremecida de emoción:

–Hasta que de pronto el enardecido bailarín sintió una sensación extraña, como un dolor muscular que fue agudizándose a causa del movimiento intenso, y decidió entonces que ya era hora de parar. Pero la idea de frenar era por ahora sólo un proyecto apenas esbozado en la mente del delirante Toribio. Sin embargo, el dolor se iba agudizado a medida que arreciaba el zapateo, ante la perplejidad del desprevenido zapateador que no podía comprender qué le estaba ocurriendo. Y antes de que se resolviera realmente a frenar, antes de que se decidiera a detenerse un instante para tomar un café o fumar un cigarro, de pronto quedó duro, petrificadamente tieso, inmóvil como una estatua, sin saber de dónde le venía esa inmovilidad, sin saber quién lo había parado en seco. Quiso correr y comprobó con horror que no podía dar un solo paso; quiso llorar y no le salió una sola lágrima; quiso tararear; quien–sabe-si-supieras–que-nunca-te-he-olvidado... y comprobó desesperado que estaba completamente mudo.

El Ejecutivo Macromolécula hizo una larga pausa y a continuación se llevó una mano a uno de los bolsillos para extraer un pañuelo. Luego, poniendo cara de circunstancias, prosiguió diciendo con voz ronca y apagada:

–Toribio Pérez estaba atterradoramente quieto. Toribio Pérez no podría moverse nunca más. Alguna diosa vengativa lo había inmovilizado en castigo a su soberbia; (la soberbia de querer existir que era la única soberbia que podía tener el tierno e inocente Toribio); o tal vez en castigo a su alegría. O de envidia porque ella no podría nunca con tanta gracia ziqui-zac-zac.

Y el orador, después de otra prolongada pausa, agregó con la voz temblorosa por la inmensa pena que lo embargaba:

–Toribio lloraba en silencio; no más pseudópodos ni pseudopoditos; no más salta, salta, salta...

El Ejecutivo Macromolécula se interrumpió un instante para secarse otra lágrima debajo del monóculo y a continuación agregó con voz casi inaudible:

–Toribio sollozaba desesperadamente, sin lágrimas y sin sollozos; no más: a la lata, al lado...

Y todo el llanto de Toribio se había acumulado ya en su corazón; nunca más ziqui-zac-zac...

El orador se interrumpió bruscamente y añadió luego conteniendo los sollozos:

–Y desde entonces Toribio...

Y no pudo continuar porque se le atragantaron las palabras mientras gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y empezaban a rodar lentamente por sus mejillas. Y el silencio que ocupó el lugar de las palabras también tenía su rostro surcado por las lágrimas.

A partir de ese instante se produjo en la sala como un extraño vacío, una quietud tempestuosa y asfixiante, mientras el Tiempo, aliado del silencio, seguía deslizándose sigilosamente a través de todas las cosas como un gusano siniestro e infinito.

Y mientras el Tiempo se deslizaba y el silencio crecía, todos los presentes trataban de imaginar qué se le ocurriría pedir ahora al orador, no descartando la posibilidad de que el ilustre colega pidiera unas moléculas de helio con que producir una reacción en cadena que los hiciera reventar a todos; pero él, ajeno por completo al clima expectante que lo rodeaba, sin pronunciar una palabra, acercó el pañuelo a sus ojos y enjugó discretamente sus lágrimas.

Entretanto el silencio, ese emotivo silencio de terciopelo y lágrimas que tan milagrosamente se había formado y había ido creciendo hasta hacerse casi impenetrable, permaneció intacto todavía mucho tiempo. Hasta que un Ejecutivo de turbante blanco como un maharajá, que después de haber estado quién sabe cuántos días seguidos durmiendo a pata suelta, había logrado por fin despertarse, dijo tratando de imprimirle a sus palabras el mayor énfasis, como para que pudieran ser oídas por todos, hasta por los bellos durmientes que apolillaban desparrados como benditos debajo de la mesa:

–Querido colega, ¿ha terminado al fin? y antes de que el aludido pudiera responderle, añadió con una voz en la que se mezclaban la ironía y el desprecio:

–Permítame, entonces hacerle una pregunta: dígame, ¿Quién puede creer en esa versión mitológica de Toribio?

Y, paseando su mirada en semicírculo por toda la sala para observar mejor el efecto de sus palabras, agregó en el mismo tono:

–¡Diosa vengativa! pero dígame, amigo, con toda sinceridad: póngase la mano sobre el corazón y contésteme esta pregunta: ¿Qué diosa en su sano juicio se ocuparía de Toribio Pérez?

Y ya más envalentonado añadió, dirigiendo su mirada directamente al Ejecutivo Macromolécula:

–¿No comprende usted que ése es un disparate elevado a la enésima potencia?

Y, tosiendo discretamente:

–Siendo ene igual a... bueno, digamos doscientos cincuenta mil millones y pico.

Y en vista de que nadie lo apoyaba ni lo contradecía, el Ejecutivo del turbante blanco siguió sembrando cizaña:

–Esa absurda historia coméntesela a los marcianos, puede ser que ellos se la traguen –dijo despectivamente y agregó paseando la mirada con precaución por la concurrencia– pero aquí no hay ningún marciano; y puedo asegurarle que nosotros, Ejecutivos de la Era Espacial, no creemos ya en la mitología.

Expectativa. Silencio. Más expectativa.

Y en vista de que nadie reaccionaba ni para bien ni para mal, el Ejecutivo del turbante blanco, quién sabe si intuyendo que las papas quemaban o porque le vino de golpe un ataque de justicia, trató en lo posible de equilibrar sus conceptos, o quizá solamente de mejorar su posición; el caso es que:

–No he tratado de insinuar con mis palabras que nadie pueda ocuparse de Toribio; pienso, por el contrario, que los seres humanos sí pueden ocuparse de él. Pero nunca los dioses; y menos las diosas, por sedientas de venganza que estén.

Y mientras paseaba su penetrante mirada por la concurrencia, agregó estas palabras, imprimiéndoles un movimiento de rotación para que pudieran oírse mejor:

–Toribio Macromolécula o Toribio Minimolécula, yo lo único que puedo asegurar y con fundamentos científicos es que Toribio es de origen mineral.

Y a continuación de esta declaración del Ejecutivo del turbante blanco, empezó a circular nuevamente entre los presentes un silencio espeso como un río de gelatina que fue impregnándolos poco a poco a todos y terminó traspasándolos hasta los huesos. Pero de pronto ese bloque de silencio se hizo añicos estrepitosamente como si le hubiese caído encima el hacha de un leñador porque:

–¡De origen mineral! ¡Toribio un trozo de hierro o una piedra del camino! ¡Era lo que faltaba! –aulló salvajemente el Ejecutivo Macromolécula secándose las últimas lágrimas y agregó indignado– esa sí que es una versión mitológica, antojadiza y falsa de la estructura de Toribio Pérez.

Y mirando a la concurrencia interrogativamente, como buscando apoyo, agregó enfurecido, mientras se enroscaba las puntas de los bigotes detrás de las orejas:

–Me pregunto en este momento, y me lo seguiré preguntando mientras viva y después de muerto, seguramente, sin encontrar jamás la respuesta, a qué potencia estará elevado el macanazo que usted está diciendo.

Pero a causa de su furia se estiró los bigotes con tanta fuerza que se le desprendieron y le quedaron colgando detrás de las orejas; entonces el orador (que ya venía preparado para estos percances) extrajo rápidamente un rollo de cinta adhesiva de un bolsillo de su smoking y, cor-

tando con los dientes dos pedacitos, se pegó cuidadosamente cada bitongo en su lugar. Y a continuación añadió, fulminando con la mirada al Ejecutivo del turbante blanco:

–¡Origen mineral! Pero habrase visto; nunca había escuchado un disparate semejante; lo que ocurre es que hoy lo falso se acepta como verdadero y lo verdadero pasa al otro miembro como falso, con la más absoluta impunidad.

Y después de sacudir la cabeza varias veces para que se le aflojara la cabellera porque se le habían parado los rulos con la indignación y parecía un cacique con las plumas paradas, el indignado macromolécula agregó, dirigiéndose nuevamente a su colega del turbante blanco:

–Pero explíquenos, por favor, de dónde ha sacado esa fantasía ridícula.

–¡No le permitooo! –gritó enfurecido el del origen mineral.

–Está bien –replicó el otro tratando de atemperar los ánimos– explíquenos entonces los fundamentos científicos o lo que sea.

Y el Ejecutivo del Origen Mineral no se hizo rogar. Mientras se acomodaba el turbante y el collar de perlas que le llegaba hasta las rodillas, empezó a explicar los fundamentos científicos y empezó desde el principio. De modo que:

–Cuando los sabios lo miraron a Toribio con el microscopio electrónico –empezaron diciendo– le vieron los cristales cúbicos: Toribio tiene cubitos en la sangre en vez de glóbulos rojos.

Y después de esta insólita revelación, se produjo un profundo silencio en el salón. Hasta que de pronto irrumpió otro Ejecutivo que parecía conocer el quid de la cuestión y para el cual Toribio no parecía constituir ningún misterio.

–Eso es verdad –dijo saltando sobre la mesa para que todos pudieran verlo porque era tan enano que corría el peligro de que nadie supiera de donde salía su voz y lo confundieran con un grabador– y si no lo admitís así y os asombráis es porque aún no habéis captado el rasgo más saliente de la personalidad de Toribio; o sea, su originalidad. En efecto, señores, Toribio, en vez de glóbulos rojos redondos tiene glóbulos cúbicos, que podríamos denominar glóbicos; y es lógico que así sea, porque no pretenderéis que un ser tan original como Toribio tenga glóbulos rojos redondos como cualquier papanatas que pasa por la esquina vendiendo escobillones.

–¡Vendiendo escobilloones...! –repitió el coro con voz aflautada.

(Entretanto el Ejecutivo Macromolécula, escandalizado, se llevó las manos a la cabeza).

Y otro Ejecutivo que también parecía saber algo de la familia dio su autorizada opinión:

–Yo coincido en que Toribio pueda tener cubitos en la sangre, más no creo que esa característica particular tenga que ver o no con la personalidad de quien la posea; yo opino que a Toribio, simplemente, deben de haberlo metido alguna vez en una heladera y por eso se llenó de cubitos.

(El Ejecutivo Macromolécula, cada vez más escandalizado, agarrándose la cabeza con las dos manos, pegó un alarido).

Y entonces saltó otro Ejecutivo que, por la seguridad con que se dirigía a sus oyentes y el énfasis que ponía en sus afirmaciones, parecía ser el único dueño de la verdad:

–Todas esas teorías son falsas –exclamó enérgicamente– la verdad es que Toribio se llenó de cubitos porque se alimenta únicamente con cubitos de caldo de carne y los traga enteros con papel y todo.

(El Ejecutivo Macromolécula, arrancándose la cabeza y dejándola sobre la mesa para que se le enfríe, emitió otro alarido de doble longitud de onda que el anterior).

Y de pronto reaccionó el Ejecutivo del Origen Mineral, que era, al fin y al cabo, el que había iniciado el revuelo:

–Cómo podéis afirmar semejantes barbaridades –dijo indignado, llevándose también ambas manos a la cabeza, pero para acomodarse el turbante– ya me habéis hartado con tantos disparates; sólo yo conozco la verdad; y la única verdad es que Toribio es de origen mineral; más aún, que es de metal; y para ser más exacto, diré que ese metal es el Cobre; y, si queréis más detalles, os puedo demostrar que pertenece a la formación del empaquetamiento cúbico más compacto; su estructura globicular le permite tener todas las propiedades que caracterizan a los metales: una gran conductividad eléctrica, brillo metálico, ductibilidad y maleabilidad. Y todo esto fue fehacientemente demostrado por los científicos.

(Entretanto la cabeza del Ejecutivo Macromolécula, que permanecía enfriándose sobre la mesa, al oír las afirmaciones de su colega pegó el tercer alarido, mientras los rulos se le paraban otra vez como las plumas de un cacique).

Y mientras algunos pensaron que cómo el Ejecutivo Macromolécula no usaba spray para sujetarse los rulos cada vez que se indignaba o por qué no se ponía una peineta a cada lado cuando iba a presentarse en público (máxime sabiendo que sus pelos tenían esa propensión a parársele de punta cada vez que se indignaba) o por qué en última instancia no se hacía una trencita en la punta de la cabeza como los japoneses, el disertante de turno, el elegante Ejecutivo del turbante blanco, haciéndose a un lado para que pase el alarido, pidió permiso para ilustrar su discurso con una anécdota al respecto. Y tosiendo discretamente, ordenó que le al-

canzaran su capa: "por favor, mi capa de armiño", dijo con voz sonora y bien modulada dirigiéndose a su secretario privado. Y cuando el solícito secretario con actitud ceremoniosa depositó la larga capa de armiño entre sus manos, el Ejecutivo por fin arrancó:

–Os demostraré la ductilidad de Toribio –dijo y agregó a continuación– en una oportunidad en que nuestro personaje tenía que viajar al extranjero y no podía abandonar su puesto en el sembrado, se estiró en tal forma que quedó con los pies en el almácigo, el resto del cuerpo atravesando las llanuras, ríos y montañas de su país y la cabeza flotando en la capital extranjera.

El orador se interrumpió para colocarse la capa sobre los hombros y cambiarse algunos anillos de la mano derecha a la izquierda. Y seguidamente prosiguió diciendo:

–En oportunidad de su primer viaje al extranjero se decía que Toribio había ido a hacer ciertas diligencias secretas: todos estos trámites estaban rodeados del mayor misterio y aunque nadie sabía qué gatos había encerrados, todos sabían que había gatos encerrados.

El caso es que Toribio, después del éxito de su primera aventura, siguió haciendo otros viajesitos, por las dudas (por las dudas tuviera que recorrer ese caminito en tiempo récord y solamente de ida, aseguraban algunos comedidos). En efecto, después de mucho tiempo se supo que las sospechas de sus conciudadanos tenían su fundamento, puesto que el motivo de los viajes de Toribio al extranjero era asegurarse el asilo político en caso de una conmoción cualquiera en la aldea; y que su preocupación al respecto era tan tremenda que apenas regresaba de uno de esos misteriosos viajes ya estaba planeando el siguiente a otro país; Toribio en definitiva buscaba con anticipación un Arca de Noé para salvarse en caso de diluvio. El hecho es que a fuerza de tantos viajes y andanzas Toribio se hizo popular en todo el mundo; tan popular que cuando flotando por los aires como un barrilete aparecía una cabeza sola en cualquier embajada del planeta, los diplomáticos la saludaban con toda naturalidad sin hacer ningún aspaviento porque sabían perfectamente que se trataba del futuro asilado político o fugitivo en potencia o aprendiz de prófugo o lo que fuera para ellos Toribio Pérez. Los diplomáticos saben que los pies de Toribio estaban a miles de kilómetros de distancia cuando la cabeza, asomando intempestivamente por cualquier puerta de cualquier embajada, los saludaba amablemente, con toda premeditación y cortesía.

El orador, en este punto, hizo una graciosa inclinación de cabeza estilo Toribio que casi le hace perder el equilibrio; a continuación dirigió al auditorio una furtiva mirada con el rabllo del ojo para ver cómo iba la cosa; pero al ver a sus colegas aún con los ojos milagrosamente abiertos, tranquilizadamente quietos y sentaditos en sus asientos, sin peligrosas inclinacio-

nes hacia la extrema derecha o la extrema izquierda (es decir hacia el sueño eterno o hacia los tomates podridos) se tranquilizó y continuó con su disertación:

–El hecho es que Toribio no pasaba inadvertido en ninguna parte. Con sus continuas andanzas terminó revolucionando la moda de los sombreros. En efecto: muy pronto todos los diplomáticos del mundo llevaban el Sombrero de Toribio; porque deseo aclarar que la cabeza del futuro asilado político nunca aparecía sola por la embajada, sino invariablemente acompañada de su sombrero.

Y mientras el distinguido auditorio escuchaba atentamente la historia del sombrero, el orador se sentía el centro de la reunión, se sentía en realidad un nuevo Demóstenes, un glorioso e inspirado Demóstenes en comparación con el colega Cloroformo Macromolécula que había convertido en bellos durmientes a todos los miembros de la Convención. Pero al mismo tiempo se preguntaba (porque no era ningún estúpido) a cuánto ascendería la capacidad de aguante de sus oyentes, y si no sería conveniente ya terminar su discurso, antes de que se produjera el primer ronquido (y/o el primer tomatazo; porque la derecha y la izquierda conspiran juntas, pensó filosóficamente).

De modo que a continuación, agregó como broche de oro a su disertación:

–Bien, creo haber demostrado ya suficientemente la ductilidad de nuestro Toribio; por esa y otras propiedades que estudiaremos más adelante, yo sostengo que Toribio es de metal; más aún y definitivamente: que Toribio es de Cobre.

A continuación el orador, extrayendo el último residuo de fósforo que le quedaba en el cerebro, agregó este epílogo que con bastante suerte y viento a favor podría servir de prólogo:

–Y como demostración de la validez y vigencia de mi teoría y para que no quepa ninguna duda sobre sus bases científicas, sostengo que Toribio es tan de Cobre, que con un poco de habilidad y sensibilidad artística podría hacerse con él una hermosa lámpara.

La cabeza del Ejecutivo Macromolécula, que aún permanecía enfriándose sobre la mesa lanzó el cuarto alarido y después siguió aullando desgarradoramente durante quince minutos seguidos; entonces el dueño de la cabeza, el autodecapitado Macromolécula, que en ese momento se encontraba en el otro extremo del salón, intentó hacerla callar por control remoto, pero al comprobar que los aullidos no paraban se acercó apresuradamente y, extrayendo una pipa de un bolsillo de su smoking, la encendió y se la encajó en la boca a la muy escandalosa para que se callara; y mientras ella empezaba a echar humo por la nariz y la boca como una chimenea, el Ejecutivo Macromolécula con un ademán cariñoso le arregló los rulos y el bigotito y se alejó nuevamente hacia el fondo del salón.

Y a continuación se produjo, como de costumbre, un profundo silencio en el salón. Un silencio impenetrable como un bloque de mármol. Hasta que ese impenetrable silencio fue quebrado bruscamente por un Ejecutivo que, poniéndose de pie, exclamó con gesto y aires de Emperador.

–Querido colega: te hemos dejado hablar únicamente porque deseábamos saber hasta dónde querías llegar con tu loca teoría del Cobre; te adelanto, no obstante, que presentíamos (aunque no en toda su magnitud, ya que eso es imposible) adónde irías a parar. Por suerte aún no has dicho que Toribio es de oro, porque si no ya tendríamos a todos los Adelantados nuevamente en América.

Entonces intervino rápidamente un Ejecutivo pacifista para impedir que empezara otra batahola. Subiéndose sobre la mesa para que pudieran verlo porque era chiquitito como Pulgarcito, dijo con voz grave y pausada tratando de conciliar las cosas:

–Toribio es una macromolécula: CONCEDIDO. Terrible es una ameba gigante, un molusco, un papagayo; una lámpara, un velador, una lechuza, un renacuajo, una vaca, un burro, lo que ustedes quieran.

Y perdiendo de golpe la paciencia, gritó a todo pulmón:

–¡Lo que ustedes quieraaaan...!

Y empezó a zapatear rabiosamente sobre la mesa.

Entonces intervino otro Ejecutivo con el propósito de calmar al pacifista; un Ejecutivo que de puro extravagante se había ido a la Convención peinado a lo Cacique indio con una vincha de plumas parada alrededor de su larga cabellera rubia. Tenía el rostro bronceado y anguloso como un auténtico Jefe indio y de su nariz y de sus orejas pendían grandes aros de oro que se movían graciosamente al compás de los movimientos de su cabeza emplumada. Su manera de vestir era también muy original: vestía un smoking de terciopelo azul y un taparrabos de plumas de pavo real, con reflejos verdeazulados. Este excéntrico Ejecutivo tenía su rostro tatuado y unos hermosos ojos de color violeta.

Y ya decidido a entrar en acción, se acomodó las plumas de la cabeza, carraspeó discretamente y, depositando suavemente sobre la alfombra de terciopelo rojo los dos cachorros de leones que tenía sobre sus rodillas, el Gran Cacique se puso de pie.

–Torivio es, en efecto, un ser unicelular –exclamó pronunciando todo con v corta porque no podía pronunciar la b larga– Torivio es un Ser que no se ha definido todavía, que no ha decidido aún en que reino jugar: si en el reino vegetal o en el reino animal; pero, eso sí, puedo asegurarles que nunca jugaría en el reino mineral.

A continuación, el Gran Cacique paseó su penetrante mirada violeta por toda la Convención y sacudiendo ferozmente sus plumas, levanto la mano como un profeta:

–Creo que ha llegado el momento –exclamó con patriarcal solemnidad– de hacer grandes revelaciones; verdades que no he osado todavía revelar en público pero que devo dar a conocer ahora por cuanto el culto a la verdad que siempre he profesado así me ovliga y al respecto diré lo siguiente: Torivio no es un Ser indefinido como dije antes; Torivio no está paseándose permanentemente de un reino a otro como quien se pasea de la sala al comedor. Torivio no está jugando a ser hongo o ameba, lombriz o helecho. No, señores; la verdad es mucho más terrible, mucho más espantosa todavía: en efecto, Torivio pertenece a una sustancia intermedia, cuya fórmula ningún investigador ha podido descubrir aún; de modo que tanto el que dijo que era proteico como el que afirmó que era celulósico tienen parte de razón; porque Torivio es una espeluznante mezcla entre una vaca y un árbol, entre un burro y el papel madera. En concreto: Torivio es una mezcla de una sustancia ternaria y una cuaternaria; o tal vez no sea una mezcla sino una suspensión, una solución o un gel, y nadie que supiera esta verdad podría explicarse cómo no ha explotado todavía.

A continuación de esta explosiva explicación y agotado ya por el esfuerzo que acababa de hacer para reconciliar a los irreconciliables, el Gran Cacique se desplomó en el suelo con tal despliegue de plumas que quedó completamente desplumado (y no en sentido figurado, por cierto).

Pero, por supuesto, nadie creyó en la "teoría intermedia"; todos comprendieron que era sólo un ardid del Gran Cacique para reconciliar de una vez al Ejecutivo de la vaca con el del árbol, al de la proteína con el de la Celulosa; sólo que, en el loable intento de pacificar, había dejado de lado al tercero en discordia, al Ejecutivo del Origen Mineral.

De modo que cuando el Ejecutivo del Origen Mineral vio al Gran Cacique en el suelo, se convenció en primer lugar de que el salvaje había concluido su discurso y en segundo lugar de que había dejado de lado –deliberadamente– al Cobre en el reparto. “No sólo que lo ha dejado de lado”, masculló revoleando los ojos ciento ochenta grados hacia la izquierda, ciento ochenta hacia la derecha y luego trescientos sesenta de golpe, “sino que en realidad ese cretino, al afirmar que Torivio nunca podría pertenecer al reino mineral, ha atacado abiertamente al Cobre”.

Y entonces empezó a los alaridos:

–Pero la vaca y el árbol –aullaba sacudiéndose con tanto ímpetu que el turbante, el diamante del turbante y la capa de armiño fueron a parar estrepitosamente al suelo, junto a las plumas

del Gran Cacique- ¡y el burro y el papel madera no tienen el empaquetamiento cúbico más compacto, y Torivio está todo empaquetado, como el Cobre!

–¡Y si está todo empaquetado por qué no le ponés una estampilla y lo mandás a la luna! – gritó otro colega perdiendo la paciencia.

–Nadie puede ir a la luna sin estar entrenado- replicó el interpelado tratando de escaparse por la tangente porque no quería gastar en estampillas.

–Si le ponés le estampilla, aunque no esté entrenado, llega lo mismo –exclamó el otro con lógica lunar y agregó empinándose en la punta de sus zapatos como un gallo de riña– ¡Lo que pasa es que no querés gastar en estampillas!

–Si quiero o no gastar en estampillas es cosa mía –gritó el Ejecutivo del Origen Mineral encrespándose como una gallina clueca– como también es cosa mía si quiero o no gastar en una corona de flores para tu entierro.

–¡Renacuajo coludo!

–¡Microbio apestado!

–¡Papagayo desplumado!

–¡Pingüino bigotudo!

Y antes de que siguieran rimando y se formara espontáneamente un poema, intervino el Ejecutivo de la Teoría Intermedia, el Gran Cacique que, surgiendo intempestivamente de entre sus plumas como una corista, demostró con sus palabras que, en efecto, todo había sido un ardid tramado por él para apaciguar los ánimos levantiscos:

–¡Vasta! –gritó enfurecido acomodándose las plumas alrededor de la cabellera y de las caderas– ¿No es suficiente ya con el esfuerzo que he hecho admitiendo que Torivio es ternario y cuaternario, que es proteico y celulósico, que es una vaca y un árbol, y un vurro y lo que ustedes quieren? ¿Es necesario todavía que agregue algo más a la mezcla, que admita, por ejemplo, que Torivio es una vaca de celulosa mezclada con una lámpara de cobre ó una vaca de cobre mezclada con una lámpara de celulosa?

Y a continuación el Gran Cacique hizo una pausa y miró con desesperación a toda la concurrencia, mientras los taquígrafos y grabadores apenas podían alcanzar las velocidades del orador.

–¿O es que deberé admitir aún –agregó sacudiendo ferozmente las plumas– que Torivio es un vurro de cobre mezclado con una lámpara de celulosa y con una vaca de papel madera? ¿O que Torivio es un árbol de cobre mezclado con un vurro de celulosa y con una vaca y una lámpara? ¿Y todo esto vien vatido con hielo en una coctelera?

Y como nadie reaccionara ni para bien ni para mal, el Gran Cacique gritó con más ímpetu aún, escudriñando a sus inmovilizados colegas con la penetrante mirada de águila de sus ojos violetas:

—¿Hasta ese extremo tiene que claudicar la Ciencia para que no haya luchas fratricidas? ¡Respondan! —Y golpeando con los puños sobre la mesa añadió, cada vez más enfurecido—  
¿La Ciencia tendrá que admitir aún que Torivio es un cóctel?

Y luego rugió, ya sin ningún control de sus ademanes, de su voz ni de sus plumas:

—¿Hasta qué extremos tendrá que claudicar aún?

Y se quedó rojo como una remolacha.

Y del rojo fue pasando al rojo oscuro con reflejos azulados hasta que toda su cara terminó siendo una máscara violeta; y aunque todos habían estado pendientes del espectáculo cromático que acababa de desarrollarse ante sus ojos, nadie pudo saber en qué lugar de la máscara habían quedado los ojos violetas del Gran Cacique, limitándose algunos a encogerse de hombros como dando a entender que no les importaba un rábano, y otros a deducirlo, calculando mentalmente un punto intermedio entre el hueso frontal y los maxilares inferiores.

Pero aunque nadie se atrevía a manifestarlo, la verdad es que los ojos del Gran Cacique tenían intrigados a todos los miembros de la Convención; y empezaron las conjeturas; porque así como nadie ponía en duda que la máscara violeta del Gran Cacique era transitoria y se debía a sus accesos de ira, todos dudaban de los orígenes y la autenticidad de sus ojos violetas; ¿eran congénitos o adquiridos esos tormentosos ojos que titilaban como estrellas en la noche con reflejos ora azulados, ora rojizos o violáceos? ¿Habían tenido su origen en las leyes de la herencia o en las leyes de los lentes de contacto?

Todos los miembros de la Convención sabían que el color violeta es el resultado de la mezcla del rojo con el azul; pero lo que nadie sabía era si el Gran Cacique tenía los ojos azules y los lentes de contacto rojos o los lentes azules y los ojos rojos. Y con esa incógnita rebulléndolos en el cerebro, se decidieron a esperar que pasara algo. Por fortuna no tuvieron que esperar mucho tiempo porque el Gran Cacique de pronto empezó a parpadear a causa de una basurilla que le había entrado en los ojos y entonces, con toda delicadeza y delante de todos se sacó los diminutos lentes de contacto, que quedaron brillando en la palma de su mano como dos gotitas de cielo. Y cuando el Gran Cacique levantó la vista, todos sus colegas se sorprendieron al ver que tenía los ojos rojos como un semáforo.

—¡Peligro! —parecían decir en su lenguaje mudo los tormentosos ojos a escarlatas del Gran Cacique.

Y mientras todos los asistentes a la Convención permanecían silenciosos y como incrustados en sus asientos, el iracundo orador contemplaba a sus colegas a través de sus ojos rojos y su máscara violeta; y siguió contemplándolos todavía mucho tiempo, erguido en toda su estatura e inmóvil como una estatua, hasta que su ira empezó a disiparse y con ella el violento color de su atormentado rostro.

Y en tanto sus colegas seguían mirándose los unos a los otros sucesiva o simultáneamente en forma circular, el Gran Cacique, después de acomodarse la argolla de la nariz y los aros de las orejas y colocarse nuevamente los lentes de contacto azules, se sentó majestuosamente sobre la alfombra roja rodeado por sus dos cachorros de leones que le conferían un aire imponente de amo de la selva.

Entretanto el postergado, el olvidado Ejecutivo del Origen Mineral estaba cargando gasolina para despegar. Lo cual no inquietó a nadie, porque nadie sabía aún de lo que era capaz el Ejecutivo del Origen Mineral cuando levantaba vuelo.

–Pero es que yo no dije que Toribio fuera una lámpara de Cobre –protestó enfurecido, reaccionando de golpe– dije que podría serlo, claro está, pero no dije que lo fuera; porque si seguimos en este tren de malentendidos, terminaremos diciendo que Toribio es la lámpara de Aladino.

–¡La lámpara de Aladino! – repitió el coro con profunda consternación.

Pero el orador, cortándole la inspiración con un brusco ademán de su mano; impuso silencio a toda la concurrencia. Y luego:

–Sostengo que Toribio es de Cobre y me planto firmemente en esta posición porque mis afirmaciones se basan en investigaciones científicas que yo pasaré a exponer –exclamó acomodándose el diamante del turbante y a continuación añadió con aparatosa solemnidad– Escuchad con atención: cuando vinieron los sabios y examinaron a Toribio con el microscopio electrónico le descubrieron los empaquetamientos cúbicos que constituyen la unidad estructural o sea los glóbcicos; eso fue lo primero que descubrieron; después, observando con más atención, descubrieron que en cada glóbcico había varios globiquitos, uno en cada vértice del glóbcico, o sea en cada vértice del globo cúbico. Yo conozco muy bien la historia. Luego, cada vez más entusiasmados con el descubrimiento, los sabios se dedicaron a observar los globiquitos; y entonces, ¡oh!, sorpresa descubrieron que cada uno de ellos era un paisaje primaveral; en efecto, lo que vieron los científicos al observar el globiquito fue una gran cantidad de mariposas volando caprichosamente alrededor de una flor.

El Ejecutivo del Origen Mineral hizo una pausa para solicitar que le trajeran oxígeno. Entonces todos sus colegas abrieron los ojos y la boca y se quedaron inmobilizados con la boca y los ojos abiertos mientras los secretarios y subsecretarios corrieron a buscar el oxígeno.

Y cuando la troupe de emisarios volvió con el precioso elemento, el orador prosiguió con su relato.

—Cuando los sabios hicieron este descubrimiento —prosiguió diciendo— se pusieron tan contentos que ofrecieron una gran fiesta para celebrar el acontecimiento e invitaron a todo el pueblo con champaña; luego, una vez concluida la fiesta y apenas se les hubo pasado el mareo reanudaron sus investigaciones con mayor entusiasmo que antes; y siguieron estudiando el globiquito hasta que, observando con más atención, descubrieron de pronto algo raro, inesperado, misterioso en el paisaje; en efecto, los atónitos sabios descubrieron que las mariposas que volaban caprichosamente alrededor de la flor no eran mariposas. Los sabios no sabían qué pensar. Al principio quedaron estupefactos; después se enfurecieron con Toribio y convocaron a todo el pueblo nuevamente para exigirles en nombre de la Ciencia que les devolvieran el champaña; pero sobre todo se las agarraron con Toribio: “¡Tramposo!” le gritaron en la cara; y tomados de la mano, formaron una rueda que giraba vertiginosamente alrededor de Toribio al grito de:

—¡Embaucador!

—¡Farsante!

—¡Estafador!

—¡Atorrante!

Y a continuación los científicos se dirigieron a la multitud a los alaridos exigiéndoles que les devolvieran el champaña; pero, por desgracia, ningún vecino pudo devolverles ni una gota porque ya el champaña se había transformado en urea y otros compuestos y descompuestos y yacía irreconocible e indigerible en el fondo de los inodoros.

Llegado a este punto el orador hizo una nueva pausa. Estaba fatigado y necesitaba oxígeno pesado, o mejor aún, ozono, dijo mientras los convencionales se miraban circularmente los unos a los otros con gran revuelo de ojos, fruncimiento de cejas y vaivenes acompasados de barbas y bigotes.

Y en tanto los emisarios saltan corriendo a grandes velocidades a traerle el ozono, el Ejecutivo del Origen Mineral, arreglándose un rulo que se le había escapado del turbante, se dispuso a pasar a cuarto intermedio y, a tal efecto, efectuando con la mano derecha un movimiento como para bajar el telón, dijo haciendo bocina con la mano izquierda:

–Esperad, respetables colegas, que ahora viene lo peor, quiero decir lo mejor.  
Y bajando de un tirón el imaginario telón, desapareció detrás del escenario.

## CAPITULO V

### Los sabios

El Ejecutivo del Origen Mineral, después del cuarto intermedio y sin que nadie supiera de dónde, apareció nuevamente en escena y prosiguió con su relato:

–Al cabo de cierto tiempo se les pasó a los sabios el ataque de furia y decidieron perdonar a Toribio –comenzó diciendo el orador– después de todo, el pobre no tiene la culpa, se dijeron; y resolvieron que en adelante ningún obstáculo podría detenerlos y no pararían hasta descubrirlo todo; si se quedaron sin champaña, mala suerte; ni esa circunstancia ni ninguna otra en adelante alteraría la marcha de sus investigaciones. De modo que manos a la obra, exclamaron entusiasmados y montaron nuevamente el microscopio electrónico alrededor de Toribio. Y más fervorosamente que nunca, se dedicaron a observar el fenómeno, reanudando las investigaciones en el punto en que las habían interrumpido; de modo que decidieron dedicar sus esfuerzos a investigar todo lo referente a las mariposas de Toribio; al respecto, ya habían hecho el curioso descubrimiento de que las mariposas no eran mariposas; por lo tanto, el primer interrogante que se les planteaba era que si las mariposas que volaban alrededor de la flor no eran mariposas, entonces qué eran; tendrán que ser, claro está, puntos alados, se dijeron; si, indudablemente, son puntos alados confirmaron unos tras otros los sabios al sacar el ojo del electrónico; pero, ajustando los aparatos aún más, descubrieron luego que los puntos alados, no eran alados. Es decir, no tenían alas.

–Pero, ¿cómo volarán sin alas? –se preguntaron atónitos nuestros sabios y siguieron observando los puntos no alados que volaban caprichosamente alrededor de la flor; y observando el fenómeno con más atención terminaron descubriendo que los puntos no alados que volaban caprichosamente alrededor de la flor, no volaban caprichosamente, sino que se movían siguiendo una órbita determinada, de forma circular tirando a elíptica.

El orador hizo una pausa que aprovechó para hacer tres flexiones con las piernas y tres respiraciones profundas y luego, desenredándose el collar que se le había enroscado en una rodilla, prosiguió con su relato.

–Como comprenderéis –agregó con voz agitada a causa de las flexiones– ya a esta altura de las investigaciones, los sabios se persignaban atemorizados preguntándose adónde irían a parar con sus descubrimientos, no descartando la posibilidad de terminar todos en un mani-

comio, con Toribio a la cabeza. Pero ya estaban en el baile y tenían que seguir milongueando; de modo que metiendo nuevamente un ojo en el electrónico, siguieron observando el globiquito; y así descubrieron que las maripositas o puntos alados o no alados o lo que fueren) que estaban más cerca de la flor giraban con mayor velocidad y no se apartaban notablemente de su órbita; en cambio las mariposas que volaban lejos de la flor, se movían más lentamente, como tortugas; es decir, como tortugas comparándolas con las otras; las mariposas atortugadas eran también muy metódicas en su vuelo y volaban siguiendo su órbita alrededor de la flor. En posteriores investigaciones los científicos descubrieron otro grupo de maripositas que también, como las otras, giraban vertiginosamente siguiendo su órbita alrededor de la flor. Y luego otro, y otro, y otro grupo de mariposas que volaban rítmicamente obedeciendo quién sabe qué inexorable y secreto designio que las impulsaba a girar, a girar vertiginosamente, a girar eternamente alrededor de la flor. El maravilloso paisaje primaveral que tenían los sabios ante sus ojos parecía encantado, dirigido por fuerzas desconocidas, ocultas, misteriosas y exhalaba un hálito de eternidad. Sin que nadie supiera por qué ni hasta cuándo, todos los grupos de gráciles y etéreas maripositas seguían volando, volando rítmicamente, sin cansarse nunca, sin detenerse jamás, moviéndose graciosamente como bailarinas clásicas alrededor de la flor, en el exótico jardín.

(El exótico jardín –aclaró el orador– por supuesto, era Toribio Pérez).

El Ejecutivo del Origen Mineral al llegar a este punto se interrumpió para solicitar a sus secretarios que le trajeran hidrógeno. Entonces todos los convencionales se miraron alarmados los unos a los otros pensando que éste iba a hacer lo mismo que el otro. Pero nadie dijo ni mu y todos siguieron inmóviles como de costumbre, clavados en sus asientos, quietos, mudos e inescrutables como momias egipcias. Hasta los secretarios y subsecretarios parecían estatuas. ¿Qué sucedía? Porque si bien esa actitud era característica y habitual en los ejecutivos, en los secretarios resultaba insólita. De pronto todo había quedado inmóvil, quieto, silencioso; la Asamblea se había convertido, ni más ni menos, en una galería de momias. Hasta el Tiempo parecía haberse detenido en los umbrales del salón. Cada momia permanecía impenetrable, impassible, inescrutable, envuelta en un manto de silencio como un crustáceo dentro de su caparazón. Nada se movía; parecía haber cesado allí toda vibración. Poco a poco el silencio que inundaba el salón se hizo más espeso y empezó a deslizarse sigilosamente entre las momias, lento, pesado, ondulante como un reptil antediluviano y a medida que el Tiempo pasaba y el silencio crecía, se agudizaba la inquietud entre los ilustres miembros de la Convención. ¿Qué sucedía en realidad? ¿El Ejecutivo del Origen Mineral había perdido autoridad ante sus secre-

tarios? ¿O es que estaban todos paralíticos? ¿O acaso estarían, por ventura, ellos también – como la mayoría de los convencionales– durmiendo sentaditos en sus asientos y con los ojos abiertos?

Misterio. Misterio insondable. Y con esa incógnita carcomiéndoles el cuero cabelludo nuestros Ejecutivos permanecieron varias horas, cada cual imaginando por su cuenta, sin saber a qué atribuir la inmovilidad de los secretarios. Y siguió pasando todavía mucho tiempo sin que nadie pronunciara una palabra ni hiciera un solo movimiento.

Hasta que de pronto y sin previo aviso un secretario abrió la boca para decir que ellos no darían un solo paso más en ninguna dirección.

–Ya estamos censados de salir a cada momento corriendo velozmente por la alfombra y volando más velozmente aún por la ventana, todo por nuestros propios medios como palomas mensajeras; por tal motivo nos declaramos en huelga hasta tanto no se nos proporcione un vehículo para volar –aclaró el secretario portavoz de los secretarios moviendo los brazos como si fueran alas. (Y siguió batiendo graciosamente las alas en medio del salón como si estuviese interpretando el ballet *La Muerte del Cisne* hasta que consiguió una entrevista con un delegado de la otra parte).

Por lo cual se iniciaron las conversaciones hasta que se supo al fin que el vehículo para volar que reclamaban los insurrectos era una alfombra mágica.

Entonces empezaron las negociaciones para adquirir el vehículo.

Las propuestas se sucedían unas a otras, y tras largas conversaciones telefónicas con comerciantes persas legítimos se consiguió al fin una alfombra mágica con todas las comodidades y colores exigidos por los rebeldes y con una capacidad para una docena de secretarios.

Y cuando la moderna máquina llegó a destino:

–¡Perfecta! ¡Maravillosa! –exclamaron todos al verla, mientras los secretarios y subsecretarios se disponían a probar el aparato.

De modo que, sin pérdida de tiempo, los secretarios y subsecretarios se instalaron cómodamente en la alfombra mágica y saludando a todos con su mejor sonrisa salieron volando por la ventana a buscar el hidrógeno.

Cuando los emisarios de turno regresaron con el elemento solicitado, el orador lo colocó al lado de la cabeza del Ejecutivo Macromolécula –que, erguida sobre su moñito y perfilada como el busto de un prócer permanecía aún sobre la mesa en la misma posición fumando su pipa– y a continuación prosiguió con su relato:

—Entretanto los sabios estaban embobados —añadió— Ya se les había pasado la furia y comprendieron que era mejor tomar las cosas con calma. Sabían ya que las maripositas aladas no eran maripositas ni eran aladas pero no importaba. Sabían también que las maripositas que volaban caprichosamente alrededor de la flor, no volaban caprichosamente, pero no importaba. Ellos igual estaban chochos. Ya nada podría detenerlos; entonces decidieron dar un paso más hacia adelante en sus investigaciones y se fijó como etapa siguiente el estudio de la flor. Algunos, un tanto temerosos, objetaron que mirá que la flor, que mirá si nos pasa lo mismo que con las maripositas, que mirá que terminaremos todos en el manicomio, etcétera; pero al fin uno de los sabios pronunció una frase muy importante y digna de su sabiduría que fue la que decidió la cuestión; el sabio dijo: —salga pato o gallareta, estudiaremos la flor. Y a continuación todos los sabios simultáneamente metieron la cabeza en el microscopio electrónico.

El Ejecutivo del Origen Mineral hizo una nueva pausa e inmediatamente todos sus colegas pensaron, inconscientemente, en el hidrógeno pesado, en el deuterio. Y el orador, en efecto, pidió deuterio. Entonces los assembleístas comprendieron que lo que momentos antes era una débil sospecha iba camino de convertirse en una alarmante realidad: zas, otro poeta —se dijeron consternados. Y a partir de ese instante todos los Ejecutivos empezaron a mirarse con desconfianza los unos a los otros sospechando cada uno de ellos que el otro era un poeta y que, en definitiva, quizá el salón estuviera lleno de poetas; que tal vez todos ellos tuvieran doble personalidad como el autor del Hombre y la Bestia y otros casos históricos y que posiblemente entre ellos, después de todo, no habría un solo Ejecutivo nativo. Pero todos guardaron cuidadosamente sus sospechas debajo de la camisa mientras los secretarios ponían en marcha la alfombra mágica y después de ajustarse las correas a la cintura salían volando por la ventana a buscar el deuterio.

El Ejecutivo del Origen Mineral, entretanto, aprovechó la pausa para aguzar el oído a fin de detectar algún incipiente ronquido al tiempo que giraba en redondo tratando de abarcar con su mirada a la concurrencia; y siguió girando elegantemente sobre sus talones mientras trataba de tomar impulso para proseguir con su relato.

Pero antes de que el orador se decidiese de una vez por todas a arrancar, un Ejecutivo que dormía plácidamente a pata suelta en el fondo del salón arrullado por sus propios ronquidos y que estaba soñando en ese momento que hacía cuatrocientos cincuenta años que iba navegando en las carabelas con Cristóbal Colón, se despertó de pronto y sacudiéndose como una cotorra, vociferó:

—¡Tierra! ¡Tierrasa!

Entonces todos los miembros de la Convención abrieron la boca sorprendidos por tan insólita explosión verbal. Pero nadie dijo una palabra ni movió un pelo en ninguna dirección, limitándose todos, como de costumbre, a mirarse circularmente los unos a los otros. Hasta que el Ejecutivo del Origen Mineral, profundamente ofendido, quien sabe por qué (tal vez porque a este bello durmiente, francamente se le había ido la mano) palideciendo hasta las orejas y echando chispas por los ojos, vociferó:

–¡No digáis Tierra, insensato! Y con las manos extendidas hacia adelante, como un predicador, agregó suavizando la voz– decid: "óxido de silicio".

Oído lo cual el intrépido navegante –que no lograba despertar totalmente de su sueño– con voz de ultratumba y los ojos extraviados como un sonámbulo, repitió:

–¡Óxido de silicio! –y se volvió a quedar profundamente dormido.

Y a continuación se produjo otra vez en el salón un silencio sepulcral, sólo interrumpido por el concierto de ronquidos del bello durmiente. Silencio que fue como un caldo de cultivo para que al orador empezara a brotarle otra vez –como un hongo venenoso– el complejo del plomo: "porque está bien que éstos se duerman –reflexionó– pero esos ronquidos me parecen ya demasiado irreverentes, casi ofensivos". Pero, decidido a seguir adelante, aunque vinieran degollando, metiéndose otro rulo dentro del turbante, prosiguió con su discurso:

–Como os decía –añadió con ademanes aparatosos– los sabios decidieron dedicar toda su atención a la flor; empezaron, pues, las observaciones; pero apenas iniciadas las investigaciones tropezaron con serias dificultades; porque al principio creyeron que la flor era un crisantemo, una dalia o una margarita; pero muy pronto se les complicó el paisaje cuando descubrieron que la flor no era una flor sino varias flores pequeñas que en conjunto impresionaban como una sola de mayor tamaño; entonces decidieron la cosa admitiendo que se trataba de un ramillete, y se quedaron tan tranquilos. Pero estaba escrito que la tranquilidad no les iba a durar mucho tiempo; en efecto, se les terminó el día que hicieron el descubrimiento más importante; mejor dicho, el más insólito; el día que descubrieron que las flores no eran flores.

–Pero ¿es posible? –se dijeron los sabios escandalizados– ¿Ni las mariposas son mariposas ni las flores son flores?

Y mesándose pensativamente las blancas barbas, los ilustres científicos se consultaron entre ellos:

–Pero, si no son flores ¿qué son? –preguntó uno llevándose un chupetín a la boca.

–Son puntos como los otros –respondió otro sabio que parecía el más erudito de todos.

–Pero el punto es otra cosa –opinó otro agachándose para mirar la cara de su colega desde abajo.

–Claro; el punto es lo que se les corre a las medias –replicó otro relamiéndose los bigotes.

–¡Viejo verde! –gritó otro sabio, un adolescente que sólo tenía ciento veinte años, dirigiéndose al viejo sátiro que había hablado de las medias.

Y siguieron discutiendo sobre los puntos dos meses seguidos sin lograr ponerse de acuerdo. Hasta que, después de agrias discusiones y arduas deliberaciones, los sabios estaban como al principio, siempre haciéndose la misma pregunta: que si las mariposas no eran mariposas y las flores no eran flores, entonces qué eran y qué estaban haciendo las hipotéticas mariposas alrededor de la hipotética flor, y si no eran hipotéticas mariposas y eran puntos, qué estaban haciendo los puntos alrededor de la hipotética flor y si no era una hipotética flor y era un punto, qué diablos hacían los puntos moviéndose graciosamente alrededor del otro punto.

Tanto deliberaron los sabios que se enredaron con los puntos y terminaron mareados por completo.

–La culpa la tiene el globiquito –se quejó un sabio profundamente disgustado– No tendríamos que haberlo descubierto nunca porque ahí empezaron todas nuestras tragedias.

El Ejecutivo del Origen Mineral hizo una nueva pausa y en ese instante se reanudó en el espacio el revuelo metafísico: “¿qué pediría ahora el orador?, seguramente el vaso de cristal tallado”.

Pero, apartándose en este punto del ritual sagrado, el orador no pidió el vaso de cristal tallado:

–Nitrógeno, por favor –ordenó.

Entonces los secretarios pusieron inmediatamente en marcha la alfombra mágica y salieron volando por la ventana en busca del nitrógeno, mientras algunos Ejecutivos –notablemente aliviados– empezaron a respirar con más tranquilidad y otros directamente se desinflaron, en vista de que había disminuido el peligro de que éste también fuera un poeta.

Y cuando los emisarios -ya de regreso de su delicada misión– aterrizaron en medio del salón con un tubo de nitrógeno, el orador prosiguió con su historia:

–Los sabios –agregó– entretanto seguían deliberando sobre estos trascendentales descubrimientos y hacían comentarios como éstos:

–Las mariposas (o lo que sean) tienen varios movimientos –dijo un sabio que seguía pegado al electrónico.

Y agregó metiendo el ojo más adentro:

–Tienen un movimiento alrededor de su eje, otro movimiento alrededor de la flor (o lo que sea) y otro movimiento ondulatorio; y quién sabe cuántos más que aún no hemos descubierto...

Y, castañeando con los dedos, exclamó entusiasmado:

–Estas sí que son grandes bailarinas y no la Isidora Duncan.

–Isadora, querido –corrigió otro que parecía estar más enterado.

–Sí, es verdad –dijo otro metiendo también un ojo en el electrónico– cada globiquito parece una calesita –y haciendo señas a sus colegas para que se acercaran a observar el fenómeno– mirad cómo giran... giran... giran...

En este punto el Ejecutivo del Origen Mineral, sacudiendo a todos con sus insólitos antojos, pidió que le trajeran potasio. Inmediatamente los secretarios salieron como de costumbre volando en su alfombra mágica a buscar el potasio.

Y cuando los emisarios regresaron con el elemento solicitado, el orador, después de acomodarlo al lado de los otros elementos y de bailarse una raspa con pandereta y todo, prosiguió con su discurso:

–Después que hicieron todos estos descubrimientos –exclamó desenroscándose el collar que a causa de la raspa se le había enredado en una rodilla– los sabios guardaron su violín en bolsa y miraron con suma atención a Toribio; con más atención y curiosidad que de costumbre, si era posible. Y ninguno de ellos pudo comprender cómo Toribio podía estar tan quieto, tan serio y circunspecto con tantos puntitos girándole velozmente en cada globiquito y haciéndole cosquillas. En efecto, la impasibilidad de Toribio les parecía inconcebible:

–Yo estaría todo el día: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! –dijo un sabio retorciéndose de risa y arrastrando su barba por el suelo en un incontrolable ataque de hilaridad; y tanto se retorció que quedó enredado como un ovillo y no lo pudieron desenredar más.

–Y yo estaría todo el día: ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! –exclamó otro sabio muerto de risa agachándose tanto para sujetarse la panza que se le enredaron los intestinos en el pescuezo y por más que forcejearon sus colegas tampoco lo pudieron desenredar.

–Y yo estaría todo el día moviéndome así... –chilló otro sabio zapateando un aire flamenco con tan poca habilidad que se le entreveraron los brazos y las piernas y por más esfuerzos que se hicieron, nadie lo pudo desentreverar.

–Yo, en cambio, me movería así, porque la risa me ataca para este lado... –dijo otro sabio entre carcajada y carcajada y empezó a contorsionarse frenéticamente moviendo brazos y piernas como si hubiese tomado lecciones de ziqui-zac-zac o de teque-meleque, mientras bar-

ba y melena flameaban por las alturas como banderas al viento; pero como no había tomado lecciones de ziqui-zac-zac ni de teque-meleque, en vez de levantar las piernas alternadamente, las levantó simultáneamente y fue a parar junto a los otros sabios enredados, los ovillos de sabios o sabios ex ovillo que, inmóviles y apilados en un oscuro rincón, parecían tan sólo esperar el día del Juicio Final.

—Yo, en cambio, no me río ni me muevo para ningún lado, pues cuando me hacen cosquillas, me brotan las lágrimas —confesó tímidamente otro sabio conmovido y allí nomás empezó a llorar; y lloró tanto y tan salado que se formó un enorme charco de salmuera a su alrededor, en cuya superficie empezaron a flotar los ovillos, como dulces icebergs. Y tanto les gustó la aventura de flotar a la deriva, que desde entonces los sabios no pensaron más que en navegar.

El Ejecutivo del Origen Mineral, entusiasmado con su propio relato sacudió tanto la cabeza al hablar que se le escaparon otros cuatro rulos del turbante y le taparon toda la cara. Pero él, impertérrito y parapetado detrás de la cortina negra de su cabellera, con los mechones incrustados en los ojos y el hocico —como un Pomerania— distinguiendo vagamente a través de la noche de sus pelos sólo difusos bultos sin rostro en la distancia, se dispuso a continuar con su monólogo hasta sus últimas consecuencias. De modo que:

—Tanto navegaron nuestros ilustres científicos —dijo soplando un rulo que le molestaba en el hocico— que se convirtieron en grandes navegantes; uno de ellos, el que se había convertido en ovillo mientras zapateaba un aire flamenco —el bailar más saleroso de la colección— fue designado Capitán y estaba al frente de la tripulación. Con el tiempo, todos adquirieron algún cargo importante dentro de las fuerzas navales a la que pertenecían, y desempeñaban sus funciones con lealtad y patriotismo. Hasta que transcurrido algún tiempo y cuando ya se habían acostumbrado nuestros hombres de Ciencia a su destino de orugas o bichos de cesto navegantes; cuando ya habían aprendido a amar el agua salada del océano, los tifones y los tiburones; cuando ya se habían habituado a la piratería romántica, a los vientos alisios, a las sirenas del fondo del mar y otras delicias de la navegación y habían olvidado la tierra, Toribio Pérez y el microscopio electrónico; en suma, cuando ya nuestros sabios eran felices navegantes, se enteraron del suceso los periodistas y zas, como ilustres comedidos que son, decidieron rescatar a los sabios del mar para devolverlos a la Ciencia. A tal efecto, apenas ubicaron la posición geográfica en que a la sazón se encontraban los sabios enredados, hicieron las gestiones necesarias para que las autoridades enviaran un equipo de expertos con todos los elementos para desenredarlos. Los expertos trajeron una emulsión desenredante que vertieron sobre los ovi-

llos mientras controlaban los relojes, y a los pocos instantes vieron surgir de cada ovillo un sabio que salía del mar tambaleándose entre las olas y sacudiéndose las escamas.

El Ejecutivo del Origen Mineral hizo una nueva pausa. E inmediatamente empezó a crecer la expectativa entre la concurrencia. Nadie sabía ni podía imaginar siquiera hacia dónde se orientaría ahora su pedido. Entretanto, y ajeno por completo a la expectativa que estaba creando con sus extravagancias, el disertante pidió que le trajeran carbón vegetal; entonces algunos Ejecutivos pensaron, compadecidos, que su colega tendría colitis.

Y a continuación nuestro arrollador Demóstenes, con colitis o sin colitis, prosiguió con su relato:

–Después de ese período de grandes aventuras o de vacaciones forzosas o como quiera denominarse el período durante el cual estuvieron enganchados en la Marina, meses en que permanecieron casi completamente inactivos debido a la inmovilidad que les impuso su condición de ovillos los sabios decidieron ocuparse nuevamente de Toribio. De modo que, resignados a sepultar en el fondo de sus almas los gratos recuerdos de su época de navegantes; decididos a olvidar para siempre –en nombre de la Ciencia– el paisaje marino, las sirenas y los tiburones y otra vez instalados alrededor del microscopio electrónico, los sabios como primera medida convocaron a toda la camarilla de científicos para realizar una reunión secreta a fin de ponerse de acuerdo en algunos aspectos de la investigación que permanecían aún en la penumbra a causa de la natural cautela de los científicos, pero que deberían salir a la luz en esa Convención aunque terminaran todos en la hoguera.

Y cuando se concretó la trascendental reunión de científicos:

–Primer asunto a tratar: deberemos adoptar un nombre para los puntitos –dijo el Presidente de la Convención.

–¿Para qué tipo de ellos? –preguntó uno– Porque hay tantos

–Para las maripositas –contestó el Presidente.

Pausa para meditar y al cabo de una hora y media:

–Yo propongo que, al puntito en cuestión, se lo denomine Margaritón –propuso un sabio con los ojos bajos y la voz trémula de emoción.

Y agregó tímidamente:

–En homenaje a mi Margarita.

–Pero Margarita no es tuya, es del Pato Donald –protestó otro.

–Pero yo tengo otra –aclaró el tímido sabio ruborizándose hasta las orejas.

–Ah, si es así, retiro lo dicho; felicitaciones y adelante –replicó el protestón (que no quería dramas pasionales de ningún tipo, ni domésticos ni internacionales).

–Ah, conque ésas teníamos –dijo otro sabio que había escuchado la confesión de su colega, y acercándose al grupito agregó en voz baja y expresión misteriosa– contá, contá...

Pero el cuchicheo fue interrumpido por otro sabio que dijo solemnemente, levantando la mano derecha como un predicador:

–Yo propongo que el puntito en cuestión, se denomine electrón.

Y agregó en voz baja:

–En homenaje a Electra.

–Ajá –murmuró otro sabio y añadió sonriendo maliciosamente– Caramba, aquí el que no corre, vuela... –y no agregó más porque en ese momento otro colega hizo oír su potente voz estentórea.

–Y yo propongo que se los denomine: Objetos Voladores No Identificados –dijo el dueño del vozarrón haciendo un paso de baile– en homenaje a Isadora Duncan.

Y a partir de ese momento todos los científicos empezaron a considerar los distintos nombres propuestos; hasta que uno dijo, refiriéndose a los Objetos Voladores:

–Esa denominación no estaría del todo mal, pero me parece demasiado amplia y poco específica; porque muchísimas cosas podrían designarse con ese nombre, y a todas les quedaría igualmente bien; y para que entienda perfectamente lo que quiero decirle, querido colega, le daré un ejemplo: cuando en mi casa paterna la que hacía los raviolos era mi hermana, puedo asegurarle a usted que los objetos que flotaban en la olla mientras el agua hervía, no podrían designarse con ningún otro nombre. Y si seguimos investigando hechos acaecidos en mi casa referidos siempre al arte culinario, puedo asegurarle que todo lo que preparaba mi hermana en la cocina podrían denominarse Ovnis. Hasta los tallarines.

–¡No hables de los tallarines! –exclamó relamiéndose los bigotes otro sabio a quien parece que le agradaba la cocina italiana. Pero no era porque le gustara especialmente la cocina italiana, sino porque hacía una semana que no comía.

El sabio del Ovni, entretanto, profundamente desilusionado porque le habían desprestigiado los Objetos Voladores, bajó la cabeza y no dijo nada más.

Y siguió el debate con los Objetos Voladores:

–Como Objetos Voladores No Identificados –opinó otro– me parece que, en verdad, ningún objeto podría ser más volador ni menos identificado que estos puntos que estamos considerando; pero –agregó rascándose la barba, dubitativo– no podemos denominar Ovnis a los

puntitos de Toribio porque nos demandarían los marcianos por plagio; y quién de nosotros pagaría el juicio, puesto que como ellos registraron el nombre antes que nosotros, ningún juez fallaría en nuestro favor.

Y mientras los otros seguían opinando, el sabio del Ovní, que no podía resignarse a que los puntitos de Toribio tuvieran otro nombre, silencioso y cabizbajo e incapaz ya de manejar el volante de su depresión galopante, se dobló en dos en tal forma que su cabeza fue a parar directamente al suelo.

(Plaf, hizo la blanca peluca y salió dando saltitos por el parque mientras la cabeza quedaba incrustada en el piso como una pelota de golf).

–Pero un juicio con los marcianos nos promocionaría para todo el viaje –acotó otro que vio el lado práctico de la cosa.

–Es verdad; así no tendríamos necesidad de trabajar todo el día de sol a sol con el electrónico para promocionarnos, como ahora –dijo otro sabio que no estaba enteramente de acuerdo con el laburo.

Entretanto el sabio del Ovní –que seguía con la cabeza metida entre los zapatos– al oír los comentarios de sus compañeros se reanimó en tal forma que abrió los ojos, movió una oreja y hasta se le vio hacer un movimiento con el pescuezo como si estuviera intentando desenterrar su cabeza del agujero; pero en ese preciso instante el Presidente de la reunión decidió la cuestión:

–Se aprueba la moción del que propuso el electrón –anunció con majestuosa solemnidad– Las maripositas se denominaran electrones.

(El sabio del Ovní, al ver sus esperanzas definitivamente frustradas, ya no pudo soportar más y se desintegró).

De este modo quedó establecido que lo que tenía Toribio y le hacía tanta cosquilla eran electrones.

Y este nombre fue adoptado desde ese histórico día por todos los científicos del mundo.

Y aquí hubiera terminado la misión de la Convención, pero faltaba aún la otra parte del globiquito; faltaba la flor.

De modo que después de pasar a cuarto intermedio por tres meses para reponerse de la fatiga cerebral que les había producido el asunto de la denominación del electrón, los sabios reanudaron las deliberaciones.

Reunidos nuevamente alrededor de Toribio, se dio comienzo a la sesión.

El Presidente abrió el debate invitando a todos los miembros de la Convención a exponer sus ideas.

Y las ideas de los convencionales, efectivamente, no se hicieron esperar:

–Sí, esto está muy bien, pero aquí hace falta un poco de whisky –dijo un sabio con tendencias imperialísticas.

–Pues yo preferiría un vaso de vodka –replicó otro sabio con tendencias vodkísticas.

–Yo preferiría un vaso de vino –dijo otro sabio con tendencias eucarísticas.

–Y yo preferiría un vaso de leche –agregó otro sabio con tendencias vaquísticas (pero luego aclaró que era por la úlcera).

–¡Úlcera! –exclamó otro asombrado y añadió mirando atentamente al de la úlcera– Pero hombre, hubieras dado parte de enfermo; ¿Por qué no le has pedido unos días a nuestro médico?

–Pero es que a la úlcera la tengo en el cuerpo astral y su imagen no sale en las radiografías –Susurró suavemente el sabio y agregó muy afligido– ¿Qué médico me daría unos días por una úlcera como “ésta”?

–Si es así, lo lamento mucho –se disculpó el otro y acercándosele, le preguntó al oído– y, seré curioso: ¿te duele mucho?

–No, no me duele; las úlceras astrales no duelen –respondió el sabio y añadió con una expresión tan patética y misteriosa en el rostro que producía escalofríos– No me duele, no, pero me produce una sensación extraña, mezcla de frío y de calor, de luz y de oscuridad, de ser y de no ser; por momentos no sé si soy y no soy, si existo o no existo, si yo soy yo o soy ella; entonces empiezo a temblar, a sacudirme de terror, y ella a temblar y a sacudirse conmigo; la siento dentro de mí como un parásito metafísico, siento que respira por donde respiro, que se mueve al compás de mis movimientos, que crece a expensas de mi propio ser; siento en todo mi cuerpo la sensación de que ella me está comiendo lentamente, sin prisa y sin pausa, bocado a bocado, con ciega y lenta voracidad. Nadie que no padezca esta enfermedad, puede siquiera imaginar lo que se siente. No sé cuándo comenzó ni cuándo terminará. Yo no me alimento para mí, como ustedes; yo me alimento para ella... ella crece a medida que yo disminuyo –y palpándose de pies a cabeza– ¡Y yo estoy desapareciendo!

El sabio enfermo hace una pausa y luego agrega, bajando la cabeza, pálido y tembloroso:

–Y tengo miedo de convertirme en agujero.

Los sabios, después de escuchar la dramática confesión de su compañero, permanecieron un largo rato silenciosos y meditabundos. Tanto los había impresionado la tragedia de su co-

lega que ya empezaban a ver visiones, ya empezaban a ver al enfermito redondo y oscuro, cada vez más redondo y oscuro, ya lo veían convertido en agujero. "Ella crece a medida que yo disminuyo".

–¿Qué es "ella"? ¿Cómo es "ella"? –se preguntan los científicos intrigados y estremecidos, sin atreverse a preguntárselo al mismo enfermo, por temor a verlo desaparecer.

La frase los había impresionado tanto que nadie se atrevió a romper el silencio que los envolvía y continuaron todos mudos e inmóviles, como atrapados por esa fascinante y patética imagen sin imagen. Y a medida que pasaba el tiempo se iba agrandando el agujero en la imaginación de los sabios hasta convertirse directamente en un túnel. Un túnel que empieza en el infinito y termina en el infinito. Un túnel sombrío y siniestro en el cual han quedado todos atrapados, indefensos y aterrados, sin poder sacar la cabeza ni vislumbrar un solo rayo de luz; oh... uh... Oh... Uh...

Y antes de que el túnel los tragara a todos, el más intrépido de ellos, sacudiendo su ensimismamiento empezó a patalear y dijo sacando la cabeza:

–Sí, es verdaderamente lamentable; sobre todo lamento mucho lo imperfecto del sistema de nuestros equipos radiológicos; de ahora en adelante las úlceras astrales van a tener que aparecer en las radiografías; si no, ¿Cómo hacer para pedir tres o cuatro días a un médico por una úlcera astral?

Y dirigiendo a sus colegas una mirada penetrante, agregó con decisión:

–Ya tendremos que ocuparnos también de eso; cuando terminemos con Toribio.

Entonces intervino el Presidente de la Convención, que después de hacer un gran esfuerzo mental había logrado él también escaparse del túnel.

–Bien; acabemos ya con los tallarines y con las úlceras astrales y decidámonos de una vez a buscar un nombre para la flor del globiquito –dijo con acento imperativo y añadió energicamente– ¿Que proponéis?

Y su voz salió con tanta fuerza de su garganta que todos los ensimismados se desensimismaron de golpe, con gran estrépito y entrechoque de pelucas, cigarros, anteojos y dientes postizos.

Hasta que, después de restablecerse el orden, salió al aire la primera moción:

–Yo propongo que la flor del globiquito se denomine Tutan-Kamón, en homenaje al Gran Faraón –propuso un sabio con tendencias egiptólogas.

–Yo propongo que se denomine Cristóbal Colón, en homenaje al gran violinista, digo al gran navegante –dijo otro sabio a quien lo habían quedado reminiscencias de su época navegántica.

–Eso es –exclamó otro sabio entusiasmado– vamos a llamarlo Cristóbal Colón y su-hijo-Cristobalito.

–Oh, no, ese nombre es demasiado largo –protestó otro– ¿Cómo nos arreglamos para hacer las ecuaciones?

–Yo propongo que se lo denomine Gran Bonetón, en homenaje al gran Bonete –chilló con voz aflautada un sabio a quien sus compañeros llamaban don Fulgencio porque no había tenido infancia.

Y otro sabio levantó la mano y pidió la palabra para presentar otra moción. Y otro. Y otro. Hasta que:

–Yo propongo que se lo denomine nucleón, en homenaje a Raquel Welch –dijo un sabio con tendencias raquelísticas, que se la pasaba más en el cine que en su laboratorio.

Y todos los sabios aplaudieron y aprobaron entusiasmados a Raquel Welch, que triunfó ampliamente sobre Tutan-Kamón, Cristóbal Colón y el Gran Bonetón.

De modo que desde entonces quedó establecido que la parte fija, inmóvil del globiquito, o sea la flor (o, más exactamente, el conjunto de flores que formaban el ramillete), se denominarían genéricamente nucleones, sin perjuicio de que cada tipo de ellas tuvieran su nombre específico de acuerdo a su respectiva especie.

Y una vez evacuados todos los puntos a tratarse, se dio por clausurada la Convención.

Una vez conocidos los resultados de aquel memorable Congreso se hicieron millares de publicaciones en todas las revistas científicas del país con estos descubrimientos y resoluciones y simultáneamente llegaron al pueblo gran cantidad de sabios de todo el mundo para estudiar el fenómeno Toribio Pérez.

Y todos los investigadores posteriores corroboraron los descubrimientos de nuestros sabios, a saber: que Toribio estaba constituido por glóbicos, los glóbicos por globiquitos y los globiquitos por nucleones y electrones.

El Ejecutivo del Origen Mineral, repuesto ya de su fatiga y cada vez más entusiasmado con su relato porque iba acercándose ya a su objetivo (demostrar que Toribio era de Cobre), movió tanto las manos y la cabeza al hablar que se le escapó otro rulo del turbante; inoportuno mechón que fue a parar justo en el último tercio de ojo que aún tenía descubierto.

Pero él, inflamado con el fuego de sus propias convicciones, prosiguió impertérrito con su discurso desde las tinieblas de su noche eterna como continuaría lo mismo sin darse cuenta de nada aunque se le cayeran los dientes, los bigotes, el turbante, las medias y los pantalones.

–Entretanto nuestros sabios siguieron investigando porque querían saber algo más sobre los nucleones –agregó haciendo un orificio en la cortina de sus pelos a la altura del hocico para que le saliera por ahí la voz– Raquel Welch estaba muy bien pero desde el punto de vista científico eso no bastaba; era necesario saber más; y para eso había que trabajar; trabajar duro y parejo; trabajar sin descanso.

–Y tanto trabajaron que terminaron saliéndose con la suya; nuestros sabios, después de realizar con el microscopio electrónico más hazañas que las hazañas de Hércules y cuando ya se les había agotado el fósforo del cerebro, descubrieron algo que los llenó de alegría; en efecto, los sabios descubrieron que los nucleones de Toribio tenían masa. Pero después de este significativo avance comprendieron que aún no lo habían descubierto todo y siguieron investigando porque querían llegar al fondo de la cuestión; en resumen, querían saber cuánta masa; y fue entonces cuando hicieron un descubrimiento que los sumió en la más amarga desolación; en efecto, nuestros sabios se encontraron con que los nucleones de Toribio tenían tan poca masa que con todo su cuerpo no se podría hacer ni un pastel.

–Ni una empanada, ni siquiera un scon –protestó un sabio indignado y tiró al suelo el microscopio electrónico.

Este descubrimiento causó una verdadera conmoción entre los ilustres científicos. Se desilusionaron en tal forma de Toribio que no pudieron seguir investigando más. Y empezaron a deprimirse. A deprimirse cada vez más hasta que su depresión asumió características alarmantes. No comían, no dormían, caminaban patitiosos y cabizbajos, cada vez más agachados, arrastrando los pies:

Chaca-chaca... chaca-cahaca...

Y por más esfuerzos que hacían para enderezarse se parecían cada vez más al jorobado de Notre-Dame.

Encorvados y cabizbajos, con la cabeza doblada sobre el pecho y los brazos colgando de la joroba marchaban lentamente en doble fila por las calles del pueblo:

Chaca-chaca. .. chaca-chaca...

Y después de un tiempo de este lento peregrinar:

–Bueno, menos mal que aún podemos caminar –se consolaban los unos a los otros mientras seguían chaca-chaca. .. chaca-chaca con el pescuezo doblado hasta el ombligo y las rodillas tiesas.

Pero un día la depresión les atacó con tanta fuerza que se les dobló la cabeza hasta el suelo y no pudieron enderezarla más.

Entonces algunos vecinos que se enteraron de lo que pasaba comentaron entre ellos que a los sabios les harían falta unas estacas.

–Con unas buenas estacas y dos vueltas de piolín de envolver quedarán otra vez derechos, como los arbolitos –se dijeron.

Y sin más trámites los vecinos se fueron a buscar las estacas para enderezar a los deprimidos ancianos.

Pero en ese intervalo llegó al pueblo otro sabio enviado especialmente por el gobierno de su país que venía a integrar el equipo de científicos.

Apareció un día en un Rolls-Royce amarillo y aunque nadie sabía de dónde venía ni quién era, todos opinaron que para sabio era demasiado joven y buen mozo.

Pero la gestión de este científico en el pueblo necesita un capítulo aparte porque hay que ver las cosas que hizo (o que no hizo) de manera tal que no se sabe si juzgarlo por lo que hizo o por lo que no hizo, con el agravante de que hizo o no hizo las cosas de tal modo que es imposible también saber si es culpable o inocente de lo que hizo o de lo que no hizo. De cualquier manera, queridos colegas, su actuación quedará a vuestra consideración, más no olvidéis que no se puede medir a un científico –a un científico dedicado a la Físico-Química, como éste– con la misma vara que a los demás mortales, por el mismo clima fantástico en el que se mueve y la especificidad casi alucinante de la naturaleza de su tarea, que consiste generalmente en construir partiendo del TODO concreto y visible– un mundo inconmensurable y abstracto sobre la Nada y después, lograr que la NADA explote, transmutando en un santiamén ese TODO concreto y visible en la NADA absoluta y total.

Pero, al margen de estas y otras consideraciones tangenciales a su actividad en sí, os pido, en nombre de la Ciencia, que juzguéis a nuestro científico con el respeto y consideración que se merece.

Y con estas enigmáticas palabras, el Ejecutivo del Origen mineral se dispuso a hacer otro cuarto intermedio, y a tal efecto tiró de un cordón imaginario como tratando de bajar un imaginario telón. Con gran alivio y satisfacción de todos los miembros de la Convención (que a causa del interminable y monótono discurso ya estaban flotando en la Cuarta Dimensión).

## CAPITULO VI

### Un Científico que se las trae

El Ejecutivo del Origen Mineral, al reaparecer en escena después del cuarto intermedio, consideró que debía dormir una siesta para seguir reponiendo energías, de modo que anunció a todos con voz somnolienta que mientras él durmiera lo reemplazaría en el relato su secretaria; y así diciendo, extrajo del bolsillo de su pantalón una cinta grabada, la colocó en un grabador que había traído en su maletín y después de apretar un botón, mientras una agradable voz de mujer empezaba a inundar todo el ámbito del salón de conferencias, se tendió a dormir como un bendito sobre la alfombra.

Y aunque todos hubiesen preferido tener a la secretaria del grabador en vivo y en directo, sintieron no obstante una verdadera satisfacción al oír esa susurrante voz de mujer que les acariciaba los oídos, y desearon para sus adentros que el Ejecutivo del origen Mineral siguiera durmiendo hasta el día del Juicio Final.

Y antes de que se escuchara el primer ronquido del bello durmiente, la voz de su secretaria inundó todo el ámbito del salón.

–Os hablaré, entonces, del sabio que llegó al pueblo enviado especialmente por el gobierno de su país a integrar el equipo de científicos –anunció después de saludar cordialmente a su distinguido auditorio.

Y continuó diciendo en el mismo tono armonioso y susurrante:

–Este sabio –que parecía un playboy con su melena rubio ceniza al viento y su rostro bronceado por el sol y caminaba contoneando cadenciosamente las caderas como un cowboy, enfundado en un estilizado suéter amarillo limón y un pantalón de corderoy tiro corto (tan corto que apenas le tapaba los ilíacos) pero que estaba considerado en el mundo entero como un científico de avanzada, cuando encontró a todos sus colegas doblados en dos cabeza abajo y con el jopo barriendo la vereda, pensó que ese debía de ser un pueblo muy atrasado por cuanto no conocían los escobillones, y usaban como tales a los científicos que llegaban de otros países con misiones oficiales.

–Asombroso –exclamó estupefacto mientras su hermoso rostro se contraía en un gesto de asombro y sus brillantes ojos celestes titilaban al sol.

Pero observando con más atención se dio cuenta de que sus Colegas no estaban barriendo la vereda, sino que por el contrario, permanecían tan quietos y con las cabezas fijas en el mismo lugar, como si les hubiesen atornillado las vértebras del pescuezo, y que en realidad lo único que se les movía era el jopo.

–Pero, ¿por cuáles mecanismos se moverán estos jopos? ¿Voluntarios o involuntarios? –se dijo acercándose sigilosamente a la hilera de momias y clavándole a cada momia su sabio y perspicaz ojo en la nuca.

Y siguió observando hasta que descubrió que el movimiento de vaivén de los jopos era involuntario y se debía al viento que iba y venía frenéticamente por aquella región.

Entonces pensó que allí pasaba algo raro.

–Pero ¿qué? ¿Qué es lo que pasa? –tornó a preguntarse cada vez más perplejo– ¿Por qué mis colegas han perdido la voluntad?

Y nuestro atlético científico siguió devanándose los sesos en su intento de develar el misterio.

Al principio, el primer golpe de vista, había creído que sus colegas estaban allí por la fuerza, que habían sido llevados por los vecinos para que oficiaran de escobillones eternamente barriendo la vereda.

Después, al descubrir que el movimiento de los jopos era involuntario, pensó que quizá los vecinos no tuvieran arte ni parte en el asunto, que probablemente sus colegas tuvieran, sencillamente, alma de escobillones o un complejo de vereda; que tal vez en alguna época de su existencia y quién sabe por cuáles motivos les hubiese preocupado en tal forma la vereda que desde entonces quedaron tiesos y con esa idea fija en la cabeza.

–Sí, tiene que haber algo de eso –murmuró para sí– Las ideas fijas suelen atacar en esa forma.

Y estuvo mucho tiempo meditando sobre la vereda y los escobillones.

Y para poder reflexionar con más profundidad se sentó en el suelo con las piernas cruzadas al estilo Buda enfrente de la hilera de momias, y encendió su pipa. Y mientras saboreaba y arrojaba al aire lentamente las aromáticas y azules bocanadas de humo, nuestro playboy pensador intuyó, en un raptó de inspiración divina, que lo que preocupaba a los sabios no era precisamente la vereda, sino otra cosa.

–Pero, ¿qué cosa? ¿Qué cosa para que queden así, cabeza abajo y doblados en dos como alfileres de gancho?– Y en este punto se le terminó la inspiración y no pudo encontrar a partir de allí ni una pista para reanudar la investigación del fenómeno. Entonces empezó a reflexio-

nar en otra dirección; y después de darle muchas vueltas al asunto llegó a la conclusión de que sus colegas no habían perdido la voluntad sino el movimiento, que probablemente les hubiera dado un ataque de parálisis colectiva y por eso habían quedado convertidos todos al mismo tiempo en escobillones o alfileres de gancho.

–Pero, ¡qué rara epidemia! –exclamó perplejo– Nunca yo había visto nada igual ni parecido.

Y saboreando con fruición su pipa, meneó la cabeza varias veces, sumido en profunda meditación:

–Pero, ¿qué tendrán? ¿Parálisis infantil? Imposible; la polio no ataca a los trescientos cincuenta años.–

Y así siguió reflexionando nuestro atildado científico mientras observaba con suma atención a cada integrante de la troupe de escobillones que adornaban la vereda como ikebanas.

Su escudriñadora mirada recorría siempre el mismo circuito: arrancaba desde el suelo, por los zapatos de sus colegas, ascendía luego por los pantalones, llegaba hasta el trasero (el pico más alto del sistema) y una vez alcanzada la cima, empezaba a descender por la columna vertebral y seguía bajando por los hombros hasta llegar a una altura a diez centímetros del suelo, desde donde colgaba cada cabeza suspendida de su respectivo pescuezo y con una prominencia nasal –aguileña o respingada– que servía de manija para manipular y regular la velocidad de los jopos.

Y una vez más completado el recorrido del circuito, el científico volvió a preguntarse –por centésima vez– a qué se debería esa poderosa quietud, esa alarmante inmovilidad que aquejaba a sus colegas, si estarían en realidad parálíticos o qué.

Pero después de mucho reflexionar desechó la idea de la parálisis colectiva y empezó a sospechar que ahí había gato encerrado; concretando, empezó a sospechar que la solución del enigma debía buscarse en el terreno de las Ciencias Ocultas; la sospecha se le presentó de repente, como una revelación, y fue tomando cuerpo gradualmente hasta convertirse en certidumbre. Y a partir de allí todo se hizo claro en su cerebro.

–Sí, no hay ninguna duda –se dijo– éstos están todos hechizados; seguramente los habrá embrujado algún poderoso brujo de este pueblo; o de quién sabe dónde; porque esto tan raro no puede ser una enfermedad, no una enfermedad oficial, al menos, sino clandestina.

Y bien. La cosa ya estaba encaminada. Pero ahora que había descubierto que se trataba de una enfermedad clandestina, le tocaba descubrir, claro, de qué tipo.

–Porque hay de varios tipos –murmuró– unas son causadas por ciertas y determinadas cosas, y otras, por otras.

De modo que, sentado como un Buda con las piernas cruzadas, saboreando su pipa cara al sol, entre espirales de humo y gatos encerrados, el sabio de vanguardia siguió rumiando sobre los distintos tipos de enfermedades clandestinas y sus causas para dar con aquella que afectaba a sus colegas.

–Es inconcebible –exclamó meneando la cabeza– No me explico por qué, habiendo tantas enfermedades permitidas, éstos vienen a complicarse la vida con una enfermedad prohibida.

Y tratando de refrescar su memoria sobre sus conocimientos en la materia, empezó a pasar revista mentalmente a todas las enfermedades clandestinas de que tenía noticia. Pero los síntomas de todas danzaban en alocada danza ante sus ojos, transfigurándose y confundiendo entre sí, como las llamas en una hoguera. Estaba aturcido, mareado, confundido. Ninguna de esas enfermedades coincidía con los síntomas de los enfermos. Era evidente que allí había un error; los enfermos se habían equivocado de síntomas, o se habían equivocado de enfermedad.

El sabio, desalentado, exasperado consigo mismo ante su propia impotencia para descifrar el enigma, no sabía ya qué pensar.

Cavilaba y cavilaba...

Y ya iba a darse por vencido cuando, paseando su mirada distraídamente por la hilera de momias, vio que estaban poniéndose azuladas.

El azul había empezado por la punta de la nariz y estaba extendiéndose a toda la cara y las manos.

El científico, que en ese momento llevaba lentamente la pipa a sus labios con ademán maquinal y displicente, al advertir la extraña coloración de sus colegas, sintió que se le paraban los pelos de punta.

–Esto es Magia Negra –exclamó temblando y se puso en pie de un salto, aterrado por el descubrimiento de esos síntomas que confirmaban cabalmente sus sospechas sobre la naturaleza del mal que causaba tan extraño síndrome en sus colegas.

Plantado en medio de ellos los miraba estupefacto; les miraba las narices azules, las manos azules, preguntándose en qué terminarían esos, qué terminarían siendo, en qué clase de bichos se transformarían de un momento a otro, si las manos azuladas de las momias se convertirían en alas azules de pájaros monstruosos que se arrojarían sobre él y lo picotearían, y seguirían picoteándolo hasta deshacerle el esqueleto a picotazos.

Pero después de ese ataque de pánico, comprendió que cualquiera fuera la cosa o el bicho en que se transformaran sus colegas, cualquiera fuera la forma que adoptaran, lo que habría de suceder, sucedería irremediablemente, y en consecuencia decidió tomar las cosas con calma y limitarse a esperar los acontecimientos.

–Por lo menos hasta la medianoche –murmuró para sí– porque a esa hora puede ocurrir... puede ocurrir cualquier cosa; pero entretanto... fumaré mi pipa.

Y nuestro sabio playboy se dispuso a esperar con creciente inquietud la media noche, la hora en que las brujas se lanzan a volar con sus escobas por los aires y los seres humanos se transforman en búhos, murciélagos, lobizones y otros bichos siniestros y espeluznantes.

Y mientras esperaba los acontecimientos, empezó a pasearse nuevamente al tiempo que proseguía monologando en un soliloquio interminable y plagado de interrogantes sin respuesta.

–Pero, ¿quién los habrá hechizado? –se preguntó por milésima vez, encendiendo pensativamente su pipa– si parecen personajes de Las Mil y Una Noches...-

Y contoneando las caderas cadenciosamente como un cowboy, iba y venía por la vereda; iba y venía sin pausa paseando su acariciadora mirada por la hilera de momias cabeza abajo con cariñosa conmiseración.

De vez en cuando interrumpía su paseo y:

–Pero si están tan doblados y duros –murmuraba– tan dobladitos y duros que sólo falta que los enlaten.

Y tirándose al suelo para revisarles las orejas:

–Que los enlaten con bastante aceite.

Y agarrándoles la nariz entre el pulgar y el índice de su mano derecha para inspeccionarles las fosas nasales:

–¡Oh, cuántos pelos! –exclamó– ¡Qué barbaridad! A éstos les salen pelos de todos lados, pelos y más pelos en todas direcciones... para arriba el jopo, para abajo la barba, una cola de caballo de cada oreja y un flequillo de cada fosa nasal; unos horribles mechones duros como plumeros, antiestéticos y anticomerciales. –y agarrándoles el chorro de pelos de las fosas nasales todo junto en un solo haz– Habrá que arreglar estos pelos; por ejemplo, con algunos rulos... eso es: colocándoles un rulo grande en la nariz y trenzándoles el pelo de las orejas, estos hirsutos ejemplares quedarán bellísimos, irresistibles; y luego ¡la la lata!-

Y poniéndose en pie de un salto, empezó a saltar alegremente, cada vez más entusiasmado, alrededor de sus ilustres colegas:

–¡A la la lata, al latero!

–¡A la hija del chocolatero!

–¡A la lata con bastante aceite!

Sí, a la lata con bastante aceite; se alisó la melena, preocupado:

–Pero ¿qué aceite? De girasol es muy común; además, no tiene aroma; aceite de orquídeas, podría ser, azucenas o jazmines –siguió monologando el bello científico mientras proseguía paseándose alrededor de la fila de sabios endurecidos.

–Sí, con aceite de jazmines, para que huelan a jardín oriental –se decidió finalmente mientras, subterráneamente y sin poder evitarlo, calculó a cuánto podría cotizarse la lata.

–Porque este producto tan especial podría venderse a buen precio –agregó nuestro héroe mientras, ya completamente olvidado de su misión oficial, se imaginaba a sí mismo con los bolsillos repletos de billetes, convertido en un poderoso industrial.

Y su imaginación ardiente empezó a volar, a volar como una mariposa loca alrededor de los sabios enlatados.

–Porque, bien preparaditos con aceite de jazmines, éstos tienen que convertirse en manjar de príncipes y de reyes –murmuró cada vez más entusiasmado– Y para que luzcan realmente exquisitos, deberán servirse cortados en rodajas, acompañados con orquídeas al coñac y perlas rosadas en almíbar.

(Y mientras seguía girando frenéticamente en su órbita alrededor de los sabios como un satélite artificial alrededor de la Tierra)

–Pero, claro –siguió reflexionando– todo esto tiene que hacerse rápidamente, antes de las doce de la noche, antes de que éstos se transformen; porque si me sorprende la medianoche en estos preparativos, ya tendría que vender búhos, murciélagos o lobizones enlatados y entonces sí que vaya uno a saber si encontraría compradores.

Y durante quién sabe cuánto tiempo siguió nuestro estilizado playboy caminando alrededor de los sabios y meditando en la misma dirección, hasta que llegaron los vecinos con las estacas y el piolín de envolver y lo arrancaron de su profundo ensimismamiento.

–Hola, míster...-

–Hola.

Y fueron ellos quienes le revelaron al atónito científico el misterio de la masa (de la poca masa de los nucleones de Toribio) y la relación existente entre este descubrimiento y la enfermedad de los sabios.

–Ajá, conque era eso –masculló el científico– una depresión...-

–Yes, míster...–

–De modo que no están hechizados, ni parálíticos, ni obsesionados; ni magia negra, ni parálisis colectiva, ni complejo de escobillones... simplemente, están deprimidos...–

Y una tenue, casi imperceptible sombra de desilusión veló por un instante su hermoso y dorado rostro.

–Simplemente, deprimidos... –repitió en voz baja el gallardo hombre de ciencia llevándose pensativamente la pipa a la boca.

Y cuando los vecinos le revelaron lo que pensaban hacer con la colección de sabios doblados para enderezarlos, pensó una vez más “qué atrasado es este pueblo” y les dijo a los comedidos que guardaran las estacas y el piolín de envolver para los arbolitos y, olvidado ya de sus fantásticos proyectos y sus sueños de industrial, se fue en su Rolls-Royce amarillo a toda velocidad a buscar un psiquiatra.

Y al cabo de una hora y media regresó por el mismo caminito con el psiquiatra, un enfermero, unos cuantos chalecos de fuerza y varios aparatos más.

El psiquiatra, que por una de esas ironías del destino había estado mucho tiempo encerrado en un manicomio antes de ser psiquiatra y que estaba pasando por un mal momento a causa de sus dificultades económicas por cuanto hacía como cinco años que no entraba un solo paciente en su consultorio, al ver esa flamante colección de momias en hilera se admiró de esa casi milagrosa clientela colectiva que le había surgido tan de repente, como por arte de magia, y agradeció al cielo su destino.

A continuación, y con un ademán de gran entendido en la materia, escogió uno de los aparatos que había traído y le enchufó los cables en la cabeza al primer sabio de la fila, diciéndole al mismo tiempo en voz alta que no tuviese ningún temor, que sólo les estaba haciendo un electrochoque para liberarlos de ese estado de momias en escabeche a que habían llegado nada más que por su extravagante manera de pensar.

Después del electrochoque agarró a cada sabio de la manija y empezó a forcejear tratando de separarle la cabeza de los zapatos, mejor dicho de los pies; y siguió forcejeando tenazmente cuesta arriba mientras los sabios crujían entre sus manos como leños resecos, hasta que, cuando pudo enderezarlos hasta la mitad, o sea cuando la hilera de cabezas de los pacientes se encontraba a noventa grados de distancia de la hilera de pies, formando un ángulo rectángulo con el trasero de vértice, el psiquiatra se alejó unos metros para verificar si estaban todos parejos y luego, acercándose sigilosamente a los sabios por detrás, con un golpe seco en el vértice los enderezó.

Y una vez que pudo verticalizarlos, inmediatamente los horizontalizó, acostándolos en confortables camillas inflables que extrajo de su equipo de campaña.

A continuación sacó de su maletín un frasco de pastillas blancas, un frasco de pastillas verdes y uno de pastillas rojas y las empezó a moler en un mortero.

Cras... cras... cras...

Y luego, cada vez más rapidito:

Cras... cras... cras... Cras... cras... cras...

Y siguió moliendo sin cesar hasta obtener un polvo liviano y multicolor al cual le agregó un líquido amarillo; a continuación mezcló el líquido con el polvo y obtuvo un puré de pastillas, un menestrún insondable que sólo él y el Altísimo sabrían para qué servía.

Entonces, mortero en mano se acercó a los sabios y mientras el enfermero les abría la boca con otro aparato, extrajo una cuchara de un bolsillo de su chaquetilla y en cada boca abierta fue echando una cucharada del misterioso puré.

Y mientras el puré rodaba cuesta abajo por las gargantas inmóviles de los pacientes como una bola de nieve por una pendiente, el psiquiatra colocó una sillita entre las camillas del improvisado hospital de campaña y empezó a hacer terapia de grupo:

—Sabed que el Yo se compone de tres yos —empezó diciendo— Querer, Sentir, Pensar: Yo quiero, Yo siento, Yo sé; vale decir, que tres son las manifestaciones del Yo indivisible: Voluntad, Sentimiento y Pensamiento; tres yos separados del Yo y unidos al mismo tiempo; tres yos en uno, tres yos que funcionan como los tres mosqueteros. “Todos para uno y uno para todos”; sólo que con los tres "yos" no ocurre como con los tres mosqueteros que eran cuatro; no; los tres yos son siempre tres: bien, como os decía, la fórmula de la cordura, pues, viene a ser, o mejor dicho, es: todos para uno y uno para todos; pero todos marchando armónicamente en la misma dirección; en cambio vosotros habéis hecho un nudo con vuestros tres yos y lo habéis colgado de vuestro cuello; y él os ha ahorcado.

El psiquiatra hizo una breve pausa y luego, extendiendo las manos hacia adelante como un profeta, agregó con voz sonora y persuasiva:

—No os aflijáis, sin embargo: yo os desataré el nudo; pero en adelante, cuando se proyecten al exterior las tres manifestaciones de vuestro Yo —el Querer, el Sentir y el Pensar— (el Pensar en pasteles), no hagáis que converjan en Toribio Pérez; antes bien haced que converjan en alguna pastelería; pues sabed que vuestro mal proviene de una frustración; la frustración que resulta de pedirle peras al olmo; porque siempre que el Yo (el Yo Quiero, o sea el Yo Vo-

luntad) –como consecuencia de su inexperiencia o de su inmadurez– le pide peras al olmo, se le anudan los tres yos y termina como vosotros, con una sogá en el pescuezo.

El psiquiatra, haciendo una nueva pausa, extrajo de uno de los bolsillos de su chaquetilla una galletita orejuda que empezó a mordisquear rabiosamente por una de las cuatro orejas; y siguió mordisqueando en redondo con creciente voracidad hasta que la última oreja de la galletita desapareció detrás de sus bigotes; concluida esta curiosa ceremonia, extrajo de otro bolsillo una cañita y empezó a hacer globitos, mientras el sabio de vanguardia, mirando pensativamente la escena, se preguntaba si no hubiera sido más práctico, después de todo, usar las estacas y el piolín de envolver. Pero en ese mismo momento el psiquiatra, interrumpiendo las reflexiones del científico, prosiguió diciendo con voz pausada y acento persuasivo:

–Visto, pues, adónde os ha conducido vuestra extravagante manera de pensar y considerando que no querréis –como no querréis seguramente– seguir cabeza abajo, lengua afuera, con el jopo barriendo la vereda y con esa mirada extraviada de gallina degollada, procurad en adelante no tener más a vuestros yos en pugna, y para ello, aplicad la fórmula de la cordura: "Todos para uno y uno para todos"; pero recordad la condición: los tres yos marchando armónicamente en la misma dirección. Y para terminar, os dejo como broche de oro este consejo: "No le pidáis peras al olmo".

El psiquiatra hizo una prolongada pausa y luego, mirando fijamente la punta de sus zapatos, agregó con voz queda y contenida:

–Porque el olmo no da peras...

Y bajando la cabeza tristemente, repitió en un murmullo:

–No da peras... no da peras...

(Con un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo, desde el Jopo hasta los talones).

Y, ya con todos los resortes flojos, fue inclinándose en la silla más y más hacia adelante hasta quedar con los brazos caídos a los lados del cuerpo como un muñeco de trapo, mientras su cabeza seguía descendiendo lentamente cuesta abajo al compás del estribillo: no da peras... no da peras...

Hasta que un sollozo le quebró la voz.

Un sollozo patético y desgarrador.

Y siguió sollozando quedamente con la cabeza apoyada en las rodillas y los brazos colgando de cada clavícula como de un perchero, mientras el sabio de vanguardia, –que, como quien dice, había nacido sabiendo– el sabio de vanguardia que nunca le había pedido peras al olmo, miraba la escena sin comprender.

–Lo que faltaba. –murmuró consternado– Que éste también quede doblado en dos cabeza abajo barriendo la vereda.

Y, cada vez más turbado, contemplaba fijamente el psiquiatra que, bañado en lágrimas, seguía repitiendo entre sollozos: –no da peras... no da peras...-

Hasta que, después de haber escuchado quién sabe cuántas veces el mismo estribillo:

–No da pera –repitió de pronto el científico, contagiado por el virus de la epidemia que assolaba a sus colegas, sintiendo que sus ojos se le llenaban de lágrimas.

–Zas –exclamó consternado y añadió entre sollozos– Me atacó la depresión; me picó a mí también el virus de los perales. Pero, ¿será posible? esto sí que es ir por lana y salir esquilado. Este maldito matasanos en vez de curar a los enfermos terminó enfermando a los sanos.

Y siguió llorando mansamente con la cabeza gacha y la pipa apagada entre las manos, como un autómeta, sin saber ni siquiera por qué lloraba, sin comprender por qué tenía que estar llorando amargamente por el virus de los perales –él, tan luego él, un científico cabal que nunca le había pedido peras al olmo– sin saber tampoco hasta cuándo estaría dando vueltas alrededor del mismo laberinto sin encontrar la salida. Hasta que, resuelto a romper el círculo vicioso agarrando el virus por las astas, paróse bruscamente encima de sus talones como sobre un pedestal, tiró la cabeza hacia atrás y se tragó las lágrimas.

Y, profundamente conmovido por la tragedia de sus colegas, pero decidido a no dejarse vencer otra vez por ninguna emoción ni por ningún virus, agarró al psiquiatra delicadamente de los hombros, le acomodó la cabeza encima del pescuezo y, secándole las lágrimas con un pañuelo, le dirigió palabras de consuelo:

–No, amigo, el olmo no da peras –le dijo suavemente al oído– pero los perales, sí, ¿comprendéis lo que quiero decir?-

El psiquiatra, al oír las palabras del sabio de vanguardia, se estremeció de pies a cabeza y redobló los sollozos:

–Pero yo no quiero las peras de los perales –replicó con voz entrecortada por el llanto– Yo quiero las peras del olmo; yo quiero que el olmo me dé peras.

El sabio de vanguardia siguió sujetándole la cabeza al psiquiatra y secándole las lágrimas, pero no se aventuró ya a pronunciar ninguna otra palabra de consuelo:

–Oh –murmuró para sí– Qué confusión; qué complicado es todo esto; yo estoy aquí en medio de estos locos, creyendo que estoy cuerdo; pero, según he oído decir alguna vez a los entendidos en la materia, parece que todos los locos se creen cuerdos; además, el hecho de que yo sea distinto de ellos, mejor dicho de que yo no esté en el estado en que estén ellos, no

significa que el cuerdo sea yo... antes bien, tengo entendido que, generalmente, en estos casos, cualquiera sea la situación, la mayoría es la que tiene la razón, y, siendo así, aquí el único loco sería es...-

Y el joven científico, cada vez más confundido, se preguntaba con desesperación dónde terminaba la cordura y empezaba la locura, y si él no estaría pisando el límite (o ya del otro lado).

—Aunque, después de todo —se dijo— estar loco no tiene nada de anormal ni de extraordinario; al contrario, lo anormal, lo extraordinario, es estar cuerdo; tal como están las cosas, lo lógico, lo razonable, realmente, en este mundo, no es estar cuerdo, sino loco; la condición del Hombre sobre la Tierra es alienante de por sí; y el Hombre se encarga de hacerla más alienante todavía; como consecuencia de la suma de esos dos factores, el mundo es un manicomio; y, dada las circunstancias, ¿qué otra cosa podría ser? El hombre no puede evadirse de su triste condición de ser humano, ni vivir en otra parte, que no sea este mundo; entonces, ¿cómo no perder el juicio? Es lo más natural, lo lógico, lo racional; por lo tanto, lo natural, lo lógico, lo racional, es que estemos todos locos. Sin embargo, no estamos todos locos; (¿o sí?) hay quienes se han salvado de la locura (¿o no?), disquisiciones aparte, desde el punto de vista de la lógica, como hemos visto, lo racional es la locura, lo irracional la cordura; de todos modos, lógica o ilógicamente, racional o irracionalmente, el mundo es un manicomio; y el que no pierde el juicio en un manicomio —el que cree que no lo ha perdido— no es porque tenga una gran estabilidad mental, sino porque ya lo ha perdido hace rato, porque esta tan loco que no se da cuenta de que está en un manicomio.

El sabio de vanguardia interrumpe de pronto su monólogo, mira atentamente a su alrededor y, dirigiendo su mirada con desconfianza hacia las paredes de los edificios circundantes, agrega con voz ronca:

—Y yo me creo cuerdo, yo creo que no estoy loco, por lo tanto debo de estar tan loco que no me doy cuenta de que estoy en un manicomio —sigue mirando para todos lados, su cabeza empieza a girar vertiginosamente en todas direcciones como una veleta, tratando de encontrar una pista que lo conduzca a la verdad— y un manicomio en cualquier lugar del mundo, un manicomio propiamente dicho, es un manicomio dentro de otro manicomio con una pared o un muro divisorio; y, desde luego, ¿quién no lo sabe? nadie lo ignora, salvo aquellos que quieren ignorarlo; yo, por mi parte, siempre he tenido conciencia de que el mundo es un manicomio, pero hasta ahora no había sentido gran inquietud por mi situación personal porque sabía que estaba del otro lado del muro, donde se mueven los llamados cuerdos que, por ser considera-

dos tales por la sociedad, tienen la ventaja de poder pasear tranquilamente su locura sin que nadie les abra la boca con un aparato para echarles una carrada de pastillas, sin que nadie les enchufe de prepo una docena de cables en el cerebro y sin que nadie trate de investigar la causa de su locura.

El gallardo científico, parado sobre su pedestal como un semidiós griego, miraba desolado a su alrededor:

–Pero ahora, ahora ya no estoy tan tranquilo. –su mirada trepaba ansiosamente por las paredes de los edificios circundantes, luego descendía con la misma presión hacia el grupo de colegas inmovilizados y cada vez con mayor inquietud iba y venía de las paredes a las momias y de las momias a las paredes en frenético vaivén– Ahora, con todos estos chiflados a mi alrededor, ya no sé de qué lado del muro estoy; tal vez en realidad esto que me rodea sean los muros de un manicomio, y éstos no sean científicos sino simplemente locos de remate, y el psiquiatra no sea un psiquiatra sino un maniático de la psiquiatría, y yo tampoco sea un científico sino un psicópata obsesionado por la ciencia.

El atildado y bello científico, cada vez más desconcertado, empezó a pasear su atlética figura de un extremo al otro de la vereda y, señalando con el dedo índice a la colección de sabios momificados, agregó con voz ronca:

–Porque, que estos científicos o no científicos están chiflados, no me cabe la menor duda; la duda se suscita con respecto a mí, a mí, que no estoy loco, que nunca lo estuve, que siempre he sido la cordura personificada –se interrumpe, busca nerviosamente tabaco en el bolsillo del pantalón para llenar su pipa, mueve la cabeza, dubitativo–. Pero, claro, este razonamiento no me tranquiliza para nada, porque si, como dicen, todos los locos se creen cuerdos, yo no sería, precisamente, la excepción.

El sabio de vanguardia –ya a esta altura de sus reflexiones completamente mareado– se agarra la cabeza con las manos y la sujeta con fuerza, como si estuviese tratando de impedir que estalle, y luego prosigue desgranando razones y sinrazones:

–Sin embargo, yo nunca me he creído Napoleón, ni Tután-Kamón ni la Venus de Milo, nunca he arremetido contra los molinos de viento creyendo que eran gigantes sedientos de venganza, nunca he confundido un semáforo con un agente de tránsito.

Hace una pausa para encender la pipa; suspira; mueve la cabeza, dubitativo; vuelve a suspirar; luego agrega con voz queda:

–Sin embargo, hay locuras más sutiles –entrecierra los ojos, se muerde ligeramente el labio inferior, enarca las cejas, como si estuviese tratando de llegar con su pensamiento al fondo

de la cuestión—, locuras tan sutiles que desorientan al investigador más avezado; por ejemplo, las locuras disfrazadas de virtudes —se mesa distraídamente la barba, pensativo, haciendo memoria—. Bueno, de éstas, en realidad, no, no creo padecer, simplemente porque yo, por suerte o por desgracia, con disfraz o sin disfraz, virtud, no tengo ninguna.

Exhala pausadamente una bocanada de humo, sigue con la mirada el remolino azul que sale de su boca y se dispersa lentamente en el aire y —como un buceador decidido a llegar el fondo del mar, cualquiera fuere el hallazgo que pudiere hacer en él— sigue reflexionando con la misma orientación:

—Bueno, creo que hasta ahora vamos bien; sigamos examinando la cuestión... Están también los ilusos, los Icaros que quieren llegar al sol, volando con frágiles alas pegadas con cera; y vuelan, sí, vuelan un tiempo, hasta que el sol derrite la cera y las alas caen al mar... y entonces, pobres Icaros... ¡oh, no! yo nunca tampoco me fabriqué las alas para llegar al sol; simplemente, lo tomaba en el patio de mi casa —dirige sus ojos celestes hacia lo alto, con una mirada entre displicente e inquisitiva—. Yo no sé, claro, qué razones le asistieron a Icaro para emprender su fantástica aventura, tal vez vivía en un país de eternas brumas; y entonces, forzosamente: “si la montaña no va hacia Mahoma, Mahoma debe ir hacia la montaña”; pero, en mi caso, el sol venía hacia mí; ¿para qué, entonces, iba yo a complicarme la vida yendo hacia él? De modo que, por ese lado, tampoco...-

Sin abandonar su aire pensativo reanuda su interrumpido paseo, tratando —dentro de lo posible— de poner en orden sus ideas.

—Ni Napoleón, ni temerarios desafíos a molinos de viento, ni peras al olmo, ni alas para llegar el sol... hasta aquí vamos bien; ninguna locura jalona mi pasado; ¿seré, por lo tanto, un hombre exento de toda anormalidad psíquica? ¿Seré un hombre cuerdo? Sin embargo...

Siguió reflexionando; y avanzando, avanzando hasta llegar casi al borde; entrecerró los ojos, como si estuviese tratando de agarrar de la cola a un pensamiento escurridizo que se empeñaba en escabullirse, o, quizá más seguramente, como si tratase de hundir en el olvido un recuerdo perturbador que se empeñaba en reaparecer.

—Sin embargo...

Sintió, cada vez con más fuerza, desatarse una extraña pugna en su interior. Se estremeció: algo confuso, informe, indefinido, algo que desde hacía mucho tiempo yacía en el fondo de su inconsciente, se agitaba en alguna parte, como si estuviese esperando el instante oportuno de emerger a la superficie.

–Sin embargo... –Su rostro se ensombreció– ¿Puedo asegurar, con toda honestidad, que estoy totalmente libre de sospecha? ¿Puedo decir, poniéndome la mano sobre el corazón: yo no tengo ninguna manta? Veamos... veamos...

Cerró los ojos; de pronto volvió a abrirlos, abrumado; algo acababa de aparecer en la superficie y las aguas se arremolinaban a su alrededor; el sabio de vanguardia se cubrió la cara con las manos:

–¿No inventé, acaso, la quinta valencia del carbono? –balbuceó. Y se quedó rojo como una remolacha.

Rojo hasta los dientes, con la cara entre las manos y los ojos cerrados, contemplando en el fondo de su conciencia –nítida, clara, transparente– como en una bola de cristal, la imagen mental del cuerpo del delito.

Y después de permanecer algunos instantes torturándose en silencio, solo frente a sí mismo como frente a un espejo cruel e implacable, el atormentado científico abrió los ojos y levantó la cabeza.

Tonta necesidad de hablar. Loco o cuerdo, ya no podía guardar silencio por más tiempo; sentía en su conciencia el peso de una culpa, una culpa que lo colocaba casi a la misma altura que sus colegas. Pero, ¿era la suya en realidad una culpa? En todo caso, ¿era una culpa de la cual debía avergonzarse? ¿O, por el contrario, un acto meritorio del cual poder enorgullecerse? ¿Sería esta cuestión, tal vez, en último análisis, cuestión de puntos de vista? Pero, ¿puede un asunto tan trascendental ser cuestión de puntos de vista? Matar en la guerra, por ejemplo, ¿es condenable o meritorio? ¿Cuestión de puntos de vista? La duda lo atormentaba. Él había inventado la quinta valencia del carbono; pero, ¿era su acto consecuencia de una anomalía mental que debía ser analizada y corregida, o, por el contrario, la manifestación de una facultad inherente a un espíritu evolucionado que escapaba a todo análisis?

Fuera como fuere, sentía que debía hablar; ya se había tragado las lágrimas con cuernos y todo, para evitar una reacción en cadena entre sus sensibilizados –o insensibilizados– colegas; pero, él no era un avestruz; de modo que ya no tragaría nada más, cualquiera fuese la consecuencia de su resolución.

Y, una vez aclarada ante sí mismo su posición:

–Sí, señores, como lo oís –exclamó en voz alta y alterada, decidido a hacer una pública y completa confesión– Yo inventé la quinta valencia del carbono; nada menos que eso; y, ¿por qué? acaso me preguntaréis vosotros, ¿qué necesidad tenéis de semejante invento? Señores, podría contestaros: simplemente, porque empecé a buscarle cinco valencias al carbono, como

la gente que le busca cinco patas al gato; pero, como el carbono tiene sólo cuatro patas, digo cuatro valencias, pues le inventé la quinta. Desde entonces, mi carbono funciona con cinco patas, como el gato de mucha gente.

Después de esta insólita confesión, el científico se sintió mejor y empezó a recobrar su aplomo. Con un ademán de elegante displicencia llevó la pipa a sus labios y echó pausadamente varias bocanadas de humo.

No obstante, su confesión no había concluido todavía. Él debía llegar al meollo de la cosa, y llegaría. Debía seguir hablando, y hablaría, aunque nadie lo comprendiera, ni lo escuchara, ni siquiera lo oyera, dado el estado pretutankamónico en que se encontraban todos y que amenazaba ya con una crisis final.

–Sí, efectivamente, yo podría contestar eso, pero no estaría diciendo toda la verdad, porque en todo esto hay algo más –agregó bajando la cabeza, turbado.

Permaneció un instante cabizbajo, sin atreverse a levantar la vista; pero luego, venciendo su rubor, levantó la cabeza y prosiguió diciendo con voz clara y pausada:

–Veamos en realidad cómo sucedieron las cosas: para todos los científicos del mundo, como sabéis, el carbono tiene cuatro valencias; para mí tiene cinco; ¿significa eso que estoy loco? Pero hubo una época en que para todos los científicos la Tierra estaba quieta, y para uno, se movía; ¿significa eso que ese uno estaba loco, sólo porque era uno? –se interrumpió, y con una mirada airada, casi desafiante, abarcó a su sombrío y momificado auditorio, tratando de penetrar con su pensamiento, como con una flecha encendida, la caparazón petrificada del cráneo de sus colegas.

–Pues bien, suponed... que yo sea ahora ese uno, otro uno, claro, y supondréis bien; porque sabed que yo represento la vanguardia de la Ciencia; yo voy delante de todos.

Se interrumpió nuevamente y quedó un instante pensativo, como buscando las palabras más apropiadas para hacerse comprender.

–Yo acabo de afirmar que inventé la quinta valencia del carbono –añadió– sin embargo, podría afirmar igualmente, sin faltar a la verdad: no la inventé, señores: la descubrí. Acaso esa afirmación parezca temeraria, más aún, fantástica, pero no os extrañéis; por algo dije que aquí había algo más, y lo hay: sabed que las cosas preexisten a sí mismas, a sus propias manifestaciones visibles; y hay quienes tienen la facultad de verlas antes de que se manifiesten en el plano físico; pues bien, esto es lo que me ha ocurrido a mí con la quinta valencia del carbono; la he visto; por lo tanto, no la he inventado, la he descubierto; y no creáis, no cometáis el error de corregir –por lo que manifesté el principio– que la vi porque la necesitaba, como los viaje-

ros sedientos del desierto que ven un oasis, donde no lo hay; no, señores; la vi porque ella estaba allí; desde entonces, sí, la necesito –puedo decir que ella con su constante presencia formó parte de mi vida– pero la necesité porque la vi; así, llegamos a la siguiente conclusión: no soy un psicópata, un chiflado, un maniático, sino un visionario, un vidente, un científico de vanguardia; sabed, por lo tanto, sabed desde ahora y recordad muy bien lo que os voy a anunciar, y que a su tiempo corroborará la ciencia: en un futuro muy cercano, el carbono tendrá cinco valencias, y los gatos cinco patas.

El sabio de vanguardia ya ha dicho todo lo que tenía que decir.

De modo que, decidido a fumar tranquilamente su pipa sin pensar más en nada de nada, se retira a descansar a su sitio predilecto, el cordón de la vereda. Pero, a pesar de sus intenciones y a pesar también de lo que acaba de manifestar a sus colegas, las dudas siguen car comiéndolo; de todo ese enredo que ha ido desenredando hay algo que no ha podido desentrañar aún; en efecto, sigue en realidad sin saber si el hecho de haberle visto la quinta valencia al carbono significa que padece una anomalía mental –en definitiva, que ve alucinaciones– o, en cambio, que posee una facultad extrasensorial.

–En consecuencia –murmuró siguiendo el hilo de sus reflexiones– Sigo también sin saber si tengo solamente dos ojos o tres (mejor dicho, un tercer ojo), si tengo cinco sentidos o seis. Y sigo también sin saber lo más importante. Es decir, si tener tres ojos y seis sentidos es una anomalía mental de la cual tener que avergonzarse –como la timidez, la apatía, la abulia y otras anomalías por el estilo– o, por el contrario, un don divino del cual poder enorgullecerse.

Y después de mucho rumiar alrededor de lo mismo, se consoló diciéndose que él después de todo no era ningún fenómeno, que, tuviera dos ojos o tres, cinco sentidos o seis, su condición mental podía ser tan normal como la de cualquier otro, que a su juicio era tan normal ver las cosas que existen como las que preexisten, tan normal como tener los ojos azules o los ojos negros.

Ciertamente –se preguntó– ¿Por qué, por ejemplo, alguien habría de avergonzarse de tener los ojos azules? ¿Hay alguna culpa en ello? ¿El Hombre, es inocente o culpable de sus ojos azules y de todo lo demás que tenga física o psíquicamente o que deje de tener?–

Misterios insondables. El científico de los ojos azules, el bello científico de los ojos azules, profundos y brillantes como dos gotitas de cielo, meneaba la cabeza, desconcertado. Por momentos, está seguro de que él está en la verdad, de que las cosas son como él las ve; de que no tiene ninguna culpa de la cual arrepentirse, de que no ha cometido ningún delito del cual

avergonzarse; sin embargo si está tan seguro, ¿Por qué cuando la cosa salió a la superficie se quedó rojo como una remolacha?

–Oh –murmuró con voz ahogada– ¡Oh, Freud, viejo y peludo! Tú arrasaste con mi tranquilidad. Tú me convertiste en delincuente, o en posible delincuente. Tú me diste este poderoso impulso hacia adentro, me obligaste a meterme de cabeza dentro de mí mismo: Tú tiraste el piolincito y me dejaste girando vertiginosamente como un trompo, a merced de mi propio movimiento. Y ahora, ¿qué? Mírame ahora: aquí estoy, tratando de conservar el rumbo en medio de la vorágine, tratando de conservar el ritmo en medio de un concierto infernal de sonidos discordantes, tratando de rescatar mi propio yo, de conservar mi propia forma en medio de un aluvión de imágenes absurdas, alucinantes, inconexas que se mueven confusamente a mi alrededor y me arrastran como a una hoja en la tormenta en su vertiginoso y errático girar. Aquí estoy, a merced de mí mismo y de los demás, a merced de todas las vibraciones propias y extrañas, físicas y metafísicas, a merced de todas las fuerzas encontradas de la Naturaleza.

El científico elevó su mirada hacia lo alto, y en sus hermosos ojos había una pregunta y un reproche.

–¡Oh! –exclamó desolado, cubriéndose nuevamente el rostro con las manos– ¿Dónde está, realmente, la quinta valencia del carbono? ¿Dentro o fuera de mí mismo? ¿En mi inconsciente o en el inconsciente Cósmico? ¿En qué dimensión del Tiempo y del Espacio: en el pasado o en el futuro, en el plano físico o en el metafísico? ¿Dónde? ¿Dónde? ¡Oh, Sigmund, inventor de la locura organizada, profanador de sótanos y buhardillas inviolables, desenterrador de secretos inconfesables, sal de tu tumba y explícamelo!-

Con un movimiento brusco apartó las manos de su rostro, levantó la cabeza y permaneció un instante inmóvil, tenso, en actitud expectante, como esperando una aparición en respuesta a su invocación, pero en vista de que nadie salía de ninguna tumba, meneó la cabeza repetidas veces, decepcionado, y después de un instante de meditación agregó con voz contenida, tratando de recobrar la serenidad:

–Veamos... veamos... tratemos de encontrar la punta del ovillo... razonando, razonando, tal vez pueda encontrársele la lógica a la ilógica –se acarició la barba, pensativo– pero, ¿qué son, después de todo, la lógica y la ilógica? sólo palabras...-

Se interrumpió y con un ademán automático extrajo una carbonilla de uno los bolsillos de su pantalón y empezó a dibujar figuras geométricas en las baldosas de la vereda.

–Bien; empecemos de nuevo... –murmuró siguiendo con la mirada el movimiento de la carbonilla– Las cosas que estén en el plano físico, son generalmente visibles a simple vista,

como una vaca, un árbol, un edificio; dicho de otro modo, para verles, hay que mirarlas con los ojos abiertos; si las miramos con los ojos cerrados, no las vemos; sin embargo, a la quinta valencia del carbono, yo la veo con los ojos abiertos y con los ojos cerrados. ¿Significa esto, tal vez, que está en el plano metafísico, o, al menos, que no está en el plano físico?-

De pronto se interrumpió bruscamente, abrió muy grandes los ojos, después los cerró durante un instante, como tratando de concentrarse en algo que se le escapaba, y volviendo a abrirlos agregó perplejo:

–¿O significa, por ventura, que el que no está en el plano físico soy yo?-

Palideció intensamente. Esa súbita idea lo dejó trastornado. Todo era posible. Su voz se tornó de pronto ronca, opaca, inexpresiva:

–En ese caso, no la habría inventado yo a ella, sino ella a mí... con lo cual resultaría que yo no sería yo, sino un invento de ella...-

Miró nuevamente hacia lo alto; suspiró, apesadumbrado.

–Pienso, luego existo –murmuró.

Pero después se dijo que ese concepto, que esa afirmación de sí mismo que había ayudado a otros en el pasado, a él no le arreglaba nada porque existir, él sabía que existía; no era esa su duda; lo que quería saber era en qué plano estaba.

–Ser, yo sé que soy –musitó hundiendo su mirada en el horizonte– Lo que no sé es qué soy: si un ser concreto o abstracto, visible o invisible, físico o metafísico; en definitiva, no sé si soy un ser humano o un fantasma.

El atormentado científico se colocó una mano en el mentón y miró distraídamente a sus colegas con una expresión en el rostro que revelaba una profunda preocupación: si lograba averiguar qué era, se dijo, podría deducir en consecuencia en qué plano estaba; pero si no lograba averiguarlo estaría quemándose siempre en el mismo infierno, ya que saber solamente que existía no probaba nada, no probaba que él fuera materia y no energía, no probaba que él fuera un ser humano, no probaba, en definitiva, que él fuera él mismo y no un invento de "ella".

–Porque si yo he sido en alguna época de mi existencia un ser humano, como ellos –murmuró mirando a sus colegas– Pero si ya no lo soy; o si nunca lo he sido, y soy solamente un invento de “ella”... ¡Oh!, qué desubicación permanecer entre ellos, qué papelón, estar haciendo el ridículo ante ellos, estar pavoneándome delante de ellos sin cuerpo, como un perfecto imbecil.

Después de pronunciar las últimas palabras, la susurrante voz de la secretaria calló. Sólo se escuchó entonces por unos instantes el sonido de la cinta que giraba en los carreteles del grabador. Hasta que de pronto rompió el silencio el estridente ring... ring... de la campanilla de un despertador, que atronó todo el ámbito del salón. Entonces el Ejecutivo del Origen Mineral, que a la sazón dormía a pata suelta como un bendito sobre la alfombra, aturdido por la ensordecedora sirena se puso en cuatro patas y empezó a tantear a su alrededor buscando el despertador para apretarle el botón de la campanilla. Y estuvo mucho tiempo gateando alrededor de la mesa con gran consternación de los ilustres miembros de la Convención que no podían explicarse cómo un hombre medio dormido y con todos los rulos tapándole los ojos podría encontrar algo, máxime teniendo en cuenta que lo que buscaba no estaba en ninguna parte. Hasta que de pronto y tan inesperadamente como había empezado, cesó el atronador rugido del despertador y a partir de ese momento el bello durmiente pareció despertar del sueño sonambúlico y recobrar totalmente la conciencia, porque se puso rápidamente de pie, se acercó al grabador y, cambiando de lado la cinta, apretó un botón y se tendió a dormir nuevamente sobre la alfombra.

Entonces todos los convencionales se dispusieron a seguir escuchando esa voz de mujer que los tenía trastornados de tal modo que no entendían ni una palabra de lo que estaban oyendo, mientras trataban de imaginar –cada uno con una figura distinta en su imaginación– a la dueña de la voz, la bella secretaria de los mil rostros que se disponía a develarle el misterio de la extraña naturaleza del sabio de vanguardia.

## CAPITULO VII

### Al borde del abismo

Y mientras todos los miembros de la Convención suspiraban por la figura y el rostro de la secretaria sin rostro y sin figura, la sugestiva voz inundó de vibraciones armoniosas el expectante silencio.

Y de este modo reanudó su narración:

–El científico, solo frente a sí mismo y a sus colegas, bajó la cabeza, avergonzado.

Un súbito rubor cubrió su rostro y su semblante se ensombreció. Entrecerró los ojos y permaneció largo tiempo pensativo, reflexionando, con la pipa entre los labios, hasta que sus pensamientos se tradujeron en palabras casi inaudibles que llevaba y traía el viento.

–A veces, como en este momento –murmuró con voz ronca, dirigiendo su mirada celeste hacia lo alto– siento que yo no soy yo, que nunca lo he sido realmente, que no soy ni he sido nunca tal vez más que un invento de ella, una creación mítica o ectoplasmática de ella, que ella me ha creado para manifestarse a través de mí, que me ha formado con su propia sustancia –o quizá, inversamente, se ha formado con mi propia sustancia– para poder existir ella en el mundo, como las obras de arte que crean a sus autores para satisfacer su propia necesidad de existir.

Extendió una mano hacia adelante, como señalando un horizonte de estatuas:

–Como las obras de arte –agregó con énfasis– que, impulsadas por su frenética ansia de ser, devoradas por su insaciable sed de vivir, ambulan desesperadas por el Espacio y por el Tiempo buscando a sus autores –o como quiera se denominen aquellos seres capaces de darles forma material– y si no los encuentran, los crean, los crean valiéndose para ese fin de seres predispuestos, y una vez creados, se apoderan de ellos y los esclavizan, encadenándolos a ellas, atrapándolos entre sus garras, sorbiéndoles vorazmente la sustancia para formar su propia sustancia, nutriéndose de la sangre de sus víctimas como insaciables vampiros, carcomiéndoles cuerpo y alma con saña feroz, implacable, constante, incansablemente, para formar su propio cuerpo frío, inanimado y eterno.

Suspira y luego continúa diciendo con tono elegíaco y acento dramático, como sí un secreto terror hubiese invadido subterráneamente su mente racional, sumiéndolo en el estupor y la desolación:

–Porque ¡oh, horror de los horrores! Estamos invadidos por un universo de formas invisibles, imperceptibles, parásitas, que esperan... que esperan con las bocas abiertas, los ojos ávidos y las garras tendidas, consumiéndose en su propia fiebre existencial; porque cada personaje, cada melodía, cada estatua, cada entidad aún no engendrada, cada obra de arte increada, se nutre de su propia desesperación hasta que encuentre quien la redima de la Nada en que se debate, haciéndola perceptible a los sentidos en el mundo de la materia; –sacude ligeramente la cabeza y añade, estremecido–. Pero ¡Ay de quien sea elegido por ella! ¡Ay del hombre que sea atrapado y contagiado por ella de esa extraña fiebre existencial! Porque entonces, comenzará a arder él también... porque entonces, se consumirá lentamente en sus propias llamas... porque entonces, será devorado por su propio fuego... –se retuerce, como si estuviese luchando contra alguna fuerza maligna que lo recorriera entero–. Porque entonces, sabrá lo que es el Infierno...-

Vuelve a retorcerse como un condenado, con los ojos llameantes y las mandíbulas apretadas, impotente para sobrellevar con calma el espanto y el furor que lo dominan.

–¡Ay! –repite– ¡Ay del hombre que sea llamado por las voces susurrantes y tentadoras de una entidad increada! ¡Ay de quien sea alcanzado por sus sigilosas garras! Porque se transformará en un artista y entonces...-

El científico se pasa una mano por la frente, como tratando de aliviar la tensión de su espíritu. Permanece unos instantes en silencio y luego, extendiendo nuevamente una mano hacia adelante continúa monologando con una voz en la que tiembla una sagrada y creciente indignación.

“He ahí mí obra maestra”, exclamará el artista con exaltación, exhausto, desorbitado y con la lengua afuera, señalando una obra de arte salida de sus manos, después de haberse pasado la vida postrado como un esclavo a los pies de ella, después de haberse consumido hasta los huesos trabajando febrilmente noche y día como un poseído, sometido a todas las torturas imaginables por ella, después de haber pasado los mejores años de su vida enajenando cuerpo y alma, voluntad y libertad, torturado, esclavizado, alucinado, sin poder resistir jamás las voces de sirenas que lo arrastraban hacia ella, sucumbiendo mil veces a su hechizo y dejando jirones de sí mismo en cada encuentro, hasta morir despedazado entre las garras de ella.

Se interrumpe bruscamente y se cubre el rostro con las manos, como si no pudiese soportar ya la desgarradora imagen del artista y su obra. Después de una prolongada pausa suspira profundamente, meneando la cabeza repetidas veces, mordisqueando con contenido furor su pipa y,

volviendo a señalar hacia adelante con el brazo extendido y la mano abierta, prosigue su monólogo con el mismo acento energético, desbordante de indignación:

—¡He ahí mi obra maestra! exclama el artista frente a su mejor obra con apasionado orgullo, creyendo que él es el autor, convencido de que ha sido él quien la ha creado a ella, sin advertir que ha sido ella —su necesidad de existir— quien lo ha creado y se ha servido de él para satisfacer sus oscuros y ancestrales instintos. He ahí mi obra maestra, murmura con exaltación, con fervor casi religioso el desfalleciente artista señalando su obra, sin sospechar que ha caído en una trampa, que ha sido hábilmente atrapado por ella, sin comprender que sin ella —sin la necesidad vital de ella y de otras como ella— él no sería un artista extenuado por la encarnizada lucha que debe librar todo artista constantemente con las musas inspiradoras para arrancarles sus secretos. No sería, en suma, un Hércules luchando con la Hidra de cien cabezas, sino un tranquilo ciudadano que disfrutaría sencillamente de la vida como cualquier mortal.

El científico interrumpe su monólogo, sacudido por un ligero estremecimiento. No comprende. No comprende el arte. No comprende aquello que no se pueda analizar por algún método. No puede comprender lo que esté más allá del campo de la Ciencia. No concibe la fiebre existencial. Ni la lucha materia—espíritu que protagonizan cada uno a su manera— el místico y el artista. Él es un científico.

Él existe un poco al margen de las llamas del Infierno y de las delicias del Paraíso. Su misión consiste sólo en investigar los fenómenos, no en participar de ellos. Pero sufre por los artistas de todos los tiempos, por esos trágicos mediadores y protagonistas a la vez de esa extraña y silenciosa batalla entre lo físico y lo metafísico que no comprende, por las víctimas de la simbiosis obra—autor en la que siempre el parásito termina devorando al huésped. Un sentimiento de piedad le recorre el cuerpo y le nubla los ojos. Permanece largo tiempo ensimismado, con los párpados entornados, aspirando con fruición el humo de su pipa, en un intento quizá de enfocar el fenómeno desde otro punto de vista, o de pensar en otra cosa.

Pero todo es inútil; no puede apartar de su mente la trágica imagen del artista y su obra. Está obsesionado, irremediablemente obsesionado por él y por ella. Y por la extraña relación establecida entre ambos. Sin poder dominar su inquietud se estremece nuevamente, sacudido por un sentimiento indefinido, un confuso sentimiento mezcla de piedad por él y de indignación por ella. Con un movimiento instintivo tira la cabeza hacia atrás y se queda de perfil, como una estatua mientras aparta lentamente con los dedos de su mano izquierda un mechón de pelo que ha caído sobre su frente. Un largo suspiro escapa de su pecho, un largo suspiro

que es como una lágrima. Y se queda mirando fijamente hacia adelante, como si quisiera horadar el horizonte con sus ojos húmedos y penetrantes.

Durante un espacio de tiempo imprecisable permanece inmóvil, como inmerso en sí mismo, sumergido hasta el fondo de su propio ser.

Y después de esa temeraria incursión por las profundidades más recónditas de su alma, emerge con una pesada carga de angustia y desesperanza. Sin abandonar su tormentosa quietud y siempre con la vista fija en algún lugar del horizonte, reanuda su monólogo moviendo apenas los labios como si estuviese pensando en voz alta:

–He ahí mi obra maestra, exclama con emocionado orgullo el artista, creyendo que él será inmortal por gracia de ella, que él sobrevivirá eternamente en ella, sin advertir que a partir del instante en que ella se consideró totalmente creada, quedó roto el vínculo entre los dos; un vínculo que no volverá a restablecerse nunca por más esfuerzos que haga el artista para penetrarse con su obra pues ella lo desconocerá, lo rechazará y lo excluirá de la nueva dimensión a la que acaba de penetrar y a la cual puede acceder solamente ella.

Se interrumpe bruscamente, entrecierra los ojos, y después de permanecer unos instantes pensativo, agrega en voz baja, casi inaudible:

–Pero el artista, el ingenuo, el incauto, el desprevenido artista, claro está, no lo piensa; o no lo sabe; o no quiere saberlo; porque él no puede pensar, no puede saber; sólo puede sentir; por eso concluye su obra con entusiasmo, con devoción, con apasionado fervor, sin advertir que a partir de ese mismo instante él y ella no tendrán ya nada en común, puesto que él permanecerá en el mismo tiempo y en el mismo plano físico mientras ella empezará a revestirse de un halo de inmortalidad que la tornará para él extraña e inaccesible. –Sacude la cabeza, hace un ademán de impaciencia y continúa con voz ronca, contenida, quebrada por la emoción–. Pero, “he ahí mi obra maestra”, exclama conmovido el desdichado artista sin advertir que ha creado una criatura monstruosamente descarnada y fría que lo contempla impasible desde la majestad de su investidura terrena y la invulnerabilidad de su estirpe divina y se yergue victoriosa sobre la tumba de su propio creador.

Se estremece nuevamente y mira sin ver hacia adelante, como fascinado por esa fatídica imagen que parece haberse enseñoreado de su imaginación con perfiles indelebles.

Con los ojos fijos en el horizonte permanece algunos instantes meditando en silencio, mientras echa pausadamente varias bocanadas de humo. Suspira. Es inútil. No comprende. Menea la cabeza repetidas veces, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo mental para trascender la lógica de los razonamientos y encontrar por otro camino la explicación de seme-

jante absurdo. Se pasa una mano por los cabellos, distraídamente; acaricia con lenta complacencia los pelos de su barba. Sí. Tiene que haber otro camino. El conocimiento no llega solamente a través de la razón. Continúa deslizando distraídamente sus dedos por la dorada maraña de su barba y después de permanecer algunos instantes en actitud meditativa, de intensa concentración, mueve la cabeza en un gesto de asentimiento, como si hubiese vislumbrado de pronto la huella que quizá lo llevara algún día a penetrar en el –hasta ahora para el secreto e inaccesible– recinto del arte. Con el convencimiento de que está acercándose peligrosamente a un terreno para él desconocido pero excitante y pleno de emociones, asiente nuevamente con la cabeza mientras todo su rostro se transforma, se transfigura, adquiriendo una expresión mansa, casi de beatitud.

–Hubo un tiempo, sin embargo, en que él y ella compartían sus vidas, en que ella y él estaban tan juntos que casi podría decirse que se fundían uno en el otro –musita– Un tiempo en que cada uno estaba tan identificado con el otro que casi eran lo mismo.

Su voz se va suavizando hasta convertirse en un Susurro:

–Sí; hubo un tiempo –agrega con lentitud– El tiempo de la entrega. El tiempo de la creación. El tiempo de la pasión. El y ella. Solos. Juntos. Sí, hubo un tiempo, ella y él. –Suspira, meneando la cabeza, vuelve a suspirar–. Pero sólo un tiempo; antes de que él sucumbiera, exterminado por ella; antes de que él desapareciera en el mismo abismo del cual ella surgiera.

Inclina la cabeza hacia atrás, entorna ligeramente los párpados y permanece inmóvil en la misma posición, con el ceño fruncido y los labios tensos, en una actitud de profunda concentración, como haciendo un supremo y último esfuerzo intelectual para comprender el misterio que encierra el artista y su obra, el motivo que impulsa a un hombre a crear a su propio verdugo.

En alguna parte, en algún lugar del Tiempo o del Espacio estaba la respuesta. Pero ¿dónde? El científico aguardaba. Todo él estaba tenso, expectante, como si realmente esperara que de algún modo, por algún medio para él desconocido, el misterio le fuera revelado.

Pero entretanto –subterránea, subrepticamente, sin que su conciencia alcanzara a percibirla– una idea iba y venía como una lanzadera por su cerebro, una idea seguramente absurda que le hacía menear instintivamente la cabeza, una idea que su razón rechazaba pero que se obstinaba en permanecer allí, en algún secreto rincón de su yo más recóndito.

Hasta que, de pronto, se sintió atrapado por una fuerza irresistible, extraña, desconocida. Una fuerza que lo sacudió entero.

–Misterios del amor –murmuró quedamente.

Y bajó la cabeza, vencido al fin por la fuerza de esa idea que lo había asaltado la primera vez que se enfrentó al problema, pero que al instante desechara por inaceptable, por haberle parecido la quintaesencia del absurdo, el colmo de las paradojas. Porque, ¿cómo podía el amor manifestarse así? ¿Cómo podía ser tan absurdo, tan contradictorio?

Pero, él era un científico; ¿qué sabía del amor?

Nada; él no sabía nada; acaso otros científicos, pero él...

Tal vez ni siquiera lo había intuido. Y ahora de pronto sentía cómo su mente por primera vez se abría a la intuición y resplandecía como una corola al sol, como una corola recién desplegada en forma y calor.

—Sí, sin ninguna duda, misterios del amor —repitió, pensativo, y agregó completando el pensamiento— formas del amor o fases del amor.

Y esa mente, esa mente racional habituada a las especulaciones de la razón empezó a vibrar a otras frecuencias al influjo de los nuevos y vivificantes pensamientos que circulaban por su interior, sumiéndose en una ensoñación que se irradió por todo el rostro del científico, iluminándole la mirada.

—Porque en ese tiempo, en esa época en que compartieron sus vidas, ella y él —acaso sin saberlo, acaso sin haberlo sabido nunca ninguno de los dos— estuvieron unidos por el amor; sí, hubo un instante de conjunción, un instante mágico en que los dos compartieron apasionadamente el mismo Espacio y el mismo Tiempo —murmuró con suavidad, posando su mirada luminosa en un punto lejano, más allá del horizonte.

Después de ese instante, ese instante breve y refulgente como un relámpago en que la verdad intuida parecía haberle iluminado el alma, reanudó su monólogo, pero su voz volvió a tornarse quebrada, áspera, y su mirada perdía súbitamente el brillo, como si la hubiese velado nuevamente la sombra de la desesperanza.

—Pero ese instante de conjunción fue —es siempre— tan breve como un eclipse de sol —musitó—. Ese instante que significó para ella la vida, la vida sin tiempo, será para el artista tan breve como un eclipse aunque dure toda la vida; porque mientras ella tiene todos los tiempos, él tiene un sólo tiempo, único e irrepetible: el tiempo de su conjunción con ella. Después, después de ese instante mágico, ella y él —o lo que quede de él— seguirán por distintos caminos, por caminos opuestos; así, mientras el cadáver del artista desciende a las profundidades más recónditas de la tierra para fundirse con ella en una noche sin auroras, su obra maestra asciende, bella, pura, inmaculada, y sigue ascendiendo, cada vez más alta, inmarcesible, intemporal, eterna, hacia la luz del sol.

Hace un ademán con la mano derecha como señalando un horizonte de víctimas y victimarios, y añade con voz contenida, sofocada de indignación:

–Yo te he sobrevivido –susurra ella riendo malignamente desde su sitio de privilegio-. Y erguida y triunfante sobre su pedestal imperecedero ríe burlona, y sigue burlándose, y por siempre seguirá burlándose, burlándose a través de los siglos con su espeluznante risa silenciosa.

El científico pronuncia las últimas palabras con voz casi inaudible y después de permanecer un instante inmóvil, abstracto, como fuera del tiempo, sintiendo vagamente en la piel el viento fresco que pasa susurrando, se lleva lentamente la pipa a los labios en una actitud displicente característica en él. Su mirada melancólica vaga por las alturas, lejos de todo, como buscando fundirse en ese cielo inconmensurable, límpido y sereno.

–Yo no soy un artista -agrega pensativo– no he sido atrapado por una obra de arte; pero he sido atrapado por "ella", una ella tan sutil y peligrosa como las otras; la quinta valencia del carbono.

Su mirada sigue vagando por el azul del cielo: No. Él no es un artista. Es un científico. “¿Y Qué diferencia hay entre un científico y un artista?” -se pregunta, dubitativo- “¿La misma diferencia que hay entre el Consciente y el Inconsciente? ¿Entre la Razón y la intuición? ¿Entre pensar en la flor y ser la flor?”

Y luego, de pronto, la duda otra vez; la duda terrible, lacerante:

–Pero, ¿soy, verdaderamente, un científico? –se retuerce, incómodo, dentro de su piel-. Más aún, ¿soy, verdaderamente, un hombre? –vuelve a retorcerse, cada vez más incómodo-. Más aún, y expresándome en términos terrenales, ¿soy, verdaderamente, un ser humano?

Al llegar a esta altura de sus reflexiones siente tal vergüenza de sí mismo que empieza a enrollarse en su propio cuerpo hasta quedar todo enroscado como una espiral.

Un temblor incontenible agita todo su cuerpo y sacude como una corriente eléctrica su dorada cabellera.

–En otras palabras –gime, atormentado– yo, ¿soy yo o soy un invento de ella?

Suspira, entrecierra los ojos, vuelve a suspirar.

–Consecuentemente, estamos como al principio –hace un ademán de impotencia– sigue en pie el mismo interrogante: ¿la he inventado yo a ella o ella me ha inventado a mí?

Hace una breve pausa, luego prosigue, ya más sereno, decidido a tomar la cosa con calma.

–Veamos; si ella me hubiese inventado a mí, yo tendría que ser un ser mitológico o ectoplasmático, algo así como un personaje de ficción o un fantasma; vale decir, no tendría cuerpo

material; sin embargo, a mi cualquiera puede verme y tocarme, cualquiera, por ejemplo, que avance hacia mí sin detenerse, tropezará conmigo y tendré que desviarse para seguir su camino, no podrá pasar a través de mí; eso significa que tengo un cuerpo, un cuerpo material –se palpó los brazos y las piernas y siguió palpándose el torso, los hombros, las caderas– sí, no hay duda posible... y para colmo ¡qué cuerpo! –agregó con énfasis, asombrado de su propia perfección– francamente, un cuerpo bárbaro.

Permaneció un instante contemplando su propio cuerpo y luego, llevándose nuevamente la pipa a los labios con ademán lento y actitud meditativa, siguió razonando entre bocanada y bocanada de humo.

–Por lo tanto, no es probable que sea yo una creación de ella; no parece posible que ella me haya inventado a mí –murmuró dubitativo– más probable es que yo la haya inventado a ella; pero, aceptando esta posibilidad como un hecho cierto, aquí se abriría el otro interrogante; el interrogante cuya respuesta develaría una de las facetas más oscuras del misterio que me atormenta, y ese interrogante es el siguiente: ¿la he inventado o la he descubierto? porque se inventa algo que no existe; pero se descubre algo que existe; por lo tanto, lo primero que debo hacer es averiguar si ella existe; a partir de allí, tendré que deducir mi situación en este espinoso asunto; deducir, por ejemplo, si estoy situado al borde de un abismo, o, por el contrario, si estoy en tierra firme y soy portador de un mensaje divino para todos los hombres; en resumen, saber si ella existe o me llevará a saber si puedo continuar suelto –y revelar al mundo mi verdad como un Profeta de la Ciencia– o si deberé encerrarme en un manicomio como un loco más para siempre jamás. Pero, ¿cómo saber si ella existe? ¿Cómo averiguarlo? Y aquí se reinicia mi martirio; aquí empiezo otra vez a dar vueltas alrededor del mismo círculo Infernal.

Extiende una mano hacia adelante, señalando con la pipa en alto en dirección de algún objeto aparentemente invisible que pareciera hallarse situado a cierta altura y algo distante:

–Porque yo la vi allí –exclama y agrega con exaltación poniéndose de pie– Pero, ¿cómo puedo saber si realmente estaba allí? Con los ojos abiertos y cerrados, la veo allí; pero, ¿cómo puedo saber si verdaderamente está allí? Porque, tal como son o como están las cosas saber si tengo dos ojos o tres, cinco sentidos o seis, no es lo más importante ni ayudaría gran cosa a aclarar el misterio; porque el quid de la cuestión, la clave del enigma es saber si ella existe.

Sin apartar sus ojos del objeto que lo atormenta allá arriba, añadió levantando los brazos:

–Y para saber si ella existe, no sólo tengo que verla, tengo también que poder tocarla. Porque yo debo ir al encuentro de la verdad, aunque esa verdad me mate.

Y en un arranque de desesperación, decidió agarrar el toro por las astas. De modo que, retrocediendo unos metros para tomar impulso, dio un salto y salió disparado como un resorte hacia arriba en un intento de agarrar a la molécula de carbono por las astas, o sea por la quinta valencia. Pero se quedó con el brazo extendido y los dedos índice y pulgar de su mano apretados uno contra el otro.

Y ya de retorno en tierra:

–¡Oh! –Gimió abatido mirando tristemente su mano vacía– no he podido atraparla, ni siquiera rozarla con mis dedos; se ha esfumado mi última esperanza.

Con un movimiento de autómata dejó caer el brazo al costado del cuerpo y se quedó largo rato inmóvil, mirando hacia adelante con los labios entreabiertos y la mirada ausente.

Y después de permanecer algún tiempo en la misma posición, como sumido en un estado hipnótico, recobró paulatinamente su fisonomía habitual.

–No he podido tocarla –musitó angustiado, sentándose nuevamente en el cordón de la vereda– sin embargo... la estoy viendo.

Meneó la cabeza, desconcertado; suspiró con un hondo suspiro de desaliento, se mordió los labios, contrariado:

–Pero, ¿Por qué la veo? ¿Significa eso que, a pesar de todo, ella existe?

Y se sumió nuevamente en la perplejidad, una perplejidad angustiosa que dejó lentamente su lugar a la meditación. Él tenía que saber por qué veía esa original y única molécula de carbono con cinco valencias. Y lo sabría. Por algo era un científico y pertenecía a la vanguardia de la Ciencia.

De pronto pareció que algo de algún modo le hubiera sido revelado, porque su rostro adquirió una expresión vivaz y le brillaron los ojos de entusiasmo:

–Porque es probable que ella no exista ahora –exclamó con énfasis– pero, ¿quién puede afirmar que no existirá en el Futuro?

Su pensamiento, dinámico y circular, iba penetrando en otro Tiempo con movimiento ascendente y centrífugo como una espiral.

–Porque, moviéndonos siempre en el terreno de las posibilidades, ¿yo podría, quizá haber estado incursionando con mi tercer ojo en el Futuro, acaso en un futuro tan adelantado a nuestro tiempo que me haya sido dado captar, no la realidad misma sino un sueño del Creador; que haya visto –que esté viendo– no la molécula verdadera, real, tangible, sino tan sólo un proyecto del Altísimo para un tiempo por venir, acaso un sueño que brilla en el espacio como un diamante y que algún día tal vez se convierta en realidad, un bello sueño fantástico que el día

que cristalice revolucionará todos los sistemas y no dejará fórmula química con cabeza, pues transformará totalmente la estructura de la materia, pero que, entretanto, es –o sería– sólo un sueño? Así, entre tantos interrogantes surge uno nuevo, acaso el más inquietante: ¿Cómo saber, en último análisis, si he captado la realidad misma o un sueño del Creador?

El atormentado científico hundió su mirada luminosa en el punto más lejano del horizonte como buscando una respuesta más allá de todo.

Y después de permanecer unos instantes en actitud meditativa prosiguió armando el rompecabezas, pieza por pieza, como si estuviese montando un mecanismo de relojería.

–Pero dejando de lado el Futuro y volviendo el Presente –murmuró entre dientes, sosteniendo la pipa con los labios– lo más importante, como vimos, es averiguar si ella existe; si existe ahora; ya que, si una cosa existe, el hecho de que alguien la vea o pueda verla es lo más lógico; por lo tanto, si ella existe, lo más natural es que yo la vea, no importa si con mis cinco sentidos o con mis seis, con mis dos ojos o con mi tercer ojo, o con cuantos ojos fueren, y si los demás no la ven, o no pueden verla, bueno, mala suerte, eso es harina de otro costal. Porque, el hecho de que nadie la vea, no significa que ella no exista.

Echó pausadamente al aire varias bocanadas de humo y siguió con la mirada la trayectoria de las espirales azules hasta que se deshicieron en el espacio.

–En resumen, el quid de la cuestión es saber si ella existe –repitió con cansancio, como tratando de no extraviar la punta del ovillo– ya que, para inventarme a mí, tiene primero que existir ella; porque aquí hay sólo dos posibilidades: Primero que ella exista; en cuyo caso yo –en el caso de ser yo mismo y no un fantasma– no sería un psicópata sino un vidente; y segundo: que ella no exista; en cuyo caso yo sería un psicópata y no un vidente, ya que, de ser así, ella estaría solamente en mi mente y en ninguna otra parte; sería, en definitiva, una alucinación, el sueño de un esquizofrénico.

Se interrumpe brevemente y luego continúa:

–Concluyendo, de acuerdo a este planteo, se dan las dos posibilidades: que yo sea un vidente inexistente o un psicópata que viste y calza. En resumen, y reducido a su expresión más simple, un cuerdo invisible o un loco visible.

Al llegar a este punto de sus reflexiones extrajo un pañuelo del bolsillo de su pantalón con el cual enjugó algunas gotas de sudor que humedecían su frente. A continuación, recogió nuevamente del suelo la carbonilla y con un rápido trazo hizo un círculo en las baldosas de la vereda:

–¡Oh, bola de cristal! –Exclamó mirando fijamente el círculo– Contéstame, por favor; contéstame con tu lenguaje mudo, con tu silencioso lenguaje de imágenes diáfanos y movedizas: ¿ella, existe o no?–

Permaneció un instante en actitud expectante, como esperando alguna súbita y reveladora imagen que le diera la tan ansiada respuesta.

Pero la bola de cristal no registró ninguna imagen, permaneciendo muda, ciega y sorda a toda súplica.

El científico, cada vez más angustiado y cansado de esperar en vano, se cubrió el rostro con las manos.

–¡Oh! Señor de las Alturas –clamó con voz ahogada– Contéstame por favor si ella existe o no, porque mientras no resuelva esa cuestión, el enigma seguirá sin solución y yo seguiré condicionando mi razón –mi vida toda– a la existencia o inexistencia de ella y hasta el día en que la Ciencia la reconozca –o la descubra, corroborando mi descubrimiento– yo seguiré formulándome a mí mismo las mismas preguntas: yo, ¿qué soy: un ser humano o un fantasma? Y si soy un ser humano: ¿Soy un psicópata o un iluminado? ¿Un benefactor de la humanidad o un mistificador? ¿Un maniático o un iniciado? En definitiva: ¿Un profeta o un loco?

Se interrumpió bruscamente, cerró los ojos un instante y luego volvió a abrirlos:

–¡Oh, Quinta Valencia del Carbono! –Exclamó mirando hacía lo alto con mirada atormentada– Si no existes, ¿por qué juegas conmigo, hasta el extremo de hacerme creer que existes? Y si existes, ¿por qué me has elegido a mí para manifestarte, por qué, habiendo tantos científicos, has tenido que revelarte precisamente a mí, haciéndome la vida insoportable?

Y después de ese instante de rebelión en que su alma pareció a punto de estallar, dirigiéndose nuevamente hacia lo alto en una invocación desesperada, imploró con voz queda y los ojos llenos de lágrimas:

–¡Oh!, Quinta Valencia del Carbono: si no existes, quédate en la Nada en donde estás; y si existes, penetra en el plano físico, mostrándote a la Ciencia y al mundo entero para que todos puedan verte, o, –si vas a permanecer siempre escondida, oculta en la penumbra del porvenir– llévame contigo adonde estás para que los dos seamos invisibles, pero no me dejes solo en este mundo con mi revelación irrevelable a cuestas, arrastrando esta verdad por los caminos del mundo como una pesada cruz.

Pero sólo el silencio respondió a su súplica, como si todo en el Universo estuviese hecho de silencio; turbado y calladamente inmóvil siguió sumido en ese tenso vacío, mientras una suave brisa le despeinaba los cabellos. Una fresca brisa que después de jugar con las hier-

bas que salpicaban le tierra de verdes brillantes y grises apagados, proseguía su camino a través de los follajes arrastrando a su paso las nubes del cielo.

El atormentado científico, decidido de pronto a reencontrarse consigo mismo –o con quien él creía que era él mismo– se puso lentamente de pie y, con los ojos bajos, el rostro contraído y las manos en los bolsillos, reanudó su interrumpido paseo:

–De cualquier manera –murmuró– culpable o inocente, víctima o victimario, físico o metafísico, yo lo único que sé es que nunca más me meteré dentro de mí mismo, nunca más investigaré nada de mi propio yo, ni por mi cuenta ni por cuenta ajena, nunca más me psicoanalizaré ni me autopsicoanalizaré aunque llegue a un estado tal que tengan que ponerme un chaleco de fuerza para sujetarme; porque, si la misión del psicoanálisis es trasladar los complejos y otras yerbas del inconsciente a la conciencia, como quien lleva los trastos viejos del sótano al living de su casa; si todo consiste, en definitiva, en sacarle los trapitos al sol al inconsciente, con todas las consecuencias previsibles e imprevisibles–como, por ejemplo, desatar dentro de sí mismo una reacción en cadena que termine convirtiéndolo a uno en picadillo– es decir que, si para curarle a uno una cosa tienen que desacomodarle todo lo demás, ¡oh!, prefiero mil veces andar toda la vida con una pata dura, un ojo chueco o un calambre en la nariz, antes que exponerme otra vez a quedar todo desarmado como yo he quedado.

El científico interrumpió su monólogo y después de meditar un instante decidió seguir buscando la punta del ovillo. (Pero desde otro ovillo). O sea, desde el Tiempo Presente.

–Pero las imágenes del Pasado y del Futuro, por fascinantes que sean, no interesan ahora –dijo y añadió señalando con la mano a sus colegas que seguían impasibles y tiesos como tunkamones en la misma posición–. Vayamos al Presente; veamos lo que ocurre aquí y ahora: mi mente, en este instante, está formando ciertas imágenes, por ejemplo, las de esas momias azules acostadas en las camillas inflables con la boca abierta y la manija para arriba, y el otro en el medio, el psiquiatra lloroso, doblado en la silla como una bufanda, chorreando agua por todos los agujeros... imágenes que física o metafísicamente corresponderán a una realidad o a una ilusión, con un grado de subjetividad o de objetividad determinado o indeterminado, con un grado de reversibilidad o de irreversibilidad permanente o temporario, con un grado de evolución o de involución constante o intermitente en el Espacio y en el Tiempo, pero que frente a mí ahora...

Sacudió la cabeza, completamente mareado:

–Yo no sé, repito, si ellos son ellos y solamente ellos o al mismo tiempo son otros, no sé si están aquí y solamente aquí o están al mismo tiempo en otro lugar, no sé, en síntesis, sí ellos

son ellos o no lo son, si están aquí o no están, si existen o no existen, sólo sé que si me preguntaran qué estoy viendo en este momento, yo sólo podría contestar; estoy viendo una sarta de chiflados...-

Detiene bruscamente su paseo y, planteándose con toda su estatura enfrente de sus colegas, observa la escena con mirada atenta:

–Sí, no hay vuelta que darle, eso es lo que veo –murmura y agrega perplejo, posando su mirada con detenimiento en todos los chiflados en general y en cada uno en particular– y a cuál más chiflado... francamente, creo que, de haber un concurso de maniáticos, yo no sé cuál de éstos se llevaría el primer premio...

A continuación, se tiró al suelo en un intento de ver las cosas desde otro ángulo y, entrecebrando un ojo para centrar mejor la imagen que tenía ante su vista, murmuró para sí:

–No hay nada que hacerle, sea yo lo que sea y sean éstos lo que sean, eso es lo que veo; una sarta de maniáticos... –se puso en pie de un salto, se colocó nuevamente frente a sus colegas y, mesándose pausadamente la barba, agregó pensativo–. Esa es la imagen mental que yo he formado de ellos...

Se interrumpió bruscamente y, sacudido de pronto por una súbita y poco tranquilizadora idea, agregó perplejo:

–Pero ellos... ellos, ¿qué imagen mental habrán formado de mí?

Y el sabio de vanguardia, el bello playboy del Rolls–Royce amarillo, el torturado científico de las cinco patas, mejor dicho, de las cinco valencias del carbono, empezó a palparse todas las zonas cóncavas y convexas, todas las depresiones y protuberancias, tratando de imaginar qué imagen mental habrían formado de él sus colegas.

–Si es que yo ofrezco a la vista de los demás alguna imagen –murmuró, dubitativo–. Cosa que, a esta altura de los acontecimientos, me parece bastante dudosa.

Y así estaban las cosas, cada personaje prisionero dentro de su propia piel con su tragedia auestas sin posibilidades de liberación ni de redención. Cada personaje con su angustia paseándose dentro de cada uno como Perico por su casa.

Pero, como bien dicen por ahí, no hay mal que dure cien años. Así al menos pareció entenderlo el psiquiatra que, dando muestras de una gran capacidad de recuperación, movió de repente una oreja y abrió simultáneamente un ojo, como si todos sus mecanismos hubieran empezado a funcionar de golpe, mientras el científico de vanguardia que en ese momento estaba muy ocupado auscultándose el cuerpo palmo a palmo como para llegar al fondo de sí mismo, al oír el chirrido que hizo la oreja del psiquiatra, levantó rápidamente la cabeza.

Y en ese momento vio cómo el psiquiatra, en un supremo esfuerzo, despegaba las partes de su cuerpo que habían quedado prácticamente prensadas, separando con las dos manos –una tirando para arriba y la otra para abajo– la cabeza de las rodillas: crash... crash...crash...

Y, satisfecho del cariz que iban tomando los acontecimientos, el científico siguió observando al psiquiatra que, lenta pero firmemente, seguía despegándose centímetro a centímetro hasta quedar totalmente separado, con la cabeza a noventa grados de las rodillas en perfecto ángulo recto, sentadito en la silla con la espalda apoyada en el respaldo, erguido y compuesto como un ser humano. Seguidamente y ante la mirada de asombro del sabio de vanguardia, el psiquiatra sin más trámites dio por terminada la sesión de terapia de grupo y, sacudiéndose los pantalones, se levantó.

De inmediato se puso a confeccionar una factura cuyo importe coincidía exactamente con el precio en el mercado internacional del Rolls–Royce amarillo, y se la entregó al sabio de vanguardia, que la recibió como quien sostiene una brasa entre las manos.

Acto seguido el psiquiatra anunció –carraspeando discretamente para darse importancia– que en el estado en que se encontraban los pacientes no sería necesario utilizar los chalecos de fuerza, e inmediatamente ordenó a su ayudante que los guardara para otra oportunidad.

–Porque habrá otra oportunidad –murmuró para sí entusiasmado mientras guardaba los aparatos–. Habrá otra epidemia... sí, señor... vaya si la habrá; porque éstos están predispuestos a cualquier cosa.

Y extrayendo una lupa de su botiquín, examinó minuciosamente la cara de cada enfermo como para corroborar su diagnóstico, mientras murmuraba entre dientes:

–Porque así como una depresión ha transformado a estos infelices en momias, una excitación puede convertirlos en hombres–lobos, en piromaníacos o en antropofagomaníacos y entonces... lechuguita para mi canario...

Y tan entusiasmado estaba el psiquiatra con sus propios pensamientos que gritó revoleando el estetoscopio:

–¡Vivan las epidemias!

Pero, por suerte para él, su grito pasó inadvertido porque en ese mismo momento...

–Glup... glup... glup... –hicieron simultáneamente los sabios en un alarde de ventriloquia en el momento en que les llegó el puré al estómago y sin más protocolo saltaron de las camillas como si tuvieran pulgas. Y quedaron instantáneamente tan erguidos, tan jóvenes y tan dinámicos que el sabio de vanguardia, el atildado playboy del Rolls–Royce amarillo, al lado de sus flamantes colegas parecía ahora un anciano achacoso que se caía a pedazos.

–Milagros de la psiquiatría –exclamaron algunos vecinos que presenciaron el espectáculo, mirándose asombrados los unos a los otros.

Entretanto los sabios, cuando se enteraron con lujo de detalles lo que les había ocurrido; cuando se convencieron definitivamente de que en Toribio no encontrarían jamás pasteles ni empanadas, porque, como les había aconsejado el psiquiatra: no pedirle peras al olmo... cuando se dieron cuenta, en suma, del desperdicio que significaba estar allí perdiendo el tiempo con ese fenómeno de Toribio, con ese raquíto, menguado, anémico y enigmático Toribio Pérez que nunca les daría ninguna satisfacción, decidieron tirar todo al demonio y rajarse a París a disfrutar de la vida: y para festejar el acontecimiento los ilustres científicos se tomaron alegremente de las manos formando una ronda y empezaron a cantar la canción de moda y a sacudirse para todos lados:

Salta, salta, salta, pequeña pulguita,  
se acabó el laburo, y a gastar la guita...

Mientras las negras melenas se agitaban por los aires con el mismo frenesí que sus dueños.

Entretanto el sabio de vanguardia y el psiquiatra, acurrucados en un rincón, parecían muñecos de trapo temblequeantes y achicharrados.

–Milagros de la psiquiatría... –repitieron los achacosos ancianos mientras contemplaban con creciente asombro y admiración a los sabios disfrutar de su frenética juventud. Y cuando se cansaron de retorcerse, de sacudirse y de contorsionarse, los flamantes hombres de Ciencia se fueron a la boutique más elegante del pueblo a comprarse unos pantalones rojos de satén tiro corto con grandes hebillas negras de hule en el cinto, camisas de jersey rojas con lunares negros y zapatos de charol con veinticinco centímetros de plataforma y tacos altos.

A continuación, se vistieron, fueron a la peluquería a hacerse peinar las melenas y una vez totalmente acicalados y pulidos, agarraron sus libros, su microscopio electrónico y se marcharon para siempre del pueblo sin decir ni hasta luego.

Y mientras esto ocurría con los sabios que habían llegado a la aldea a integrar el equipo oficial de sus respectivos países, el psiquiatra ponía en marcha su Rolls–Royce amarillo y el sabio de vanguardia, el atormentado científico de las cinco patas, mejor dicho de las cinco valencias del Carbono, con todas sus dudas auestas, se alejaba lentamente por el polvoriento camino que zigzagueaba al costado del pueblo, el mismo camino que lo había traído en su Rolls–Royce amarillo y que ahora lo veía alejarse a pie iluminado por los últimos rayos del sol, alejarse cada vez más hasta desaparecer en el crepúsculo violáceo que se abría a lo lejos como un abanico brillante y majestuoso.

## CAPITULO VIII

### El fin de la convención

Al llegar a esta altura del relato la susurrante voz de mujer calló. Y otra vez sólo se oyó por unos instantes el sonido de la cinta al pasar por los carreteles del grabador. Hasta que de pronto otra estridente sirena atronó todo el ámbito del salón, un tan estruendoso ring, ring, que despertó nuevamente al Ejecutivo del Origen Mineral. Sólo que esta vez el bello durmiente al escuchar el timbrazo de la campanilla no se puso a gatear en cuatro patas sobre la alfombra buscando a tientas el despertador, sino que se levantó rápidamente –dentro de la rapidez que le permitía su estado– o sea que se puso primero en cuclillas, después levantó una pierna y agarrándose con las dos manos la otra pierna se fue enderezando gradualmente hasta quedar por fin de pie (riesgosa operación que le llevó en total quince minutos).

A continuación –y siempre al tanteo puesto que no veía tres jinetes en un burro a causa de los mechones de pelo que le tapaban los ojos– trató de acomodarse los rulos dentro del turbante pero por más esfuerzos que hizo los rulos quedaron afuera y sólo consiguió que el sedoso artefacto se mantuviera en equilibrio en la punta de su cabeza como un bonete en la punta del cráneo de un payaso. Pero él, decidido ya a no preocuparse más por la situación de su turbante y estoico como un espartano, se dispuso a continuar con su discurso. De modo que sin más protocolos y sin saber siquiera si existía un sólo ser humano a cien kilómetros a la redonda a causa de la cortina de pelos que le tapaba la cara, siguió adelante con los faroles:

–Pero aquí no termina le historia –fueron sus primeras palabras después del intervalo–. Porque vinieron otros sabios de distintos países atraídos por el fenómeno a quienes no les preocupaba la poca masa de los nucleones de Toribio ni los pasteles ni las empanadas y prosiguieron la tarea. Con renovado entusiasmo continuaron los estudios de sus colegas en torno de Toribio Pérez, ese misterioso personaje que tenía sobre ascuas a los científicos del mundo entero. Pero estos sabios encararon la cosa por otro lado: decidieron dedicar toda su atención únicamente a los electrones de Toribio.

–Puede ser que tengamos más suerte con los electrones que la que tuvieron los otros con los nucleones –se dijeron.

(Porque por supuesto, éstos ya estaban enterados de lo que había pasado con sus ilustres antecesores, del escándalo que habían protagonizado en plena vía pública a causa de los nucleones de Toribio, primero con el champaña que los dejó eufóricos –eufóricos es una manera elegante de decirlo, ya que en realidad se agarraron una curda de padre y señor nuestro– y después, el escándalo más mayúsculo todavía de su famosa depresión, acontecimiento que al fin y al cabo los favoreció, por cuanto los convirtió de la noche a la mañana en celebridades en todo el mundo).

Por lo tanto estos nuevos sabios –más discretos en su vida privada– se propusieron como primera medida no ser tan escandalosos como sus antecesores.

El orador hace una pausa que aprovecha para encender un gran cigarro que parece un palo de escoba y después de echar al aire con deleite varias bocanadas de humo, prosigue con su relato:

–De modo que estos científicos decidieron dedicarse exclusivamente a los electrones de Toribio; querían ver qué pasaba con ellos; en primer lugar, deseaban saber si era cierto que se movían o si era la curda de los ilustres la que los había hecho aparecer como dotados de movimiento. Pero a pesar del escepticismo que había cundido entre ellos con respecto a sus colegas, estos nuevos sabios corroboraron los descubrimientos de los curdas. En efecto, todo estaba bien hasta allí; los electrones, se movían; se movían vertiginosamente; pero ahora les tocaba a ellos avanzar; avanzar mucho más allá; ellos tenían que descubrir por qué se movían. Y después de varios meses de infructuosa búsqueda descubrieron algo que, aparte de reanimarlos en su labor de científicos, los llenó de estupor: los científicos descubrieron –en concreto– que los electrones de Toribio eran negativos. Y para asegurarse de que no habían metido la pata, rectificaron infinidad de veces sus operaciones y se pegaron noche y día al electrónico; pero siempre con el mismo resultado:

–No hay nada que hacerle. –se dijeron apesadumbrados–. Los electrones de Toribio son negativos.

Y a pesar de la aprensión que los dominaba, reconocieron que no había más remedio que aceptar las cosas tal como eran y dar a conocer la noticia a las autoridades y a la población en general. Y, como era de esperarse, este nuevo descubrimiento produjo un revuelo sensacional y un malestar general entre las gentes de aquel pueblo:

–Pero, ¿será posible que no podamos vivir nunca tranquilos? –exclamó un ciudadano enfurecido contra los sabios–. No es suficiente que publiquen a los cuatro vientos que los nucleones de Toribio tienen poca masa, no es suficiente que tras haber hecho escándalo tras es-

cándalo nos hayan dejado en ridículo ante el mundo entero; ahora también salimos con que los electrones de Toribio ¡son negativos!-

–¿Pero qué se han creído éstos? –rugió otro ciudadano abalanzándose en dirección a los sabios para obligarlos a rectificar sus declaraciones, pero los demás lo atajaron en el aire antes de que aterrice.

–¿Pero ustedes no se dan cuenta? –gritó el ciudadano enfurecido y echando llamaradas por las órbitas -mientras los otros seguían sujetándole los brazos y las piernas para que no se les escapara-. Estos le tienen bronca a Toribio.

Y señalando con el mentón en dirección a los científicos, añadió mientras movía circularmente y a toda velocidad los hombros y las rodillas en un desesperado intento de zafarse de sus compañeros:

–Por supuesto estos perros tienen que justificar ante el gobierno de sus respectivos países este viajecito al extranjero y los correspondientes despilfarros de guita en hoteles de lujo; entonces, claro está, nada mejor ni más elegante que agarrárselas con los electrones de Toribio, como un cirujano se agarra de una apendicitis imaginaria o un comerciante de una inflación.

Y mientras sus compañeros trataban de sujetarlo cada vez con más fuerza, empleando llaves, ganchos y toda una ferretería yudística, el ciudadano seguía pataleando, vociferando y señalando con el mentón a los sabios:

–Les gritaré a estos inútiles que más negativa será su abuela. –farfullaba estirando tanto la cara hacia adelante que el maxilar inferior empezó a crecerle.

–Vea lo que son las ideas fijas –exclamó un espectador asombrado al ver que el barbudo mentón empezó a estirarse como un chicle; y siguió creciendo y avanzando en dirección al microscopio electrónico con tal rapidez que ya la punta iba acercándose al grupo de los ensismados sabios, mientras los compañeros seguían sujetando al resto del ciudadano en el otro extremo del pueblo.

–Así es, compañero; esas son las consecuencias de pensar en una cosa con demasiada fuerza –asintió otro esquivándose para dejar pasar el maxilar inferior del ciudadano.

–En efecto, amigo; ése es el resultado de la concentración mental, la concentración en una sola idea; vea en lo que terminan estos exagerados –exclamó otro haciéndose a un lado para no ser atravesado por el afilado mentón que avanzaba a altas velocidades por las curvas y rectas del camino.

–¿Y esto cómo se arregla? –preguntó otro dando un salto y poniéndose en guardia con su florete para no ser atravesado por la mandíbula inferior del ciudadano que en esa parte del camino iba ya más filosa que una espada.

Y se fueron acumulando los curiosos a lo largo del camino para seguir las alternativas de la carrera del meteórico mentón del ciudadano.

–¿Qué podríamos hacer? –exclamó alarmado un sacristán agarrándose la cabeza con las dos manos cuando el peludo maxilar atravesó velozmente el campanario de la iglesia echando a volar las campanas con más ímpetu que si hubiese cruzado por allí el fantasma del jorobado de Notre Dame.

–Aquí hace falta un psiquiatra –opinó otro acordándose de la milagrosa transformación de los sabios que se fueron a París, cuando ya la mandíbula iba llegando triunfalmente al microscopio electrónico.

–¿Un psiquiatra? –replicó otro que tenía un gran sentido práctico y añadió meneando la cabeza–. No, amigo; ya es demasiado tarde; aquí hace falta un cirujano.

Y cuando ya la punta del barbudo y afilado mentón había llegado a destino y les estaba haciendo cosquillas con los pelos a los sabios en la nuca, los compañeros lo cargaron al ciudadano boca arriba en una grúa municipal y lo llevaron al hospital.

Y después se supo que la operación había sido un éxito y que no se había desperdiciado nada porque con el hueso maxilar sobrante habían construido un obelisco que quedaría para siempre de adorno en la plaza principal del pueblo.

Pero el revuelo prosiguió porque algunos otros vecinos enardecidos querían linchar a los sabios.

De modo que por un tiempo los científicos tuvieron que encerrarse en sus respectivos hoteles; y allí permanecieron enclaustrados mucho tiempo hasta que se calmó la batahola y pudieron por fin sacar la nariz afuera.

Incidentes de este tipo eran allí muy frecuentes; pero pese a ello, los intrépidos sabios, aunque algo chamuscados por las consecuencias de sus experiencias científicas, prosiguieron los estudios; y es así como descubrieron también que Toribio tenía muchos más electrones de los que sueña la Mekánica Kuántika, a tal punto que el estudio completo de Toribio y la publicación de esas investigaciones revolucionaría todas las teorías existentes en el mundo y no se salvaría de la catástrofe ningún científico desde Matusalén para acá; en una palabra, habría que empezar de nuevo desde el primer día de la Creación. Pero todo ese trabajo quedaría para sabios de otras generaciones, se dijeron nuestros científicos. Demasiados problemas ya les

había traído Toribio y no querían saber más nada de él. Ellos habían cumplido con su misión archisatisfactoriamente; ya era suficiente para esta encarnación, se dijeron, y lo único que les restaba por hacer era presentar los comprobantes de gastos en el organismo oficial correspondiente, cobrar su sueldo con aguinaldo y vacaciones y hasta luego.

De modo que –decididos a no arriesgar más la vida con incursiones en personajes enigmáticos y en mundos fantásticos que sólo les traerían complicaciones– nuestros ilustres científicos una vez que publicaron sus descubrimientos y considerando que allí había terminado su misión, cerraron sus libros, guardaron el microscopio electrónico y como broche de oro a su actuación pronunciaron una frase que se convirtió –por el hecho de que la pronunciaron ellos– en una definición científica de Toribio. Los sabios se marcharon diciendo:

–Toribio Pérez es una nube de electrones.

Y se fueron del pueblo sin dar más explicaciones.

Entonces los vecinos al enterarse de la arbitraria, esotérica y ponciopilática definición de Toribio que habían dejado como única explicación los científicos al marcharse, se miraron asombrados los unos a los otros y a partir de ese momento empezó otra vez el revuelo:

–Yo les voy a dar nube de electrones a estos draculones chupasangre que se las quieren dar de exquisitos. –Sentenció con acento amenazador un vecino a quien no le conmovían la ciencia ni las definiciones científicas.

Y sin pérdida de tiempo ensilló su mejor caballo, descolgó las boleadoras y salió al galope en persecución de los científicos.

Cuando llegó al aeropuerto lanzó las boleadoras por el aire gritando:

–Nube de electrones o nube de moscardones, ahijuna, ya van a caer como moscas. – Y siguió revoleando las boleadoras a tan altas velocidades que visto desde lejos parecía un trompo bailando; pero ya el avión especial que conducía a los sabios a sus respectivos países andaba por la estratosfera y por lo tanto las boleadoras no pudieron alcanzarlo.

Cuando nuestro iracundo vecino regresó del aeropuerto echando chispas por las espuelas, desensilló el pura sangre y dejó las boleadoras a mano, por las dudas volvieran los indeseables.

Entretanto un grupo de aldeanos y otros pobladores de los alrededores que se enteraron del suceso, no conformes tampoco con esa definición de Toribio que les parecía sumamente arbitraria, pidieron la revisión de la causa.

Y fue así como un buen día apareció en el pueblo otro grupo de sabios que iniciaron nuevamente el estudio de Toribio, pero encarándolo desde otro punto de vista; en efecto: estos

científicos emprendieron el estudio de Toribio al revés –al revés de como lo habían iniciado los otros– es decir de afuera para adentro, empezando por el glóbico.

Estos nuevos científicos no dijeron ni mu de los electrones ni de los nucleones de Toribio; parece que ya venían aleccionados. Pero a ellos les cupo el honor de hacer el descubrimiento más importante con respecto a la estructura de Toribio: los científicos descubrieron que por la dirección y modo de agruparse los globiquitos en el glóbico, Toribio correspondía al empaquetamiento cúbico más compacto; en definitiva, que Toribio era metálico, y más específicamente, que Toribio era de Cobre.

El Ejecutivo del Origen Mineral, al llegar a este punto de su narración hizo una prolongada pausa. Después de veinticuatro horas o días o meses de bla, bla, bla, interrumpido tan sólo por una breve siesta, se lo veía agotado, extremadamente fatigado, ya casi exánime.

De pronto desde las tinieblas en que se debatía hizo un ademán con su enojada mano que nadie entendió, de modo que tuvieron que preguntarle qué quería. Entonces el tenebroso orador, con todos los rulos tapándole los ojos y el hocico, y ajeno como de costumbre a la expectativa que estaba creando con sus extravagancias, pidió que le trajeran una barra de azufre.

Y cuando los secretarios regresaron con el elemento solicitado, el orador con voz casi inaudible, pidió a continuación una copa de cristal tallado. Inmediatamente, por favor, rogó desfalleciente, y cuando los emisarios regresaron con la copa de cristal tallado, con un rápido movimiento de su mano vertió en ella dos partes de hidrógeno y una de oxígeno, una pizca de ozono y otra de deuterio, batió todo hasta convertirlo en un líquido incoloro, inodoro e insípido, y cuando tuvo listo el misterioso cóctel, lo bebió con avidez.

–¡Agua! ¡Agua otra vez! ¡Pero estos son todos aguadictos, todos poetas, todos adictos! – gritó el coro escandalizado.

Entretanto una idea colectiva estremeció a todos los convencionales porque comprendieron que al quedar revelada una parte de la incógnita, es decir el destino final del oxígeno y del hidrógeno, quedaba automáticamente esclarecida la otra parte del enigma; y la otra parte era: pólvora.

El Ejecutivo del Origen Mineral, ya completamente restablecido, pidió seguidamente a sus secretarios que le trajeran aire líquido. A continuación extendió los brazos hacia adelante en espera de que los emisarios regresaran con lo solicitado y permaneció varias horas esperando en la misma posición, inmóvil y majestuoso como la estatua de la Libertad, hasta que de pronto sintió que le ponían un tubo entre las manos; entonces, aprisionando con toda delicadeza el frágil objeto entre sus dedos y, siempre con los brazos extendidos hacia adelante como un so-

námbulo, enfiló con paso inseguro hacia la puerta principal, mientras sus secretarios, subsecretarios y demás colaboradores se preguntaban qué iría a hacer el Ejecutivo del Origen Mineral fuera del recinto que no lo pudieran hacer sus secretarios; e inmediatamente cundió entre los presentes la intranquilidad por la suerte del viajero, sobre todo si se tenía en cuenta que era el primer viaje al exterior que realizaba, con el agravante de que no veía absolutamente nada a causa de sus rulos y sólo se guiaba por el instinto; pero, meditando más profundamente, algunos comprendieron o dedujeron cuál podía ser el motivo del viaje del Ejecutivo al exterior, misión que, obviamente, no podían cumplir sus secretarios por la índole específica de la misma, y se tranquilizaron; pero tanto los tranquilos como los intranquilos se llevaron un gran chasco porque el insigne orador no había ido al baño a hacer pis ni a bañarse con el aire líquido, sino a darle de beber a su camello. Así es que, acercándose solícito a su jorobado y pacífico compañero (que esperaba pacientemente como un buen camello que terminara la reunión), destapó el tubo y le dio de beber el aire líquido; y después de acariciarle cariñosamente la joroba, regresó al salón de conferencias caminando a los tropezones con las manos extendidas hacia adelante y tanteando las paredes. Y cuando por fin logró llegar hasta la mesa de las deliberaciones y colocarse en el lugar destinado a los oradores, tosió discretamente como para entrar en clima y a continuación pronunció estas categóricas palabras:

–Por todas estas razones, yo sostengo y sostendré mientras viva y después de muerto que Toribio es de Cobre.

Cuando el orador, según todo lo indicaba, había concluido su disertación, todos sus colegas estaban petrificados. Lo cual no produjo ninguna impresión en el Ejecutivo del Origen mineral, primero porque hacía mucho tiempo que no veía absolutamente nada a causa de sus pelos y segundo porque no sabía ni le importaba saber cuántos habían sobrevivido a su discurso. Total, él ya había cumplido su misión: demostrar que Toribio era de Cobre.

Y entre los bravos colegas que habían sobrevivido –que los había– cundió el desaliento. Sobre todo el Ejecutivo de la proteína y el de la Celulosa parecían deprimidos hasta la idiotez.

En efecto, el autodecapitado Ejecutivo Macromolécula, que acababa de retirar su cabeza de la mesa considerando que ya había perdido suficiente temperatura, procedió a colocársela encima del pescuezo.

Y mientras el Ejecutivo Macromolécula, quietecito debajo de su cabeza como un maniquí, trataba de recuperar el movimiento recurriendo más que nada a la autosugestión, los demás miembros de la Convención seguían rumiando en silencio sus cuitas. Y así transcurrieron va-

rias horas o días, durante los cuales nadie levantaba la cabeza ni movía los pulmones para respirar.

Hasta que después de quién sabe cuánto tiempo y cuando ya se iban quedando azules, alguien emitió algo muy parecido a un sonido.

Un sonido que después de recorrer varias escalas se convirtió un buen día en una palabra; una palabra que salió simultáneamente de dos gargantas; porque:

–Cobre... –dijo decepcionado el de la vaca, con lágrimas en los ojos.

–Cobre... –farfulló resignado el de la celulosa, conteniendo los sollozos.

Y después de esa desgarradora palabra emitida casi al mismo tiempo por el Ejecutivo Macromolécula y el Ejecutivo de la Celulosa, se encerraron todos nuevamente en su mutismo y permanecieron inmóviles durante interminables días o meses hasta que empezaron a quedar nuevamente azules.

Y cuando parecía que ya nunca ninguno de ellos iba a volver a respirar ni a hacer un solo movimiento por el resto de sus vidas, el Ejecutivo de la Proteína y el de la Celulosa reaccionaron simultáneamente contra el Ejecutivo del Origen Mineral.

–Pero, quién les habrá dado autoridad a esos cuatro papanatas que vinieron con sus aparatos –rugieron indignados–. Tal vez lo que trajeron eran máquinas fotográficas, lavarropas o televisores, y les hicieron creer a ustedes y a todo el pueblo que eran microscopios electrónicos.

Y después de esa explosión verbal simultánea, volvieron a encerrarse en el más profundo mutismo.

Hasta que de pronto los Secretarios se acordaron de la barra de azufre y antes de que el Ejecutivo del Origen Mineral al ver los elementos alineados sobre la mesa se le ocurriera mezclarlos y hacerlos explotar a todos, trajeron un hornillo para quemar el azufre. Y más oportunos no pudieron ser porque en ese mismo instante el orador con un certero ademán de su aristocrática mano perforó la muralla de pelos que lo circundaba abriendo una ventana en el extremo superior de su cara por donde regresó al mundo físico desde el fondo de sus tinieblas metafísicas. A continuación empezó a parpadear y estuvo varias horas pestañeando en un intento de adaptar sus ojos a la luz; y cuando consiguió cierta estabilidad de sus párpados, lo primero que hizo fue buscar con la mirada algún almanaque para saber en qué mes, o en qué año, o en qué siglo estaba y si era posible averiguar también en qué planeta y quiénes eran esos extraños seres que lo acompañaban.

Y mientras el Ejecutivo del Origen Mineral seguía con sus intermitentes pestañeos tratando de ubicarse en el Espacio y en el Tiempo, los secretarios encendieron el hornillo y convirtieron en humo la temible barra de azufre. Y en medio de la espesa y asfixiante humareda aparecieron intempestivamente en el salón unos diablitos que llegaron vestidos de gala, con sus cuernitos lustrados y sus cuerpos envueltos en brillantes capas de lentejuelas rojas, atraídos por el olor a Infierno que allí se había iniciado. Los diablitos, después del baño de azufre se convirtieron en trío-diablitos y a continuación se colocaron en fila para no interrumpir la solemne reunión con sus trío-diabluras.

El Ejecutivo del Origen Mineral, entretanto, perdido por completo en el Espacio y en el Tiempo, seguía sin enterarse de que esa nube amarilla que invadía el salón, les impedía la visibilidad y los estaba asfixiando era su preciosa barra de azufre. Porque a pesar de todos sus esfuerzos por recuperarse, este singular habitante de las tinieblas había quedado tan encandilado con el brillo de la luz del día que miraba sin ver lo que ocurría a su alrededor; en efecto, este extraño ser parpadeante que para moverse en el mundo físico tenía que manejarse con ondas sonoras como los murciélagos, miró sin darse cuenta de nada a los secretarios cuando trajeron el hornillo, cuando hicieron la infernal humareda, cuando llegaron los diablitos y cuando se pusieron en fila como obedientes angelitos.

En un momento determinado hizo un ademán señalando hacia un costado del salón como queriendo indicar que uno de los diablitos de la fila estaba torcido. Y siguió haciendo señas en la misma dirección y parpadeando rítmicamente con intervalos de un minuto como los semáforos durante dieciséis horas seguidas, hasta que por fin reaccionó:

–No eran ningunos papanatas –dijo refiriéndose a los sabios y se abalanzó como un toro enfurecido contra el Ejecutivo Macromolécula.

Inmediatamente se plegó al entrevero el Ejecutivo de la Celulosa y entre los dos trataron de hacer un puré con el del Origen Mineral. Pero enseguida reaccionaron algunas momias que resultaron ser al parecer menos fanáticas que las demás ya que podían realizar todavía, aunque con gran dificultad, algunos movimientos; estas intrépidas semi-momias intervinieron rápidamente (dentro de la velocidad que les permitía su estado) tratando de apartar al trío de bravos contendientes, antes de que se convirtieran en papilla.

Y cuando se restableció la calma en el honorable salón de conferencias, el Ejecutivo del Origen Mineral, en el gesto tal vez más trascendental de su vida, guardó cuidadosamente todos sus rulos dentro del turbante, con lo cual dio por clausurado el ciclo de entreveros a alto nivel por ese año.

Y todo hubiera terminado ahí, sin pena ni gloria; pero ocurrió que otro Ejecutivo que recién acababa de despetrificarse y por lo tanto no había emitido aún su semi-opinión, es decir su opinión con la boca semicerrada, dijo entre dientes que a él no lo convencía ningún sabio, porque él sabía perfectamente que Toribio era sintético.

–Esa es la única verdad; Toribio es sintético –dijo y al mismo tiempo abrió tanto la boca que se le cayó al suelo la dentadura postiza.

Y mientras se agachaba para tratar de recuperar sus dientes, repitió con voz pastosa y ahuecada, como si saliera de un túnel:

–Toribio es sintético; a Toribio lo fabricaron en un Laboratorio.

Y después de pronunciar estas temerarias palabras siguió gateando por el piso para tratar de encontrar sus dientes entre la parva de puchos amontonados en la alfombra.

Y otro Ejecutivo que después de numerosos esfuerzos pudo liberarse en parte de su condición de momia, moviendo apenas los labios dijo entre dientes que Toribio era simbólico.

–Toribio es simbólico –farfulló entre dientes y entonces todos sospecharon que éste no quería abrir más grande la boca porque tendría también los dientes flojos como el otro. Y como la imaginación suele ser tan frondosa, todos los importantes hombres de negocio allí reunidos imaginaron a su colega gateando por la alfombra junto con el otro y disputándose la dentadura perdida entre los puchos: "yo la vi primero"; "te digo que ésa es la mía"; "te voy a estrangular, gordinflón", etc.

Pero el Ejecutivo de turno, siempre con la boca semicerrada –por donde salía un hilo de voz– agregó que con sus palabras había querido decir que Toribio era un símbolo; que Toribio era el símbolo de la libertad y que los símbolos son sagrados y nadie tiene por qué ir a removerles las plumas para averiguar de qué están hechos, que Toribio muy bien podría ser de paja o de trapos viejos y no por ello perdería su valor intrínseco. (Con lo cual desilusionó profundamente a sus colegas porque en ningún momento perdió la dentadura postiza y en ningún momento tampoco salió gateando por la alfombra).

Entretanto el otro colega siguió buscando sus molares por el suelo y después de patear durante algunas horas entre las parvas de puchos desapareció debajo de la alfombra y nunca más se volvió a saber nada de él.

Y otro Pomerania que apareció quién sabe de dónde también con los ojos tapados de pelos y las orejas caídas, moviendo apenas los labios dijo con voz aflautada que no importaba que Toribio fuera de paja o de pelo; que por él podía ser de cemento, de plástico o de plumas y qué importaba si total éramos todos hermanos. Pero otro, también con la boca semicerrada

porque tenía aún las mandíbulas endurecidas, dijo entre dientes que no éramos todos hermanos, que había algunos primos. Y otro, que tampoco pudo a pesar de sus esfuerzos desembarazarse totalmente de su rígida armadura de Pensador, abriendo apenas la boca dijo que sí importaba saber de qué material era el sospechoso para poder defenderse en caso de una invasión de Toribios. Porque no estamos exentos de una invasión de seres como él –agregó con expresión misteriosa en el rostro, como si estuviese ocultando algún secreto– una auténtica y catastrófica invasión toribiana. Que en ese caso, ante el hecho consumado –sí no se hubieren tomado medidas preventivas– habría que inventar con toda rapidez armas antitoribianas adecuadas para combatir a los invasores, pero que seguramente ya sería demasiado tarde. En cambio, si se conoce perfectamente la estructura del sospechoso y de sus congéneres, agregó, podrían fabricarse armas específicas para destruirlos antes de que ataquen.

A continuación intervino otro Ejecutivo que recién acababa de salir de su ensueño, pero que a pesar de todo estaba al tanto del tema:

–Paja, pelo, plumas, cobre, celulosa, proteína –dijo mirando uno a uno a todos los convencionales– y para completarla, como si eso no bastara, ahora resulta que también es sintético y simbólico –y girando la cabeza en semicírculo hacia un lado y el otro como el muñeco Chirilita agregó con voz pastosa–. ¡Qué versiones tan contradictorias sobre una misma cosa! –Dicho lo cual se zambulló nuevamente en su ensueño.

Y otro Ejecutivo que no había abierto la boca desde que terminara de morfar el último sándwich de pavita, dijo solemnemente:

–Yo hasta ahora no encuentro ninguna contradicción; porque todas las versiones hasta aquí, aún las más contradictorias en apariencia, coinciden en un punto; en efecto, todas las teorías, aun la que sostiene que don Toribio Pérez es una nube de electrones, lo consideran a don Toribio como materia y lo ubican en el plano físico. Pero hasta ahora ninguna teoría lo ha ubicado en el plano metafísico; nadie ha dicho todavía, por ejemplo, que don Toribio es un fantasma.

Y a continuación de su brillante exposición, se llevó a la boca otro sándwich de pavita que encontró en un bolsillo de su pantalón.

–¡Un fantasma! –repitió uno que estaba semidormido, despertándose sobresaltado.

–¡Un fantasma! –repitieron una a una por turno algunas momias rezagadas que, ajenas al movimiento de renovación que habían iniciado la mayoría de sus colegas, estaban llegando ya a la última etapa de su fosificación; y a partir de esa milagrosa palabra, como sacudidas por un terror metafísico, las momias rezagadas empezaron a recobrar el movimiento.

(Entretanto los secretarios y subsecretarios roncaban olímpicamente en sus asientos porque hacía largo rato que nadie pedía nada, ni siquiera aire líquido para su camello).

Y de pronto, como si hubiesen estado esperando una señal para actuar, empezó otra vez la batahola:

–Toribio no puede ser un fantasma porque es proteico, es proteína pura

–afirmó enérgicamente el Ejecutivo Macromolécula echando espuma por la boca.

–Toribio no puede ser un fantasma porque es celulósico, es Celulosa pura

–gritó más enérgicamente aún el Ejecutivo de la Celulosa saltando sobre la mesa como un león enfurecido; y después de sacudir varias veces la melena y emitir algunos rugidos espeluznantes empezó a zapatear sobre el improvisado escenario con sus finos zapatos de charol de hebillas relucientes y altos tacones metálicos; y al cabo de veinte minutos de función el frenético zapateador despedía tal profusión de chispas de los talones que los espectadores tuvieron que frenarlo para que no se incendiara.

Y como no podía faltar el tercero en discordia...

–Toribio no puede ser un fantasma porque Toribio es metálico, es Cobre puro... –gritó más enfurecido el Ejecutivo del Origen Mineral, moviendo la cabeza con tanto ímpetu que se le salieron otra vez todos los rulos afuera mientras el turbante ascendía vertiginosamente hacia la punta del cráneo.

Y mientras los Ejecutivos seguían discutiendo cada vez más enardecidos, los intérpretes, taquígrafos, periodistas, fotógrafos y camarógrafos trabajaban febrilmente para captar en toda su magnificencia el desarrollo de la Convención y los televidentes de todo el país seguían las alternativas de tan trascendental y memorable reunión.

Y a medida que pasaban las horas los ilustres asambleístas seguían cambiando opiniones cada vez más opuestas entre sí con el objetivo final de no llegar a ningún acuerdo, como debe ser el objetivo de todas las discusiones a alto nivel.

Y seguramente todavía estarían discutiendo si no fuera porque sorprendentemente y atraídos por el olor a Infierno que –traspasando los límites del salón de Conferencias– había invadido las calles del pueblo, llegaron varias hileras de briosos caballos con gases lacrimógenos y acusando a nuestros Ejecutivos de conspiradores y brujos, disolvieron la reunión.

De modo que, con sus verdades o sus errores a cuestas, los hombres de negocios se fueron cada uno por su lado, montados en sus respectivos camellos, burros, Rolls-Royces, aviones particulares, bicicletas y monopatines, mientras los periodistas se disponían a preparar sus notas, los taquígrafos a descifrar sus jeroglíficos y los secretarios y subsecretarios salían volando

por la ventana en su alfombra mágica, y se alejaban por las rutas del aire sonrientes como galanes de cine saludando con la mano a todos los televidentes del país.

Y así se dio por terminada la Convención de los Ejecutivos, sin que ninguno de sus protagonistas se hubiese dado nunca por enterado de que el objetivo de la Convención era lanzar al mercado mundial un nuevo detergente y no a Toribio Pérez (don Toribio, como decía uno) como podría suponer cualquier televidente no avisado después de haber seguido desde las primeras secuencias hasta la secuencia final el desarrollo de la reunión.

## CAPITULO IX

### **Toribio, Miercolín y Circulito, un trío para el bronce.**

Y podría suponerse que con la disolución de la reunión de los Ejecutivos se terminarían los comentarios sobre el multifacético y problemático Toribio. Pero no fue así. Siguieron circulando como siempre.

Entre otras cosas que he olvidado, recuerdo que algunos decían que Toribio sufría del corazón; que muchas veces lo habían visto ponerse morado; otros replicaban que cómo iba a sufrir del corazón, si no tenía corazón (y esto no iba en sentido figurado, por cierto).

También se decía que Toribio usaba ropa importada, fumaba cigarros importados y tenía ideas políticas importadas, y que en varias oportunidades había incitado a la huelga a sus compañeros; pero nunca se le pudo probar nada de nada, lo que hacía enloquecer de rabia a sus enemigos.

Pero las habladurías acerca de la ropa importada y las ideas políticas importadas tenían cierto fundamento (cierto fundamento desde el punto de vista de los comedidos que propalaban esos rumores, desde luego); y los rumores en cuestión surgieron a raíz de que un buen día Toribio Pérez amaneció con un flamante y fulminante pañuelo rojo en el cuello, un pañuelo rojo anudado a un costado, con las puntas paradas –como las alas de una mariposa graciosamente posada– sobre su hombro izquierdo. Entonces sus conciudadanos dijeron que Toribio tenía relaciones con los seres del Planeta Rojo. Que por otro lado eso no constituía ninguna novedad, por cuanto se sabía desde hacía mucho tiempo pero que a partir de ese día –como consecuencia de la osadía del propio protagonista– los hechos lo confirmaban con pruebas irrefutables. Y otros disparates por el estilo. No tuvieron en cuenta los officiosos comentaristas que si Toribio era el Jefe del partido Rojo del pueblo, era muy lógico y natural que un día amaneciera con un distintivo rojo en cualquier parte sin que nadie tuviera por qué escandalizarse ni confundir el partido Rojo de Toribio con los hipotéticos partidos políticos del Planeta Rojo. Y lo más peligroso para el sospechoso era que en todos esos comentarios resbalaba y se deslizaba como un pez en el agua, la acusación de espía, Toribio –según ellos– funcionaba como espía de los marcianos. Y a continuación agregaban que la pretendida timidez y otras actitudes por el estilo que asumía a veces Toribio no eran sino precauciones que tomaba para no delatar ni con la mirada su amistad secreta con seres extraterrestres. Que por otra parte esa

amistad no era casual ni improvisada, sino, por el contrario, era de antigua, muy antigua data; en resumen, concluían afirmando que la entrañable amistad que ligaba a Toribio con los marcianos era, después de todo, muy lógica y legítima, puesto que él era uno de "ellos".

Así, reuniendo datos y atando cabos aquí y allá, llegaban a la sorprendente conclusión: Toribio era un marciano. Como lógica consecuencia, Toribio era un espía de los marcianos. Y sí era un espía, ¿dónde terminaría? se preguntaban en voz baja los unos a los otros.

–¿Dónde? ¿Dónde terminan todos los espías? –Se contestaban con otra pregunta los unos a los otros.

Así, todos los comentarios referentes a Toribio –comenzaran por donde comenzaren– terminaban inexorablemente en la silla eléctrica. Este fin parecía inevitable. Porque al final del camino de Toribio había siempre una silla eléctrica esperando. Pero siempre también en el punto culminante de las acusaciones aparecía algún defensor diciendo que Toribio no se hacía sino que era realmente tímido y cabizbajo y todo lo demás; y si era bastante habilidoso en su defensa terminaba convenciendo a todos de la inocencia del sospechoso y lograba que le retiraran a Toribio la acusación de marciano.

Y así, como si no hubiera nunca otros puntos que tratar, seguían los comentarios circulando en torno del mismo tema cada vez con mayor velocidad por todo el perímetro del pueblo.

En una reunión que se improvisó en la plaza principal para tratar “el escandaloso y controvertido caso del pañuelo rojo de Toribio” -como se dio en llamar al asunto– y otros puntos no determinados, unos oradores dijeron que Toribio era un conflictuado, que tenía un complejo desde la infancia. Otros replicaron que de qué infancia, si Toribio no había tenido infancia. Otros dijeron que lo que pasaba era que Toribio era introvertido. Otros dijeron... bueno, ya no se puede seguir repitiendo aquí lo que dijeron de Toribio.

Un agricultor de la vecindad, Miercolín Verdeoliva, esforzado labrador con veleidades de poeta que en su niñez había sido espanta pájaros, decidió un día captar en una canción la personalidad de Toribio. Haría un poema en su homenaje y después le pondría música. La tarea no sería fácil, sobre todo porque él de música sabía muy poco. Pero empezaría por templar la guitarra y la canción tendría que salir aunque no quisiera, se dijo obstinadamente.

Miercolín Verdeoliva no era un científico; Miercolín no soñó ni amenazó nunca con comprarse un microscopio electrónico como otros vecinos que se las daban de intelectuales y creían que para ganar el Premio Nobel lo único que hacía falta era comprarse un microscopio. (Y si no lo compraron fue porque cuando iniciaron la colecta para reunir fondos no encontra-

ron quien los apoye por cuanto todos preferían gastar sus ahorros en pavos asados y bebidas espumantes o sin espuma y a nadie le importaba un rábano el microscopio electrónico)

Miercolín no era un Sabio ni un Ejecutivo. Miercolín era sólo un poeta y por lo tanto vio a Toribio desde su punto de vista y no se enredó en disquisiciones de ningún tipo. Miercolín era simple y claro como el agua y no concebía ni podía entender todos esos tejes y manejes que entretejía la gente perpetuamente alrededor de Toribio.

Pero Miercolín era también un labrador; un labrador que por serlo conocía los secretos de la Naturaleza tanto como los secretos del corazón de Toribio que eran casi los secretos de su propio corazón. Por algo estaba en estrecho contacto con la Naturaleza, como él, por algo se extasiaba como él viendo crecer las gramíneas en las praderas –abrirse las corolas multicolores de las flores silvestres de los campos y caer el rocío sobre las matas de hierbas del camino-. Nadie podía conocer a Toribio como él. Nadie podía comprenderlo como él. Nadie podía amarlo como él. Por eso Miercolín no vio los electrones ni los nucleones de Toribio; pero fue el único que se compadeció de su destino. ¿Quién hasta ahora había pensado realmente en Toribio? Nadie había tenido verdaderamente un sólo pensamiento para él. Nadie un sentimiento fraterno y generoso. Nadie lo había mirado con amor. Sólo a Miercolín se le habían llenado los ojos de lágrimas al contemplar la imagen de Toribio. Toribio con todo su destino a cuestas: implacable, inexorable, inapelable, Toribio frente a sí mismo, inocente

y perplejo Toribio frente a un trágico signo de interrogación. Toribio frente a sí mismo, repitiéndose a cada instante en el vacío como ante una alucinante galería de espejos mágicos. Toribio, inocente de sí mismo como una mariposa, Toribio perplejo frente a su destino soportándose eternamente, transformándose indefinidamente dentro de su propia piel hasta perder la identidad. Toribio solo frente al mundo, desgarradoramente solo, inmovilizado, solitario y delirante como un árbol en su vertiginosa quietud; Toribio multifacético avanzando a tientas con sus mil rostros hacia su propio devenir, sucediéndose constantemente a su propia imagen en el tiempo sin principio ni fin, como una máscara repetida de sí mismo hasta el infinito.

Así lo vio Miercolín. Y así quiso que lo vieran los demás. Por eso escribió el poema para Toribio; por eso quiso escribirlo, aunque fuera lo último que escribiera.

Y es así como un venturoso día de verano apareció Miercolín ataviado con sus mejores galas, todo acicalado y compuesto, con la canción para Toribio en una mano y la guitarra en la otra. Miercolín hizo lo que pudo, según nos manifestó al entregarnos la canción, agregando que perdonáramos si la inspiración no había alcanzado el vuelo deseado y la música no había llegado a las cumbres con que él soñara; y a continuación, templando su guitarra, se dispuso a

hacernos escuchar por primera vez la canción de Toribio. Y después del estreno de su canción, el flamante autor se retiró.

Es así como desde ese día tuvimos una canción para cantarle a Toribio. Estábamos tan contentos con la canción de Miercolín que esa tarde nos reunimos más temprano que de costumbre, y tomados de la mano formando una gran rueda, todos los niños cantábamos y bailábamos Toribio Pérez alrededor de Toribio.

Y esta era la canción de Miercolín:

*Toribio Pérez*

*Pobre Toribio, Toribio,  
Toribio Pérez Toribio  
con tu cuerpo de madera  
y tus ojos amarillos.*

*Qué pena enorme da verte  
Siempre cuidando el sembrado  
con tus manazas de paja  
y tu gran sombrero claro.*

*—Dame tu mano Toribio  
Toribio Pérez Toribio  
y bailemos esta danza  
como dos buenos amigos.*

*—Bailemos... ¿es que no quieres?—  
pues te has quedado tan tieso...  
Y bueno, sigue Toribio  
suda que suda bajo el sombrero.*

*—Ya viene tragando el tren  
los verdes, verdes sembrados;  
después que pase ese tren*

*te quedarás sin trabajo.*

*–No pases toda tu vida  
siempre en la tierra clavado;  
Toribio, toma ese tren  
y hazte un hombre mundano.*

*–Déjame tu puesto a mí;  
yo cuidaré el sembrado;  
márchate a la gran ciudad  
que allá no se suda tanto.*

*(Los niños pasan cantando):  
Pobre Toribio, Toribio,  
con tu gran sombrero claro  
y tus ojos amarillos.*

*Ya no sirves más, Toribio,  
para cuidar los sembrados...  
¡Si te has hecho amigo  
de todos, todos los pájaros!*

Y la canción de Miercolín fue un éxito que trascendió los límites del pueblo, llegando hasta las pintorescas villas que se extendían a uno y otro lado del valle.

Pero el esforzado Miercolín Verdeoliva tenía una pena. No quería ser injusto. Él veía cómo los niños le cantábamos la canción a Toribio, cómo bailábamos y reíamos alrededor de Toribio Pérez, mientras que los niños de Cristóbal no tenían una canción para Cristóbal. Ellos cantaban cualquier cosa:

*–A la lata, al latero, a la hija del chocolatero... a la lima, al limón, y a la hija del Gran Faraón; juguemos en el bosque, tralalá, tralala, tralala, mientras el Lobo no está... Lobo, ¿estás?... "Estoy friendo una cucaracha"... ¡Ay, qué suerte, el Lobo se ha vuelto vegetariano!... Yo soy la viudita del barrio del Rey, me quiero casar y no encuentro con quién... Antón, Antón, Antón Pirulero, cada cual, cada cual, cada cual está en su agujero... Buenos días*

*su Señoría, mantentiru-liru-lán, yo no sé de dónde vengo ni adónde quiero llegar... ratata, tatá, taté... Hola don Pepito, hola don José...*

Pero la mayoría de las tardes los niños de Cristóbal no se reunían y lo dejaban solo, mientras Toribio parecía un ídolo con su ronda de niños bailando y cantando alrededor de Toribio.

Miercolín contemplaba, impotente, el espectáculo de la soledad de Cristóbal. Se le desgarraba el alma cada vez que veía la figura de Cristóbal nítida, solitaria, trágicamente recortada contra el cielo, sin la confusión y el bullicioso desorden que le conferían los niños al perfil de Toribio. Y Miercolín no pudo soportarlo más.

La soledad de Cristóbal era como una silenciosa acusación dirigida contra él. Y esa tremenda soledad sólo podría mitigarse con una canción. “Es un deber ineludible -se dijo profundamente preocupado- hay que hacer una canción para Cristóbal”.

Pero de pronto se detuvo en seco:

–Pero, ¿Quién podría hacerla? ¿Quién? –exclamó con el alma estremecida de pena y agregó bajando la cabeza, vencido—. Porque yo estoy terminado; con la canción de Toribio se me acabó la inspiración; yo ya no sería capaz ni de hacerle un versito a la escarapela. No sé cómo ocurrió, pero desgraciadamente, así ocurrió.

Y siguió reflexionando sin parar porque tenía que encontrar la solución a cualquier precio; empezó entonces a recorrer con la memoria a todos sus amigos y condiscípulos, tratando de descubrir quién podría ser el autor de la canción para Cristóbal. Pensó en primer lugar en Periquito Adrede; porque Periquito era músico.

–Periquito es la solución –exclamó entusiasmado.

Y sin pérdida de tiempo se caló el sombrero hasta las orejas y fue a visitar a su amigo; cuando Periquito lo recibió en su lujosa residencia, Miercolín le expuso sus inquietudes; pero Periquito Adrede se excusó diciéndole que desde hacía algún tiempo sólo se dedicaba a la música clásica, que hacía arreglos de los grandes maestros y debido a las exigencias de su actual producción, no podía ocuparse de Cristóbal; que él sólo actuaba en niveles superiores y no podía descender de sus alturas siderales para ocuparse en crear una canción popular; que lo lamentaba por Cristóbal; por supuesto que si primero se ocuparan Beethoven o Mozart de él, agregó pomposamente Periquito, entonces sí después podría ocuparme yo de hacer los arreglos pertinentes.

Entonces Miercolín agachó la cabeza y se alejó amargamente decepcionado de la casa de Periquito pensando que sería muy difícil que Mozart o Beethoven alguna vez se ocuparan de Cristóbal.

Pasó algún tiempo y Miercolín, a pesar de su decepción, comprendió que debía seguir la peregrinación en busca de un poeta para Cristóbal. Y un buen día, poniéndose el mejor sombrero de su colección y un espectacular chaleco metálico estilo año dos mil (que le daba a singular aspecto de hombre espacial) se dirigió a la casa de su ex-condiscípulo Expediente Picapleitos, famoso abogado que en su juventud había publicado algunos libros de poemas con bastante éxito.

Miercolín se hizo anunciar por el portero mientras observaba en un gran espejo colocado en la sala de espera del estudio jurídico su rostro pálido y desencajado por el insomnio. Cuando apareció Expediente, recibió afectuosamente a Miercolín mientras en su rostro iba reflejándose la profunda compasión que le producía el estado físico y anímico de su amigo de la adolescencia. Expediente

escuchó con la más deferente atención las palabras del poeta y, visiblemente conmovido, se acercó al bar americano de su despacho y con pausados y elegantes movimientos sirvió dos copas de jerez. Permaneció pensativo durante algunos instantes y luego, mientras le alcanzaba la copa a su amigo, le dijo con voz suave y los ojos entornados que él se dedicaba únicamente a ejercer la abogacía y que lo sentía mucho pero no tenía tiempo para dedicarse a hacer canciones, ni siquiera una canción para Cristóbal. Y mientras acercaba el jerez a sus labios agregó que él estaba seguro de que Miercolín encontraría un autor mucho más inspirado y competente que él, para bien de todos.

Miercolín se despidió de su amigo Expediente Picapleitos pensando que en su pueblo todos eran importantes, demasiado importantes para ocuparse de una insignificancia como Cristóbal.

Pero Miercolín, aunque amargamente deprimido ya y casi sin esperanzas, no se dio por vencido y decidió seguir su peregrinación a las fuentes de la inspiración; la doliente peregrinación en busca del autor de la increada, inédita e imposible canción para Cristóbal.

De manera que sin más trámites se caló otra vez su mejor sombrero, ajustó a sus costillas el chaleco espacial y enarbolando su bastón se dirigió al Observatorio Astronómico donde trabajaba su ex-condiscípulo Júpiter Galaxia.

Júpiter recibió a Miercolín con grandes demostraciones de afecto, recordando al mismo tiempo que no lo veía desde el último examen de matemáticas, hacía veinticinco años; y los dos amigos estuvieron platicando amablemente durante varias horas, pero cuando Miercolín le expuso el motivo de su visita y le pidió una canción para Cristóbal, Júpiter, metiendo un ojo en el telescopio le dijo que lo sentía en el alma pero que él se había dedicado exclusiva-

mente a la astrofísica y que, como hacía veinticinco años estaba encerrado en su laboratorio, no sabría jamás cómo hacer para que de su cerebro saliera alguna canción, fuera para quien fuera.

–Sería como pretender extraer aceite de una piedra, amigo Miercolín –dijo Júpiter profundamente apenado y añadió con voz entrecortada por la emoción– si me pidieras que aísle un rayo de luna y te lo entregue en un estuche, acaso podría hacerlo; pero hacer una canción, o un poema es para mí imposible, porque nunca he sido poeta, ni lo seré jamás; lo siento, amigo mío.

Miercolín se despidió de su amigo Júpiter Galaxia pensando que cómo un hombre que ha pasado su vida contemplando los astros no podía escribir un poema, siendo que tendría que tener una bandada de ellos posados en las puntas de sus dedos, dispuestos a salir volando por el mundo como palomas mensajeras de paz, belleza y verdad.

Meneó la cabeza repetidas veces, suspiró profundamente y, más deprimido que nunca, se dirigió a su casa para echarle combustible a su vehículo (es decir, beber un vaso de leche helada). Pero firmemente resuelto a no dejarse vencer por las circunstancias adversas y aunque ya su resistencia física iba llegando al límite, decidió seguir su peregrinación a las fuentes; de modo que, con el vaso de leche en el buche y convertido ya casi en una piltrafa humana, se dirigió a la casa de su amigo Heriberto Herradura que en un tiempo no lejano había tenido veleidades de literato y hasta había publicado algunos cuentos y poemas en un diario local. Por supuesto que su poesía nunca había traspasado las fronteras del país, tal vez ni siquiera los límites del pueblo; tal vez Heriberto como poeta no fuera conocido más que en la manzana de su casa, pero esos detalles no preocupaban a Miercolín. Él no pretendía un premio Nobel de literatura, sólo buscaba un buen poeta para Cristóbal.

Cuando Miercolín llegó a la casa de su amigo, Heriberto lo recibió en su fragua, excusándose al mismo tiempo por recibirlo en camiseta y por no poder abandonar su trabajo.

Heriberto Herradura miró con suma atención a Miercolín y al verlo tan pálido, tan deprimido y escuálido, se alarmó del estado en que lo veía y le preguntó por su salud; pero Miercolín lo tranquilizó respondiéndole que se encontraba muy bien, que estaba hecho un Hércules (“aunque tal vez no se note”, aclaró golpeándose el pecho como para corroborar su afirmación); por lo tanto Heriberto, tranquilizado respecto a este punto, pasó a informarse del motivo de la visita de su amigo. Pero cuando se enteró del asunto que traía a Miercolín a su fragua, cuando comprendió que no se trataba de un caballo ni de un burro para herrar, le respondió a Miercolín que lo sentía mucho pero que desde que se había dedicado al oficio de herrero, ha-

bía abandonado la poesía a tal punto que desde entonces nunca había vuelto a escribir ni a tocar la guitarra.

Miercolín escuchó las palabras de su amigo con una mirada sin expresión, mientras el corazón se le derrumbaba tumultuosamente dentro del pecho. Se sentía aturdido, impotente, vencido. Y mientras se calaba el sombrero con un ademán automático pensó que acababa de morir su última esperanza. Un reloj de pared daba las cinco de la tarde.

Miercolín se despidió de su amigo Heriberto Herradura completamente deprimido, y con los ojos llenos de lágrimas, empezó a caminar sin rumbo como un sonámbulo hasta que sus pasos lo llevaron a las vías del tren. Y allí, en una mata de pasto que crecía entre los rieles, estuvo cuatro días sentado, esperando. Pero en vista de que no pasaba ningún tren por ese lugar, resolvió irse a su casa para meditar con tranquilidad y sin peligrosos arrebatos suicidas de ningún tipo.

Miercolín Verdeoliva pasó algún tiempo meditando hasta que creyó encontrar la solución. Sí, había una solución, tenía que haberla.

Y la solución era su amigo y ex-condiscípulo Circulito Phi Redondo.

–¡Cómo no empecé por ahí! –gritó palmándose la frente–. Cómo no pensé en él desde el principio; me hubiese evitado tanto peregrinaje inútil, tanta saliva derramada en vano, tanto plantón en las vías del tren.

Y empezó a silbar de alegría. Sí, Circulito sería el creador de la canción para Cristóbal.

Pero de pronto una sombra de preocupación veló su mirada.

–Sólo que no sé cómo estará ahora Circulito –se dijo inquieto– porque hace tantos años que no lo veo, y este amigo mío siempre fue algo raro, mejor dicho, bastante raro... pero después de meditar un instante, añadió decidido– más no importa, yo ya estoy inmunizado contra las rarezas de la gente; iré a verlo de todos modos.

Ciculito tenía una despensa en la esquina más importante del pueblo. Pero no siempre había tenido esa despensa. Hubo un tiempo en que fue inventor. Circulito había inventado un líquido para matar mosquitos, que fabricaba y vendía con gran éxito. Pero este genial inventor tenía una especie de doble vida, mejor dicho una especie de doble industria; Circulito fabricaba y vendía el poderoso insecticida durante el día, y por las noches se dedicaba a una industria paralela; paralela, pero en sentido contrario; para decirlo de una vez, Circulito por las noches se dedicaba a la cría de mosquitos. Por supuesto, nadie sospechaba estas actividades nocturnas de Circulito. Y con el criadero le iba mejor aún que con el insecticida. Efectivamente, los mosquitos crecían con un vigor extraordinario, porque el genial Circulito alimentaba a los

mosquitos con alimentos balanceados y además a cada rato les sacudía unas kilométricas inyecciones de plasma y hasta de sangre entera. Y tanto –y tan bien- los alimentó que cuando Circulito quiso acordar les habían empezado a crecer dos colmillos a ambos lados del hocico (a los mosquitos, por supuesto, no a él).

Circulito al principio quedó altamente sorprendido por las insospechadas consecuencias de las inyecciones de sangre –porque al fin y al cabo los colmillos no entraban en sus planes– y después de reponerse de la impresión, juró que nunca en su perra vida, aunque tuvieran que hacerle diez operaciones seguidas, permitiría que los médicos le hicieran a él una transfusión de sangre, por temor a los colmillos:

–Porque sí a mí me llega a suceder lo mismo que a estos mosquitos –exclamó alarmado– la gente me acusará de vampiro.

Pero después, reflexionando siempre sobre el mismo asunto, mientras cargaba parsimoniosamente su pipa, pensó que después de todo lo mejor que podía haberle ocurrido era que sus mosquitos tuvieran colmillos porque armados hasta los dientes serían más temibles. De cualquier manera, el hecho es que debido a sus actividades nocturnas el notable inventor se aseguraba la venta en gran escala de su poderoso insecticida.

Pero si bien es cierto que nadie sospechaba la doble actividad de este nocturno Mandrake, había algo que empezó a llamar la atención de algunos funcionarios al principio y después de toda la población; en efecto: el pueblo en general y las autoridades en particular se extrañaban de las dimensiones que habían adquirido los mosquitos del pueblo en los últimos tiempos. Hasta tuvo que intervenir el Ministro de Ganadería porque se sospechó que por ahí tendría que andar seguramente algún gracioso haciendo cruzamientos.

–Pero, ¿con qué se alimentarán estos mosquitos? –reflexionaba intrigado el Ministro mientras se rascaba distraídamente el peluquín y se retorció los bigotes tratando de encontrar alguna respuesta a sus interrogantes.

Y a medida que pasaba el tiempo, seguían creciendo los extraños insectos y rascándose el peluquín y retorciéndose los bigotes el Ministro que, cada vez más consternado, no acertaba ni por aproximación a encontrar una respuesta al enigma de los mosquitos, hasta que un día empezó a sacudirse presa de la más profunda exaltación, atravesado de pronto por una inquietante sospecha:

–Pero, después de todo ¿Quién me asegura a mí que esto es un mosquito? –vociferó espantado, mirando un ejemplar de impresionante tamaño que pastaba tranquilamente al costado del camino.

Y a continuación tomó cinco frascos de tranquilizantes para neutralizar su temblor, pero las dudas igualmente siguieron carcomiéndolo:

–Sí, ¿Quién me asegura? –Repitió el Ministro completamente trastornado y agregó tirándose al suelo para observar mejor al fenómeno– Porque mirándolo de perfil, con sus flacas y estrafalarias patas negras y su afilado hocico, esto parece un mosquito; pero mirándolo de atrás parece una vaca; un tanto desgarbada, puntiaguda y aluda, es cierto, pero al fin una vaca.

En resumidas cuentas, el Ministro sospechaba que los mosquitos en cuestión estaban cruzados con vacas.

–¡Y con esos colmillos! ¡Pero vean esto, vean esto! –sollozaba el Ministro señalando los colmillos de los elefánticos mosquitos, cada vez más impotente para descifrar la incógnita de la raza o la especie a que pertenecerían esos extraños engendros de la Naturaleza (mejor dicho del laboratorio biológico de Circulito) que pastaban mansamente, rumiaban y mugían por el campo como las vacas, pero que se trasladaban de un lugar a otro montados en sus altas patas negras o atravesando el aire en raudo vuelo, y picaban con su largo hocico afilado como los mosquitos.

Y al final el Ministro tuvo que ir a consultar a un psiquiatra.

Pero los exóticos ejemplares que salían del criadero de Circulito no sólo tenían trastornado al Ministro, sino a toda la población, tanto que era muy frecuente en esa época que se oyeran al pasar diálogos como éste:

–Pero, ¿Cómo podés dudarle? –decía uno enardecido–. Yo te aseguro, y hasta podría jurarlo, que esto es un mosquito; las vacas no tienen alas y tienen solamente cuatro patas.

–Sí, pero a los mosquitos no se los puede montar; y en esto –agregó señalando el bulto patudo– podríamos ir vos y yo cómodamente montados hasta la ciudad sin pagar boleto.

–¿Estás insinuando que esto es un caballo? ¿O un camello?

–Para ser un caballo es demasiado desgarbado y para ser un camello le faltan las jorobas; yo me inclino a pensar que es una vaca.

–Y yo te digo que es un mosquito –replicaba el otro observando al fenómeno hasta quedarse bizco– porque hasta ahora que yo sepa a estos bichos nadie los ha podido ordeñar.

–Además –agregaba el de los mosquitos– las vacas no tienen esos impresionantes colmillos.

–Y los mosquitos tampoco –protestaba el de la vaca–, así que para mí esto es una vaca; lo que ocurre es que esta es una vaca con los cuernos desubicados; en vez de salirle arriba de las orejas como a las otras vacas, los cuernos le salieron por el hocico.

Y así seguían los vecinos discutiendo hasta el amanecer acerca de esos extraños fenómenos que tenían sobre ascuas a toda la población.

Entretanto Circulito, cuando al pasar oía estos comentarios acerca de sus mosquitos, ponía cara de mártir para disimular y seguía caminando muy campante y silbando bajito con las manos metidas en los bolsillos (en los bolsillos llenos de billetes).

Pero un buen día Circulito empezó a notar que la venta disminuía, que ya casi nadie compraba insecticida. Su error consistió precisamente en alimentar demasiado a los mosquitos; porque después de cierto tiempo de sobrealimentación se transformaron directamente en vacas y desde ese momento nadie necesitó mosquiticida porque los vecinos ya no pensaron en matar a los mosquitos sino en ordeñarlos.

De modo que allí mismo terminó la aventura industrial de Circulito, que no tuvo más remedio que clausurar el criadero y abrir la despensa.

Pero no era precisamente este episodio de su vida, sino otro episodio del pasado de Circulito el que impulsaba a Miercolín Verdeoliva –además de su gran amistad de antaño– a recurrir a él en esta circunstancia. Circulito no era lo que se dice un poeta, puesto que en toda su vida había escrito un solo poema verdadero. Pero ese solo poema de Circulito valía por todas las obras completas de otros poetas. Por lo menos eso era lo que pensaba Miercolín, llevado quizá más que nada por su entrañable afecto hacia su amigo.

Ciculito en su juventud soñaba con ser contralmirante y en consecuencia decidió ingresar en la Marina; y siendo un joven alférez había escrito un poema que llenó de admiración a sus condiscípulos. Circulito, una vez que hubo conquistado el aplauso de sus compañeros con su poema y resuelto a obtener un reconocimiento a más alto nivel decidió colocar la obra maestra directamente en la almohada del contraalmirante; de modo que una noche, mientras toda la tripulación dormía, Circulito con paso sigiloso se acercó a la cama del contraalmirante y depositó su poema sobre la almohada para que también el alto oficial admirara su talento. El poema de Circulito era más o menos éste, probablemente con algunas pequeñas alteraciones debido a la mala memoria de Miercolín y al hecho de haber sufrido un proceso de veinticinco años de añejamiento:

*Canción de Simbad*

*Un marino caminaba*

*por las calles de Bagdad.*

*–¿Quién será este caballero?*

*–Es el valiente Simbad.*

*–Cachalotes, tiburones,  
¡volved los ojos, mirad!  
Que este varón ten pulido  
es el valiente Simbad.*

*–Tiburones, cachalotes,  
descubríos, salud;  
que ya va llegando al puerto  
el valeroso Simbad.*

*–¿Quién se comió al caballero  
que andaba por la ciudad?  
Cachalotes, tiburones,  
os lo ordeno: ¡Contestad!–*

*Un marino caminaba  
por las calles de Bagdad.  
Caminaba, caminaba,  
que ya no camina más.*

Cuando el contralmirante –que era muy buen mozo pero cojo– terminó de leer el poema, consideró que en él había una alusión personal al final, en el último verso: “caminaba, caminaba, que ya no camina más”.

Pobre Circulito si creyó que el contralmirante admiraría su talento. Lo mandó comparecer inmediatamente y le gritó que mamarrachos como él desprestigian a la Marina, que ese bodrio que había escrito sonaba a cucaracha, a cucaracha que ya no puede caminar, porque le faltan, porque le faltan las dos patitas de atrás. Y a continuación el contralmirante ordenó que lo tiraran a Circulito inmediatamente al mar para que se lo tragarán los tiburones (–yo te voy a dar Simbad el Marino, mequetrefe, vamos a ver e quién comen ahora los tiburones- murmuró satisfecho el contralmirante sonriendo sarcásticamente mientras acercaba a sus labios con ademán displicente su pocillo de té cotidiano.)

Y allí mismo hubiese terminado la historia del novel trovador, pero parece que su destino no era desaparecer en la panza de ningún monstruo marino. Como quiera que fuere y viniera de donde viniere el hilo que ensartaba las cuentas del collar de los acontecimientos de su vida, el caso es que Circulito se salvó de los tiburones gracias a los oficios de un oficial que intercedió por él ante los tiburones, mejor dicho ante el contralmirante, que al fin comprendió –y así se lo manifestó el oficial– que el cociente mental de Circulito no pasaría seguramente de cero coma veinticinco y que con ese grado de idiotez qué otra cosa podía esperarse de él.

Y a continuación, asomándose por la barandilla del barco, el contralmirante pidió excusas a los tiburones por hallarse en la imposibilidad de brindarles el exquisito manjar que les había prometido para el desayuno (aunque no tan exquisito, murmuró luego entre dientes, que este debe de ser más duro que un bloque de granito).

Y en voz alta:

–Otra vez será –agregó tratando de consolar a los tiburones–. Ya habrá otro poema y entonces...

Y con esa solemne promesa se dirigió cojeando con su pata corta –avanzando a los saltitos como un teru teru– hacia su gabinete de trabajo.

Ciculito entretanto escuchaba anonadado las palabras del contralmirante; y solo y silencioso, se quedó en cubierta pestañeando y reflexionando que por esta vez se había salvado, pero que seguramente ya nunca tendría deseos de mostrarle otro poema a ningún contralmirante.

Y posiblemente de hacer ningún otro poema, reflexionó amargamente Miercolín evocando el episodio tal como se lo había relatado el propio protagonista.

De modo que el contralmirante perdonó al infradotado pero allí mismo terminó la brillante y meteórica carrera de Circulito, porque lo expulsaron de la Marina. Entonces, rumiando su amargura, pensó que el contralmirante era un acomplejado, que tenía el complejo de la cucaracha y por eso no podía apreciar la buena poesía. “Pero qué se le va a hacer –reflexionaba Circulito– el mundo está lleno de acomplejados. Lo malo es que le arruinan a uno la carrera”.

Y ahí terminó también su carrera como poeta, vaya a saber si porque influyeron las palabras del contralmirante cuando le dijo que era un mamarracho o si porque sólo el mar lo inspiraba; ya que cuando lo sacaron del agua se le terminó la inspiración y nunca más el desdichado trovador había vuelto a escribir una sola línea. Por lo menos esa era la versión que Miercolín conocía de los acontecimientos, aunque no estaba totalmente seguro de que los hechos hu-

biesen sucedido exactamente así, debido a lo reservado que era Circulito en cuanto a revelar secretos de su vida privada y al largo tiempo que hacía que no se veían.

Por todas estas circunstancias, Miercolín, si bien creyó encontrar la solución, por un lado, por otro lado, dudó mucho antes de ir a visitar a su amigo Circulito. “No sea que vaya yo a reabrir viejas heridas –reflexionó- porque vaya a saber en qué punto de la resignación va Circulito, quién sabe si se ha resignado a renunciar a su sueño dorado o si aún sigue soñando con el mar, parapetado detrás del mostrador de su despensa”.

Pero Miercolín comprendió también que debía correr el riesgo; porque Circulito podía no ser contralmirante, pero eso no impedía que pudiera escribir un poema, puesto que sí había escrito uno, o tal vez más de uno, bien podría escribir otro.

–Lo malo es que hace varios años que no lo veo –suspiró– nunca he ido a su despensa, porque Julieta es la que hace todas las compras en casa; nunca he ido ni a comprarle una lata de picadillo; y quizá Circulito esté ofendido por eso. Y bueno –siguió reflexionando– si no hay más remedio, aunque sea le compraré un paquete de fideos y una escoba.

El hecho es que Miercolín, desechando temores tras temores, decidió correr todos los riesgos en aras de la canción para Cristóbal.

–Se lo pediré en una forma en que Circulito no pueda negarse -murmuró esperanzado.

Y fue así como una brillante mañana de primavera Miercolín se encajó su peluquín color caoba sobre el cráneo y el mejor sombrero de su colección sobre el peluquín, envolvió su pescezo con una chalina de seda a rayas rojas y azules y silbando bajito se dirigió con paso decidido y compadrón hacia la despensa de su ex-condiscípulo y amigo Circulito Phi Redondo.

Miercolín, ya en el interior de la despensa, después de saludar efusivamente a su amigo, adoptó una pose que le pareció la más adecuada para la ocasión: se arrodilló a los pies de Circulito como un pecador arrepentido y llevando lánguidamente la mano izquierda a su fatigado corazón, extendió la otra mano en actitud de súplica.

A continuación, poniendo los ojos en blanco y cara de circunstancias, pronunció estas palabras con voz entrecortada por la emoción.

–Querido amigo Circulito, vos que sos mi amigo del alma, que fuiste mi condiscípulo y compartiste conmigo tantas terribles lecciones de matemáticas en la escuela Secundaria; vos que fuiste mi compañero en tantos entreveros y tantas grescas callejeras, vos que me ayudaste a escribir los mejores versitos de amor para nuestras primeras noviecitas silvestres de la adolescencia; vos que eras tan diestro en estas lides y que eras casi más poeta que yo, tenés que hacerme un gran favor.

Miercolín concluyó su introito y esperó la reacción de su amigo. Sabía que debería esperar bastante, porque Circulito era raro, tan raro que Miercolín se había preguntado más de una vez si sería en realidad un ser humano.

Circulito, entretanto, parapetado detrás del mostrador, miraba a Miercolín con los ojos muy abiertos y no atinaba a abrir la boca.

Circulito Phi Redondo parecía formar parte del mostrador de su despensa; tan quieto y duro estaba siempre y siempre en el mismo lugar que parecía la prolongación hacia arriba de la madera del mostrador con una cabeza articulada en el extremo superior. Tenía movimientos automáticos como los muñecos a resorte; nadie sabía por medio de qué mecanismos se movía, pero el hecho es que Circulito tenía siempre los mismos movimientos; desplazaba su cabeza únicamente de arriba-abajo y de derecha-izquierda; pero nunca su cráneo giraba para ningún lado que no fueran los establecidos para su particularísima constitución física; y los movimientos de las manos y de los pies también parecían dirigidos desde alguna central eléctrica o desde algún cerebro electrónico. Miercolín siempre había sospechado que Circulito estaba dirigido por control remoto, pero nunca se atrevió a preguntárselo. Y ahora su amigo estaba allí, frente a él, más raro y automático que nunca.

Circulito escuchó atentamente a Miercolín hasta el fin, luego carraspeó como para acomodarse las cuerdas vocales, y cuando pudo recuperar el habla, dijo moviendo la cabeza de arriba-abajo con una voz monótona y cascada que parecía salir de un serrucho:

–Bien... tú dirás, amigo mío.

Miercolín comprendió que la cosa iba a ser difícil por muchas causas, pero principalmente porque Circulito estaba aún más raro que antes, si ello era posible. Pero encomendándose a su santo favorito, agarró coraje y:

–El gran favor que vengo a pedirte, amigo mío, es el siguiente –dijo Miercolín abrochándose tímidamente los botones del chaleco para disimular su turbación, mientras le temblaban las rodillas de tanto estar arrodillado; pero venciendo de golpe el ataque de timidez que lo paralizaba, agregó con súbita valentía, mirando directamente a Circulito a los ojos:

–Quiero que escribas una canción para Cristóbal.

Y bien; la cosa ya estaba hecha; si había reabierto o no las viejas heridas de Circulito, seguramente muy pronto lo sabría; entretanto, no le quedaba otra alternativa que esperar.

Circulito, al escuchar las palabras de su amigo, pestañeó varias veces como una lamparilla eléctrica con niveles variables de tensión mientras le temblaba toda la parte superior de la cara o lo que Miercolín consideró que, de acuerdo al lugar donde estaba ubicada, debía de ser se-

guramente la cara de Circulito. Luego, de algún agujero que Miercolín no pudo localizar, salió un extraño sonido, un sonido parecido a una voz humana. Miercolín, después de mirar para todos lados tratando de descubrir de dónde había salido ese ruido, dedujo que si no era el chillido de alguna lechuza o el farfuleo de alguna cotorra que andaba merodeando, ese indescriptible sonido debía de ser seguramente la voz de Circulito.

Acertada deducción ya que después de algunos arranques en falso y notas disonantes el intermitente farfuleo se transformó en una voz casi humana:

–Pedime cualquier cosa –dijo la estrafalaria voz temblequeando– pero no me pidas que haga una canción para Cristóbal Colón.

Miercolín meneó la cabeza, profundamente descorazonado; y a partir de ese momento empezó a dudar verdaderamente de la salud mental de su amigo. “¡Oh! –pensó con profunda compasión –, está peor de lo que imaginaba. Ni siquiera entiende lo que le estoy diciendo”. Pero, decidido a no darse por vencido, insistió:

–No se trata de Cristóbal Colón –explicó pacientemente– se trata de Cristóbal; nuestro Cristóbal.

Y esperó con creciente ansiedad la respuesta de su amigo.

Pero Circulito, después de permanecer durante treinta y cinco minutos completamente inmóvil y con los ojos muy abiertos y fijos en Miercolín, moviendo la cabeza de derecha-izquierda dijo roncamente, con la voz estrangulada por la emoción:

–Sea o no sea Cristóbal Colón, ya a Circulito Phi Redondo se le fue la inspiración.

Y la voz de Circulito se convirtió en un sollozo mientras espesas y nacaradas lágrimas como perlas se desprendían de sus ojos y rodaban silenciosamente por sus mejillas.

Miercolín de pronto comprendió con profunda pena que lo que tanto temía se había producido. Se estremeció. Él, con sus palabras, había reabierto las antiguas heridas del corazón de su amigo.

Ciculito se llamaba en realidad y en su libreta de enrolamiento Telémaco Enhorabuena pero sus íntimos lo llamaban Circulito porque todo le salía redondo (menos lo de los mosquitos y lo de la Marina, claro está, pero, como dicen por ahí, una golondrina no hace verano, y, aunque aquí parece que había dos, dos golondrinas tampoco hacen verano; con tal, claro está, de que no apareciera ahora una tercera, pensaba preocupado Miercolín; aunque, después de todo, tres golondrinas tampoco hacen verano –siguió reflexionando el poeta– si se consideraba en conjunto la vida de su ex-condiscípulo y amigo, ya que tenía en su haber más episodios

venturosos que fracasos estrepitosos, de modo que el saldo hasta ahora había sido siempre positivo).

Por lo menos eso era lo que creía en sus amigos después de haber analizado la suma algebraica de la vida de Circulito –vaya a saber con qué escala de valores para juzgar el éxito y el fracaso– pero el veredicto había sido pronunciado y parecía inapelable.

Y, precisamente pues, a esta (según sus amigos) brillante trayectoria de Circulito, a esta redondez de Circulito, a esta buena estrella del suertudo Circulito se aferraba ahora Miercolín Verdeoliva para resolver el grave problema que se le había planteado con Cristóbal y que lo tenía sin dormir desde hacía más de un año. Y ahora su amigo Circulito, su entrañable Circulito, su única salvación, le salía con esa noticia que, no por esperada, le producía menos angustia; su amigo le salía con que se le había ido la inspiración. Pero, ¿cuántos artistas habían tenido en su vida períodos de aridez, de esterilidad espiritual transitorios? Hasta que un día cualquiera –inesperadamente y como por arte de magia– recobraron la inspiración creadora. Pero Circulito era lapidario en su afirmación: a él se le había ido la inspiración. Y no había nada que hacerle. Miercolín contempló largamente a su amigo con una mirada vacía, turbia, sin expresión. Hasta que de pronto lo sobrecogió una especie de furor. “Y qué hacés que no vas a buscarla, papanatas”, tuvo ganas de gritarle. Pero se contuvo y suspiró con desaliento, invadido de pronto por un abatimiento creciente y devastador.

Miercolín, al ver a su amigo sollozando, sintió de pronto un nudo en la garganta y estuvo a punto de ponerse a llorar él también; ya no tenía más deseos de silbar bajito como cuando saliera de su casa en dirección a la despensa, y se deprimió en tal forma que ya no pudo pronunciar una palabra más.

Entretanto Circulito Phi Redondo agregaba, hecho un mar de lágrimas:

–Pedime cualquier cosa, amigo mío: el caballo, la guitarra, las espuelas, las boleadoras; el grabador, el proyector, la filmadora; pedime mercadería al fiado por un año, por dos o por cinco años, pero no me pidas una canción para Cristóbal Colón.

Miercolín escuchaba a su amigo en silencio y profundamente descorazonado, hasta que al oír la última frase pronunciada por el enigmático personaje se dio cuenta de que algo se había trabado en la central; Circulito está en cortocirculito, pensó y entonces, pacientemente, repitió diez veces seguidas en los oídos de su amigo:

–No se trata de Cristóbal Colón; se trata de Cristóbal Cristobalón; de "nuestro" Cristóbal.

–Sí... sí... se trata de Cris-tó-bal –repitió Circulito y añadió moviendo la cabeza de arriba-abajo– se trata de Cris-tó-bal Colón...sí, sí, sí...

Y siguió repitiendo "sí" monótonamente como un disco rayado, mientras movía la cabeza de arriba abajo y miraba hacia adelante con los ojos extraviados.

Miercolín, con creciente angustia, comprendió que Circulito seguía trabado, cada vez más trabado y lo peor era que él no tenía la menor idea de lo que debía hacerse en esos casos; si enchufarlo e desenchufarlo; en realidad Circulito no tenía cables por ningún lado y tal vez había que manejarlo, no más, por control remoto. Y en ese momento el poeta lamentó amargamente no habérselo preguntado nunca.

Miercolín Verdeoliva miró, angustiado, hacia todos lados para ver si había alguna persona a su alrededor que pudiera ayudarlo, mientras Circulito seguía moviendo rítmicamente las mandíbulas y repitiendo con voz monótona: sí, sí, sí... sí, sí, si...

Pero a su alrededor no había nadie; nadie necesitaba azúcar, aceite o picadillo; nadie venía a comprarle nada a Circulito.

A lo mejor hay que cambiarle la púa, pensó Miercolín cada vez más consternado por el cariz que iban tomando las trabazones de Circulito; pero dónde tendrá la púa Circulito... después se dijo que lo más acertado sería abrirle la boca para ver si allí estaba la púa. Pero Circulito en la boca tenía mucho plomo pero ninguna púa. Después pensó que quizá habría que darle cuerda; sí, era lo más probable; pero dónde tendrá la cuerda Circulito...

Y Miercolín revisaba con angustiosa premura a Circulito por todos lados para descubrirle la cuerda, la púa, o algún cable o resorte que le diera una pista para llegar al meollo de la trabazón.

Y cuando más desesperado estaba Miercolín palpando los recovecos de su amigo, Circulito de pronto hizo crak, empezó a mover la cabeza rápidamente de derecha-izquierda y quedó automáticamente destrabado.

Y mientras Miercolín, con no disimulada inquietud, esperaba los acontecimientos, Circulito preparaba sus cuerdas vocales para pronunciar las primeras palabras después del desperfecto:

–Pedime cualquier cosa –repitió mientras brotaban nuevas lágrimas de sus ojos fijos– pero no me pidas una canción para Cristóbal Colón.

Otra vez, se dijo Miercolín desesperado, éste no tiene arreglo.

Pero Circulito de pronto dejó de llorar y después de pestañear varias veces agregó con su voz áspera y ahuecada:

–Perdón, para Cristóbal.

Miercolín, al oír las últimas palabras de Circulito suspiró aliviado por la reacción favorable del enfermo (o lo que fuere) y con gran alegría pensó que, a pesar de todo, quizá hubiera alguna esperanza.

Entonces se lanzó otra vez a la carga: con palabras que no hirieran su susceptibilidad, trató de convencer a su amigo de que escribiera una canción para Cristóbal, recordándole que si una vez había escrito un poema, aunque haya sido sólo una vez y allá en su juventud, bien podría ahora escribir otro.

Pero Circulito no entendía nada de lo que le decía su amigo. Miercolín hablaba y hablaba de aquel poema y de las circunstancias en que había sido escrito, pero el propio protagonista de la cosa no entendía ni una palabra; hasta que tantas veces y durante tanto tiempo se lo repitió que Circulito al fin pareció entender lo que trataba de decirle porque mirando inquisitivamente a su amigo, le preguntó en perfecto castellano:

—¿A qué poema te refieres?—

Miercolín, súbitamente esperanzado por el cariz que iba tomando la conversación, en voz bien alta y clara, contestó:

—Me refiero a la Canción de Simbad.

Entonces Circulito pareció desconcertarse; su semblante cambió repentinamente de expresión como si esas palabras hubiesen penetrado un secreto que le quemara en el alma como una llaga en la piel; sacudió varias veces la cabeza de arriba-abajo y de derecha-izquierda y, desviando la mirada de los ojos de su entrañable amigo, dijo atropelladamente:

—Es que... la verdad es que yo no... —se interrumpió bruscamente, empezó a pestañear con tanta velocidad que se volaron todas las hojas del almanaque, y después de varias tentativas de recuperar el habla, arrancando de golpe concluyó la frase: —yo no escribí ese poema...—

Al oír esas insólitas palabras, Miercolín se sobresaltó. No podía creer que Circulito hubiese perdido también la memoria.

De modo que escrutando con mirada penetrante el rostro de su atribulado ex-condiscípulo, le preguntó ansiosamente:

—¿Qué querés decir?—

Y Circulito, bajando la cabeza, respondió sin mirarlo:

—Yo no escribí la Canción de Simbad.

Entonces Miercolín comprendió espantado que algo muy grave le estaba ocurriendo a Circulito, que tal vez había perdido la razón y estaba completamente loco o que, quizá, quisiera confesarle algún secreto de su azaroso pasado y no se atrevía.

Pero antes de que Miercolín pudiera preguntarle nada, Circulito agregó:

–Yo escribí otro poema, sí; escribí la "Canción de Alí-Babá"... ése sí es mío, pero el otro no.

Miercolín se sobresaltó. Él creía conocer bien a sus amigos, sin embargo, comprendió que no era así. ¿Cómo podía Circulito haber escrito un poema que él no conociera? Es cierto que hacía mucho tiempo que no veía a su amigo; pero un poema no es cosa de todos los días; y, además, que el romance que él creyera de Circulito, resulta que ahora saltamos con que no lo era... En fin, reflexionó filosóficamente Miercolín, con semejante personaje en danza, habrá que aprontarse para sobrellevar con dignidad y coraje cualquier sorpresa.

Y dirigiéndose a su amigo:

–¿De modo que escribiste la Canción de Alí-Babá? –Exclamó, un tanto resentido con Circulito por el silencio que había guardado al respecto, y agregó con tono de reproche– ¿Y por qué nunca me lo recitaste?

Circulito entretanto –con movimientos automáticos como un títere– colocó sobre el mostrador dos vasos petizos y bocones de cristal tallado, vertió una medida de whisky en cada uno, le agregó dos trocitos de hielo y alcanzándole uno de los vasos a su amigo:

–Oh, nunca lo he recitado –exclamó sonrojándose como un adolescente y después de un instante de indecisión añadió con timidez– a nadie se lo he mostrado, a nadie le he hablado nunca de ese poema ni del otro porque me da vergüenza. Además...

Pero al llegar a este punto de su confesión Circulito empezó a pestañear y no agregó más.

Entonces Miercolín, que quería saber toda la verdad de una buena vez, inquirió:

–Además, ¿qué?–

Y Circulito, después de permanecer durante veinte minutos con los ojos fijos y clavados en el rostro de su amigo, dijo atropelladamente:

–Además, ya me salvé una vez de los tiburones, no quisiera ahora morir quemado en una hoguera.

Y de un trago se mandó todo el whisky al buche.

Miercolín lo miró sin comprender.

–Pero es que vos no sos Juana de Arco.–Replicó entre asombrado y divertido.

–No; no soy Juana de Arco –replicó Circulito entrecerrando los ojos y agregó dando muestras súbitamente de una rapidez mental prodigiosa– pero no me falta mucho...

Miercolín no comprendía nada. ¿Qué significaba eso de que no le faltaba mucho para ser Juana de Arco? No le faltaba mucho... ¿en qué sentido? Evidentemente, en el sentido de ter-

minar en una hoguera. Pero... ¿por qué habrían de quemar en una hoguera a un poeta? La hoguera estaba bien para los brujos, o para los científicos, por ejemplo, para los que decían que la Tierra se movía, y otras herejías por el estilo; pero, ¿por qué habrían de condenar a la hoguera a un poeta?

Le pareció inconcebible. Circulito divagaba. De cualquier manera, le faltara poco o le faltara mucho a su amigo para ser Juana de Arco, Miercolín renunció a su afán de comprender y decidió escuchar de labios de su autor el poema de marras.

–Bien, amigo, vamos –exclamó palmeándole afectuosamente la espalda– recitá tu poema para mí, te prometo que nadie lo sabrá jamás.

Circulito carraspeó discretamente como para crear cierta expectativa a su alrededor y antes de largarse a recitar su poema, le anticipó a su amigo:

–Bien, lo recitaré, pero te advierto que mi poesía carece de técnica o de escuela determinada, es instinto puro.

Instinto puro, pensó perplejo Miercolín, me parece que a este no le falta mucho, en efecto, pero para ser la versión mecánica del hombre y la bestia. Pero, considerando que, después de todo, hasta ahora no había motivos para inquietarse:

–Bien, lo tendré en cuenta –murmuró pacientemente, y añadió consultando su reloj de bolsillo– dale, amigo, que te escucho.

Y entonces Circulito, con voz de robot acatarrado y cara de circunstancias, empezó a recitar:

*Canción de Alí-Babá*

*Alí-Babá*

*vístete de leñador*

*y vete a cortar leña.*

*Alí-Babá*

*cuando arrecie la tormenta*

*vete a tu cabañá.*

*Por la nariz del silencio*

*caminaba una lombriz.*

*Me estoy muriendo de pena,  
pena, penita, pená.*

*Alí-Babá  
sácate el sombrero  
y saludá.*

Y Circulito, cuando terminó de recitar, transpiraba como un energúmeno, a causa de la tensión emocional y el temor de que a su amigo no le gustara su poema. Y como Miercolín permaneciera en silencio, meditativo e inmóvil como un Pensador, después de una prolongada pausa, le preguntó ansiosamente:

–Y, ¿qué te pareció? ¿Te gustó?

Miercolín seguía pensativo.

–Sí –dijo lacónicamente y añadió sin entusiasmo– no está mal; sólo que yo creí que era el Alí-Babá de los cuarenta ladrones, y me quedé esperando los ladrones.

–Los ladrones –repitió Circulito y agregó esbozando una especie de sonrisa dura y estirada que dejaba ver su dentadura, una sonrisa que en rigor no era más que una mueca rectangular y dentada estilo cierre relámpago– qué cosas se te ocurren. No, claro, este Alí-Babá no es aquél; éste es un leñador que conocí en Bagdad.

Miercolín, al oír las palabras de Circulito, comprendió que había muchos episodios que ignoraba de la vida de sus días. Tal vez los más importantes. Y sintió una gran pena por esa ausencia irremediable.

Acaso, allá en su vejez, Circulito escribiera sus Memorias. Entonces él podría conocer la vida de su amigo y participar en cierto modo de esas vivencias que habían quedado al margen de su vida. Entre tanto, se conformaría con esperar. De todos modos, pensó que así como había escrito la Canción de Alí-Babá, Circulito bien podría también escribir la canción para Cristóbal. Sin embargo, al fin y al cabo estaba como al principio: seguía en pie el misterio de la Canción de Simbad; y él tenía que desvelarlo. Circulito acababa de afirmar que él no había escrito ese poema. ¿Podría explicarse su amigo? ¿Por qué antes –siempre– había afirmado lo contrario? ¿Mintió antes o mentía ahora? ¿O, sencillamente, estaba loco?

Era evidente que Circulito se sentía extrañamente turbado al hablar del asunto. Y Miercolín tenía que descubrir por qué. Así que decidió llegar a la verdad por el camino más corto. O

sea interrogando al propio protagonista. De modo que mirándolo afectuosamente, le preguntó con voz suave y persuasiva:

–Querido amigo, hay algo que quiero saber y espero me lo puedas explicar; vos me decís que no escribiste el poema “La Canción de Simbad”, ¿no es así? ¿Podrías decirme entonces quién lo escribió?

Circulito, al escuchar las palabras y sentir la penetrante mirada de los ojos de su amigo sobre su rostro, cambió completamente: dejó de sonreír, bajó la vista y empezó a retorcerse sobre sí mismo como un sospechoso en el banquillo de los acusados; y al cabo de una hora y media de zarandearse para todos lados sin ningún control –tiempo o durante el cual Miercolín, pensativo, comprendió que había metido el dedo en la llaga– enajenado y cabizbajo, susurró con voz apagada:

–Yo no sé quién lo escribió...–

Entonces Miercolín otra vez empezó a dudar de la salud mental –o de la veracidad de las afirmaciones– de Circulito. ¿Cómo era eso? ¿Se había dejado castigar por un "delito" que no había cometido como era el de aparecer como autor de un poema que no había escrito? Y si él no era el autor, ¿lo había plagiado entonces? ¿Y con qué fin? ¿Sólo con el fin de que admiraran su talento? El poeta estaba tan consternado con las insólitas revelaciones (o lo que fueren) del ex-alférez que no pudo contenerse y gritó escandalizado:

–Y si vos no lo escribiste, ¿por qué cargaste con una culpa ajena? ¿Por qué no te defendiste cuando te acusaron y señalaste al verdadero culpable puesto que aquí tiene que haber un culpable en el momento oportuno para que no te expulsaran de la Marina?–

Circulito bajó aún más la cabeza y suspiró entrecortadamente; a continuación se escuchó un farfalleo ininteligible, como un ruido a maderas aserradas; entonces Miercolín pegó su oído a la boca de Circulito y le hizo repetir más de cien veces lo que quería decir, hasta que logró traducir las jeroglíficas palabras al idioma cotidiano. En resumen, lo que Circulito dijo fue lo siguiente:

–Es que al culpable no podría encontrarlo; nadie podría encontrarlo, porque nadie tampoco podría verlo...–

Miercolín, cada vez más consternado, le levantó la cabeza a Circulito y obligándolo a que lo mirara directamente a los ojos, le preguntó bruscamente:

–¿Qué querés decir?–

Entonces Circulito miró a su amigo con los ojos nublados por las lágrimas y confesó sollozando:

–Quiero decir que a ese poema no lo escribí yo porque me lo dictaron... me lo dictaron... me lo dictaron...-

Pero éste ya se trabó otra vez, pensó Miercolín desesperado y se apresuró a preguntarle, antes de que se trabara del todo:

–Pero, ¿quién te lo dictó? –mientras ya veía asomar la punta del ovillo en ese enredo, o sea la pista para encontrar al responsable, hacerle confesar la culpa delante de las autoridades competentes y una vez aclarado el asunto, solicitar la reincorporación de su amigo a la Marina. Y quién sabe si Circulito no llegaba todavía a realizar su sueño dorado, a ser contralmirante.

Pero Circulito, con los ojos desoladamente fijos en el rostro de su amigo, dijo moviendo la cabeza de derecha-izquierda:

–Yo no sé quién me lo dictó...-

Entonces Miercolín, agarrando violentamente por los hombros a Circulito lo sacudió como a una bolsa de papas:

–¿Cómo que no lo sabés? –le gritó más asustado que enfurecido– ¿Lo has olvidado?

Circulito exhaló un suspiro tan profundo y con tanto aire como para inflar un dirigible; y por fin arrancó:

–No–dijo mirando a Miercolín con una mirada turbia, velada, extraña, como si detrás de sus pupilas ocultase un secreto que no quisiera revelar– vos no me comprendés; no es que lo haya olvidado; es que ese poema fue escrito estando yo en trance...-

Miercolín se agarró la cabeza y casi cae desmayado al suelo. No había nada que lo trastornara más que las cuestiones relacionadas –o que pudieran tener alguna relación– con las Ciencias Ocultas.

–¿Qué es eso de que estabas en trance? –gritó escandalizado y después de meditar un instante aventuró una pregunta pensando que tal vez ahí podría estar la madre del borrego, en cuyo caso no habría para qué inquietarse por cuanto en ese asunto no habría ningún misterio ¿Querés decir que estabas con unas cuantas copas de vino entre las tripas? ¿Es eso?-

Y sacudiendo ferozmente a Circulito:

–¡Confesá! –vociferó.

Y después de esa explosión violenta en la que tuvo que ver más el miedo que la ira, soltó a su amigo, dejó caer los brazos a los costados del cuerpo y esperó pacientemente la respuesta.

Y después de un cuarto de hora:

–Vos no entendés –exclamó Circulito suspirando otra vez con tanto aire que Miercolín tuvo que sujetarlo para que no flotara– yo estaba en trance; significa que aquella noche de luna de pronto me quedé duro vaya a saber por cuáles mecanismos, y cuando me ablandé, la cosa ya estaba hecha: sobre la mesita de noche de mi camarote, en una hoja de papel estaba el poema escrito, de mi puño y letra. Pero yo no lo había escrito; es decir, lo había escrito mi mano, pero no yo; ¿entendés?

Circulito se interrumpió y miró a su amigo con una expresión atormentada en la mirada, como si una sombra de temor metafísico se agitara en el fondo de sus ojos; luego, rodeando sus palabras del más profundo misterio, añadió en voz baja:

–De este modo misterioso nació la *Canción de Simbad*.

Miercolín –que había aguardado la respuesta de su amigo con tanta ansiedad– sacudió la cabeza varias veces y respiró aliviado; de modo que era eso, murmuró para sí; y palmeando cariñosamente a Circulito en la espalda, le dijo alegremente:

–Perdoname, querido amigo, pero sospecho que el mecanismo por el cual te quedaste duro aquella noche era una botella de coñac.

Pero Circulito no lo escuchaba; permanecía inmóvil mirando al vacío con ojos extraviados, como sumergido en un confuso y doloroso recuerdo que aún le atormentaba:

–Y en mi camarote no había nadie... ni había habido nunca nadie... –repetía–. De eso estoy seguro. Nadie. Sólo yo. Y no había tampoco ni había habido ninguna botella de coñac –y su voz se iba tornando más ronca a medida que su mente trataba de ahondar en el misterio; hasta que de pronto agregó bruscamente, sacudiéndose como si lo estuviesen pinchando de atrás con una picana eléctrica–. ¿Comprendés ahora por qué no sé quién escribió la *Canción de Simbad*? ¿Comprendés por qué no podría saberlo nunca? ¿Comprendés por qué no sé ni sabré jamás quién es el culpable?

Miercolín Verdeoliva, al escuchar las palabras de Circulito, se desinfló como un globo pinchado y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Comprendía, sí, cómo no; pero lo que comprendió fue que su entrañable Circulito era un caso perdido. Comprendió que no había nada que hacerle. Circulito tendría que archivarse como poeta; y tal vez también como ser humano e ingresar directamente en la raza de los robots, de los robots maniáticos, por añadidura. Ya el único camino que le quedaba a Circulito era seguir parapetado detrás del mostrador de su despensa por los siglos de los siglos vendiendo paquetes de arroz, escobillones y latas de sardinas. Un destino muy cómodo, después de todo, pero también muy oscuro y sin gloria.

–Pobre Circulito –murmuró Miercolín conteniendo los sollozos–una gloria menos para la literatura, una gloria menos para la Marina... y una gloria más para las sardinas.

Y se enjugó silenciosamente el llanto que le rodaba por las mejillas.

Entretanto Circulito seguía mirándolo con una expresión atormentada en sus pupilas, como suplicándole con la mirada que lo comprendiera.

Pero Miercolín, absorto en sus sombríos pensamientos, miraba sin ver hacia adelante. Su pena era tan honda que no tenía consuelo.

No podía comprender cómo el destino le había jugado esa mala pasada a Circulito, cómo había ido perturbándose su mente hasta llegar al delirium tremens.

Después relacionó el delirium tremens con el alcohol, y comprendió cómo podía haber sucedido la cosa. Circulito seguramente viviría prendido de una botella de whisky como si fuera una mamadera, y estaría mamando todo el día. Y entonces, claro... ahí estaban las consecuencias.

En fin... después de todo nada se gana con llorar, pensó Miercolín y enjugó nuevamente con su pañuelo dos lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, dos lágrimas calientes que le abrasaban las pupilas como un río de lava ardiente e incontenible.

Se sonó la nariz y suspiró profundamente.

Pobre Circulito. No había nada que hacerle. Era un caso perdido. Y bien –reflexionó, tratando de resignarse– después de todo él no le hace mal a nadie. No es peligroso. Es más inofensivo que una paloma. Siempre, claro, que su mente no se agrave hasta el punto de distorsionarle la personalidad, y se le dé entonces por creerse Napoleón Bonaparte, o algún personaje siniestro, como Drácula por ejemplo, y empiece a clavarle los colmillos en el cuello a las jovencitas de la aldea; o un discípulo de Frankenstein, porque entonces ya no se conformaría con experimentar con mosquitos como antes, y empezaría a fabricar vaya a saber qué monstruos en su laboratorio con trozos de seres humanos, uniendo pedazos de unos con otros, de modo que cada vecino que desapareciera, reaparecería después convertido en un humanoide prefabricado estilo cubista con las piernas, y los brazos y el sombrero de otros vecinos desaparecidos misteriosamente como él. O tal vez se le diera por fabricar un humanoide tricolor mezcla de razas, con cara amarilla de ojos oblicuos, brazos blancos, lampiños y escuálidos y piernas negras, musculosas y peludas de andar elástico. O tal vez intentara fabricar un centauro, con la cabeza y el torso de algún amigo y el cuerpo del caballo de otro amigo (o de su propio caballo); y acaso después fabricara otro tipo de centauro pero al revés, uniendo la mitad que le quedó del cuerpo del amigo con la cabeza del caballo, porque Circulito en su labo-

ratorio nunca desperdicia nada. De este modo tendría dos centauros de distintos estilos que los usaría seguramente como medios de transporte, montando el cabeza de caballo los días de semana para ir a la despensa, y el cabeza de hombre para ir a visitar la novia los domingos. En ese sentido –y sin que sus opiniones significasen un aval para los posibles planes de Circulito– Miercolín consideró que los centauros como medios de transporte eran en la actualidad más convenientes que los automóviles porque no funcionan con derivados del petróleo sino con alfalfa. En resumen, que evitan el uso del petróleo –lo que no es poco decir– en esta época de escasez de combustible y de nubes de humo que, como nubes de humo asfixian al hombre y como oro negro lo estén empujando al borde del abismo. De modo entonces que qué mejor solución que los centauros, se dijo entusiasmado Miercolín mientras contemplaba con mirada pensativa a Circulito; y analizando a continuación los pro y los contra de los proyectados vehículos, descubrió que tenían un inconveniente; pero sólo uno; en efecto, se dijo el poeta, los centauros como medios de transporte tienen un único inconveniente y es que no se los puede utilizar para ir a visitar la novia porque se corre el riesgo de que ella se enamore del centauro; especialmente en el caso de Circulito que –forzoso es reconocerlo– por feo que sea el centauro, siempre será más buen mozo que él (sobre todo si a este delirante se le da por fabricar el centauro con mi cabeza, siguió reflexionando Miercolín). Reflexiones que no significaban de parte del poeta un alarde de vanidad –ya que, francamente, había que ver lo que era la cara de Circulito– ni tampoco entrañaban una tan remota posibilidad si se sumaba al delirium tremens, el modus operandi del singular experimentador, que cuando se posesionaba de su papel era capaz de experimentar con la cabeza de su mejor amigo sin reconocerlo ni siquiera por los bigotes.

Pero, mirando las cosas objetivamente y analizando los hechos desde el Presente, sin incursionar por el Futuro, Miercolín consideró que por el momento no había peligro de que a Circulito se le despertasen las antiguas inclinaciones frankensteinianas. En resumidas cuentas –siguió meditando el poeta– que mientras no se le dé por la Ciencia, seguirá siendo inofensivo. Pero ya nunca escribirá otro poema. Nunca escribiré la canción para Cristóbal. Sólo la *Canción de Alí-Babá* y, tal vez, la *Canción de Simbad*. Aunque, si nos atenemos a las declaraciones del propio autor, tampoco escribió la *Canción de Simbad*, puesto que, según él, se la dictaron. Miercolín, a pesar suyo, sonrió divertido:

–¡Mon Dieu, qué ocurrencias engendra el alcohol! –exclamó meneando la cabeza con una indulgente y traviesa sonrisa en los labios.

Pero instantes después, asaltado de pronto por inquietantes pensamientos, se quedó súbitamente serio y murmuró para sí, cambiando de color:

–Sin embargo, Circulito aseguró que allí no había ninguna botella de coñac –y cada vez más pálido– ¿y si realmente se lo hubiesen dictado? ¿Si realmente se lo hubiese dictado un Ser Invisible? –Entrecerró los ojos, cada vez más desconcertado–. Pero, ¿desde cuándo hay Seres Invisibles que dictan poemas en noches de luna?

Miercolín se estremeció. Nada lo trastornaba tanto como los problemas del más allá. Sentía ante ellos una especie de terror metafísico imposible de vencer. No hubiese querido tener que analizar nunca esas cuestiones, no quería saber nada de ellas, pero, dadas las circunstancias, no le quedaba otro camino que agarrar al toro por las astas. De modo que decidió empezar por el principio.

–Pero, cuál será el principio –se preguntó dubitativo.

Una cosa era cierta; el poema estaba escrito. Cómo había sido escrito, he ahí el misterio. ¿De dónde procedía? De alguna parte tenía que haber salido. No podía no haber salido de ninguna parte. Por lo tanto, forzosamente, debía existir un autor. Un autor material del hecho. Y ese autor existía. Vaya si existía. Sólo que, como un padre desnaturalizado, el muy granuja no quería reconocer su obra.

Y no quería reconocer su obra porque, según él, el poema no había salido de su interior, como todos los poemas, sino que había llegado a él desde el exterior. ¿Y por qué camino? Se lo habían dictado. ¿Y quién se lo había dictado? Pues... se lo había dictado un Ser Invisible. Un ser Invisible y sin Nombre. O, en todo caso, que no había querido decir su nombre o poner su firma al pie del poema. En suma, se lo había dictado un fantasma. Y todo este asunto, si no era una curda de Circulito, o un ataque de delirium tremens, tenía que ser forzosamente un fenómeno paranormal. Sólo faltaría entonces saber ahora si ese fenómeno paranormal sería del más allá o del más acá; porque el fantasma en cuestión podría ser, tal vez, un auténtico fantasma, un fantasma legítimo del más allá, de esos que arrastran sus cadenas por oscuros pasillos de castillos medievales; o, de lo contrario, podría ser, quizá, nada más ni nada menos que el otro yo de Circulito, algo así como su proyección astral, un típico caso de desdoblamiento.

Y, como un Sherlock Holmes ante una pista infalible que lo llevaría hasta el criminal, Miercolín parecía encontrarse ante el camino seguro que lo conduciría hasta el fantasma.

Entrecerró los ojos, mientras su semblante se distendía en una expresión serena, casi de beatitud:

–Sí, eso es lo que ha ocurrido, seguramente –murmuró satisfecho consigo mismo de sus propias deducciones– sólo que en este caso el fantasma de Circulito en vez de aparecerse a otro se le apareció a él mismo y le dictó el poema.

Meneó repetidas veces la cabeza en señal de asentimiento y, cada vez más concentrado en sus propios pensamientos, murmuró para sí.

–De cualquier manera, quienquiera haya sido el dueño de la voz que le dictó el poema, es –o sería– un Ser Invisible.

Miercolín de pronto se palmeó la frente: ahora comprendía el temor de Circulito de que lo arrojaran en una hoguera; porque si alguien se enteraba de que él "oía voces" como Juana de Arco y lo acusaba ante un tribunal... entonces, ¿quién puede saber lo que ocurriría?

Sin abandonar su aire de preocupación asintió repetidas veces con la cabeza y agregó pensativo:

–Quienquiera fuese el viajero astral –tanto se tratase de un fantasma desconocido o de su otro yo– la situación de Circulito sería la misma ante un tribunal. Y a lo mejor, nomás, lo quemaban por brujo.

Meneó la cabeza nuevamente y de pronto sonrió entre preocupado y divertido:

–Y debido a ese temor el muy zorro ha guardado el secreto durante tantos años.

Pero inmediatamente Miercolín se preguntó si tanto temor de parte de su ex-condiscípulo se justificaba, ya que consideró dudosa la posibilidad de que Circulito en una hoguera agarrara fuego; porque, francamente, Circulito es tan raro, murmuró, que quién podía saber –aparte del Creador– de qué estaba hecho y cómo reaccionaría su materia en medio de las llamas. Por otra parte, los tiempos habrán cambiado mucho; un Ser Invisible en esta época –según recordó de pronto Miercolín haber leído en una revista especializada– podía dictar no sólo un poema, sino sus Obras Completas si se le venía en gana, sin que nadie tuviera que ir a la hoguera por eso. Pero, por las dudas, Circulito guardaba celosamente el secreto; lo había ocultado con tanto empeño y durante tantos años que no iba a ser precisamente él, Miercolín Verdeoliva, quien lo divulgara ahora.

Pero, de cualquier manera, todo lo que se barajara alrededor de este asunto eran sólo hipótesis. Si el fantasma existía o si sólo existía en la imaginación de Circulito, nadie podría saberlo. La verdad quedaría en el misterio. Y nunca posiblemente sería develada. Quedaría como un enigma más entre todos los enigmas que desafían constantemente al hombre. Porque... "hay más cosas en el Cielo y en la Tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía", había afirmado Hamlet (y por algo lo habría dicho, sin duda...). Y Miercolín –con la cabeza entre las

manos en actitud meditativa– volvió a preguntarse por milésima vez si realmente ese poema habría tenido un origen tan extraño.

Pero después de meditar con más tranquilidad, llegó a la conclusión de que no debía contagiarse de la locura de su amigo –locura ajena que, como la gota de agua que colma la copa, venía a agregarse a la suya propia, mejor dicho a su propia depresión, a esa depresión que lo acosaba constantemente desde hacía algún tiempo y que ya sentía trepársele por el cuello como un reptil pronto a estrangularlo– y, decidido a poner fin a esa azarosa entrevista que tantas y tan variadas emociones le había traído, se dispuso a despedirse de su amigo. Pero antes, resolvió que, como aunque así le había ido mal con la siembra, él, Miercolín Verdeoliva, esforzado labrador y poeta y aldeano, tendría que recurrir después de todo a la generosidad del vendedor de sardinas y aceptarle el ofrecimiento de la mercadería al fiado que en su oportunidad le hiciera. De modo que, mirando a Circulito con los ojos traspasados por la pena que lo embargaba, dijo solemnemente:

–Bien, amigo mío, un día de estos vendré por la mercadería –mientras acercaba con ademán lento y expresión pensativa en el semblante el vaso de whisky a sus labios, dispuesto a matizar entre trago y trago la espera de la respuesta de Circulito que –calculaba– llegaría a ser audible como de costumbre a los treinta y cinco o cuarenta minutos.

Circulito, en efecto, al escuchar las palabras de Miercolín empezó a pestañear a toda velocidad, y después de algunos vanos intentos de detener el movimiento de vaivén de sus pestañas siguió moviendo los párpados con intermitencias durante cuarenta minutos hasta que logró dominar el parpadeo; a continuación abrió los ojos cuan grandes eran y se sacudió como una cotorra, tratando de desprenderse de ese estado poshipnótico que lo tenía semi idiotizado y del cual no había podido reponerse aún desde el último cortocirculito. Después abrió las mandíbulas lo suficiente como para que le saliera la voz y:

–¿Qué mercadería? –dijo como en sueños.

–Pues... –respondió Miercolín guardando cuidadosamente el pañuelo húmedo de lágrimas en el bolsillo de su chaleco y recogiendo su sombrero– el año de mercadería que me prometiste.

Esta vez Circulito se quedó duro como una estaca y después de permanecer unos instantes en la misma posición, como si de pronto hubiese pisado una cáscara de banana se tambaleó bruscamente y pegó un envión de atrás hacia adelante con tanto ímpetu que estuvo a punto de perder la estabilidad. A continuación empezó a balancearse con una amplitud creciente desde el punto de equilibrio, y ya embalado en ese frenético viaje de ida y vuelta pero con los pies

fijos en el suelo –como un móvil realizando una serie ininterrumpida de oscilaciones completas– siguió balanceándose durante veinticinco minutos seguidos, al cabo de los cuales empezó a oscilar con una amplitud y frecuencia decrecientes hasta llegar otra vez al punto de partida.

A continuación extrajo una pipa del bolsillo de su chaleco y después de llenarla de tabaco, la encendió con lentos y torpes movimientos; y, mientras aspiraba y echaba el aire parsimoniosamente varias bocanadas de humo, mirando a su amigo con ojos sin expresión, dijo cortésmente, resignadamente, lo que dice todo el mundo cuando no queda otro remedio:

–Muy bien, querido amigo... cuando gustes– y pensando en la imprudencia que había cometido al ofrecerle a Miercolín tanta mercadería al fiado, su alma de comerciante se arrugó como un mondongo.

Pero instantes después –ya completamente repuesto del ataque de prudencia que casi lo tira al suelo– abrió los brazos como para abrazar a su amigo y sus labios se separaron formando una abertura rectangular y dentada que dada la forma particular que asumió y la expresión de la mirada que la acompañó podría interpretarse como una sonrisa afectuosa y fraterna.

Miercolín, emocionado, abrazó con todo el corazón a Circulito y recogiendo su bastón, dijo solemnemente antes de marcharse:

–Hasta pronto, Circulito; ya vendré a verte, amigo mío –y sin más protocolos se caló el sombrero hasta las orejas y salió a la calle a grandes zancadas.

Pero Miercolín, a pesar de la mercadería que le había prometido Circulito, no tenía consuelo, fue allí buscando un poema y al fin había salido con una promesa de paquetes de arroz, botellas de aceite y latas de sardinas. En suma, fue por lana y salió con latas de sardinas. De cualquier manera, todo había sido un fracaso. Circulito no tenía remedio. Tuviera lo que tuviera, no tenía remedio.

Y Miercolín siguió caminando sumido en sus tristes pensamientos. Y mientras más caminaba, más pensaba en las ironías del destino, en que, por ejemplo, a Circulito Phi Redondo habría que llamarlo en adelante Cubito Phi el Cuadrado o algo peor todavía.

Y triste y cabizbajo Miercolín Verdeoliva siguió caminando, caminando sin rumbo por las calles del pueblo hasta que desapareció en la distancia.

## CAPITULO X

### El Valle Encantado

Las últimas luces de la tarde se perdían detrás de las colinas mientras las sombras avanzaban sigilosamente sobre los campos, valles y caminos. Un viento cálido de primavera corría suavemente meciendo a su paso los pastos altos y las copas de los árboles. Y un tenue aroma a madre selvas y a glicinas se percibía vagamente en las calles de la aldea, un aroma fresco y suave que se intensificaba al penetrar en los patios y jardines de las pintorescas casitas blancas con techos rojos que salpicaban el paisaje serrano con toques de colores vivos y cambiantes.

Un poco más allá, en suave pendiente, bajaba y se extendía como una alfombra multicolor el valle fértil, luminoso, exuberante, con sus extensos sembrados y sus arroyos cristalinos.

En una de esas casitas blancas con techos rojos y escaleras de piedra con tres peldaños a la entrada, vivía Miercolín Verdeoliva.

Un angosto sendero cubierto de piedrecitas blancas, ocre y verdeazuladas descendía serpenteando desde el portoncito rojo de la entrada, atravesaba el valle y se perdía en las doradas arenas del arroyo.

Cada día, al atardecer, cuando concluía sus labores agrícolas, Miercolín regresaba por ese empinado caminito, tomaba un baño y se hacía servir la cena con Julieta, su mucama.

A continuación pasaba a su escritorio y mientras fumaba un cigarrillo, leía o escribía hasta la medianoche.

Pero esa tarde Miercolín no fue directamente a su casa. Empezó a caminar sin rumbo por las calles del pueblo. Ese día no había trabajado. Había estado desde las primeras horas de la mañana en la despensa de Circulito, todo el día conversando con él –si es que a ese mecánico coloquio puede llamársele conversación– y la causa de que hubiese estado allí tanto tiempo era, obviamente, el tartamudeo de su amigo del alma, ya que entre una frase y la siguiente Circulito tardaba –término medio– tres cuartos de hora, y hasta que dijo todo lo que tenía que decir, se hicieron las cinco de la tarde.

Y todo para qué. Para que Circulito le saliera con la novedad de que se le había ido la inspiración.

Se le crisparon las manos de impotencia. Porque después de todo, a él le había ocurrido lo mismo. Y así, triste y cabizbajo, sobrellevando la tragedia de Circulito y la suya propia a

cuestas, como un crucificado, siguió caminando, caminando sin rumbo por el pueblo como si nada pudiera ya consolarlo de su pena.

Y siguió caminando por las calles, ausente y distraído como un autómeta, mientras la cabeza se le caía cada vez más, las piernas se le doblaban como tripas y los brazos le colgaban de las clavículas como si fueran de trapo. Y tanto fue avanzando su depresión que ya no pudo dominar la cabeza. En efecto: esa brillante, liviana –casi alada– y bienaventurada cabeza de poeta de otros tiempos, ahora le pesaba como si fuera de polo Y se le iba cayendo cada vez más... cada vez más... hasta que:

–Cuidado, señor Verdeoliva. –Le gritó un transeúnte que lo reconoció–. Sujétela con algo...

Y transcurridas algunas horas de ese sonambúlico peregrinar, en otra calle del pueblo:

–Mirá –le dijo una señorita corta de vista a una amiga, señalándole al alicaído poeta– ese orangután parece que estuviera enfermo; mirá en dónde tiene la cabeza.

–Eso no es un orangután –replicó la que no usaba anteojos–, es el señor Verdeoliva que ha salido a dar un paseo.

Entretanto Miercolín, cada vez más ensimismado en su pena, cada vez más cabizbajo, seguía caminando sin rumbo por las calles del pueblo; hasta que no pudo caminar más por el peso de su cabeza y se dobló en dos, con tal ímpetu que su cráneo fue a incrustarse estrepitosamente en el cordón de la vereda.

Y el tiempo pasaba y seguía pasando sobre el bulto inmóvil que, envuelto en la penumbra de la tarde parecía una figura informe y ya en franco proceso de petrificación, a tal punto que, al cabo de algunas horas de esa ininterrumpida quietud, la cabeza del poeta había horadado el asfalto y se hundía lentamente en las profundidades de la tierra.

–Fíjese, comadre –dijo una señora que pasaba a otra que estaba mirando una vidriera– no sabía que había llegado un circo el pueblo.

–Que yo sepa, no ha llegado ningún circo. –replicó la otra sorprendida.

–Pero ese avestruz... –aventuró un tanto desconcertada la comadre segunda señalando con el dedo a nuestro poeta doblado en dos con la cola para arriba.

–Eso que usted ve allí –aclaró la otra señalando al bulto– no es ningún avestruz; es el señor Miercolín Verdeoliva.

–Ah, qué lamentable confusión; de modo que es el señor Verdeoliva... –farfulló la comadre segunda sacándose los anteojos para mirarlo mejor– pero, es que tiene la cabeza sepultada entre la arena como los avestruces.

–Pues aprenda e mirar con más atención –replicó la otra fastidiada– porque eso no es ningún avestruz ni tiene la cabeza en ninguna arena –y después de resoplar sacudiendo las aletas de la nariz en señal de protesta agregó suavizando la voz–. Ese, como le he dicho hace un momento, es el señor Verdeoliva que por algún motivo se encuentra deprimido.

–¿Deprimido? –chilló escandalizada la comadre segunda sacudiéndose como una gallina clueca–. ¿A eso le llama usted estar deprimido? ¿Pero no se da cuenta de que ya la cabeza –o lo que sea– casi le ha desaparecido debajo del asfalto?

–Es que hoy en día las depresiones no son como las de antes; son mucho más espectaculares; y también más emocionantes –aclaró la otra que parecía tenerle mucho afecto a Miercolín y agregó con voz vibrante de emoción señalando al bulto– vea qué estilo, vea qué pose, no me va a negar que el señor Verdeoliva es un Maestro. Porque nosotros aquí tenemos bastante experiencia en esto y hemos visto muchos deprimidos, pero ninguno como éste y si no, dígame –agregó con los ojos brillantes de entusiasmo– ¿quién se deprime con tanta calidad?, ¿quién en este pueblo se deprime con tanta altura?

Y haciendo una pausa para tomar aliento, agregó después de reflexionar un instante:

–Aunque reconozco que si esto sigue así puede llegar el momento en que nuestro poeta desaparezca totalmente debajo del asfalto; de todos modos, esa tendencia a orientar su cabeza con tanta obstinación hacia el centro de la Tierra nos está indicando que el señor Verdeoliva padece de un pronunciado geotropismo.

–Geo... ¿qué? –Gritó la otra asustada y agregó temblando– pero, ¿es eso contagioso? ¿Existe ya la vacuna?

–No se apure, comadre –contestó la interpelada y agregó frunciendo la boca, fastidiada–, todavía no existe el virus.

–Pero eso no importa; no tenemos por qué esperar que aparezca el virus para vacunarnos; precisamente por esa política equivocada que sigue la medicina oficial de esperar que aparezca la enfermedad para curarla, es que muere tanta gente –sentenció filosóficamente la comadre segunda y añadió agarrando de un brazo a la comadre primera–. ¡Vamos, comadre, vamos ahora mismo a vacunarnos!

Pero la comadre primera la detuvo en seco:

–Comprendo su punto de vista –dijo zafándose de la presión de la mano de la otra y agregó pacientemente, tratando de expresarse con un lenguaje tal que hasta su comadre pudiera comprenderla–. Los médicos también opinan que es mejor prevenir que curar y lo ponen en práctica en la mayor medida posible, siempre que el virus exista; entonces el paciente se ino-

cula la correspondiente vacuna y evita o resiste mejor la enfermedad. Pero cuando el virus en cuestión no existe, querida comadre, no hay prevención ni vacuna posible contra él.

Y a continuación de este exaltado discurso, se desinfló como un globo pinchado.

–Pero si no existe el virus, entonces tampoco existe la enfermedad correspondiente ni el peligro de contagiarse –protestó acaloradamente la otra y añadió indignada–. Entonces, a qué tanta alharaca.

–Pero hay enfermedades que no son a virus –explicó con santa paciencia la interpelada y agregó señalando a Miercolín–, como ésta.

La otra se pasó una mano por la frente, confundida:

–Entonces quiere decir que hay enfermedades sin virus, pero no hay virus sin enfermedades; es decir, que todos los virus están enfermos; ¿es eso lo que debo entender?

La comadre primera suspiró con toda la resignación de su alma piadosa, encomendándose a su santo predilecto, mientras la otra agregaba atropelladamente, sacudiéndose como una cotorra.

–De todas maneras, exista o no exista el virus, igual tendríamos que vacunarnos –y colocándose nuevamente los anteojos, agregó con voz alterada, observando fijamente al fenómeno petrificado que seguía firme en su puesto perforando el asfalto con su bienaventurada cabeza –. De todos modos, todavía no sabemos si el señor Verdeoliva se salvará; porque con una enfermedad como la que usted dijo que tiene... tal vez en este momento esté en agonía.

Y a continuación extrajo una lupa de su bolsillo, la levantó a la altura de su ojo derecho y manipulándola de modo de poder controlar desde allí la situación, cacareó como una gallina asustada:

–Querida comadre, no quisiera alarmarla, pero me parece que el señor Verdeoliva ya no respira...

Y la otra, que parecía conocerlo bastante a Miercolín, dijo con calma:

–Puedo asegurarle a usted que el señor Verdeoliva goza de buena salud; lo único que tiene nuestro distinguido conciudadano en este momento es una depresión; ésa es su manera de deprimirse. Y agradezca que esta vez sólo se ha doblado en dos; en otras oportunidades se ha doblado en cuatro y algunas veces hasta en ocho hasta quedar todo trenzado como un fideo en riela; pero mientras eso no ocurra, no tenemos por qué temer por su salud.

En ese momento la otra se sacó el audífono de un oído, lo limpió con una gamuza y se lo colocó en el otro.

–Prosiga, por favor –ordenó.

Y la otra prosiguió:

—Por lo demás —agregó— no olvidemos que el señor Verdeoliva es nuestro poeta; es muy posible que él, aparte de su depresión, que lo mantiene inmovilizado en esa postura, nos esté indicando con esa actitud cómo desearía que fuera su monumento cuando llegue para nosotros el momento de tener que rendirle homenaje a su memoria. En efecto, querida, esa actitud exterior de nuestro conciudadano responde a una necesidad profunda y constituye una expresión de deseos, consciente o inconsciente: el deseo de su propia estatua. Y si sabemos interpretar su sueño, si sabemos ver más allá de las apariencias temporales, comprenderemos que la estatua con la que el señor Verdeoliva está soñando y que tan gráficamente nos lo está indicando, representa un Pensador; pero no como el Pensador francés que figura por ahí en algunas láminas, que más bien parece un turista que estuviera en una playa tomando sol sobre una roca; no, nada de eso; éste estará llamado a ser el más original y el más auténtico, porque será el único Pensador cabeza abajo y con la cola para arriba, con el jopo sepultado entre el asfalto, un signo de interrogación viviente, como corresponde a un hombre atormentado, vencido por el peso de sus propios pensamientos, agobiado de impotencia ante el enigma de su problemática existencial, convertido en la expresión suprema de su propia pesadilla, en fin, como corresponde a un verdadero Pensador.

La comadre primera, después de tan inflamada explosión verbal, se interrumpió bruscamente y permaneció en silencio mucho tiempo, como sumergida en sus propios pensamientos, mientras —lenta, casi imperceptiblemente— se le llenaban los ojos de lágrimas; y después de esos instantes durante los cuales pareció dominada por una intensa emoción, apenas pudo recuperar el habla, prosiguió diciendo con voz entrecortada, sin poder ocultar la pena que la embargaba:

—Créame que no deseo que llegue nunca ese momento; pero sé que el día que el señor Verdeoliva tenga un monumento —y agregó señalando el bulto— será igual a eso; y yo me pasaré la vida llorando amargamente al pie de su estatua.

—Pero, oiga —exclamó la otra escandalizada, observando atentamente a su interlocutora a través de la lupa— ¿está usted enamorada de él?

La comadre primera se ruborizó intensamente ante la pregunta directa y tajante de su colega, pero reaccionó en el acto, tratando de disimular su rubor:

—¿Enamorada? ¡Qué dice usted! —protestó indignada y agregó con énfasis, cada vez más acalorada—. Yo tengo un profundo sentimiento patriótico; y sepa usted que sólo ese sentimiento y ningún otro me inspira el señor Verdeoliva.

–¿Pero es que el señor Verdeoliva es la bandera nacional? –replicó la otra sonriendo sarcásticamente mientras mostraba al sonreír dos impresionantes colmillos estilo Drácula con tanto orgullo como si fueran perlas.

Y después de un embarazoso silencio, durante el cual se acentuó la sonrisa sarcástica de la comadre segunda y el fervor patriótico de la comadre primera:

–Sepa usted que yo amo a mi Patria y cuanto ella contiene y por lo tanto amo también al señor Verdeoliva –exclamó apasionadamente la comadre primera–, y si quiero pasarme la vida llorando por él, pues la pasaré.

Y agregó entre sollozos:

–No hay ningún poeta como él. –mientras extraía un pañuelo de su cartera para enjugar sus lágrimas.

–Pues usted llore todo lo que quiera –estalló la otra fastidiada echando chispas por los ojos– que a mí la estatua del señor Verdeoliva no me causa ninguna pena y no derramaré jamás una sola lágrima por ese avestruz ni por su estatua. Habráse visto.

Y al ver que la otra seguía muy ocupada enjugándose unas lágrimas, añadió cada vez más furibunda:

–Por mí a su poeta pueden canonizarlo y colgarlo de la aureola en algún calendario, pueden convertirlo en santo o en demonio y secretario General de todos los Infiernos. Y a mí qué.

Y la indignada comadre después de sacudirse la indignación y otras emociones violentas, miró de reojo a su colega que, ruborosa y recatada, seguía secando silenciosamente sus lágrimas, lo cual terminó de exasperarla:

–Por mí pueden embalsamarlo como a un Faraón o cortarlo en rodajas y servirlo en algún banquete con melón –agregó coléricamente– que si a usted, ese avestruz hipnotizado le inspira sentimientos patrióticos tan inflamados, cómprese una escarapela con su imagen y cuélguela al pescuezo y a mí déjeme en paz. Habráse visto.

Y sin más se fue, ofendidísima porque su comadre lloraría toda la vida por Miercolín.

Y por suerte la cosa no pasó a mayores.

Entretanto, la charla de las dos mujeres produjo un efecto inesperado, una especie de reacción vía satélite en el momificado Miercolín, porque a pesar de encontrarse a una considerable distancia de las comadres pudo oír algunas palabras sueltas de la conversación traídas por el viento; y así, entre otras frases que no tuvieron mayor repercusión en el ánimo del poeta, hubo una que llegó nítidamente a sus oídos y que tuvo un efecto casi mágico; y esa frase fue: "*aves-*

*truz hipnotizado*". En efecto, el impacto que produjo la frase en el enfermo fue tal, que a partir de ese momento empezó a reaccionar:

–Porque yo no soy un avestruz, qué diablos, soy un hombre –protestó indignado.

De modo que, a fin de cuentas, las palabras pronunciadas en forma despectiva por una comadre petisa y bigotuda fueron el "Sésamo ábrete que abrieron las puertas de la realidad e hicieron regresar por ellas el deprimido poeta después de su crisis. En efecto, en ese momento el "Amado Inmóvil" (de la comadre primera) tuvo plena conciencia de su estado, en ese instante cayó realmente en la cuenta de que se hallaba desde hacía quién sabe cuánto tiempo inmovilizado como una estatua y casi sepultado en vida y, lo que era peor aún, en una posición física tan ridícula que ponía en serio peligro su prestigio de galán y sobre todo su fama de irresistible.

Debía, en consecuencia, salir del agujero lo más rápidamente posible, pero estaba tan endurecido que no le resultaba fácil poner en movimiento todo el mecanismo al mismo tiempo.

Entonces decidió ir por partes: primero trató de mover lentamente la cabeza de derecha a izquierda para ponerla en ablande y tratar de sacarla del agujero entera, sin dejar la mitad adentro; cuando advirtió que podía hacer ciertos movimientos sin correr grandes riesgos, se aventuró a intentar con una oreja y empezó a forcejear con un movimiento de vaivén como un lavarropas a paleta:

–Triki–trake... triki–trake...-

Y forcejea que forcejearás, cuando quiso acordar la oreja había salido afuera; después, pacientemente, continuó forcejeando triki–trake...

Hasta que al fin pudo sacar la otra oreja; y tan entusiasmado estaba sacando orejas que si hubiese tenido una tercera seguramente la hubiera hecho aparecer también; después dedicó su atención a otra zona de su cara, específicamente, su nariz; de modo que siguió forcejeando hasta que logró desenterrar la nariz.

Lo demás fue más fácil, ya que casi simultáneamente con la nariz emergieron los enrojecidos ojos de Miercolín, que conservaban todavía adheridos los anteojos; sólo que en tanto forcejeo se le había metido el bigote izquierdo en el ojo derecho y el bigote derecho en el ojo izquierdo y a causa de ese enredo no podía ver nada a su alrededor. Entonces se dispuso en primer lugar a quitarse los anteojos; y después siguió forcejeando tenazmente porque aún faltaba lo peor, faltaba salir el jopo, el jopo castaño claro número uno que era el mayor orgullo del poeta; y la cosa no era fácil porque el asfalto estaba derretido por el calor y se habían pegado en él todos los pelos.

Pero lo más grave para nuestro poeta era que no podía forcejear demasiado porque el jopo no era de él, mejor dicho era un peluquín y en el forcejeo se le podía desprender y entonces, todo el mundo se enteraría de que él, Miercolín Verdeoliva, el galán más cotizado y mejor plantado del pueblo, usaba peluquín. Y siguió forcejeando obstinadamente en la misma dirección varias horas más hasta que comprendió al fin que no había nada que hacerle, que el jopo no saldría; de modo que, resignada, mansamente, sacó la cabeza del agujero, la única, indescriptible y pelada cabeza que Natura le había dado, mientras trataba, en un último intento, de rescatar el sombrero. Inútil. El sombrero también había quedado sepultado en el asfalto.

Entonces, con un gran esfuerzo se enderezó, después se despidió con un saludo afectuoso de su jopo y de su sombrero, y, dando un paso hacia adelante con movimientos inseguros, empezó a caminar en dos pies como todo el mundo.

—Menos mal que aún me quedan las orejas —exclamó tocándose los cartílagos que le colgaban como pendientes de cada hueso temporal— porque si no, dónde me calzaría los anteojos. ¡Oh mis preciosas orejas!

Y acto seguido se las enroscó alrededor de cada orificio auditivo, les hizo una hendidura en la parte superior y se caló los anteojos.

Y mientras se alejaba del lugar contemplando melancólicamente el agujero donde yacían sepultados su peluquín y su sombrero, siguió examinándose el resto de la cara.

—¿Y mi nariz? —exclamó apoyando los dedos en el centro de lo que otrora había sido una cara pero que ahora inspiraría serias dudas al observador más bienintencionado.

—¡Albricias! —gritó alborotado—. Parece que también he conservado la nariz.

Y palpando delicadamente el bulto deforme, se dijo que, aunque no sabía hasta qué punto esas hilachas cartilaginosas podrían ser una nariz, al menos le servía para respirar y sostener los anteojos que era todo lo que él pretendía de una nariz.

A continuación, siguió palpando otras regiones de su cabeza, y con gran alegría comprobó que no había perdido nada, ni siquiera el hueso occipital.

Pero instantes después encontró un chocolatín en el bolsillo de su chaleco y al llevárselo a la boca comprobó que había perdido la dentadura postiza.

Y en ese mismo momento notó que también le faltaban los bigotes.

—¿Y mis bigotes? ¿Dónde están mis bigotes? —se preguntó desesperado, sin acordarse de que, después de desenredarlos, los había reacondicionado en el lugar de costumbre aunque a causa del forcejeo habían quedado tan deteriorados que le colgaban a ambos lados de la boca, raídos y chuzos como un mechudo deshilachado.

–Porque aunque mis bigotes –murmuró rascándose la pelada– como todos los bigotes del mundo, al fin y al cabo no sirven para nada, lo mismo me preocupan profundamente porque ellos me confieren esta irresistible pinta de galán que enloquece a las mujeres y pone verdes de envidia a los hombres.

Y cuando, después de nuevos tanteos, nuestro galán comprobó que no había mayores desperfectos en su físico, empezó a dar saltitos de alegría, mientras, entre salto y salto, se juraba a sí mismo que no volvería a deprimirse nunca más.

Pero de pronto se acordó del poema de Cristóbal, y toda su alegría se disipó.

–Oh –gimió tristemente– cuán fugaces son los momentos de alegría.

Y, meditabundo y contristado, siguió recorriendo con paso lento las calles de la aldea, mientras todos los moradores dormían y la luna brillaba en la transparente serenidad del cielo nocturno.

Y así pasaron muchas horas, durante las cuales el poeta contempló con mirada melancólica esta piedra de las apartadas callejas que descendían serpenteando por los alrededores de la aldea, y cada árbol que exhibía sus brotes brillantes y sus flores tempranas a la luz de la luna de primavera.

Y después de ambular toda la noche por las calles arrastrando su antigua pena y con lo que aún le quedaba de su cuerpo, que era bastante por suerte, se encaminó finalmente hacia su hogar.

Entretanto, ¿cuánto tiempo había pasado? No lo sabía. Ni le importaba. Sólo sabía que en ese momento ya no estaba brillando la luna en el cielo, sino él. Un pálido sol que al ir ascendiendo sobre las colinas había intensificado su fulgor, y ahora brillaba en el firmamento con todo su esplendor.

Eran las ocho de la mañana.

El poeta, cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fue tomar un baño tibio, que lo reanimó notablemente.

Después envolvió su cuerpo en una robe de chambre amarilla de raso que resplandecía como el sol, se calzó las pantuflas de raso del mismo color y con paso decidido se dirigió hacia su gabinete de trabajo. Se había propuesto dejar su depresión en el agujero, junto con su peluquín y su sombrero, y casi lo había conseguido, ya que en ese momento estaba elegante y dueño de sí mismo como un obispo.

E inmediatamente volvió a su memoria el asunto que lo tenía tan preocupado, la canción para Cristóbal.

–Seguiré meditando sobre este asunto hasta que me salga humo por las orejas –murmuró sentándose a su escritorio– pero no me deprimiré nunca más.

Y, de acuerdo al ritual de práctica, encendió un cigarrillo, extrajo unas hojas de papel del cajón de su escritorio y tocó el timbre, porque eran las nueve de la mañana y aún no había desayunado.

Cuando apareció Julieta, su mucama, le pidió que le trajera un té con tostadas y que no se olvidara de la mermelada. Y tosiendo discretamente se dispuso a revisar sus papeles. Pero a pesar de su propósito de no deprimirse, sintió una profunda pena al comprender que ya no podría contar con ningún amigo para resolver su problema.

–Por supuesto, no tengo derecho a hacer ningún reproche –murmuró siguiendo con la mirada las azules espirales de humo que se deshacían contra los rayos del sol que entraba a raudales por la ventana abierta y agregó meneando la cabeza–nadie tiene la culpa de que a mí se me haya ido la inspiración; nadie es culpable de que yo sea como una tierra yerma, nadie es culpable de que yo padezca esta terrible dolencia metafísica. Tal vez el único culpable sea yo mismo; o tal vez no. No lo sé. No lo sabré nunca, posiblemente.

Instantes después, cuando apareció la mucama muy pulcra y solícita con el desayuno, el poeta, levantando la vista de los papeles que estaba examinando, miró atentamente a la muchacha y le pregunto a quemarropa:

–Dígame, Julieta, ¿ha escrito usted alguna vez?

La joven se estremeció, porque siempre sentía una gran turbación cuando su señor le dirigía la palabra.

–Sí, como no, señor –contestó rápidamente– le he escrito muchas veces a mi madre.

–No –dijo Miercolín moviendo la cabeza– no me refiero a eso; quiero saber si ha hecho usted literatura; si ha escrito, por ejemplo, alguna vez cuentos, ensayos, artículos literarios, notas para alguna revista, novelas cortas o algo por el estilo; sobre todo quisiera saber si ha escrito poesía.

Julieta depositó la bandeja del desayuno sobre uno de los extremos de la mesa del escritorio y, levantando la vista, miró con suma atención al señor Verdeoliva, primero porque no entendía muy bien lo que él le preguntaba y segundo porque lo notaba muy raro, tan pelado, tan increíblemente distinto sin el jopo. La joven estaba perpleja. No podía apartar su mirada del hombre sentado frente a ella. ¿Qué se había hecho de ese brillante y ondulado jopo color castaño con reflejos cobrizos? Además, había otra cosa en el rostro del señor Verdeoliva que alarmaba a Julieta; y eran los bigotes... ¡Cielos! ¿Qué les habría pasado a los bigotes del se-

ñor verdeoliva? ¿Un tornado, acaso? ¿Un ciclón? ¿Un terremoto? Y las orejas... oh, las orejas... parecían dos hojas de repollo enroscadas alrededor de los orificios auditivos. Y la nariz... –Julieta se estremeció– ¿Qué le había pasado a la nariz del señor Verdeoliva? Porque eso no era una nariz, eran unos cartílagos deshilachados que le colgaban como flecos en el centro de la cara y se movían al compás de los movimientos de la cabeza del señor Verdeoliva.

Julieta sollozaba por dentro, pero, no queriendo apenar a su amo ni siquiera con un gesto, trató de sobreponerse a la penosa impresión que le causaba con su deteriorado aspecto, y, haciendo un esfuerzo, trató de contestar la pregunta que él acababa de formularle:

–Perdón, señor –dijo titubeando– pero no sé si sabré contestar la pregunta que usted me ha formulado; le agradeceré me lo diga si no he sabido interpretarlo; al respecto diré lo siguiente: yo considero que la tarea de escribir es específica de los escritores y yo nunca he sido escritora. Además...-

Y Julieta no agregó más y bajó la vista, turbada. Pero Miercolín, vivamente interesado, insistió:

–Además. .. ¿Qué?-

Julieta titubeaba, sin saber ni ella misma por qué, hasta que al fin dijo con suavidad:

–Además, señor Verdeoliva; pienso que, aunque se tengan todos los conocimientos necesarios para realizar una obra literaria y el tema elegido, es imprescindible también "estar en vena", como dicen los escritores, refiriéndose a que hay que estar inspirado; porque si un artista no tiene inspiración...

Y Julieta meneó la cabeza varias veces y enarcó las cejas en un gesto más elocuente que todas las palabras.

Cuando la joven pronunció la palabra "inspiración", Miercolín se quedó mortalmente pálido. Julieta, la tímida y hermosa Julieta, inocentemente, sin sospechar la reacción en cadena que podría provocar en el alma del poeta, había pronunciado la temible, siniestra, aciaga palabra. La inocente Julieta, sin proponérselo, o acaso dejándose llevar inconscientemente por su intuición de mujer, había puesto el dedo en la llaga.

¡Ay, ay, ay!, pensó Miercolín desesperado; ¿hasta cuándo tendré que soportar esta tortura? Mientras sentía cómo el sigiloso reptil de la depresión iba subiéndosele nuevamente a la garganta y empezaba a estrangularlo.

Julieta se sorprendió al ver cambiar de color tan espectacularmente a su amo, pero no se atrevió a preguntarle qué le pasaba por temor a irritarlo. El señor Verdeoliva era demasiado

susceptible y ella jamás hubiera querido herirle ni siquiera con una mirada, porque lo admiraba profundamente y sentía por él un cariño silencioso y entrañable.

Julieta, de pie frente al escritorio, con las manos entrelazadas y la cabeza baja, estaba tan aturdida que no atinaba a decir nada. Los segundos, que a veces desfilan con tanta lentitud, se precipitaban ahora vertiginosamente unos sobre otros en la vorágine de su desesperación. Julieta, temblorosa y angustiada, impotente ante el fluir tumultuoso de su propia turbación, permaneció de pie y en silencio mucho tiempo, hasta que oyó –como en sueños– la voz áspera y terminante de su amo:

–Está bien, Julieta; retírese, por favor –le ordenó él sin mirarla. Y cuando la joven se retiró, al poeta se le llenaron los ojos de lágrimas.

Y allí quedó el desayuno, intacto sobre la mesa del escritorio, esperando. ¿Cuánto tiempo estuvo Miercolín mirando por la ventana con los ojos enturbiados por el llanto?

Nadie lo sabe. Lo único que se sabe es que el poeta, frente a la hoja de papel, decidió en ese momento, a pesar de todo, ser él mismo el autor de la canción para Cristóbal.

Miercolín Verdeoliva, a partir de ese instante y por propia decisión, frente a la cuartilla blanca, debía librar la lucha más encarnizada de su vida.

–Hubiese preferido tener frente a mí diez toros furiosos de sangre y arena, los feroces leones hambrientos del circo romano, una legión de marcianos descolgándose sigilosamente por mi chimenea; hubiese preferido contestar, como Edipo, las preguntas de todas las mujeres, digo de todas las Esfinges del Universo; hubiese preferido que me condenaran, como a Sísifo, a arrastrar por la montaña eternamente la piedra inmemorial de su castigo –murmuraba angustiado el poeta y añadía con la mirada perdida en el horizonte– todo es preferible a esta terrible hoja de papel que me sonrío burlonamente desde su inhumana blancura.

Y así fue cómo Miercolín Verdeoliva, vencido por las circunstancias, decidió enfrentarse de una vez por todas con aquella aterradora hoja de papel. Con aquella hoja de papel que se convertiría en la Canción de Cristóbal.

Y empezó a escribir. Mejor dicho, a anotar ideas, sugerencias, a captar al personaje en su realidad objetiva y subjetiva, tratando de convertirlo en la imagen idéntica de sí mismo.

Y el poema, lentamente como los arbolitos, empezó a crecer.

–Tiene que salirme perfecto, como *El Cuervo* –se repetía empeñosamente mientras seguía transpirando como un energúmeno sobre la blanca hoja de papel.

Miercolín tuvo serias dificultades para realizar su obra con ecuanimidad; sabía, por ejemplo, que Toribio tenía una personalidad mucho más interesante que Cristóbal; pero que Cris-

tóbal también tenía sus virtudes. Por lo menos –reflexionaba mientras encendía un cigarrillo– nunca habían dicho de él las barbaridades que dijeron de Toribio; con razón o sin razón, pero las dijeron; y al fin de cuentas, Toribio y Cristóbal, cada uno por su lado, aplicaban la misma política de buena vecindad y tendencias moderadas en sus respectivas jurisdicciones. (Y a todo esto, los más beneficiados eran los pajaritos, porque siempre que andaban merodeando por allí con sus piquitos abiertos mientras Toribio y Cristóbal, mirando para otro lado, se hacían los desentendidos, ellos se llenaban el buche con lo mejor y más granado de los sembrados).

Pero el motivo principal de su empeño, cualquiera fuese el mérito de Cristóbal, era el hecho de que Toribio tenía su canción y Cristóbal no. Por eso la hizo, duro y sin inspiración y sin frescura y sin gracia. Y así salió, pero la hizo.

Y un día del mes de abril, una tarde en que caía una fina llovizna azul sobre las blancas casitas de la aldea, Miercolín Verdeoliva dio por terminada su obra.

–Ya está –murmuró reclinándose en el respaldo del sillón giratorio de su escritorio mientras contemplaba con mirada melancólica el poema terminado– y no importa que no haya salido perfecto como *El Cuervo*.

Suspiró, con un suspiro que le brotó de lo más recóndito de su alma. ¡Cuánto desgaste cerebral, cuánto esfuerzo, Miercolín no recordaba ya cuántos litros de agua había transpirado en los veranos ni cuánta leña había consumido su estufa en los inviernos! Miercolín no recordaba ya las noches sin dormir que había pasado por culpa de Cristóbal; Miercolín no recordaba cuántos frascos de tónicos y toneladas de pastillas para el cerebro se había engullido en todos esos meses o años o milenios. Perdido en el Espacio y en el Tiempo y esperando que apareciera la inspiración, lo fue probando todo. Primero empezó con el whisky; después le aconsejaron que probara LSD 25, y él lo probó; después le dijeron que para esos casos no había nada como la mescalina; y él se mescalino.

–Pero las enfermedades metafísicas no se curan con remedios físicos. –masculló malhumorado un día en que se había dopado más que de costumbre al ver que a pesar de todo sus esfuerzos la inspiración no aparecía por ninguna parte.

–Las musas me han abandonado definitivamente –sollozó– ya no puedo arrancarles sus secretos porque he perdido para siempre ¡oh; enigmas de lo insondable! la misteriosa facultad que me permitía comunicarme con ellas.

Pero, aunque no creyera en su eficacia, lo mismo siguió tomando remedios físicos, como si tuviera paperas o reumatismo. Y a medida que pasaba el tiempo iba probando unos y otros hasta que los probó a todos (desde los antibióticos hasta la marihuana). *Lo más probable es*

*que termine siendo un drogadicto* se dijo un día muy preocupado en medio de una impresionante humareda y después de haber acumulado una tonelada de botellas de whisky, frascos de tónicos y pastillas de todas clases en la panza. Y lo más terrible de todo esto es que la *Canción de Cristóbal* va a ser exclusivamente hija del opio y va a nacer bañada en whisky, siguió reflexionando amargamente el desdichado poeta:

–Después de todo, no importaría hija de quien fuera, con tal de que naciera. –murmuró entre suspiros otro día Miercolín, que ya se sentía mortalmente fatigado por el agotador esfuerzo de invocar a las musas.

El esforzado artista, entretanto, tan concentrado estaba en su obra que había perdido la noción del Tiempo, al extremo de que hubiera podido ya considerarse a sí mismo un hombre intemporal. Pero el Tiempo, que siempre encuentra el modo de vengarse –y parecería ser más cruel en su venganza con quienes tienen la soberbia de ignorarlo o de querer situarse más allá de él– seguía corriendo implacablemente y depositando al pasear su veneno letal sobre la piel y los bigotes del poeta. En efecto; Miercolín, casi imperceptiblemente, había empezado a envejecer; y la cosa empezó por los bigotes. *¿Cómo es posible?* se dijo un día, alarmado, *que se me estén volviendo grises los bigotes.*

Y otro día en que se miró en el espejo para afeitarse, al ver su rostro surcado por profundas arrugas, murmuró aterrado:

–¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Cuánto tiempo hace que estoy escribiendo este poema?–

Y otro día en que –acosado con mayor ensañamiento que nunca por el espectro insaciable del Tiempo– se sintió particularmente deprimido, decidió afrontar la prueba de fuego y, agarrando el mejor espejo de su colección, mirándolo fijamente a los ojos, con voz ansiosa le preguntó:

–Decime, espejito... ¿hay en el pueblo otro más hermoso que yo?–

Y el espejo le contestó:

–Sí, hay otro más hermoso que vos; ya no sos el galán más buen mozo y mejor plantado del pueblo, porque tenés los bigotes ralos y grises, los ojos arrugados y rojos como los teros y unos surcos en la cara como para plantar zanahorias –y, quizá para reanimarlo un poco, añadió con una inflexión más suave en la voz– lo único que se mantiene intacto es tu hermoso jopo castaño claro número uno.

Mi hermoso jopo, sonrió tristemente Miercolín, pero no dijo nada porque no quería que el espejo supiera que se lo quitaba todas las noches al acostarse, junto con su dentadura postiza y los anteojos.

Y a continuación el espejo se recogió en sí mismo y no dijo nada más, mientras el poeta seguía contemplando con desesperación su propia imagen en la brillante y maligna superficie casi hasta enloquecer.

Y antes de que la locura salpicara de chispas doradas sus oscuras pupilas, apartó el espejo de sí y quedó solo, inmóvil frente a sí mismo y con los ojos entornados, como tratando de diluirse en el mismo vacío en el que acababa de desvanecerse su propia imagen; traspasado de terror metafísico, sintió súbitamente un deseo de ser lo que era ella ahora, un reflejo de sí misma fugaz como un relámpago que habría brillado en el vacío durante un instante, antes de desaparecer en el espacio infinito; y ese deseo persistió hasta hacerse casi insoportable. Cerró los ojos, sintiendo el vértigo y la impotencia de sí mismo ante su propia dualidad. Y cuando más encarnizadamente estaba luchando entre el deseo consciente de ser y el inconsciente de no ser, entre esa imagen que estaba en todas partes donde él estuviera y que era el mismo, y esa otra reflejada en el espejo que no estaba ya en ninguna parte pero que también era él mismo, en ese instante crucial de su existencia, vislumbró la imagen de Cristóbal. La imagen de Cristóbal traspasada de su propio ser, la imagen de Cristóbal transformada en un poema que no pertenecía a ninguno de los dos –ni al artista que había realizado la obra ni al sujeto que la inspirara– porque era ya un ente individual, un lazo de unión entre lo físico y lo metafísico, y palpitaba con vida propia y en su propia dimensión.

Entonces, dirigiendo sus ojos hacia lo alto con una mirada mansa, agradecida, casi de místico arrobamiento, el poeta agradeció al Creador por haberle permitido –quizá por última vez– participar de un acto creador, rescatando a un ser de la Nada y brindándole la única vida que él podía brindarle, una vida impalpable, sobrenatural, inefable, una manifestación de vida que unía como un lazo sutil e indestructible al creador y su obra, y de cuya fuente inmanente bebían los dos.

Cerró los ojos, estremecido de emoción.

La imagen de Cristóbal refulgió un instante en alguna parte y luego –como una estela luminosa que se hubiese ido esfumando en el espacio– lentamente se desvaneció.

Entonces el poeta quedó solo, pero con una soledad rica, mágica, alucinada.

Lentamente abrió los ojos, y haciendo un esfuerzo, trató de retornar a la realidad; la realidad cotidiana, una realidad más directa y punzante que la de sus sueños. Pero que, no obstante, no era como la realidad de los demás.

Suspiró, encendió un cigarrillo, echó al aire varias bocanadas de humo.

El poema por fin estaba terminado. Pero ahora faltaba la música. ¿Quién le pondría música a su poema? Miercolín se estremeció.

–Oh –murmuró angustiado– ¿Cuándo terminará esta tortura?

Y a continuación empezó a recorrer con la imaginación a todos sus amigos y condiscípulos, pero el doloroso recuerdo de experiencias anteriores, el recuerdo de su peregrinaje en la época en que andaba buscando un poeta para Cristóbal, lo atormentó tanto que decidió no empezar la recorrida.

–Sacaré mi guitarra y haré la música yo mismo –exclamó finalmente, dirigiéndose con paso decidido hacia la escalera de caracol que conducía a la buhardilla donde guardaba, desde la lejana época de la dulce bohemia, algunos instrumentos musicales.

Abrió la ventana del cuarto, extrajo su guitarra del estuche de cuero donde estaba guardada, le sacudió el polvo y empezó a templarla.

Y después de probar varios ritmos, dio con la música adecuada para su poema. Ahora sí, su obra ya estaba concluida.

No tendría más que entregarla al destinatario en una solemne ceremonia.

Sólo que no se atrevía a salir a la calle por temor a hacer el ridículo, por temor a que las modas hubiesen cambiado tanto que él, con sus ropas anticuadas pareciera un disfrazado, o un actor teatral representando un personaje que había vivido dos o tres siglos atrás, o un resucitado de algún museo de cera que había logrado escapar de la exposición después de dos siglos de plantón en el mismo rincón.

Y no sólo la vestimenta. También estaba el problema de la cara. ¿Qué cara tendrían ahora los seres humanos? ¿Tendrían esas caras por ventura alguna semejanza con la suya? ¡Oh, incertidumbre cruel!

–¿Cuánto tiempo habrá pasado? –volvió a preguntarse el poeta, cada vez más consternado.

Miró por la ventana, acaso la Naturaleza, en su eterno devenir, le diera la respuesta.

Pero el paisaje exterior era siempre el mismo, nada registraba el paso del Tiempo. Los verdes, rojos, amarillos y azules, diseminados, superpuestos, entremezclados, eran tan brillantes y vividos como antes. Como siempre.

Antes. Siempre. ¿Qué significaban esas palabras? Sonidos, o acaso ecos o recuerdos de sonidos hirieron su imaginación. Pasado. Presente. Futuro. ¿Qué significaban, en realidad, esas palabras? –el poeta se estremeció–. ¿Tiempo, acaso? Pasado. Presente. Futuro. ¿Era longitudinal el Tiempo? ¿O era redondo? ¿No sería una esfera en que los tres tiempos estuviesen siempre mordiéndose los talones en una carrera desenfrenada sin principio ni fin? El Presente

huyendo del pasado y tratando de alcanzar al Futuro, el Pasado tratando de atrapar al Presente y proyectando su sombra sobre el Futuro. El Futuro huyendo del Presente y del Pasado en un desesperado intento de seguir siendo el mismo, de no mezclarse con los otros, pero sabiendo no obstante que por más velozmente que huya no logrará conservar su identidad pues se transformará en Presente y después en Pasado con precisión letal e inexorable, y ya convertido en Pasado seguirá huyendo, huyendo velozmente de sí mismo hasta que, de pronto y sin saber cómo se encuentre corriendo a la par de aquel Futuro al que tan desesperadamente trató de alcanzar, aquel Futuro que, sin que nadie sepa cómo ni por qué, ya es Pasado como él. Ya es Pasado, y sigue corriendo, siempre corriendo para tratar de alcanzar al Presente y proyectarse sobre el Futuro, un Futuro que, como él, será Presente y después Pasado en una metamorfosis alucinante sin principio ni fin, un Futuro que, como todos, morirá casi antes de nacer hasta el fin de los

tiempos.

Sí; el Tiempo era una esfera.

–El Tiempo es una trampa redonda en la cual estamos todos atrapados –murmuró quedamente–, una esfera siniestra que gira siempre en la misma dirección tratando de destrozarnos entre sus paredes circulares. Y después de un lento y largo girar, el silencio. El silencio total.

El poeta alzó el rostro hacia el cielo, en un mudo gesto de interrogación. Le respondió el silencio. Un silencio luminoso, multicolor, atemporal –sonrió. La Eternidad no estaba hecha de Tiempo. La Eternidad era atemporal.

Sólo había que aprender a trascender la esfera del Tiempo para alcanzarla.

Suspiró. Se llevó instintivamente una mano a la cara; palpó con lenta suavidad sus mejillas, surcadas de arrugas, como había dicho el espejo; acarició sus bigotes, ralos y posiblemente grises, como había dicho el espejo.

Volvió a suspirar. Contempló el paisaje a través de los cristales de la ventana con una mirada melancólica.

–¿Cuánto tiempo habrá pasado? –se preguntó nuevamente, acaso por milésima vez.

Pero no llamó a Julieta para preguntárselo, porque tuvo miedo de que la joven apareciera con una enorme joroba en la espalda y la cabeza atravesada por unas horribles horquillas incrustadas en un rodete blanco, sosteniendo su tambaleante esqueleto penosamente sobre un bastón, sequita y arrugada como un mondongo hervido y arrastrando sus ancianos pies con un ruido espeluznante y siniestro:

–Cras–cras–pum... cras–cras–pum...

(El pum correspondía al bastón).

Sí; posiblemente había pasado tanto tiempo que tal vez ya ni el pueblo estuviera en el mismo lugar; pero de todos modos tendría que arriesgarse a salir al exterior y enfrentarse con lo que fuera.

De modo que sin hacer mayores averiguaciones por temor a que lo atacara la depresión de antaño, tomó una ducha fría, se colocó su chaleco metálico y demás accesorios de las grandes ocasiones y se encaminó hacia la casa del Jefe de los niños de Cristóbal para entregarle el fruto de tantos años de trabajo, la *Canción de Cristóbal*.

Y el día fijado para el estreno de su Canción, Miercolín se vistió nuevamente con sus mejores galas, llevó consigo su grabador y su equipo de filmación y grabó y filmó la *Canción de Cristóbal* interpretada por el coro de los niños de Cristóbal.

Y esta fue la grabación que le hizo escuchar el poeta a un grupo de amigos reunidos un sábado a la tarde en un café de la calle principal donde se reunía generalmente lo más selecto de la intelectualidad del pueblo:

*Canción de Cristóbal*

*Sombrero de negro paño  
zapatos de fino cuero,  
Cristóbal el Santulón  
está vigilando el huerto.*

*—Cristóbal Cristobalón  
dame tu sombrero y tu bastón...  
—Cristóbal está dormido...  
—Te digo que está despierto...  
(Los pájaros se estremecen  
por tan pulido misterio  
porque Cristóbal trabaja  
con un sólo ojo abierto).*

*—Cristóbal Cristobalón  
dame tu sombrero y tu bastón...*

*Cristóbal pasa las horas,  
los siglos mirando el cielo;  
musita a la virgen alta  
no sé qué enredado rezo,  
porque dicen que Cristóbal  
Cristóbal tiene un complejo.*

*–Cristóbal Cristobalón  
dame tu sombrero y tu bastón...*

*–Cristóbal está dormido...  
–Te digo que está despierto...  
(Firme soldado Cristóbal,  
atildado caballero,  
tiene una pena redonda  
alrededor del sombrero).*

*–Cristóbal Cristobalón  
dame tu sombrero y tu bastón...*

*–Las hilachas de la lluvia  
borran tu sombra del suelo.  
(Cristóbal no tiene sombra,  
ni apellido, ni recuerdos,  
ni negro perro de penas  
para pasear por el pueblo).*

*–Cristóbal Cristobalón  
dame tu sombrero y tu bastón...*

*Luna blanca en el establo,  
olor a sombra y a estiércol,*

*pajaritos sin faroles  
están invadiendo el huerto;  
se han quitado los zapatos:  
y van con el pico abierto...*

*–Cristóbal Cristobalón  
dame tu sombrero y tu bastón...*

*–Cristóbal está dormido...  
–Te digo que está despierto...  
–Pues tiene este ojo cerrado...  
–Pues tiene este otro abierto...  
(Con la risa en las solapas  
Cristóbal se hace el muerto).*

*–Cristóbal Cristobalón  
dame tu sombrero y tu bastón...*

Y así terminó la historia de la *Canción para Cristóbal*, la canción que tantas preocupaciones trajera a su autor, Miercolín Verdeoliva.

A partir de esa canción a Miercolín se le terminó definitivamente la inspiración y no pudo escribir nada más. Pero ya no importaba. Su misión en la vida estaba cumplida. En adelante se dedicaría exclusivamente a la agricultura, que era también una manera de rendirle culto a la poesía, ya que en cada semilla que sus manos enterraran en el surco se encerraba la poesía del Universo entero, y todo el misterio de la Naturaleza; de esa fascinante e impenetrable Naturaleza que no obstante el hermetismo de sus leyes no tenía ya secretos para el humilde aldeano a quien le había sido reservado el privilegio de haber podido arrancarle al cielo un poema y a la tierra un árbol. Y mientras hubiera una semilla que germinara y una estrella que brillara, Miercolín Verdeoliva sería feliz, inmensamente feliz, porque no hay nada en el mundo que pueda quitarle la alegría a un hombre como él, que sólo necesita cada día una semilla entre sus manos para cultivar y una estrella lejana para conquistar.

Pero, entretanto, ¿qué había hecho el Tiempo con Toribio Pérez? ¿Y con los otros? ¿Qué había hecho el Tiempo circular y eterno en el Valle Encantado? ¿Siguió pasando o se detuvo?

¿El presente se convirtió en Pasado? ¿El Futuro se transformó en Presente? ¿O no hubo más Antes ni Después, sólo Presente, un Presente inmóvil, detenido en su propio movimiento contemplando pasar a través de él los seres y las cosas?

La respuesta quedará en el misterio. Sólo podemos afirmar que haya pasado el Tiempo sobre los seres y las cosas o los seres y las cosas a través de él —o las dos cosas a la vez— lo cierto es que en la aldea nada ha cambiado. Todo está igual. Al fondo las colinas azules con sus laderas cubiertas de bosquecillos apretados y olorosos, esfumándose suavemente en la lejanía; más abajo, el valle —con sus arroyos cristalinos, sus senderos pedregosos y sus sembrados— abierto hacia todas direcciones como un abanico verde salpicado de blancos, rojos, lilas, ocres, amarillos.

Sí. Todo está igual, como si la aldea y el valle todo hubiesen quedado fuera del Tiempo, atrapados en una dimensión desconocida.

Y allí están todavía, Circulito atendiendo su despensa, Miercolín dedicado a la agricultura y Cristóbal cuidando los frutales del huerto y los sembrados.

Al amanecer, cuando el sol de primavera se eleva entre las serranías, una suave brisa mueve lentamente las copas de los árboles.

Una brisa verde a cuyo vaivén se mecen suavemente las gramíneas entre el gorgojo cantarino de los pájaros y el revuelo multicolor de las mariposas.

Y en medio del paisaje, dominándolo todo como un rey en sus dominios, Toribio Pérez, con los brazos en cruz y el sombrero encasquetado hasta las orejas en su cabeza hueca, Toribio Pérez con las blancas margaritas, las rojas verbenas y las violetas a sus pies alfombrando el suelo y perfumando el aire que respira.

Toribio Pérez tieso y circunspecto y una bandada de pajaritos bulliciosos y traviesos saltando alegremente de hombro en hombro, de solapa en solapa, posándosele graciosamente sobre la nariz y picoteándole el sombrero.

Y por las tardes, una ronda de niños tomados de la mano bailando y cantando a su alrededor Toribio Pérez Toribio:

*Pobre Toribio, Toribio,  
Toribio Pérez Toribio  
con tu cuerpo de madera  
y tus ojos amarillos...*

Entretanto allá arriba, sobre la colina, en una casita de techos rojos y bordeada de jardines, sentado frente a la ventana en actitud meditativa, un poeta recorre con su mirada luminosa el vasto valle mientras escucha con el corazón estremecido de emoción los versos finales de una canción que le llega a través de la tarde, a esa hora en que el sol derrama sus últimos rayos de luz sobre el horizonte:

*Ya no sirves más, Toribio,  
para cuidar los sembrados...  
¡Si te has hecho amigo  
de todos, todos los pájaros!*

Pero, ¿quién era en realidad Toribio Pérez? Sólo aquellos ojos que todo lo penetran, podrían saberlo. Sólo aquellos ojos que están en todas partes, contemplándolo todo desde la cima inconmensurable de sus sueños.

Sí. Todo está mal.

Como antes. Como siempre.

Allá arriba, más alto todavía, en la zona más brillante del espacio, la presencia del Creador invadiéndolo todo; abarcándolo, penetrándolo todo con una sola mirada de sus insondables pupilas. Más abajo, en una región intermedia entre el Cielo y la Tierra, el Valle Encantado con sus colinas azules surcadas de caminos serpenteantes y arroyos cristalinos; y en medio de todo, chiquitito y casi desdibujado por la distancia, Toribio Pérez, tan Toribio que el buen Dios al contemplarlo meneaba la cabeza divertido y sonríe con una indulgente y enternecida mirada que ilumina el paisaje con su tenue e ininterrumpido fulgor.

Tierna y radiante, la mirada de Dios derramada a raudales sobre Toribio Pérez, ilumina con su mágico resplandor el paisaje circundante desde las más altas cimas de las colinas hasta las depresiones más recónditas del valle, abarcándolo todo en un círculo de deslumbrante claridad; y, trascendiendo los límites del Espacio y del Tiempo, permanece allí, fija y vibrante, inconmensurable y eterna, irradiándose sobre esa tierra de paz: como un haz de luz milagroso e inextinguible.